

LOS MUERTOS S HABLAN



Eba Martín Muñoz

Alma negra 

AN
ALMANEGRÁ

Los muertos sí hablan



Los muertos sí hablan

Eba Martín Muñoz

Este libro que tienes en tus manos, como todos los de Alma negra, ha sido posible gracias a las aportaciones de todos nuestros mecenas en Patreon. Sin ellos quizá hoy estarías sosteniendo otro libro. GRACIAS a todos por vuestro apoyo a la editorial y a la cultura. Y, como no puede ser de otro modo, os nombraremos a cada uno de vosotros:

MECENAS DE PLATINO: Emilia Serrano Samit, Daniel Pacheco Soria y Joel Martínez García.

MECENAS DE ORO: Juanma Marín Rivas, Ángela Molina, Leila María Shan Núñez, Ana Álvarez Benito, Esther Moral, Núria Casas-Salat, Emma Palenzuela.

MECENAS DE PLATA: Benjamín Ruiz, Núria Márquez, Alfred Pie Lacueva, M^a Loreto Navarro Pacheco, Yolanda Tejero Bravo, Laura Mazaira Mendieta, Encarni Prados Moreno, Marisa Armesto Vizcaíno, HJ Pilgrim, M^a Luz Muñoz, Vanesa Villalba Antón, Daniel Hermosel Murcia.

MECENAS DE BRONCE: Toni Martín, Fulgencio Panduro, Vanessa García Redondo, Raúl López Martín, M^a Ángeles Cascales, Fulgen Martínez, M^a José Ramos, Dani El, Beatriz Betegón, Eva M^a Soler, Jesús Gragera, Anemi Castilla.

¡GRACIAS A TODOS!

Y si tú también quieres convertirte en mecenas de nuestros títulos, recibir libros y diversos regalos/premios/sorpresas, entra en www.patreon.com/almanegraediciones

Dedicatoria

A Juanma Martín, por tu amistad,
por tu complicidad, por nuestras risas y peleas.

Por tus portadas, por tus ilustraciones.
Por el pedazo de prólogo que te has cascado.

Por todo.

Índice

[Índice](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

Capítulo 20

Capítulo 21

Epílogo

Sobre la autora

Prólogo

Esta puerta aún está cerrada.

Mírala, aquí.

Se abrirá en unos instantes y mi función como maestro de ceremonias es dar valor a esos instantes, lograr que disfrutes de la anticipación; de toda la elocuencia que contiene esta puerta, aún cerrada; de la efervescencia de lo que está a punto de empezar.

La puerta aún está cerrada. Pero observa el nombre sobre ella; quizá lo reconozcas, o quizá no, pero es la razón de esta media sonrisa que tengo en el rostro, y la convicción de que cruzar al otro lado valdrá la pena.

Conocí a Eba de la mejor manera posible en que puede conocerse a un escritor: a través de su obra. Sin expectativas, sin antecedentes, sin foto de perfil... Ante una puerta como la de ahora, ante un libro que cayó en mis manos sin saber prácticamente nada de él ni de su autora, de un modo en que el libro solo se tenía a sí mismo para hacerse valer, y el libro me fascinó. La obra en cuestión fue Seres malditos y sí, fue fascinante, pero intimidatorio al tiempo, pues encontrarte con alguien a quien le reconoces el talento con apenas unas líneas leídas es una emoción compuesta, en gran medida, por esos dos ingredientes: fascinación e intimidación.

Como ahora para ti, empezó entonces para mí un viaje, a través del cual he tenido la ocasión de conocer su obra de primera mano y observar su crecimiento desde muy cerca, así que permíteme que subraye que nunca, en ningún momento del trayecto, abandonó a mis ojos el brillo fascinado que los cubría.

Algo que tarda poco en verse en Eba es un profundo y largo amor por la literatura, un amor que ella entiende como aventura y que hace que no le tenga miedo a nada a la hora de coger la pluma. Sí, su escritura tiene sus escenarios favoritos, pero su brújula no renuncia jamás a la posibilidad de llevarnos a los sitios más insospechados. Sin dejar de ser fiel a sí misma, cada nueva obra suya llega con el compromiso de reinventarse como autora; casi aseguraría que el reto personal es siempre uno de los detonantes de su escritura. Ninguna de sus obras viene acomodada en una fórmula preestablecida; cada historia llega con un desafío estructural, con un juego en la arquitectura narrativa para lograr que el relato camine mejor con patitas de duende sobre nuestra piel. Huye de la linealidad, pero logra que la historia se dibuje en tu mente de forma perfecta, casi como danzar tras la música aunque no sepas los pasos.

Y sus historias nunca se encorsetan en el género al que pertenecen. En su literatura, el humor

puede esperar al final de la gruta más oscura; lo cotidiano saluda a lo sobrenatural en el rellano de la misma escalera; la vida y la muerte comparten lienzo. No permite que sepamos del todo en qué mundo nos encontramos para que la historia no pierda jamás su capacidad de sorprendernos. Nos desafía a anticiparla, y fracasar en ese anticipo se vuelve una de las experiencias más gratificantes de leerla.

Sí.

Todo eso está detrás de esta puerta. Esperándote.

Pero déjame que haga gotear estos instantes un poco más. Sé que mi misión es favorecer la anticipación, evitar la revelación, pero algo sí que te puedo decir...

Te puedo decir que estamos ante la décima novela de la autora y que es su primera incursión en el domestic noir; que un juego de muñecas rusas comenzará al segundo de leer la primera línea, y que constantemente sentirás la verdad tras la historia tocándote en el hombro para desaparecer en cuanto te des la vuelta.

No obstante, ya que estás a un paso de descubrirlo por ti mismo, no diré nada de eso; en su lugar, permíteme recordarte algo: sí, he dicho que Eba sabe sorprender e innovar, pero (y aunque parezca una contradicción) sabe, sobre todo, ser fiel a sí misma, y es aquí donde radican su mayor logro y el polo magnético que guía todas sus historias.

Cada historia es un viaje, y el objetivo final y real de todo viaje es llegar a casa, encontrarnos cosas nuevas con las que limpiarnos los ojos para poder ver lo que siempre ha estado ante nosotros. Eba gusta de los personajes rotos, de criaturas arrastradas al extremo de sus emociones, de seres cuyo rostro se nos puede hacer extraño, pero, a medida que acomodamos la mirada, comenzamos a reconocer el movimiento de trapecio definitivo. Hay un singular elogio de lo humano en ellos, un perenne propósito de lograr que nos reconozcamos en aquello que nos parecía tan distinto y, en este proceso, renueva el valor de nuestras propias emociones. Y... bueno, entonces es cuando llegas a casa.

No os entretengo más. La puerta está a punto de abrirse y creo que no me equivoco si digo que la autora os ha preparado una cita con vosotros mismos.

Capítulo 1

Una vez leí en una novela^[1] que el Infierno es un lugar al que viajas a pasitos cortos, avanzando con timidez y casi sin reparar en ello, hasta que un día te encuentras dentro de él sin que sepas cómo diablos has llegado hasta allí, y descubres que no sólo ignoras el camino de vuelta, sino que no hay salida a la vista. En aquel momento, con el libro entre mis manos y sin saber todavía demasiado sobre el sufrimiento, aquella reflexión me pareció llena de sentido. Seguro que era así. Asentí y sonreí. La mayoría de las personas no sabrían decir el punto concreto en que empezaron a sentirse tristes o desdichadas en sus vidas, el día en el que todo comenzó a torcerse, el momento exacto en el que dieron sus primeros pasos titubeantes de camino al abismo.

No es mi caso.

Recuerdo con precisión la hora, el día y el lugar en el que el infierno abrió sus fauces hambrientas sobre nuestras cabezas y se instaló en nuestro hogar, en nuestra familia, para desahuciarlos por siempre del Paraíso y arrebatarnos la sonrisa.

Sucedió el viernes 14 de abril de 2017 a las ocho y diecisiete horas de la mañana en la avenida Lexington con la 42, a un kilómetro escaso de nuestro pequeño negocio familiar.

Me llamo Alison Miller y, en realidad, la historia que voy a compartir contigo no es la mía, sino la de mi hermana, Zoey. Esta es su historia, y así se desató nuestro infierno...

Viernes, 14 de abril de 2017. 06:58 a.m.

Chelsea (Nueva York). Residencia de los Miller.

El despertador chilló aquella mañana con tenacidad inquebrantable hasta que logró arrebatarme un sueño íntimo con Paul, mi novio. Apagué el aparato a tientas negándome a abrir todavía los ojos y

suspiré. Empezaba a pasarme factura el transcurrir de esa semana vacacional lejos de él, de sus hoyuelos perfectos y sus manos traviesas. Lo echaba realmente de menos, caray, aunque sabía que, en cuanto llegara el domingo y tuviera que regresar al campus, a las clases y a Paul, a quien extrañaría entonces sería a mi familia... Alison, la eterna insatisfecha, me llamaba siempre mamá.

Me apeé de mi antigua cama de adolescente de un salto y corrí hacia el cuarto de baño para darme una ducha antes de que Zoey se me adelantara. En esta ocasión sería ella la que tuviera que esperarme a mí para entrar. ¡Para algo había adelantado el despertador en quince minutos! Salí del dormitorio con una sonrisa triunfal que se me derramó por la cara como leche fría.

—¿Qué haces ahí? —le espeté incrédula.

¡Ella sí que llevaba una sonrisa triunfal de esas! Estaba en pijama, apoyada en el marco de la puerta con una mueca burlona decorando su cara pecosa.

—Odio compartir baño contigo... —mascullé entre dientes con mi habitual buen humor matinal.

Aquello le hizo reír de veras. ¿Cómo podía un ser normal, sin ninguna psicopatía o anomalía apreciables, reírse de ese modo a las siete de la mañana? ¿Cómo podíamos ser tan distintas en todo?

—No sirve de nada que adelantes el despertador quince minutos si lo dejas sonar durante trece de ellos —me informó entre risas antes de sacarme la lengua y darme con la puerta en las narices.

Me quedé de pie como una tonta mirando la puerta blanca que se acababa de cerrar ante mí mientras buscaba alguna réplica ingeniosa, pero toda mi inteligencia e ingenio han dependido siempre de mi súper poder: el café. Necesitaría un par de ellos para poder responder algo concierne nivel.

—¡Pareces tú la hermana pequeña, Zoey! —exclamé improvisando.

Así aprenderá...

El sonido del agua chapoteando al otro lado en la bañera se mezcló con el de sus risas. En serio, ¿cómo podíamos ser tan distintas? Zoey tenía veintitrés años, dos más que yo, y no sólo no tenía prisa por independizarse y abandonar el nido, sino que parecía muy a gusto en él en compañía de nuestros padres. Ella, a diferencia de mí, no había querido estudiar ninguna carrera universitaria. Decía que todo lo que le hacía feliz en el mundo estaba allí, cerca de su hogar: nuestros padres, yo misma (antes de irme a la universidad), sus amigos (antes de que se fueran también a estudiar), y su trabajo en el negocio familiar, que un día heredaría o regentaría, gracias a Dios, porque yo no estaba hecha para él. Así que, mientras yo había volado a la universidad hacía tres años para cursar Veterinaria, Zoey se había quedado en nuestro barrio de siempre con su sonrisa perenne y su felicidad espontánea que no podíamos evitar envidiar. Ella hacía fácil lo difícil y más fácil aún, lo sencillo.

Así era Zoey. Imposible no envidiarla en secreto.

Siempre encontrabas en ella una sonrisa, una palabra amable o una frase correcta para cada persona o cliente. Era capaz de servirte un café y una porción de tarta de manzana mientras te recomendaba el libro perfecto para ti escondido en las estanterías, recitaba párrafos enteros de este o acariciaba a tu perro. Todo al mismo tiempo y poniendo el corazón en cada gesto. A mí me resultaría agotador...

Por si te estás preguntando qué tipo de negocio tenemos, se trata de un café-biblioteca donde poder sentarte a degustar nuestras famosas tartas o sándwiches, beber el mejor *capuccino* de la zona y perderte en uno de los cientos de libros que duermen en las enormes estanterías de madera maciza ancladas a tres de las cuatro paredes del local. Y todo ello, si quieres, en compañía de tu peludo. Así es nuestro *Miller's corner*, un pequeño local con encanto cuyas mesas y sofás están siempre ocupadas por amantes del buen café, de la buena comida, la buena conversación, los buenos libros y los perros (sin el «bueno» porque creo que todos lo son).

Para Zoey no había en el mundo nada mejor que el *Miller's corner*, donde se unían sus tres grandes pasiones: la cocina, la literatura y los animales.

Vale, es posible que no seamos tan distintas. Yo también adoro a los animales, como es obvio en una futura veterinaria, me gusta mucho leer y me encanta la comida. Sólo que, a diferencia de mi hermana, yo sí me cuidaba y tenía previsto estar a dieta durante los próximos cincuenta años. A ella, en cambio, le daban igual esos kilitos de más que la acompañaban y siempre presumía de ser una *curvy girl* feliz. Y realmente lo era... Esa seguridad, esa felicidad honesta la hacían irresistible para muchos chicos, que sonreían como imbéciles y se cuadraban visiblemente cada vez que ella se encontraba en el radio de un kilómetro, pero Zoey parecía no darse cuenta del efecto que causaba en los hombres y les regalaba, a todos por igual, su sonrisa cálida.

Ella no lo llegará a saber nunca, seguro que no, pero siempre la he envidiado. Comía lo que quería y se veía guapa. Era guapa. No necesitaba esclavizarse al hambre. A mi hermana jamás le interesó hacerse animadora del equipo de baloncesto del instituto o la universidad como yo; tampoco, ser popular. Y, en cambio, de una forma más sana y natural, lo era. Era querida por todos, gustaba a todos porque ella era, sencillamente, adorable.

Físicamente, Zoey era clavadita a mamá, con su cabello castaño largo y ondulado, la piel clara y pecosa, su naricita de gnomo, los mofletes siempre colorados, los labios generosos y encarnados, y unos ojos verdes que te hacían pensar en gatos al mirarlos. Más alta que mamá, por supuesto, pero más baja que yo por unos pocos centímetros que a ella la mantenían en el metro sesenta y mucho y a mí, en el metro setenta y poco. No he visto a nadie mover su talla cuarenta con más garbo y sensualidad genuinas que ella. En serio.

En cambio, yo, con mi talla treinta y seis, era el vivo retrato de papá. Me delataban el pelo rubio claro y lacio, los enormes ojos azules, la piel extremadamente clara y la complexión atlética, que mantenía y trabajaba durante mis entrenamientos como *cheerleader* y en otras actividades físicas.

A papá y a mí nos encantaba practicar deportes, cuanto más arriesgados y físicos, mejor, como la escalada. El concepto de hacer deporte para mi hermana era correr al baño para llegar antes que yo y ganarme. Punto. Sin embargo, era Zoey el ojito derecho de papá, no yo, del mismo modo en que yo era el de mamá. Ambas lo comprendíamos (que conste) y nos hacía felices, aunque te resultemos estúpidamente romanticonas. No se trataba de ser o no la primogénita o la preferida de ellos; es que mi hermana era idéntica a mamá, al amor de papá, y yo era la niña consentida de mamá por ser una réplica exacta de papá. No se me ocurre una razón más maravillosa que esa: que cada una de nosotras les recordásemos al amor de sus vidas. No hay muchas familias bendecidas por el amor de unos padres que se adoran entre ellos y nosotras éramos testigos privilegiadas de ese sentimiento real que, lejos de menguar, crecía y crecía.

Sí, joder. Éramos una familia perfecta (o a mí me lo parecía), de película, de las que, o te hacen vomitar o te sacan un «Ohhhh» sincero. Puedes imaginarnos a los cuatro con nuestra dentadura

estupenda y brillante, una casita de dos plantas en la que se reía una media de cinco mil veces al día y un schnauzer gigante llamado Black, obediente y cariñoso. ¿Qué podría saber yo del sufrimiento? Nada. O muy poco.

—¿Sigues ahí, hermanita? —me preguntó Zoey apenas apoyó el pie derecho en el suelo de parque del pasillo.

Salía secándose el pelo con una toalla y esa sonrisa que deberían considerar indecente a esas horas del día. ¡Pero qué distintas que éramos y cuánto la quería! Quizá por eso, a pesar de nuestros propios amigos, a pesar de los dos años de edad que nos llevábamos... a pesar de todo, éramos las mejores amigas la una para la otra.

—¿Qué otra cosa voy a hacer si me estoy meando como una nonagenaria? —le repliqué apretando los muslos para reforzar mi argumentación.

—Pasa, enana —me ofreció sin dejar de curvar sus labios después de sujetar la puerta del baño para mí.

—¡Soy tres centímetros más alta que tú, petarda! —me defendí fingiendo enfado antes de apropiarme del baño para siempre.

—¡Y dos años más joven, renacuaja! —me azuzó con una nueva carcajada.

Era su forma de espolearme y que me diera prisa. Papá y mamá ya estarían abajo preparando el desayuno en la cocina. En breve la casa se llenaría del aroma de ese líquido negro y caliente que me volvería algo más sociable y bastante más lista. Guiñé el ojo a mi hermana, cerré la puerta y me di una ducha rápida para recuperar el tiempo perdido. Ese día no les haría llegar tarde, me lo había prometido.

14 de abril de 2017. 07:23 a.m.

Chelsea (Nueva York). Residencia de los Miller.

—¡Ya estoy! —exclamé en cuanto llegué a la cocina.

Mis padres levantaron los ojos del plato para ponerlos en blanco de forma teatral. Con los años, habían aprendido a mimetizarse y no sabíamos ya quién le copiaba a quién los gestos, las bromas y las frases.

—Otra vez tarde, ¿eh? —rio papá.

—¿Eh? ¿Qué os había dicho? —aplaudió Zoey con los carrillos tan llenos de tostada que parecía querer emular a un hámster—. ¡Soltad cada uno esos veinte dólares!

Los miré a los tres boquiabierta.

—Será una broma, ¿no? —escupí incrédula al tiempo que ocupaba mi asiento en la mesa para amorrarme a una taza de café humeante y dejar que el oro negro obrara su magia en mí.

Ellos rieron. *Traidores*... Mamá se levantó de la silla y regresó al segundo sosteniendo la cartera

de papá y un billete de veinte dólares.

—Toma, Zoey. Este es mío. Una apuesta es una apuesta —habló mamá con el dinero extendido hacia mi hermana, que lo cogió y se lo guardó en el escote sin ningún pudor ni disimulo.

—¿En serio habéis apostado en mi contra?

Los muy sinvergüenzas estallaron en carcajadas, aunque sin dejar de comer en ningún momento. En mi casa la comida era una religión en sí misma y le rendíamos tributo de ese modo: espantando las interferencias y postergando la conversación al término de esta. Mamá tenía una regla: Come y calla. No éramos los típicos que conversábamos en las comidas. Nosotros comíamos y después, en el café, el postre o la sobremesa, hablábamos del día, de nuestros planes y anécdotas... siempre con el estómago lleno.

—¡Papá, mamá! ¿Habéis apostado contra mí? —repetí al ver que no emitían sonido alguno aparte de unos gruñidos masticadores en los que se mezclaban las risas y el trabajar de dientes sobre el pan tostado.

Mamá entregó el billetero de piel negra a papá, me miró por el rabillo del ojo al sentirse observada, y le dijo:

—Andrew, cariño, paga a tu hija.

Mi padre se rascó la cabeza, me miró sacudiendo la cabeza en un gesto contrariado, y extrajo otro billete de veinte para entregárselo a Zoey. Esta no podía sonreír más sin riesgo a desgarrarse las comisuras de los labios.

—No hemos apostado contra ti, sino a favor de ti —apostilló al fin él con buen humor—. Es tu hermana la que ha apostado en tu contra y por eso ha ganado. Parece que te conoce mejor que nosotros. Quizá la próxima vez tengamos más suerte, ¿eh, Chloe? —se dirigió entonces a mi madre, quien se limitó a encogerse de hombros.

—¡Pero vamos a ver! —exclamé cruzada de brazos y con cierta irritación, lo que provocó nuevas risas en la cocina. Tenía la familia más jodidamente risueña del planeta, o bien yo era la bomba como humorista—. ¿Qué habéis apostado?

—Alison... —intervino mi hermana con un puchero. La muy caradura tuvo la decencia de fingirse avergonzada—. Me jugué con papá a que llegábamos tarde toda la semana al Café gracias a ti.

—¿Toda la semana? —repetí horrorizada—. ¿Tan poca fe en mí tienes, hermanita?

—Tu impuntualidad es tan legendaria como tu belleza, Alison —me respondió guiñándome un ojo.

Era experta en borrarle los enfados de un plumazo y hacer que me sintiera siempre bien. Era Zoey. ¿Qué podía decir a eso? Nada.

—Era una apuesta arriesgada... —medité antes de abalanzarme sobre la tostada que había aparecido mágicamente en mi plato.

—Lo era, cariño —reconoció papá—. Debían ser cinco mañanas seguidas llegando tarde y pensamos que ganaríamos nosotros.

Zoey ensanchó aún más la sonrisa, poniendo en entredicho los límites de la elasticidad de la piel.

—Después de todo, hace tres años que vives en el campus, y ahí te levantas tú sola para ir a clase,

a los entrenamientos... —añadió entonces mamá—. Era el momento de apostar por ti.

—Gracias, mamá —respondí agradecida—. Y vosotros dos, aprended de ella... —les dije con el dedo apuntando hacia sus rostros.

—Tu madre dijo que llegarías puntual sólo uno de los cinco días y que por eso ganaría —me informó mi padre conteniendo la risa.

—¡Mamááá! —protesté de nuevo.

Más risas.

—¿Qué quieres, hija? Te conozco como si te hubiera parido... —se miró el reloj de pulsera que papá le había regalado por sus recién cumplidos cincuenta y tres, y pudimos ver cómo sus facciones se transformaban a la velocidad del rayo cuando se le activó el gen madre—. ¡Venga, terminad eso, rápido! ¡Que es tardísimo ya!

Papá se levantó de inmediato, acercó el menaje usado al fregadero y me observó mientras yo engullía una segunda tostada en tiempo récord y apuraba mi taza de café todavía sentada a la mesa. Zoey corrió hacia el pasillo al grito de «¡Hoy conduzco yo!» para coger del recibidor las llaves del monovolumen. Mis padres cruzaron las miradas.

—¿Cómo tienes los ojos, Andrew?

Mi madre se había aproximado a su marido para someterle a una inspección ocular que siempre acababa en inspecciones manuales, besos y más risas. Yo los miré embobada ignorando que aquella sería la última vez. Papá la atrajo hacia él abrazando su cintura y le besó los labios como un chiquillo enamorado. Me tapé la boca con las manos para ahogar unas risas nerviosas y no interrumpirles. Me encantaba verlos así, aunque siempre había un extra que me ruborizaba las mejillas y el habla.

—Aún me molestan un poco —confesó él cuando el largo beso murió de forma natural en los labios del otro.

Mamá se aupó para examinarlos y él, a su vez, agachó la cabeza con la intención de facilitarle la tarea.

—Continúan un poco rojos, ¿sí? ¿Te has echado las gotas como te dijo el doctor? —preguntó preocupada ella.

—Chloe... —bufó él como un chiquillo.

—Andrew... —respondió ella con su voz de «no me repliques».

El café ya había empezado a ejercer su milagro en mi organismo y esa vez rompí a reír yo. Me levanté para terminar de recoger la mesa y mis padres se apartaron de la pila para que pudiera meter los platos en el lavavajillas.

—Parecéis críos —apunté medio en broma. Me escocía un pelín que mi familia me usara como tema principal en sus porras—. ¡Y así no vas a curarte la infección de los ojos en la vida, papá!

—¿No te has dado las gotas, papá? —preguntó Zoey, que acababa de entrar con las llaves del coche en alto a modo de trofeo—. ¡Eres un desastre!

—¡Lo eres! —confirmó mamá.

—¿Tres mujeres contra un hombre desarmado y con la visión tocada? ¿Esto qué es? ¿Abuso de poder? ¿Un motín? —preguntó mi padre con grandes aspavientos que nos sacaron más de una risotada.

—¡Vámonos ya, por favor! ¡Es tardísimo! —nos apremió mamá—. Alison, llama a Black y mételo en el coche. Zoey, llevas las llaves, ¿verdad? Andrew, ¿has cogido las medicinas y los manteles?

Todos asentimos a una y corrimos hacia el coche. Sí, definitivamente llegábamos tarde, pero toda la responsabilidad no era mía. ¿Apuestas sobre mí? ¡Habrás visto!

—Black. ¡Vamos! —grité en el pequeño jardín delantero.

Nuestro grandullón peludo dormitaba pegado a la puerta de la caseta, en el exterior de la misma. Enderezó su oreja derecha al escuchar mi voz antes de alzar su enorme cabeza negra y girarla hacia mí.

—¡Al coche! —exclamé.

Entonces levantó sus cuarenta kilos de peso e inició un trote alegre, desgarbado y patizambo a través del jardín. Después me obsequió con uno de sus besos babosos que te hacían desear volver a ducharte de cuerpo entero y corrió hacia el coche sin esperarme. Definitivamente, Black era un Miller más...

14 de abril de 2017. 07:49 a.m.

Chelsea (Nueva York). Residencia de los Miller.

Black jadeaba y agitaba el rabo detrás de nosotras, separado solamente unos centímetros de nuestros asientos traseros por la red de protección. Todas las mañanas, sin faltar ni una sola, se emocionaba lo indecible apenas montaba en el coche. Supongo que, para él, la perspectiva de pasar una jornada completa oliendo nuevos culos y haciendo amigos caninos en el Café era su concepto de día perfecto. Además, mi familia había diseñado un sistema eficaz de paseos, que coincidían con el descanso de una hora de cada uno de ellos, y que lo había convertido en el perro más envidiado de la ciudad puesto que no abundarían los que salieran a correr por el *Central Park* cada tres horas aproximadamente. Era el perro más chulo y feliz del barrio.

Papá, que llevaba días protestando por el inconveniente de no poder conducir su propio vehículo, había ocupado el asiento del copiloto mientras mi hermana buscaba una emisora de radio de su agrado que lo tuviera entretenido durante el trayecto y le permitiera a ella conducir tranquilamente. Lo queríamos con locura, pero en el coche era imposible no discutir con papá si no era él quien conducía. Se convertía en un profesor de autoescuela autoritario, sabelotodo e irritante.

Un poco como yo, vamos...

Mamá y yo, sentadas detrás, nos miramos mordiéndonos el labio para reprimir la risa. Zoey quitó el freno de mano, giró la llave de contacto hasta que el motor del coche ronroneó feliz como fórmula de bienvenida, y dejamos nuestra casa como cualquier otra mañana típica y rutinaria.

Observé por el espejo retrovisor cómo se cerraba la puerta automática del garaje y entonces reparé en mi despiste: me había olvidado de atar el arnés de Black a la correa de sujeción. Espié a mi madre con una mezcla aterrada de disimulo y miedo. Ella era buena, más que buena, detectando el olor del miedo, las caras de preocupación o cualquier cagada Miller. Crucé los dedos y recé para que no nos viera ningún policía ni hubiera controles en el camino y, sobre todo, recé para llegar al Café y fingir que soltaba el arnés de Black antes de que me descubrieran.

Sí, eso haría.

—Estás nerviosa, Ali —Ahí estaba mi madre: astuta como un zorro y con el olfato de un elefante, el ser vivo con el olfato más desarrollado de nuestro planeta—. ¿Qué te pasa?

—Echo de menos a Paul —improvisé con algo que, en realidad, no era mentira.

Black se movía ahí atrás más de la cuenta, pero mamá sólo tenía ojos para mis dedos retorciéndose como lombrices sobre mis pantalones vaqueros.

—Siempre haces eso cuando estás preocupada o ansiosa... —dijo con una sonrisa tierna y triste.

—¿El qué, mamá? —pregunté sin entender.

—Lo de frotarte las manos. Lo has heredado de mí, ¿lo sabías? Así es cómo me pillaba tu abuela a mí... —me dijo en voz baja, como se deben hacer todas las confidencias, sobre todo las de madre e hija.

—¿Ah, sí? —pregunté de nuevo, sorprendida.

No sabía que tuviera cosas de ella. Mi madre asintió y me dio un abrazo de esos largos y profundos que te reinician y limpian de todo. Mientras, en los asientos de delante, papá enloquecía a Zoey con variados «consejos» sobre conducción.

—Gracias, mamá —susurré entre sus cabellos castaños.

—No se lo diré a papá, tranquila, pero adelántate a sacar a Black antes de que lo haga él, ¿sí? —susurró a su vez ella antes de deshacer nuestra unión.

La miré sonriente a esos ojos de gata tan increíblemente verdes en los que, si te asomabas a ellos, podías llegar a sentir el olor y el tacto de la hierba acariciándote la piel.

—Gracias —repetí con gratitud en una demostración de cómo fingir dignidad ante el hecho de ser pillada invariablemente por ella en menos tiempo de lo que me llevaba a mí parpadear.

Mamá me apretó la mano en un gesto cómplice y volvió la cabeza hacia la ventanilla al reparar en que ya estábamos entrando en la avenida Lexington. Yo me fijé en Zoey, que sonreía y asentía sin pausa a las continuas indicaciones de papá. Era admirable. A mí me habría sacado de quicio a los cinco minutos.

O antes...

—Si haces como te digo, Zoey, ahorrarás combustible y lo notarás a fin de mes. Hazme caso —le estaba diciendo papá.

—Muy bien, papá. Así lo haré —respondió ella con más paciencia que el santo Job.

Busqué la mirada de mi hermana en el espejo retrovisor y ella me sacó la lengua para hacerme

reír.

—¡Zoey, cariño! ¡Es un *stop*! —anunció mi padre en un grito.

Pero el grito no consiguió llegar con suficiente antelación para que mi hermana pudiera detener el vehículo. Sólo disponía de una fracción de segundo para tratar de reaccionar ante el camión de mudanzas que se abalanzaba sobre nosotros y apenas acertó a dar un volantazo hacia el lado contrario, desde el cual venía, a nuestro encuentro y de frente, un hombre montado en una motocicleta.

O eso es lo que creí ver en un principio...

En ese momento, el tiempo se congeló y ardió, se dilató, encogió y deformó. Avanzó simultáneamente a paso de tortuga y de guepardo. Los gritos de horror, los chirridos y ese espantoso crujir de huesos llenaron cada espacio de mis oídos hasta hacerlos enloquecer. Mis ojos chocaron con la hora reflejada en el salpicadero: las ocho y diecisiete horas de la mañana.

Capítulo 2

Once años más tarde. Domingo, 9 de abril de 2028.

Hoboken, Nueva Jersey. Residencia de los Santana.

Un soplido cálido, entre molesto y delicioso, me cosquilleó en la nariz. Levanté los párpados sin demorarme en exceso para averiguar cuál de mis dos bandidos había sido el responsable de despertarme tan temprano un domingo, y me recibieron los ojos negros y sonrientes de mi marido.

—Buenos días, preciosa —saludó a media voz.

—Buenos días, buenos días... —reliqué en un bostezo.

Me estiré como los gatos simulando pereza y, antes de que pudiera darse cuenta de mi tretra y defenderse, caí sobre él a plomo en una emboscada de sábanas, piel, juegos y risas que acabaría del modo en que me gustaba a mí comenzar el día: con un buen polvo mañanero. Él no opuso resistencia y enseguida fui yo la apresada dentro de sus labios. Dejé que me besara sabiendo que luego sería mi turno.

—¡Iuuuuuuuuuuuuuu! —gritó desde la puerta la voz chillona e infantil de nuestro amado monstruo.

Detuvimos nuestro ritual de apareamiento, que se quedó en simple ritual de cortejo, y nos separamos para observar los enormes ojos curiosos de nuestro hijo. ¿Cuándo había crecido tanto?

—¿Por qué dices eso, Zack? —le preguntó mi marido con una sonrisa divertida.

—Porque, papá, ¡os estáis besando en la boca! ¡Y yo no quiero otro hermanito! —apuntó mi hijo zapateando en el suelo con furia.

Raúl y yo tratamos de mantener la compostura. Fueron dos segundos muy duros en nuestras vidas antes de romper en carcajadas.

—¿Así crees que se hacen los niños, Zack? —lo interrogué mientras me limpiaba las lágrimas de las mejillas con la mano izquierda y lo animaba a subirse a la cama con la derecha—. Vamos a tener que contarle lo de la semillita y las abejas —susurré hacia Raúl, que hipaba de risa.

—Hazlo tú y yo friego los baños todo el mes —respondió él en idéntico volumen.

—Traidor... —seguí susurrando justo cuando tuve una estupenda idea—. ¡Trato hecho!

Agarré su mano con velocidad y la agité con fuerza antes de que pudiera cambiar de idea. El pacto había sido sellado. Sólo entonces me permití sonreír como un dromedario, exhibiendo encías a tope. Raúl abrió los ojos en un gesto de sorpresa al intuir que lo había estafado. Le saqué la lengua y me chuleé. Después de diez años casados, aún era capaz de engañar a mi detective favorito.

—¿Trato hecho de qué? —interrumpió Zack dando saltos sobre nuestra cama.

—Que papá y yo hemos decidido que esta tarde iremos al zoo... —le comuniqué con el sabor dulce del triunfo acariciando mis papilas gustativas.

—Cabrona... —susurró en voz muy baja él.

Yo me reí como una niña y me uní a los saltos de celebración de nuestro hijo.

—¡Bien, bien! ¡Vamos a ir al zoo! —gritaba mi pequeñajo de nueve años entre bote y bote.

—¡Bien, bien! ¡Un mes sin limpiar los baños! —coreé yo, animándolo.

Habíamos unidos nuestras manos para dar saltos acompasados, aunque sin mucho éxito. Sólo las risas estaban sincronizadas de verdad.

—Pero sólo después de ir a ver a la abuela... —añadió Raúl.

Esas palabras detuvieron en los saltos y vivas infantiles, que se soltó de mi agarre con el ceño fruncido.

—¡Aguafiestas! —lo acusé con la mirada torva.

Zack lo pasaba un poco mal cada domingo en casa de la abuela, aunque, en gran medida, yo era la causante, lo reconozco. No estaba muy cómoda volviendo al hogar en que había pasado de ser totalmente feliz a totalmente desdichada, y Zack, a pesar de sus escasos nueve años, era un chico muy sensible e intuitivo a las reacciones y emociones de su entorno. Además, el hecho que de la abuela no hablara y se moviera en silla de ruedas, no mejoraba la diversión y el trato con ella, mi madre. Mi madre... Se me empañaron los ojos.

—¿Estás bien? —silabeó mi esposo muy cerca de mi oído después de acariciarme el antebrazo—. Zack, tienes permiso de media hora para jugar en la sala de juegos antes del desayuno, ¿sí?

—¡Yupiiiiiiiiiiii! —gritó y su pequeño cuerpo inquieto desapareció por la puerta cuando el sonido aún golpeaba sobre nuestros oídos.

Raúl me cogió la mano en un gesto tierno y repitió su pregunta con el ceño arrugado.

—¿Estás bien?

—Supongo... —respondí encogiéndome de hombros—. Sí, creo que sí.

—¿Has vuelto a tener pesadillas? ¿Alucinaciones? ¿Algún tipo de visión? —continuó él.

—¿Estoy detenida, señor policía? —traté de bromear, un poco incómoda.

—Zoey...

—No, nada de eso. Estate tranquilo. Hace ya meses que no he soñado con *él* ni con ese día, y muchos años desde la última vez que lo vi o creí verlo. Está todo bien, no te preocupes.

—Va a hacer diez años... —dijo con suavidad.

—Sí, pero no ha vuelto a dar señales de vida desde entonces, ¿no es así? Ni llamadas, ni notas... Nada de nada. Tranquilo, cielo. Estoy bien. Sé que suelo ponerme mal estos días, soy consciente. Pero, oye, cada vez lo llevo mejor, ¿no es así?

—Lo siento... —se excusó.

Había un dolor tenso en sus palabras. Sus ojos se oscurecieron, si es que la noche se puede vestir todavía más de negro. Acaricié su cabello oscuro y ensortijado. Adoraba meter mis manos y convertirlas en rastrillos a través de sus rizos suaves.

—Quizá está muerto —dije en voz alta, deseando que fuera así—. Quizá murió y por eso no hemos vuelto a saber de él ni lo habéis podido atrapar.

—Quizá... —concedió él—. Escucha, Zoey...

Ahora fueron sus músculos los que se tensaron. Iba a decirme algo desagradable o con riesgo de bronca. Me preparé y tragué saliva.

—¿Sí? —conseguí pronunciar en un hilo de voz.

—Ya sé que lo hemos hablado mil veces y que siempre acabamos discutiendo por lo mismo, pero... ¿no crees que ya va siendo hora de que Alison y tú hagáis las paces?

Aparté mis manos huyendo de su contacto, aunque no era su piel la que me había quemado la sonrisa, sino sus palabras. Lo miré a través de la furia y mi vista emborronada por las lágrimas. Mi marido era una mancha informe, un borrón difuso a pocos centímetros de mí.

—Sabes que no hay arreglo... —atajé. La voz me tembló sin respetar mi intención de sonar firme.

—Lo que sé es que os queríais muchísimo, que erais todo la una para la otra y... —empezó a explicarse él.

—Raúl: éramos —lo interrumpí alzando la voz y la mano en el aire—. Tú lo has dicho. Fue en otra vida, antes de *aquello*. Ya no podemos hablarnos, ya no. Ella no puede perdonarme que dejara la casa y que no vaya a ver a papá al hospital. Yo tampoco le perdono que no me apoyara cuando más la necesitaba, que me dejara prácticamente al cuidado de mamá, y...

—Y nada —me interrumpió entonces Raúl—. Todo eso se puede arreglar. Las cosas no son como las cuentas. Yo estaba ahí, ¿recuerdas? Tú cuidabas de tu madre, y ella de tu padre porque tú propusiste ese trato. Cuando dejaste la casa, alteraste, rompiste el acuerdo y tu hermana se quedó a cargo de los dos. ¿Cómo no iba a enfadarse contigo?

—¡Lo sé, joder! ¡Claro que lo sé! Pero yo no podía cuidar entonces a nadie. Recuerda ese año

terrible... Y, cuando intenté ir a visitar a papá por primera vez al hospital, cuando por fin me contaron que estaba en coma irreversible, pues... no pude. Simplemente no pude. Ya lo sabes — me detuve un segundo para decidir si contárselo o no—. La semana pasada lo intenté por quinta vez, ¿lo sabías? —Raúl negó con la cabeza—. Sí, y fue igual que siempre. En cuanto pongo un pie en el hospital, comienzan los temblores, los sudores fríos, ese sabor horrible a sangre, el olor a flores muertas penetra en mí hasta infectarme la sangre y los pensamientos, y debo escapar de ahí enseguida.

—El día que vomitaste la cena —recordó.

—Ajá —corroboré avergonzada—. Vomito todo el día cada vez que lo intento. No puedo. De verdad que no. Y querría ir a verlo antes de que él... Pero no puedo y Alison no lo comprende, no me lo perdona. Creo que lo que no me perdona es que no sea la mujer perfecta que ella veía en mí. Y yo no puedo perdonarle a ella lo que hizo. Me dejó sola cuando más la necesitaba, así que no hay más que hablar.

—¿Y vais a estar así toda la vida? —volvió a atacar, infatigable. Tenía el gen de superpoli activado—. ¿Tu hermana saliendo los domingos de casa antes de que llegemos para no cruzaros cada vez que vamos a visitar a tu madre? ¿Y si tu padre fallece? ¿No lo has pensado?

—No me hagas esto, por favor. No me atormentes, Raúl. Quiero olvidarlo todo: lo que pasó esa mañana, al *asesino* y el hecho de saber que está libre —dije sin pensar, pero había sido un golpe bajo.

Raúl encaró el revés con dignidad, apretó los puños y asintió.

—Está bien, entonces. Como desees.

Esa noche tampoco habría mimitos a la luz de la luna. Odiaba cada vez que se acercaba el aniversario de ese terrible día. Daba igual cuántos años transcurrieran... Sus efectos y consecuencias eran tentáculos venenosos y cancerígenos que se arrastraban a lo largo de los años para seguir inoculando en nosotros su ponzoña, destruyendo lo que éramos, lo que una vez habíamos sido y lo que podríamos llegar a ser. Raúl lo había sufrido en sus propias carnes. Se levantó sin su habitual sonrisa y entró en el cuarto de baño para darse una ducha.

Mierda de domingo...



—¿Zumos de naranja? —lo chantajeé junto a la mejor sonrisa que tenía en mi repertorio.

Sus rizos aún estaban mojados. «Los chicos duros no usan secador», solía bromear aunque yo sabía de sobra que lo decía en serio. Llevaba puestos unos vaqueros y un suéter de punto entre informal y arreglado. Adoraba verlo de calle sin su habitual uniforme. Me recordaba que esos días de descanso era sólo para mí y Zack, sólo para nosotros. Pero es que, además, ¡estaba tan atractivo con ropa juvenil en lugar de esos trajes encorsetados de detective!

—¿Y bien? —volví a atacar. Esta vez subí mi apuesta y le añadí un guiño de ojo a mi sonrisa.

—Sólo si tú tomas uno, Zoey. Si no, con café es suficiente.

Picó. Soy infalible.

—¡Yo quiero mantequilla de cacahuete, mamá! —pidió el oportunista que tengo por hijo en cuanto su detector de «Uy, aquí se pueden pedir cosas hoy» se encendió.

—Come lo del plato y calla, y luego veremos —repetí entre risas que murieron ahogadas al reparar en que había hablado como mamá.

Había usado una frase que ella nunca más podía decir, porque ya no podía decir nada.

—Jooo —escuché decir a mi hijo.

Su voz me sonó muy lejana. Me estaba mareando. Me apoyé en los armarios superiores del fregadero y decidí complacerle. No necesitaba a nadie más sufriendo en esta familia. Si quería crema de cacahuete, tendría crema de cacahuete. *Carpe diem.*

Abrí el armarito de los «pecados» y cogí el tarro. Raúl había empezado a trajinar junto a mí en un ir y venir de platos y tostadas para nosotros, lo cual me animó. Dijo algo de un caso que quería que le hubieran asignado y yo asentía de vez en cuando mientras preparaba el zumo y el pan de molde para untarle la mantequilla a Zack. Agarré el bote y lo giré extrañada. Yo no solía apretar los envases así de fuerte. Básicamente, porque la fuerza física no era lo mío. Lo alcé curiosa y ejercí más presión, esa vez a dos manos, para poder abrirlo. En esa ocasión la tapa no opuso tanta resistencia y se movió. Me sentía ganadora, una guerrera amazona que ha batido a sus enemigos. Sonreí con burla al bote para que se enterara de quién mandaba en esa casa.

Entonces un grito nació geminado en mi estómago y en mi cerebro, y se unió en mi boca con una fuerza demoledora. El tarro llovió cristales y crema sobre el suelo de baldosas de la cocina. Raúl corrió hacia mí. Buscó mis ojos y enseguida los dirigí hacia el punto en que miraba yo aterrorizada. Entre la gran masa de cacahuete extendida en el suelo destacaba una nota escrita con una vieja máquina de escribir: HE VUELTO.

Noche del domingo al lunes, 10 de abril de 2028.

Hoboken, Nueva Jersey. Residencia de los Santana.

El domingo había sido duro. En el zoo apenas logré relajarme ni dejar de mirar compulsivamente a todos los lados por si lo veía. Estaba segura de que aparecería en cualquier momento camuflado entre cualquier familia o grupo feliz con su sonrisa psicópata y sus ojos del color del cristal sucio.

La manita de Zack luchaba por liberarse de mía cada rato para poder corretear libre, ¡pero yo tenía tanto miedo de perderlo de vista y que lo capturara! Ahora que sabía que *él* había vuelto, no podría volver a descansar. Él estaría mirándonos, acechando oculto entre decenas de rostros desconocidos, quizá a nuestra espalda, quizá sentado en un banco cercano mientras fingía observar

a los animales enjaulados. A esas alturas, ya se sabría de memoria el aspecto de nuestro hijo, nuestras rutinas, el colegio al que iba, su ruta...

Iría a por él.

Sí, lo haría.

Raúl percibió mi angustia y me suplicó con la mirada que tratara de parecer más calmada antes de que Zack lo acusara con alguna crisis nerviosa. Él era demasiado pequeño para acordarse de aquella época, pues habían transcurrido unos ocho años desde mi último *ataque*, pero las escasas ocasiones en las que me había sobrevenido un acceso de pánico, una alucinación o visión estando él presente, Zack mostró un curioso estado mental similar al mío, como si estuviera conectado a mis emociones, contagiado de un modo súbito y contundente. Sonreí y asentí.

No obstante, tras la aparente calma de mi marido (deformación profesional, cómo no), notaba sus músculos en tensión, en alerta. Él mismo no apartaba su ojo de nuestro pequeño Zachary al tiempo que barría el perímetro con el otro de forma casi casual, accidental, relajada, en una máscara sonriente. Había pedido a dos compañeros que se pasearan por la zona vestidos de civiles para dar con él y reducirlo. Quizá por eso no se había mostrado a lo lejos, como acostumbraba a comportarse en un perpetuo gusto exhibicionista y ególatra. Le gustaba mirarme y que lo viera a él. Sólo una vez lo habían atrapado, pero consiguió liberarse y escapar. Su juego de acoso y pistas se había alargado durante todo un año hasta que, de repente, un día simplemente desapareció.

Hasta hoy.

La visita a mi madre en mi antigua casa familiar no había mejorado el día. Al contrario. Durante unos instantes, mamá miró con una mueca tensa a su nieto. No, más bien, miró través de Zack como si no existiera, desde sus ojos vacíos que parecían piscinas de lodo y agua estancada, para luego volver a su postura rígida sobre la silla de ruedas y seguir contemplando el paisaje que le ofrecía la ventana de la cocina: los jardines de los vecinos, los niños jugando a la pelota, la avenida Lexington llena de vida sin guardar ni un segundo de luto por nosotros.

Por la noche habíamos cenado los tres en un mutismo inusual que ensuciaba y densificaba el ambiente. Ni siquiera Zack insistió en ver un rato más la tele y obedeció sin rechistar cuando lo acostamos a su hora. Habíamos decidido que el lunes iría al colegio. Estaría ahí más seguro que en ningún otro sitio, sobre todo después de dar el aviso a dirección y al profesorado.

Raúl me esperaba en la cama. Sabía que me sacaría el tema en cuanto apareciera por la puerta. Yo estaba tratando de demorarlo todo lo posible con la esperanza de que acabara por rendirse y me lo encontrara dormido. Así no habría nueva charla ni discusión. Ni polvo. Me observé en el espejo con una mueca de disgusto. ¿Y esas ojeras? Cogí el cepillo de dientes eléctrico en un nuevo intento por hacer tiempo. Lo cierto es que siempre me ha relajado masajearme las encías con él. Si iba a haber nueva conversación desagradable, no me vendría mal un extra de relajación.

Estaba centrada en las encías inferiores cuando sentí que el vello se me erizaba solo. La luz del baño parpadeó asustada en solidaridad conmigo. La imagen que el espejo me devolvió no era la mía. Me sonreía con sus ojos sucios y muertos. Retrocedí instintivamente hacia atrás. Ya no me encontraba en el baño. Ahora estaba en la cocina, pero no en la mía, en la de mis padres. Y su rostro ya no me miraba a través de ningún espejo. Porque ya no había espejo, sino ventana. Alargó su mano ensangrentada hacia mí y sus dedos huesudos se cernieron sobre mi muñeca mientras un grito emergió, creciente y urgente, de mi garganta.

—¡Zoey, Zoey! —gritó una voz pastosa a mi lado.

Yo seguía luchando por zafarme de la presión de aquella mano insistente. Me revolví como un animal herido y furioso entre gritos y sudores fríos. No me dejaría atrapar. No había llegado viva hasta ese día para morir así.

—¡Zoey, cariño! ¡Has tenido una pesadilla! ¡Despierta! —gritó la voz de nuevo.

Abrí los ojos. Raúl me observaba preocupado.

—Todo ha vuelto a empezar, ¿eh? —sentenció.

Ya lo había dicho. Tirité de miedo y asentí. No podía ocultarle esa parte. Sí lo demás...

—Esta vez lo atraparemos, te lo prometo —me dijo con el gesto serio.

—Ya lo hicisteis una vez, ¿recuerdas? —repliqué con una amargura que no era mía.

—Y lo volveremos a hacer, te lo juro. Y, esta vez, no se escapará... —me aseguró abriendo los brazos para mí.

Corrí a ellos, a reconfortarme en el tacto de su piel desnuda y suave. Decía entre bromas que era alérgico a los pijamas y a mí me pareció una alergia tan positiva que dejé que me contagiara y, salvo por los meses más duros del invierno, dormíamos piel con piel, sin cintas elásticas que nos marcaran los cuerpos. Para eso ya estaba el día...

—Esta vez va a ser distinto, verás —me prometió al oído.

—Ajá... —contesté yo a falta de una respuesta mejor.

Sabía que no, que no lo atraparían nunca. Y, si lo hacían, como sucedió años atrás, sería porque *él* querría ser atrapado por alguna retorcida razón, y luego volvería a escabullirse convertido en humo, en fantasma, en pesadilla.

—Zoey... —dijo con la voz suave. Ahí estaba: la conversación—. Creo que esta vez deberías ir a un especialista...

—Bueno, sólo ha sido una pesadilla... —mentí sin pestañear ni remordimientos—. Aún es pronto para...

—Habíamos quedado en que, si volvían las pesadillas o los problemas, esta vez no te negarías a que te viera un médico, cielo... —repitió con la voz tranquila.

—¡Yo no necesito un loquero, joder! ¡Yo sólo necesito que lo atrapéis! ¡Que lo metáis entre rejas! O, mejor, que le metas un tiro entre las cejas y adiós. ¡Fuera pesadillas y fuera todo!

—¿Ha habido más? —preguntó de pronto en alerta.

—No, qué va. Ya lo sabes. Te habrías enterado si hubiera habido más, ¿no crees? —desvié su atención.

No tenía por qué enterarse de las visiones, los espejismos, de las voces a pleno día y ese olor a flores. ¿Para qué preocuparlo?

—Está bien, te creo —dijo en una sonrisa a media asta—. Pero sigo creyendo que deberías ir al psiquiatra y, como me lo habías prometido, si esto se repite, irás.

—¡Pero...! —protesté, soltando las sábanas de frustración.

—Tendrías que haber ido en su día, lo sabes —me interrumpió él, rivalizando conmigo en tozudez—. Nadie sale indemne de una experiencia tan terrible como la que sufristeis tu familia y tú. Me convenciste en su día, pero también eran otras circunstancias, y bueno, fue un error por muy embarazada que estuvieras, ahora lo sé.

—¿Y a qué me va a ayudar? Dime...

—Mira. Tengo el contacto del doctor Fisher. Es especialista en casos traumáticos como el tuyo. Él fue quien atendió a mi compañero Stan, ya lo sabes. Los trató a él y a Julia, su esposa, después de que sus mellizos murieran en el incendio de su casa. Los ayudó muchísimo y creo que te puede ayudar también a ti. En todo: en las pesadillas, en cómo superar el pánico, cómo seguir adelante y recuperar tu relación perdida con tu familia... ¿No te gustaría hacer las paces con Alison y ser capaz de entrar en el hospital para ver a tu padre después de once años en coma?

—¿Me podría ayudar con todo eso? ¿Incluso a entender las visiones del pasado? —pregunté, casi convencida.

Él asintió sonriente. Quizá no fuera tan mala idea poder hablar con alguien de todo ello, de mis cambios, de mis miedos. Y Raúl no tendría por qué enterarse de nada. Quizá...

—Está bien —tercié—. Pero tú coge a ese maldito hijo de puta...

—Lo haré.

—Pero ahora de verdad... —me escuché decir. Esa no era yo, dañina y sarcástica.

Raúl cerró los ojos, inhaló una bocanada de aire y suspiró muy lentamente. Abrí la boca para ofrecerle una disculpa, para decirle que sabía cuánto se había esforzado por cogerlo y por mantenernos a salvo, pero el teléfono de la mesilla se me adelantó. Los repetidos timbres en el silencio de la noche se sintieron como cristal roto y afilado sobre nosotros. Raúl descolgó sin retirar sus ojos negros de mí y respondió:

—Detective Santana, ¿dígame?

Pulsó el botón del altavoz, una acción poco habitual en él. Podíamos escuchar la respiración pausada y profunda de un hombre.

—¿Diga? —insistió mi marido.

La respiración pronto mutó en una risa cascada y estridente, una risa desprovista de alegría.

—¡Maldito hijo de perra! Sabes que esta vez voy a atraparte, ¿no?

La risa del hombre se hizo más audible. Tras ella se escuchaba un rasgar de uñas, dientes, y tenedores sobre cristales, platos y pizarras. O, al menos, es lo que me sugirió a mí. Era un ruido espeluznante, que provocaba malestar físico.

—He vuelto —dijo al fin antes de interrumpir la llamada.

Raúl y yo nos miramos. Definitivamente, todo había vuelto a comenzar.

Lunes, 10 de abril de 2028.

Hoboken, Nueva Jersey. Residencia de los Santana.

La taza de té humeaba entre mis dedos y, sin embargo, sentía las manos heladas, como si el frío proviniera de mí, no del exterior. Me asustaba, como tantas otras cosas últimamente, la idea de engendrar frío en mi vientre, que creciera y se alimentara de mí parasitándome el organismo. Esa vez tirité de angustia.

Era ridículo, lo sabía. Sólo había sido una mala noche. Ya se me pasaría...

Me enderecé sobre la ventana. No quería seguir encogida y que el miedo me venciera. No iba a permitir que *él* me destrozara mi momento favorito del día: la primera hora de la mañana, cuando el sol apenas había comenzado a clarear; Zack, todavía durmiendo y Raúl, a punto de levantarse para ir al trabajo. Entonces me preparaba una taza de té con especias, muy muy ardiente, y, subida a la repisa del ventanal de la cocina, me dedicaba a contemplar el despertar del río Hudson sobre Nueva Jersey, momentos antes de que comenzara el bullicio, y el ferry trajera y llevara cientos de trabajadores-hormigas que correrían a sus puestos de trabajo a uno y otro lado de la ciudad.

Ese día yo no cogería el ferry para ir al *Miller's corner*. El nombre se me clavó en la cabeza, afilado y lacerante. En un principio, decidí mantener el nombre familiar cuando me hice cargo del negocio. Me pareció un justo homenaje a mi familia. Pero ya no estaba tan segura de que hubiera sido una buena idea. Ese nombre me dolía, ellos me dolían, como el esqueleto de un ser amado al que debes ver cada día sentado en el sofá.

—¿Qué haces todavía sin vestir, tesoro? —me preguntó Raúl.

Su mano en mi hombro me sobresalto más que sus palabras. No lo había sentido acercarse a mí. Miré el *skyline* neoyorquino y suspiré antes de enfrentarme a su mirada. Tenía puesta su sonrisa profesional de «aquí no hay ningún muerto, señora. Circule» y su traje gris marengo con aquella corbata celeste que hacía que sus ojos y sus cabellos se vieran aún más negros. Dios santo, era tremendamente atractivo...

—No voy a ir al trabajo —le dije sin alzar la voz para que nuestro pequeño monstruo de oído inigualable no se despertara.

Él no ocultó su sorpresa. Sabía que adoraba mi trabajo, que, junto a ellos dos, eran mi vida, mi felicidad, mi familia (el frío volvió a mordirme). Allí volvía siempre a ser yo y podría hablar con Jenny, mi mejor amiga y socia en el Café.

—No has faltado jamás —resumió sus pensamientos y los míos con una expresión preocupada.

Dejé que me arrebatará la taza de té para poder envolver mis manos entre las suyas. Se sentó frente a mí en el alféizar y me observó largamente.

—Me encuentro terriblemente mal —le dije sin mentir ni un poco. Él asintió—. Me duele el cuerpo y ha regresado este asqueroso dolor de cabeza, este zumbido molesto... Voy a llamar a Jenny para decirle que me cojo esta semana de vacaciones.

—De acuerdo. Quizá sea lo mejor... mientras lo cogemos... —meditó él.

—Ya...

Mis ojos volvieron a recalar sobre el paisaje y el Hudson. Mi esposo me imitó y permanecimos unos segundos callados, agarrados de la mano mientras mirábamos el exterior de una ciudad que se desparezaba antes de ponerse en marcha. El ferry acababa de atracar.

—¿Qué has pensado hacer? —preguntó al fin—. ¿Quedarte en casa toda la semana? Puedo mandarte una patrulla si quieres. De hecho, lo harán en cuanto les informe de la llamada telefónica de anoche...

—He pensado en concertar una cita con el psiquiatra ese experto en traumas —le dije con un nudo en el estómago.

Raúl buscó mi mirada y sonrió orgulloso. Sabía que estaba haciendo esfuerzos enormes para no darme una palmadita en la espalda o curvar aún más sus labios hasta la obscenidad. Sacó en silencio la billetera del bolsillo interior de su americana, y me tendió una tarjeta ajada y desgastada por los bordes.

—¡Vaya! Veo que hace tiempo que te acompaña... —exclamé con un atisbo de humor, aunque la cabeza me dolía horrores, y me guardé la tarjeta en la bata de estar por casa.

—Ya sabes que yo siempre estoy listo, nena —replicó con una mueca obscena que me sacó una risa sincera—. Oye... —se puso más serio y yo me tensé—. Hasta que no lo cojamos, he pensado que podría ser una buena idea mandar a Zachary con mis padres. Sólo por si acaso...

—¿A México él solo? —negué con la cabeza sin pensármelo dos veces—. ¿Estás loco? ¿Y si es lo que quiere? ¿Y si lo tiene previsto para cogerlo y hacerme daño? Y tus padres... están muy mayores... Podría hacerles algo, matarlos a todos... —me embalé cada vez más nerviosa.

Sentía mis propias palabras reptando por mi piel como frías babosas muertas.

—De acuerdo, de acuerdo —rectificó él antes de envolverme entre sus brazos—. Es cierto, mejor que se quede aquí con nosotros. Así estará vigilado. Un policía lo irá a buscar a la salida del colegio y a la ida lo llevaré yo.

—Mejor. No podemos permitirnos estar lejos de Zack. Tenemos que saber en todo momento dónde está, con quién y qué hace... —continuó. Ahora le apretaba yo las manos.

—Tienes razón, Zoey. Ha sido una mala idea. Y, por la misma razón, deberías llamar a tu hermana...—soltó con suavidad, como si las bombas nucleares pudieran lanzarse con cariño.

Arrugué el entrecejo. Había caído en su trampa. ¡Maldito *poli* manipulador!

—No les va a pasar nada... Él siempre ha dicho que me quería a mí, no a ellos —dijo mi cobardía con la boca pequeña.

—Tú misma has dicho que haría daño a tu familia para poder dañarte a ti. Y ya lo hizo, ¿recuerdas? Tienen derecho a saberlo, Zoey. Tu hermana, en primer lugar. Y habrá que pedir protección para tu madre en la casa y tu padre en el hospital.

—De acuerdo —tercié. Tenía razón, joder. Cómo me cabreaba eso—. La llamaré hoy sin falta, antes de llamar al trabajo y al médico para concertar una visita.

—Bien hecho. Y, por favor, si vuelves a verlo, si te llama, si sucede algo... Llámame enseguida al móvil. Te juro que esta vez vamos a atraparlo.

—Te creo —le mentí con una sonrisa tensa.

Raúl agitó la cabeza como un perro se sacude el agua (era su modo de lidiar con la frustración), y me informó entre dientes de que salía a recoger el buzón. No quería que yo lo hiciera por si volvíamos a encontrarnos con los antiguos regalos de mi acosador. Regresó al rato con los ojos llameando de furia.

—¿Qué sucede? —le pregunté sin reparar en sus manos hasta que él las alzó hacia mí para mostrármelo.

Se trataba de una pobre paloma ensartada en una especie de puñal de madera rústico. Entre el arma y el cuerpo hinchado y rígido del animal había una nueva nota que había sido escrita por la misma máquina de escribir del día anterior. Esta nota no era tan escueta. Decorada en sangre, decía: «Esta vez he vuelto para llevarte conmigo, Zoey».



—He entrado con Zack en clase. He hablado con su maestra y con la directora de la escuela para ponerles al tanto —me dijo mi marido al otro lado de la línea.

—Bien, me quedo más tranquila. ¿Qué han dicho en comisaría? —quise saber.

—Han reabierto el caso y habrá vigilancia en nuestra calle, en el colegio de Zack y en la casa de tus padres. No podemos poner más efectivos, pero llamarán al hospital para avisar de la situación y que el vigilante de seguridad se pasee más por la planta y la habitación donde está ingresado tu padre. ¿Has llamado a Alison?

—No... —reconocí —, pero iba a hacerlo justo cuando me has llamado, así que ahora tengo que esperar a que mi dulce marido cuelgue para cumplir con mi trato —bromeé para relajarme—. Raúl... ¡lo voy a hacer ahora mismo! ¡Palabrita!

No me hacía falta verlo para saber que estaba sonriendo al otro lado del teléfono.

—De acuerdo —concedió—. Infórmame de cualquier cosa, por favor. Intentaré estar de regreso a las cinco en punto, ¿de acuerdo?

—De acuerdo... —dije retirándome del móvil para pulsar la tecla roja según nuestra costumbre: ninguno de los dos nos despedíamos jamás en el móvil y todas nuestras conversaciones finalizaban con uno de los dos colgando al otro en una competición por ser más rápidos.

—Zoey... —me sorprendió su voz cuando ya habríamos dejado de hablar—. Te quiero.

—Te quiero —sonreí y colgué.

Pulsé entonces la tecla de llamada de mi hermana. Aún la tenía registrada en la agenda como «Sis». Cuatro tonos más tarde, se descolgó.

—¡Hola!

—Alison, soy yo...

—Soy Alison y ahora mismo no puedo ponerme. Como ya sabes cómo va esto, espera a la señal y deja tu mensaje. Si me interesa, te devolveré la llamada (risas alocadas por su ocurrencia). *Bye, bye!* Piiiiiiii...

—Alison. Soy Zoey. Tengo que informarte de que ha vuelto. Llámame si quieres hablar o conocer a tu sobrino, algo... —escupí sin casi darme cuenta. Mi corazón era una piscina llena hasta los topes de rabia y, en cuanto realizaba un movimiento, por pequeño que fuese, se colmaba el contenedor y las aguas negras se derramaban ahogando todo cuanto tocara—. Olvida eso. Por favor, ten cuidado. Ten mucho cuidado y protege a mamá y a papá. Habrá una patrulla en tu calle, pero no me fio. Sé que crees que os he traicionado, y es posible que tengas razón en parte, pero... bueno, ninguna lo hemos hecho bien. Te quiero. Cuídate.

Colgué sintiéndome más liviana. Incluso el frío parecía haberse ido y la migraña había disminuido en intensidad.

—Ahora a Jenny... —me animé en cuanto su número dio tono.

No tuve que esperar más de dos timbres para escuchar su voz alegre y pizpireta. Era de las que iba con el móvil a todos los lados, como un apéndice de su cuerpo. Siempre bromeaba con que su teléfono tenía más vida sexual que ella por el magreo que le daba.

—¿Zoey? ¿Por qué me llamas a estas horas si estamos a punto de vernos? ¿Qué pasa? —me ametralló ella antes de que pudiera saludar.

Jenny era así, y compartir con ella amistad o espacio era aceptar que el noventa por ciento de la conversación sería escucharla a ella y un diez restante, para hablar tú en cuanto la otra se viera obligada a hacer una pausa para respirar.

—Jenny, escúchame. ESCUCHA —repetí con firmeza—. No voy a ir a trabajar ni hoy ni el resto de la semana. Y la siguiente, pues no sé...

—¿Cómo? ¡Pero eso no puede ser! ¡Tú eres la que tienes el toque mágico en la cocina y revisas el trabajo de todos! ¿Qué pasa? ¡Si ni siquiera cerramos cuando ampliamos el local hace cinco años!

—Escucha: no quiero hablar mucho porque no sé si es seguro y no quiero ponerte en peligro, pero...

—¡Me estás asustando, Zoey! —exclamó mi amiga al otro lado—. ¿Qué cojones pasa?

—Ayer regresó, Jenny... —musité.

Decirlo en voz baja me ayudaba a mantener la ilusión de que no me estuviera escuchando. El silencio de Jenny confirmó que había comprendido.

—Está bien, está bien... —respondió tratando de parecer tranquila—. No te preocupes por nada, cielo, que vamos a cuidar del Café genial. Los chicos y yo trabajaremos tan a tope que, cuando vuelvas, nos vamos a ir de vacaciones al Caribe con lo sobrante de la caja, verás.

—Eres la mejor, Jenny —respondí riendo.

Siempre había sido mi mejor amiga después de Alison y me lo había demostrado en incontables ocasiones a lo largo de la vida, cuando muchos de nuestros allegados, amigos íntimos e, incluso, familiares desaparecieron de nuestras vidas en cuanto la tragedia llamó a nuestra puerta. Falsos de mierda... Como si la muerte y el dolor fueran contagiosos... Pero ¿qué podía decir yo cuando no

había sido capaz en once años de visitar a mi padre?

—Cuidate, y si necesitas hablar, venir a casa, que me escape a la tuya para hablar en mi hora del almuerzo, cualquier cosa que necesites, dime. Soy toda tuya, pequeña... —me dijo.

—Lo sé. Descuida, que lo haré. Tengo que dejarte. Por favor, llámame si tienes tú algún problema y recuerda que hay que llamar a los proveedores de café y al del azúcar.

—Pierde cuidado, Zoey...

—Te dejo, que tengo mucho que hacer por aquí. Te llamo esta tarde, ¿sí?

—Perfecto. Y ánimo. Verás cómo dan con él. *Ciao*.

—Ojalá. *Ciao*, Jenny.

Saqué la tarjeta que había estado acompañando a mi marido durante tantos años, la examiné como si fuera un objeto de anticuario y la coloqué sobre la mesa. Me daba pánico hacer esa llamada por lo que pudiera pasar. ¿Y si abría heridas en mí que terminarían por desangrarme? ¿Y si todo fuera a peor?

¡Oh, Dios! ¿Y si descubría lo que de verdad me pasaba? Lo sabría Raúl, lo sabrían todos... Ya no podría seguir ocultándolo más. La piel se me perló de sudor y la habitación comenzó a darme vueltas. Ya estaba de nuevo esa sensación angustiada de sentirme observada y tocada por manos que no podía ver. Escuché el sonido metálico seguido de un pitido intermitente. Iba a sufrir un ataque de pánico. Cerré los ojos con fuerza y dejé caer la cabeza sobre la misma mesa, enterrada entre mis brazos. El jadeo de un animal se acercaba a mí. Sabía que estaba en mi mente pero no podía detenerlo. Chillé. Chillé, chillé y chillé hasta que la voz se me quebró en una afonía incómoda.

Lo había superado. Había conseguido detener al ataque. Bien. Cogí la tarjeta, bañada de mis lágrimas (no recordaba haber llorado), y marqué el teléfono en mi móvil sin cuestionármelo más o no llamaría nunca.

—Consulta del doctor Fisher, ¿en qué puedo ayudarle? —me saludó una voz masculina y joven al descolgar la llamada.

Supuse que sería su secretario, asistente o lo que sea que tienen los curanderos de la mente.

—Me gustaría concertar una visita con el doctor —dije tratando de que mi voz sonara firme pero relajada.

Sonó temblorosa y patética. Maldición.

—Soy el doctor Fisher —me informó con un tono de voz divertido, como si fuera su pan de cada día—. No me gusta tener secretaria. No es paciente mía, ¿verdad?

—No, no lo soy —reconocí—. Pero...

—Ahora mismo no acepto más casos de los que ya tengo, señora o señorita...

—Señora Santana —terminé su frase. ¿Ahora que me había atrevido, él no me aceptaba?

—Como decía, suelo trabajar con casos muy especiales, traumas algo atípicos o que han dejado una huella muy profunda en el paciente, una incapacidad por salir adelante, y entenderá que eso

signifique mucha dedicación, ser selectivo con los pacientes y no aceptar más casos de los que puedo atender...

Comprendí, al escuchar sus explicaciones, que quería que lo convenciera, que vendiera mis traumas. No estaba dispuesta.

—Bueno... —titubeé.

—Además, mi método de trabajo, mi relación con los pacientes es algo atípico, poco ortodoxo... —siguió él—. ¿Me puede responder un par de preguntas?

—Quién sabe... —le repliqué mientras decidía si colgarle el teléfono o no.

La voz del médico rio. Su risa era cantarina y fresca como un arroyo, y me hizo sentir cómoda. Quizá podía confiar en él. Quizá él podía ayudarme.

—Muy bien, señora Santana. Muy franca. Eso me gusta. Dependiendo de sus respuestas a mis dos preguntas, decidiré si concertamos una primera cita. Aunque también le advierto que esto de la psiquiatría es como una cita a ciegas en el amor: si tras la primera cita, no hay *feeling* ni comodidad por alguna de las partes, no accederé a seguir el tratamiento. ¿Comprende? Por eso nunca cobro mi primera sesión —añadió entre risas.

Seguramente, ese chascarrillo se encontraba entre su repertorio habitual. Chistes del gremio de loqueros, supongo.

—Dispare... —le seguí el juego.

—Le he dicho a qué tipo de pacientes trato, señora Santana. ¿Es usted de ese tipo? Arguéntemelo.

—Lo soy. Tuve un grave accidente... —solté a la carrera, deseando llegar a meta lo antes posible—. Y, desde entonces, no soy yo. Lo soy, pero no lo soy. No me reconozco y cada día me pierdo un poco más. Tengo miedo, miedo de todo y de mí misma, doctor, pero se lo oculto a todos en una eterna mentira que me está destruyendo por dentro. Yo... —me voz se quebró para protegerme.

—Muy bien, señora Santana. Lo ha hecho muy bien —contestó el doctor con la voz seria. Ya no reía.

—¿Y la segunda pregunta?

—Has respondido la primera tan bien que ya no importa lo que conteste en la segunda porque accedo a verla, pero, dígame... ¿Cómo ha conseguido mi número? No estoy en la guía de teléfonos ni me anuncio.

—Mi marido... Bueno, el compañero de mi marido... fue paciente suyo. En realidad, el matrimonio lo fue. Ellos nos dieron su número, Stan y Julia Murray.

—Oh... los Murray... Sí —su voz sonó sonriente al pronunciar su nombre—. Mañana a las doce tengo un hueco libre —añadió sin ninguna transición mientras se escuchaba el sonido del papel cambiando de cara en un libro—. ¿Le viene bien?

—Me viene perfecto —dije con una sonrisa.

No sabía el motivo, pero me sentía mejor, mucho mejor.

—Estupendo. ¿Tiene la dirección de mi consulta? —preguntó el doctor.

—Sí, muchas gracias. Tengo una tarjeta de visita suya.

—Pues hasta mañana entonces.

—Hasta mañana, doctor Fisher. Y gracias por aceptar mi caso... —susurré.

—Bueno, eso lo veremos mañana, señora Santana. Hasta mañana.

—Hasta mañ... —Pero ya me había colgado el teléfono, como hacíamos mi marido y yo.

Devolví la tarjeta al bolsillo de mi bata floreada de lino y me fui a la ducha para limpiarme los últimos reductos febriles y de malestar.

Noche del lunes al martes, 11 de abril de 2028.

Hoboken, Nueva Jersey. Residencia de los Santana.

El lunes había finalizado sin más sobresaltos. Zack había regresado a casa sano y salvo de la mano de un compañero de Raúl y este había logrado estar de vuelta con nosotros un poco antes de las seis. Zack se mostraba algo más inquieto y curioso de lo normal por estar acompañado por los «compañeros de papá» pero no se mostraba preocupado.

Alison no me había devuelto la llamada, pero había recibido un mensaje suyo con un escueto «OK». Creo que ya es todo un récord en comunicación después de tantos años. Raúl y yo habíamos hecho el amor por fin esa noche después de dos días sin tocarnos, algo preocupante en nosotros. Aquello nos sentó bien a los dos, y nos dormimos abrazados, de nuevo unidos. Éramos un gran equipo a pesar de mis problemas y secretos.

Estaba profundamente dormida cuando algo me sobresaltó. No fue un sonido, una luz o la sensación de ser mirada, sino una intuición. El pitido de aquel chisme volvía a escucharse en mi cabeza. Me giré hacia Raúl, valorando si decirle algo, pero su cara dormida parecía tan relajada y sonriente que deseché la idea, y salí de la habitación de puntillas. Sólo iría a ver cómo se encontraba mi pequeño y, en cuanto comprobara que todo estaba bien, regresaría a arroparme con los brazos y el torso desnudo y cálido de mi esposo.

La habitación de Zack se hallaba al final del pasillo. Lo habíamos decidido así cuando fue lo suficientemente mayor para que todos pudiéramos tener cierta intimidad y no nos escucháramos. Avancé a tientas a través de la penumbra del pasillo, guiada por la barandilla de madera que lo remataba. No quise encender la luz o no se dormiría luego en la vida. Su puerta estaba entornada, como a él le gustaba. Empujé la superficie de madera tratando de ser cuidadosa y esta obedeció a mis deseos. La oscuridad no era total en su cuarto. Una pequeña rendija de luz filtrada a través del estor iluminaba la cara de mi angelito como si fuera el actor principal en una obra de teatro. Dormía profundamente en su cama de barco pirata. Junto a ella, una lucecita con una cara sonriente prendida en el enchufe terminaba de romper en parte el reinado de la noche y lo oscuro.

Sonreí. Jamás pensé que la luz antimiedos para mi hijo de nueve años me ayudara a quitármelos a

mí. Me giré para salir de su dormitorio, pero algo en su rostro me detuvo. ¿Qué era eso que tenía en la cara? Corrí hacia él ya sin cuidado ni temor a despertarlo. Tenía unas letras en sangre sobre su frente: D- D.

—¿Qué? —acerté a pronunciar.

Me humedecí las yemas en saliva y froté para limpiárselas. Seguramente, Raúl me echaría la bronca por eliminar pruebas o posibles huellas dactilares, pero estaba segura de que no encontrarían nada. Y, además, me importaba una mierda: no iba a dejar que mi hijo llevara *aquello* en la frente. Froté con saña. No se iba. Me paralizó el hecho de que Zack no se despertara con tanto ajeteo y frote en su piel. ¿Lo habían drogado?

Apliqué más presión, más saliva sobre su frente. Y nada. La ira se apoderó de mí y apreté con todas mis fuerzas. Quitaría esa puta mancha ahora mismo. La cabeza se hundió cuando cargué todo mi peso sobre ella. Podía ver su interior, como el pico de un polluelo ante la llegada de la madre. Zack seguía sin moverse y eso me enfureció aún más. Apreté, froté, restregué, me subí sobre él. Ahora era una masa informe roja, una mancha gigantesca de sangre.

—¡Límpiate, límpiate! ¡Fuera esa sangre! —grité enloquecida.

Unas manos se cerraron violentamente sobre mis brazos. Abrí los ojos.

—¡Joder, Zoey! ¡No conseguía despertarte! —gritó asustado Raúl.

Incapaz de decir nada, me miré las manos ensangrentadas para enseñárselas, pero estaban limpias.

—¿Y toda la sangre? —pregunté perpleja—. Ahora vuelvo, Raúl. Quiero ver a Zack.

Ya había huido de nuestro dormitorio mucho antes de que él me replicara. Repetí el trayecto a oscuras, igual que en mi sueño, y, del mismo modo, empujé la puerta hasta toparme con la carita de mi pequeño Zack. Sonreía.

Pero yo no. Mi piel se erizó en cuanto puse un pie en su cuarto. Junto a su cama, en la esquina de la derecha que no recibía un ápice de luz, sentí moverse algo, una sombra reptando y retrocediendo hacia el hueco de la pared para no ser visto. Abrí la boca. No había sonidos ni saliva en ella. Entonces escuché la respiración tosca de un hombre y una especie de fuelle u objeto que se encogía una y otra vez. Avancé aterrada, pero lo hice. Era mi hijo. Toqué la frente de Zack y entonces me enfrenté a la sombra, que murió engullida por mis ojos. No había nada ahí delante. Joder.

Mi pequeño gimió algo. ¡El sonido procedía de su garganta! Entonces me pregunté cómo sería arrancársela para que detuviera ese ruido, cómo sería hacer lo del sueño y bañarme en su sangre. Me até las manos la una a la otra horrorizada y salí a la carrera de la habitación. ¿A quién le podría contar aquello? A nadie. Ni siquiera a ese psiquiatra...

Capítulo 3

Viernes, 14 de abril de 2017. 08:17 a.m.

Nueva York. Avenida Lexington

— Zoey, cariño! ¡Es un *stop!* —había gritado papá antes de que mi hermana pudiese reaccionar y detener el vehículo.

Un camión de mudanzas estaba a punto de embestirnos a nuestra derecha. Zoey consiguió dar un volantazo hacia la izquierda al tiempo que pisaba el pedal del freno, y nuestro monovolumen invadió el carril contrario, por el cual circulaba, a toda velocidad y a nuestro encuentro, un hombre en moto. El motorista maniobró para sortear el impacto, pero no tuvo nada que hacer cuando el enorme camión se echó sobre nosotros y nos arrastró con violencia sobre el asfalto y su propia existencia.

La colisión me sacudió como a una muñeca de trapo y mis ojos se quedaron clavados en el reloj del salpicadero, las ocho y diecisiete horas de la mañana, mientras se sucedía una confusión de ruidos y movimiento que hicieron enloquecer a mis oídos.

El camión nos había golpeado con tanta brutalidad que el cuerpo de Black salió despedido a través de la vieja red de protección, impactó con la cabeza de papá y continuó su trayectoria hasta atravesar la luna delantera. Recuerdo su llanto lastimero y aterrorizado al sobrevolarme dentro del vehículo; el violento choque contra el cristal de la cabeza de papá, convertida en ariete para nuestro perro, antes de que este aterrizara sobre la carretera a varios metros de nosotros.

Recuerdo también la lluvia de cristales y sangre (la de papá, la de Black... o ambas, no sé) salpicándome la vista y la ropa, clavándose en mi piel. Recuerdo el sonido de la moto derrapando en el suelo entre chirridos, chispas y gritos de horror. Recuerdo un crujir de huesos espantoso y el último el quejido de dolor de nuestro amado Black al impactar contra el suelo.

Mis ojos estaban teñidos de sangre, me pitaban los oídos y me sentía tan conmocionada que mi

cerebro no había llegado a procesar ni la mitad de los acontecimientos que se sucedían a mi alrededor. Tenía miedo. Mucho. A pesar de la distancia, podía ver la postura tan antinatural de su cuello... Traté de moverme del asiento para correr hacia mi peludo y reparé en que no podía moverme. Me sentía clavada al asiento. Bajé la vista hacia mi regazo y comprobé horrorizada que mi pierna derecha estaba apuntalada bajo una enorme pieza metálica que me había atravesado la femoral.

Moriría desangrada en breve si no detenía la hemorragia. La miré de nuevo. Tenía muy mala pinta. El hierro me la había seccionado en tres partes, aunque no sentía dolor, seguramente a causa de la adrenalina.

Escuché gritos de fondo. Ahora sé a quiénes correspondían, pero en ese momento no supe reconocer las voces. Giré la cabeza a mi derecha buscando a mamá. Un segundo hierro estaba explorando su garganta, aferrado a ella de modo hostil, y apenas podía emitir un gorjeo ahogado en sangre. Sus ojos desorbitados perseguían mi mirada. Había miedo en ellos, dolor y cierta sorpresa asombrada del que no consigue creer lo que está sucediendo.

—Mamá... —gemí sin atreverme a tocar algo más que su mano izquierda. Ardía.

Ella trató de decir algo, pero la burbuja de sangre se llevó sus palabras y las ahogó entre sus olas. Zoey lloraba en el asiento delantero tratando de despertar la cabeza dormida de papá, que seguía inmóvil e incrustada en la luna.

—¿Estáis bien ahí detrás? —preguntó mi hermana llorando sin girarse a mirarnos.

—Mamá tiene un hierro clavado en la garganta y mi pierna está destrozada —lloriqueé—. ¿Y tú? ¿Y papá? ¿Por qué no se mueve?

Zoey se giró hacia nosotras con lentitud cautelosa, casi estudiada. No se esforzó en reprimir el llanto al encontrarse con el rostro de mamá. Apretó los labios con fuerza y dijo:

—Yo estoy bien, pero tengo que salir ahí fuera para ver si los otros también lo están. Lo comprendes, ¿Ali? —me preguntó ella.

Asentí. Pero no entendía una mierda. Ella pareció adivinar mis pensamientos, como acostumbraba, y esbozó una sonrisa dolida.

—Es mi responsabilidad, mi culpa. Yo me he saltado el *stop* y ahora debo comprobar si están bien, si los de fuera están bien y necesitan ayuda —me explicó—. Llama a la policía y pide una ambulancia, Alison, si es que no lo ha hecho alguna de esas personas que nos miran...

—De acuerdo... —asentí, y saqué el móvil sorprendida. Estaba tan intacto como antes del accidente.

Sé que no llegué a marcar ningún número y también recuerdo el porqué. Un grito de mi hermana. Alcé la cabeza hacia ella. No podía verle el rostro, pero sí su postura rígida apuntando hacia la ventanilla de su puerta. Desvié la mirada hacia el exterior y me encontré con el tambaleo de un hombre que caminaba hacia nosotras. Tenía medio casco roto y el otro medio incrustado en su propia cabeza. Zoey se esforzaba en vano por abrir la puerta del piloto y quitar el sistema de bloqueo del coche. Finalmente, se dio por vencida y se conformó con bajar la ventanilla cuando el motorista ensangrentado estaba ya sobre ella.

Sus ojos grises imploraron ayuda. Unió su manos rotas y sangrantes, y las introdujo en nuestro

coche. Estaba rezando.

—Por favor —dijo—. Mi hijo...

—¿De qué habla? —chillé histérica al comprender.

Barrí la calzada con los ojos temblorosos y cobardes. A unos veinte metros del cuerpo rígido de Black había un amasijo metálico que reconocí como la moto del hombre roto. Mis ojos saltaron de un extremo a otro del asfalto hasta chocar con un nuevo bulto. Se trataba del cuerpo menudo y estático de un chaval de unos ocho o nueve años. Vestía una sudadera blanca de los Lakers que se había teñido de rosa y unos pantalones vaqueros. Sólo llevaba una zapatilla. La otra dormía olvidada en la carretera junto a un charco de gasolina y sangre, donde había tenido lugar el primer impacto, antes de que fuéramos arrastrados hacia la izquierda por la inercia del camión.

—Por favor... —repitió con ansiedad antes de que vomitara sobre Zoey un líquido espeso y tan oscuro que parecía negro. Pero era sangre.

Mamá emitía ruidos imposibles, papá seguía sin despertar. Zoey y yo gritamos al unísono y entonces... entonces la vista se me nubló y me desmayé. Había perdido demasiada sangre. No podría decir si lo siguiente que recuerdo fue realidad o ficción, si lo vi realmente o lo soñé, pero a ratos levantaba los párpados y escuchaba un frenesí de sonidos y movimiento a mi alrededor. Sirenas, policías, sanitarios. Me veo sacada del coche en volandas para meterme en una ambulancia. Veo a mi madre en una camilla. A los bomberos cortando nuestro monovolumen para liberarme. A Black olvidado en el suelo. Al hombre roto que llora por el niño que no se mueve y que está todavía más roto. Veo a otros hombres rodeando a papá. A Zoey que sale por su propio pie buscando mis ojos. Veo la zapatilla deportiva Nike junto al charco, esperando quizá el regreso de su hermana gemela. Veo todo borroso, todo desordenado y no sabría decir en qué orden ocurrió todo aquello.

Sin embargo, ocurrió. Y ocurrió a las ocho y diecisiete horas de la mañana, el viernes 14 de abril de 2017, en la avenida Lexington con la 42, a un kilómetro escaso de nuestro pequeño negocio familiar.

Capítulo 4

Once años más tarde. Martes, 11 de abril de 2028. 11: 45 a. m.

Manhattan. Consulta del doctor Fisher.

Aparqué el coche en la zona para invitados del *parking* del edificio, una mole de cemento carente de aspiraciones estéticas más allá de su funcionalidad. El ascensor del aparcamiento, señalado con un rótulo luminoso que recordaba a otro tipo de negocios, permitía acceder al interior del inmueble sin tener que entrar desde el exterior ni cruzar el vestíbulo. Máxima discreción. Hizo que me preguntase qué tipo de personas o de negocios se darían encuentro en aquel edificio fantasma donde no vivía nadie, compuesto íntegramente por oficinas, despachos o consultas.

El elevador estaba recubierto de paneles de falsa madera combinada con contrachapado, acompañado de un pasamanos de color dorado y un espejo de cuerpo entero en la pared del fondo. Remataba el conjunto un horroroso suelo de moqueta en tonos púrpura que, además de ser el colmo del mal gusto, era la antítesis de la funcionalidad en un sitio de paso y tránsito continuo como aquel. Curiosamente, la moqueta se mantenía en buen estado, sin suciedad, roturas o quemaduras de cigarro. Pulsé el botón de la sexta planta aferrada a mi bolso y a mis nervios mientras la música del ascensor cumplía su labor exasperante de aumentar mi crispación (siempre he pensado que la persona que tuvo en su día la ocurrencia de incluir esa musiquilla infernal tanto en las llamadas en espera como en los propios ascensores sabía lo que se hacía: era un jodido psicópata que buscaba dar rienda suelta a sus instintos de tortura sin ser castigado ni encarcelado por ello). Esa idea no me ayudó demasiado a relajarme y acabé abrazándome al bolso con más fuerza aún. Me angustiaba no saber cómo se iba a desarrollar mi encuentro con el psiquiatra. Estaba preparada para correr si me sentía acosada o incómoda por un exceso de preguntas. La señal acústica me informó de que había llegado a mi destino y las puertas del ascensor se abrieron para darme la bienvenida.

La moqueta del ascensor resultó ser una prolongación de la del pasillo. Sin palabras. En la pared

de frente al elevador, junto al extintor de incendios, se leía un panel informativo sobre las empresas que se hallaban en esa planta y su ubicación exacta. Busqué la consulta del doctor Fisher y tomé el camino de la derecha atendiendo a las indicaciones del panel.

—«Consulta del Dr. Fisher» —leí en voz alta la chapa sobre la puerta—. Aquí es.

Comprobé la hora en el teléfono móvil. Todavía restaban diez minutos para nuestro encuentro. Dudé un segundo sobre mis opciones y, finalmente, me convencí de que la puntualidad jamás había matado a nadie. Ese pensamiento me provocó un pinchazo en el estómago. Me doblé ligeramente sobre la zona dolorida hasta que la sensación desapareció y hundí el dedo índice en el timbre.

La puerta se abrió sin tardanza. Tras ella se asomó la cara risueña de un hombre excesivamente joven y apuesto, que tenía más apariencia de modelo que de doctor. Me asombró encontrar en mí prejuicios, ideas preconcebidas respecto al físico, pero, si era honesta conmigo, cada vez que pensaba en una mujer psiquiatra, mi mente dibujaba enseguida la imagen de una mujer atractiva, elegante y sofisticada; y, en cambio, si trataba de imaginarme a un psiquiatra varón, este resultaba ser en mi cabeza un hombre de edad avanzada, presumiblemente con calvicie y barriga prominente. Le eché la culpa a la cultura cinematográfica que había manipulado el ideario colectivo y sonreí. Él me la devolvió.

—¿Señora Santana? —preguntó dubitativo e inmóvil en el umbral. Asentí—. Llega usted... —comprobó su reloj de pulsera—, ocho minutos antes de lo previsto. La puntualidad es una preciosa virtud, pero... Pase, pase. —Se hizo a un lado para dejarme entrar y obedecí—. Pero, si hubiera más ocasiones en el futuro, le ruego tenga en cuenta que podría estar interrumpiendo la consulta del paciente anterior a usted —añadió manteniendo su sonrisa.

No había reproches en sus gestos ni en su voz. Solo era pura información, natural y sin crítica, que me recordó a mi antiguo «yo». Me gustó.

—Lo lamento y lo recordaré, se lo prometo. Si es que me acepta como paciente... —le aseguré con la mirada puesta en él.

El doctor cabeceó complacido y amplió la curvatura de sus labios. Poseía una sonrisa fácil y acogedora, y una voz suave que te arrullaba al hablar dijera lo que dijera. No podía dejar de mirarlo. Su indiscutible belleza me resultaba un tanto anacrónica en su profesión, fuera de lugar, incluso vagamente familiar. Él intuyó mis pensamientos. Seguramente, mirarlo con cara de pez muerto, con la boca abierta y los ojos fijos, le ayudó bastante en sus conclusiones.

—¿No soy el venerable anciano barrigón con gafas y aspecto de intelectual que esperaba, eh? —dijo sin ocultar la risa ni molestarle.

Debía de estar tan acostumbrado a la reticencia inicial de sus pacientes que tenía preparado el chascarrillo. Seguro que lo empleaba de forma recurrente en cada primera consulta.

—Cierto. No lo es. —sonreí con timidez—. Pero es que, además, me parece usted tan joven para su profesión si me permite decírselo... Mi marido me contó que fue usted quien ayudó a los Murray, hará unos cinco años, a superar la pérdida de sus mellizos.

—Así es. Bueno, ¡qué se le va a hacer! —exclamó entrecerrando los ojos y llevándose una mano a la nuca—. He sido agraciado con una buena genética, pero soy mayor de lo que aparento en realidad. ¿Viene conmigo a la consulta? —añadió justo antes de darse la vuelta y caminar hacia el lado opuesto sin asegurarse siquiera de si lo seguía o no.

Miré dudosa la puerta principal. Todavía estaba a tiempo de irme. Sabía que no debía bajar la guardia con él y que, bajo ese aspecto de camaradería informal, de inofensiva cháchara de cafetería, se escondería un método estudiado para romper el hielo con los pacientes, para hacerles sentir cómodos y que hablaran más de la cuenta en cuanto se relajaran. Y yo no estaba dispuesta a... ¡Ya estaba de nuevo la paranoia! Esos pensamientos no eran míos. ¡No lo eran! Decidí seguirlo.

—¿Le han dicho alguna vez —pregunté a su espalda tratando de ser valiente y no darme la vuelta — que es idéntico a...?

El doctor rompió a reír entonces sin detener su avance por el pequeño pasillo ni girarse hacia mí. Eran carcajadas reales y alegres, no impostadas, atípicas en una situación como esa. Realmente, el doctor no respondía al estereotipo que tenía en mente de un psiquiatra. Era un sujeto extraño en sentido positivo. Quizá...

—Al actor Rob Lowe cuando era un muchacho, ¿verdad? —concluyó mi frase al llegar a destino.

Se había detenido frente a una puerta para cederme el paso. Crucé el umbral seguida de él. Estábamos en una enorme sala rectangular que sorprendía por su luminosidad, amplitud y buen gusto. Definitivamente, su decorador de interiores no era el mismo que el del edificio.

—Sí. Ya se lo habrán dicho más veces, claro... —deduje azorada mientras miraba el espacio de reojo.

—Millones de veces. ¡Quién sabe! Si un día me canso de la psiquiatría, quizá me dé por ser actor... —soltó con jovialidad.

Era extraño. Todas mis dudas, mis nervios y reticencias se habían difuminado en presencia de Fisher. Podía concluir que tenía un talento innato para inspirar confianza y hacer que uno se sintiera a gusto y a salvo. Sonreí.

—¡Quién sabe! —repetí yo.

—Señora Santana... —me dijo con una voz ligeramente más seria sin que, por ello, sus labios abandonaran aquella curva que parecía innata en ellos—. Debo informarle de que hace cinco minutos que empezó la consulta, pero, si busca usted un psiquiatra más «clásico», podríamos dejarlo aquí y yo le recomendaría un par de nombres sin problema. Ya le expliqué por teléfono que soy un terapeuta inusual, con métodos poco ortodoxos, diseñados para casos complejos.

—¡Si no le he contado nada! ¿Dice que hace rato que me está examinando? —pregunté desde la sorpresa.

—Solo desde que se acercó a mi puerta, miró la hora y decidió comenzar la sesión antes de tiempo —reconoció él sin apartar sus ojos azules de los míos ni mostrar un poco de pudor por haberme espiado.

Abrí la boca y tuve que cerrarla al rato porque ignoraba qué responder. Quería que me aceptase como paciente pese a la sensación de haberme metido en un juego del que no tenía conocimiento ni sabía las reglas. Esboqué una sonrisa en su lugar y aguardé a que dijera él algo, pero continuó mirándome con una expresión divertida.

—¿Parecer tan excéntrico no vuelve a sus pacientes aún más chalados? —me escuché decir. Yo jamás lo habría dicho eso antes de *aquello*.

Bueno, podría haberle dicho cosas peores... Mi pregunta le había cogido absolutamente desprevenido a juzgar por su mueca de sorpresa. Me tragué una risa nerviosa y culpable ocultándola bajo la palma de mi mano, y le sostuve la mirada.

—Señora Santana, mis pacientes no están locos, o no más que usted y que yo —contestó encogiéndose de hombros—. Solo han experimentado importantes sucesos traumáticos. Eso sí, tan graves que requieren de ayuda externa para curarlos y seguir adelante. Me gusta considerarme más un sanador de almas que de mentes...

—Discúlpeme —le pedí con una nueva sonrisa—. Nunca he tenido buena opinión de los psiquiatras, es cierto. Tampoco quiero resultar impertinente, doctor, pero lo que acaba de decir... ¿no suena más a curandero o charlatán que a un verdadero doctor en psiquiatría?

El médico esbozó una sonrisa brillante que hizo que me sintiese odiosa.

—El alma y la mente están tan conectados, señora Santana... Veamos si, al final de nuestro encuentro, ha cambiado un poco la mala opinión que tiene de mi profesión. ¿Quiere tomar asiento, por favor?

Su invitación me animó a observar con más detenimiento la sala, tan amplia que daba la impresión de ser una vivienda reconvertida en una única estancia diáfana. La pared frontal daba cobijo a dos grandes balconadas que se comunicaban entre sí en una terraza. Impresionaba que el tosco edificio que se veía desde fuera escondiera esas preciosas vistas y tanta luminosidad. El mobiliario era una mezcla ecléctica de estilos dispares donde se combinaban con acierto elegantes muebles de madera y hierro con telas suaves, libros y multitud de detalles coloristas como cojines, plantas y una pequeña fuente artificial.

—¿Dónde me siento? —dije al rato preguntándome si la elección del asiento sería alguna prueba para decidir si aceptarme o no.

—Donde guste... —contestó con naturalidad.

Seguíamos los dos de pie, aunque tampoco me resultaba incómodo. Me olvidé de su sonrisa un momento para estudiar de nuevo el espacio y decidirme. A la derecha se encontraba su rincón de trabajo, con un escritorio de madera robusta, repleto de papeles que se amontonaban sin compasión alrededor de un ordenador. A su lado, una impresora multifunción; en el suelo, una papelera; y un archivador metálico castigado en la pared demasiado similar a los de los hospitales o comisarías. El espacio restante lo habitaban la pequeña fuente rodeada de plantas; un rincón precioso que me recordó a mi Café, formado por una mesa redonda de hierro forjado y un par de sillas a juego; una pequeña barra de bar acompañada de un taburete alto; a su lado, anclada en la pared, una televisión de plasma; las dos paredes libres estaban vestidas de estanterías repletas de títulos; y, en el centro, dos enormes sofás blancos, uno frente al otro, como si estuvieran manteniendo una conversación. Pegado a uno de ellos, una discreta mesa auxiliar con cajonera.

Lo miré interrogante. No veía ninguno de esos famosos divanes donde la deprimida ama de casa de turno se tumbaba para matar de aburrimiento al doctor mientras este se planteaba volver a subir sus escandalosas tarifas porque eso no hay dios que lo aguante...

—¿No le gusta el rincón del café, o los sofás, señora Santana? —me interrogó curioso.

—Buscaba el diván... —reconocí.

—No tengo nada de eso. ¿Qué le parece si tomamos un café en el rinconcito? Es el lugar que suelen escoger mis pacientes en la sesión cero...

Tenía la mano extendida hacia la izquierda, señalando hacia la mesita redonda.

—Me parece bien. Es agradable... —concordé.

—Señora Santana... —comenzó a decir en cuanto nos acomodamos en nuestros asientos con un café entre las manos.

—Llámeme Zoey, por favor... —pedí al notar un cambio sustancial en él. Se había puesto serio.

Rodeó la taza con sus manos y asintió clavando su mirada azul en mí.

—Como desee entonces, Zoey. Si al final acepto tratarla, debe saber un par de particularidades sobre mi método para que usted también pueda pensárselo. La primera, que mis «excentricidades», como las ha llamado usted —sonrió abiertamente, en verdad divertido—, responden a una finalidad práctica que persigue analizar pautas de comportamiento, reacciones ante diversos estímulos. Yo registro esas reacciones, las estudio, las valoro y las comparo con otras situaciones previas similares. Nada en mi consulta es gratuito o arbitrario...

—¿Y por qué me advierte entonces? —pregunté extrañada—. ¿No cree que eso alterará mi primera respuesta, la natural, por otra más forzada al saber que estoy siendo examinada, que todo tiene un propósito... incluso este café que estamos compartiendo?

Fisher movió la cabeza de arriba a abajo.

—En principio, sí. Pero yo analizo otras respuestas. —Se llevó la taza a los labios y dio un sorbo largo con los ojos entrecerrados—. Lo segundo que debe conocer y aceptar son mis reglas, aunque son solo dos y muy sencillas. Eso sí, sagradas.

—¿Y son? —pregunté al ver que no proseguía.

Seguramente estuviera midiendo en ese momento mi paciencia, los tiempos de respuesta... No creía que fuera a aprobar con nota. Bueno, si me rechazaba como paciente, Raúl ya no podría echarme en cara no haberlo intentado. Ya había cumplido mi parte: estaba aquí, había acudido a un psiquiatra...

—La primera norma es que jamás se abandona una sesión a la mitad (salvo que exista una buena razón, por supuesto). JAMÁS —enfaticó. Me vi obligada a asentir. Era una norma muy razonable—. La segunda, y aún más importante que la primera, es la sinceridad. Toda relación se basa en la confianza, y no puede haber confianza si una de las dos partes no es sincera. Si uno miente, aunque sea una vez, esa confianza se rompe y la relación médico-paciente se disolvería. Una mentira, solo una, e interrumpiremos el tratamiento. Por supuesto, en las sesiones, usted es libre de hablar y actuar con total libertad. Así, por ejemplo, si yo le preguntara por algo que le incomodase (que lo haré, porque es mi trabajo registrar sus respuestas), si le pregunto cualquier cosa de lo que no quiera hablar, puede decirlo sin problema. Responda con franqueza y dígame: «No puedo. No quiero. No me apetece hablar de esto ahora. O nunca». Yo no obligo, no presiono, no sonsaco... Tengo otros métodos. Únicamente hablaríamos de lo que usted quiera o necesite en ese momento. No olvide que podrá rechazar mis preguntas siempre que desee, o guardarlas para un futuro en el que se vea capaz de afrontar su respuesta, pero no responder con una mentira. La sinceridad, Zoey, es la clave.

Escondí las manos en mi regazo bajo la mesita, a salvo de la mirada del médico, para que no me delatara mi nerviosismo. Me había habituado tanto a engañar en los últimos años a mis seres queridos y a mí misma que no sabría si podría detenerme.

—Zoey, ¿comprende las reglas y las acepta? —inquirió él.

Me estaba analizando a pesar de su sonrisa amistosa y cercana.

—Sí, de acuerdo. ¿Podemos tutearnos y llamarnos por nuestro nombre de pila? Quizá así me sentiría más cómoda... —sugerí.

Él negó de inmediato.

—Verá... —Acomodó su espalda en el respaldo de la silla marcando distancia—. Como le dije por teléfono, me gusta comparar las relaciones en psiquiatría con las citas a ciegas. Vas, compruebas si hay atracción o interés mutuo y, en caso afirmativo, vuelves a quedar con esa persona. Unas citas más tarde, si la cosa va bien, surge el beso, el encuentro sexual y, más adelante, el amor y la confianza. Pero todo eso no ocurre en la primera cita, ¿verdad que no? —Me encogí de hombros. Yo no era tan tradicional—. Pues emplear nuestros nombres propios, tutearnos en una sesión cero, sería como saltarnos todas esas citas necesarias para que haya una confianza establecida. Sin embargo, si gusta, la llamaré Zoey.

—Entonces hay una tercera norma —repliqué—. No tutearse hasta que haya una relación formal y estable... —bromeé.

Mi observación le agradó por el modo en que me devolvió la mirada.

—Puede decirse que sí, sí —se mostró de acuerdo—. No lo había visto de ese modo, pero está en lo cierto.

Se levantó del asiento, cruzó la sala hasta alcanzar su escritorio y regresó garabateando algo en un cuaderno de anillas que situó junto a su taza de café. A continuación, me dirigió una mirada interrogante. Supe que había llegado el momento. Preguntas.

—Bien, Zoey. Necesito algunos datos para elaborar su ficha. Su marido es el detective Santana, ¿verdad? —preguntó de pronto.

—Sí... —respondí en actitud defensiva—. ¿Cómo lo sabe?

Su risa volvió a llenar la habitación. Tenía el efecto balsámico de las gotas de lluvia, y realmente la sentí como rocío bañándome la piel.

—Oh, no tiene ningún misterio, créame —respondió—. Trabajo hace doce años con la policía y los conozco a casi todos. Colaboro además con el departamento como asesor en varios casos. Simplemente, me dijo usted ayer que venía recomendada por Stan Murray, que es agente de policía, y añadió que era compañero de trabajo de su marido. Además, su apellido latino me lo puso fácil. Solo conozco a un Santana en el cuerpo de Nueva York, el detective Santana.

Asentí. Pues claro, qué tonta...

—Y, hablando de su ficha, debo decirle que me tiene usted intrigado. Le explico: cuando se produce una situación violenta en extremo (hablamos de matanzas, pérdidas bruscas e impactantes, de soldados que han vivido conflictos bélicos o civiles supervivientes de guerras o campos de concentración) —Puse cara de escepticismo—. Oh, sí... Le sorprendería saber cuántos existen en

la actualidad, Zoey, y más cerca de lo que cree. Bueno, decía que cuando se da una situación de esa envergadura, tanto la policía como el ejército asesoran y guían a las víctimas para que acudan a profesionales especializados en sus traumas. Como yo. Y, bueno, el protocolo actual establece que deben enviarme una ficha previa con los datos generales del caso y de esa persona que puede requerir mi ayuda. No hay nada suyo en mi ordenador, señora Santana; ningún accidente reciente.

La inquietud me hizo revolverme en el asiento.

—¿Accidente? —repetí.

El loquero con pinta de galán de cine se atusó el pelo con las manos y me miró con cara de circunstancias.

—Sí, el accidente que sufrió...

—Yo... —silabeé desorientada—. No recuerdo haber dicho eso. ¿Eso fue lo que le dije?

—Usted aseguró... —Cogió el cuaderno de anillas y retrocedió una página—, cito textualmente, «Tuve un grave accidente y desde entonces no soy yo». —Levantó los ojos de la hoja y me observó con curiosidad.

—Yo... No sé. Imagino que dije lo primero que se me ocurrió. ¿No huele eso, doctor? —pregunté. Estaba empezando a marearme y a ponerme enferma de veras.

—¿El qué?

—Ese olor a flores. Tulipanes, son tulipanes. ¿Tiene usted tulipanes por aquí cerca? —quise saber mientras me doblaba sobre mi estómago intentando reprimir una arcada—. No soporto los tulipanes —confesé sin saber por qué—. Antes eran mis favoritos, pero ahora los odio. Su aroma me enferma. ¿No lo huele?

—No, no huelo nada —negó él—. Zoey, ¿debo entender entonces que no hubo ningún accidente?

—No. Eso es —aseguré entre el vértigo y la náusea con la cara cada vez más próxima a mis rodillas.

Escuché su estilográfica caligrafiando las hojas antes de que su mano silenciosa se posara en mi hombro.

—¿Se encuentra bien? —me preguntó su voz. Sonaba lejana a pesar de su proximidad.

El aroma a tulipanes muertos desapareció entonces ante su contacto, tan misteriosamente como había venido. Era la misma sensación, aunque menos intensa, que experimentaba cada vez que trataba de entrar en el *Medical Center* para ver a papá.

—Ya estoy mejor, gracias —musité después de erguirme en mi asiento.

Fisher se dio por satisfecho y volvió a acomodarse en la silla.

—Me ha mentado... —dijo en un susurro asombrado después de tamborilear el cuaderno con la pluma.

Levanté el cuerpo y la cabeza de inmediato.

—Bueno, técnicamente solo... —me defendí, ya recuperada del todo del mareo—. Aún no me había dicho las reglas, ¿no?, así que no podía romper algo que todavía no existía...

De repente necesitaba con desesperación que aquel extraño médico de sonrisa generosa y actitud desconcertante me aceptara.

—Es curioso... —dijo en voz alta al tiempo que se acariciaba su mentón cubierto por una fina barba de dos o tres días—. Hay un proverbio hindú que defiende que en toda mentira se esconde siempre una verdad. ¿Cuál es la verdad que esconde su mentira, señora Santana?

No se me pasó por alto el hecho de que había regresado a mi apellido.

—Si no me acepta, jamás podré hablar de ello con nadie... —dije en una súplica.

Su semblante se suavizó y recuperó su sonrisa eterna.

—Las personas ocultamos muchos secretos, Zoey, unas de forma consciente, otras de forma inconsciente. Pero, hasta ahora, no me había topado con alguien cuya primera palabra al conocerme fuera ya una mentira. Normalmente, la frase inicial con la que un paciente me explica qué le sucede, por qué está aquí y qué necesita de mí es a menudo más relevante que cualquier otra cosa que diga con posterioridad. No obstante, usted mentía. Dígame entonces cuál es su motivo real. La escucho...

Tragué saliva y asentí. No podía acusarlo a esas alturas de no haberme concedido tiempo para prepararme.

—Seguramente no lo recuerde puesto que han transcurrido muchos años de aquello, pero quizá le suene lo que los medios bautizaron como «Los asesinatos de la 38»... —comencé en un susurro. Me costaba hablar de ello. Siempre.

—¿Los de la calle 38 en Chelsea, Nueva York? —preguntó él.

Asentí incrédula.

—¿Se acuerda?

—Tengo memoria eidética... —contestó el hombre. Negué con la cabeza para hacerle saber que desconocía el término—. Una especie de super memoria de elefante... Como Sheldon Cooper, pero en *sexy*... —me explicó entre risas y yo me uní a él. Su risa era contagiosa.

Definitivamente, nunca me habría imaginado así a un terapeuta, es cierto. Me los imaginaba a todos con un palo metido por el culo, estirados y engreídos. Comprendí que, si el doctor conseguía hacerme reír pese a mi estado y que me sintiera tranquila, no podía estar en mejores manos.

—Pero tampoco tiene ningún mérito —continuó—. Cuando sucedió aquello, yo llevaba pocos meses como terapeuta y leía con atención todos los sucesos locales para prepararme. Poco después me enviaron las fichas de las hermanas Miller para que las tratara, pero nunca vinieron a mi consulta. ¿Es usted una de ellas?

Arqueé una ceja y asentí con la boca abierta por la sorpresa.

—¿Recuerda incluso mi apellido? ¿Mi hermana también rechazó la terapia?

—Sí... Pero bueno, después supe por los periódicos que lo habían atrapado...

—Por favor, no mencione su nombre —le interrumpí con la mano levantada. Él volvió a anotar algo—. En mi entorno lo llamamos *él*, sin nombres. Es más fácil así. Lo atraparon, como dice,

pero escapó poco después.

Fisher mostró sorpresa.

—No sabía nada al respecto...

—Porque la policía creyó oportuno mantenerlo en secreto. Pensaron que, si conseguían ocultárselo a los medios, no se desataría el pánico y, además, podrían capturarlo más fácilmente, pero... —me callé.

—No fue así. —Negué con la cabeza—. Comprendo. Y a mí tampoco me pusieron al tanto dado que ninguno de los afectados erais pacientes... Pero, después de tantos años, ¿qué le ha hecho cambiar de opinión y acudir ahora a mí? —me preguntó con los ojos agrandados por la curiosidad.

—Ha vuelto. *Él* ha vuelto. Hace tres días —grité las palabras en mi cabeza, pero llegaron a mis labios convertidas en un susurro entrecortado.

Sus labios dibujaron una línea recta en esa ocasión, carraspeó y se inclinó hacia mí.

—Dios santo. Mire, necesito que se sienta relajada antes de que me responda a un par de preguntas sensibles, así que le voy a proponer una pequeña actividad. Si es tan amable, cierre los ojos un segundo e imagínese un día perfecto y feliz para usted —dijo en tono alegre, como si estuviéramos hablando de nuestras vacaciones—. Cuando lo haya visualizado, quiero que me lo cuente mirándome a los ojos.

Levanté las cejas a modo de interrogación.

—Es una de mis excentricidades, ya sabe —me explicó antes de guiñarme el ojo—. Pruebe a hacerlo y dejaremos lo más delicado para otro día, ¿quiere?

«Para otro día», había dicho. Eso significaba que acababa de aceptar mi caso. Me permití regalarle una sonrisa agradecida y él imitó el gesto con un asentimiento de cabeza. Su confirmación me hizo sentir bien. Cerré los ojos y comencé:

—Mi día perfecto comienza haciendo el amor con mi esposo —sonreí sin poder evitarlo—. Después Zachary vendría a nuestro dormitorio a «despertarnos» para desayunar en familia: zumo de naranja, té y gofres. Por supuesto, sería domingo, mi día de descanso en el Café. Raúl no tendría trabajo ni el pequeño iría a la escuela. En un día perfecto, *él* no existiría y no me acordaría de lo que nos hizo. En un día perfecto, Alison tendría sus dos piernas, papá estaría despierto y mamá no se pudriría en esa silla de ruedas sin habla ni movilidad. Todos estarían totalmente sanos y felices. Les habríamos invitado a comer a nuestra casa y mi hermana habría aceptado porque nunca habríamos dejado de hablarnos y querernos. No existiría eso de echarnos la culpa de nada la una a la otra. Paul, su marido, también vendría. Después iríamos a tomarnos un helado todos juntos entre risas y nos contaríamos anécdotas de la semana después de haber discutido nuevas recetas de pasteles o ideas para el Café. En un día perfecto, Zack jugaría con sus abuelos, con su tía... —terminé con los ojos llenos de lágrimas—. ¿Qué tal lo he hecho?

—Muy bien, Zoey. Lo ha hecho muy bien. Estamos a punto de finalizar por hoy. Únicamente voy a recuperar una cuestión anterior, pero me gustaría pedirle permiso primero para poder grabar sus respuestas a partir de ahora. No lo haré si usted no lo desea, pero piense que esas grabaciones podrían sernos muy útiles en su recuperación, tanto para mí como para usted...

—¿Las verá alguien además de usted? —dudé.

Ahogó una risa breve y negó con rotundidad.

—No, nada de lo que diga o haga en esta consulta saldrá de aquí ni lo sabrá nadie más. Secreto profesional, ya sabe —apuntó con una sonrisa de escándalo merecedora de varias demandas judiciales por echarle a perder el género al gremio de heladeros.

—De acuerdo... —consentí.

Fisher se levantó de la silla, se agachó ligeramente para pulsar algún botón escondido en la mesa auxiliar junto a uno de los sofás, y se giró hacia mí sonriente con más velocidad de la que yo aparté mis ojos de sus glúteos. Retiré la mirada aprisa y me reocriminé por mi ancestral debilidad por esa zona anatómica del ser humano.

—Ya está —dijo en cuanto se sentó de nuevo—. Voy a leerle las palabras que dijo después de mencionar el falso accidente. Querría que me contara qué hay de verdad en ellas, si es que hay algo, y que me explicara esas palabras un poco más. Medite sobre ello antes de responder, se lo ruego...

Abrió el cuaderno y fingió leer el párrafo que le había dicho el día anterior. Se lo sabía de memoria.

—Dijo: «Tuve un grave accidente y desde entonces no soy yo. No me reconozco y cada día me pierdo un poco más. Tengo miedo, miedo de todo y de mí misma, doctor, pero se lo oculto a todos en una eterna mentira que me está destruyendo por dentro». ¿Puede hablarme de ello?

Suspiré. Iba a contárselo todo. Increíble. Era mucho más de lo que habría imaginado en un principio. El terapeuta desplazó las tazas vacías hacia el lateral de la pared para dejarme espacio.

—Antes de nada, debo confesarle, doctor Fisher, que no lo telefoneé por iniciativa propia, sino por mi marido. Mi intención era complacerlo nada más; en realidad, no quería que nadie rebuscara en mí, y es porque sé que hay algo dentro de mí que no funciona hace mucho.

—¿Puede explicarse?

—Yo... —Mi voz se quebró en una duda—. Cuando sucedió todo, al principio fue fácil engañarme a mí misma. Me decía que las alucinaciones, la ira y todas las cosas extrañas que sentía, pensaba o veía se debían a una combinación explosiva de estrés, mi trauma y la falta de sueño por culpa de las pesadillas y del insomnio... Me parecía... «natural». ¿Quién no iba a sufrir episodios así después de lo que había vivido? El asalto en nuestra casa primero, después su acoso, sus amenazas, su captura, su fuga de la cárcel, y vuelta al inicio... Como le digo, estaba justificado y la mitad de lo que creía ver no se lo contaba a nadie por miedo a ser juzgada por loca. Pero yo intuía que algo no estaba bien, que había cosas inexplicables...

—¿Como cuáles? —intervino el doctor con su cuaderno entre las manos.

—Como la imposibilidad física de ver a mi padre, la ira y el descontrol que siento a veces sin venir a cuento, la ruptura abrupta con mi hermana... La antigua Zoey jamás habría permitido que Alison y yo nos convirtiéramos en extrañas, que pasáramos de ser todo a ser nada en cuestión de semanas. No habría permitido que creciera ese odio entre las dos, ese culpabilizar a la otra. Y luego están esas visiones...

—Las ha nombrado ya varias veces. ¿Qué tipo de visiones? —me preguntó con neutralidad. Su aparente falta de asombro hizo que me sintiera más tranquila.

—De todo tipo.

—Comprendo. Si le parece, en la siguiente sesión, podemos hablar de ellas. Siga, por favor, con lo que decía... —me animó.

Desvié la mirada un instante para buscar el coraje necesario y volví a enfrentarme a sus ojos acuáticos.

—Mire, mi marido teme que nos haga daño a Zack y a mí, pero también que yo no soporte más presión y me vuelva inestable, que me derrumbe ahora que ha vuelto. Y es que estuve a punto de romperme una vez, hace ya tiempo. Después de que *el asesino* se fugara, estuvo enviándome notas amenazantes, llamaba a cualquier hora del día o de la noche, llegó a entrar en nuestra casa cuando estaba embarazada de mi hijo... Mientras todo eso ocurría «en el exterior», dentro de mí noté cambios. Se va a reír o a pensar que estoy como una cabra. —Traté de sonreír, pero no fui capaz. El doctor lo hizo por mí—. Si creyera en posesiones demoníacas, pensaría que estoy poseída por «algo». Desafortunadamente, no creo en esas chorradas y ahora pienso que podría ser esquizofrénica, tener personalidad múltiple o algo así...

—¿Por qué piensa eso, Zoey?

—Verá, doctor Fisher. Desde el día del asalto, siento que hay otra persona viviendo dentro de mi cuerpo, una intrusa... —susurré.

—¿Por qué baja la voz? —se interesó.

—Porque ahora duerme y no quiero que me oiga. Es que tengo la impresión de que, si ella supiera que sé de su existencia, dejaría de disimular y tomaría el control de mi cuerpo para siempre —musité con los ojos avergonzados paseando sobre el suelo, incapaz de enfrentarme a su mirada.

—Ajá —dijo, y sus dedos se movieron veloces sobre el cuaderno.

—Ella, la *intrusa*, me obliga a hacer y decir cosas con mayor frecuencia cada vez, cosas con las que no estoy de acuerdo. Es como si escribiera pensamientos dentro de mi cabeza, pensamientos que nunca han sido míos pero que usurpan el espacio de los que sí me pertenecen. Cuando *él* desapareció de mi vida, ella también pareció hacerlo al principio, pero resultó ser un engaño, doctor —aseguré volviendo a su rostro, que asentía bajo una máscara de tranquilidad—. Estos últimos años solo se ha manifestado (o eso creía yo) en situaciones muy concretas, como en mis intentos de visita en el hospital, y el resto del tiempo la sentía dormida. Era fácil para mí disimular entonces. Únicamente se trataba de pequeñas omisiones, mentiras o secretos que no interferían en mi vida. Nadie dice continuamente a los demás cada tontería que se le pasa por la cabeza, ¿no? ¿Por qué iba yo a asustar o decepcionar a los míos compartiendo unos estúpidos pensamientos o visiones? Me iba bien así, o eso parecía hasta hace tres días, hasta que *él* ha vuelto. Ahora me doy cuenta de que estoy desapareciendo, de que todos estos años me ha estado controlando la *usurpadora*; cada vez más sutil, cada vez más tiempo, más veces, más horas. Y yo ya no soy yo, doctor. No me reconozco, y no puedo confesarle a mi esposo que estoy más asustada de lo que hay dentro de mí que del psicópata que me persigue.

—¿Qué teme hacer, Zoey?

—Yo no, ella. Me da miedo que les haga daño. A mi hijo y a mi marido. Me da miedo... —tomé aire sin crearme aún que fuera a confesarlo al fin—, me da miedo que la falsa Zoey que se esconde dentro de mí me obligue a matarlos...Tengo miedo de matarlos, doctor.



Me abstraí de la horrible melodía del ascensor en cuanto me puse a repasar en mi mente cada gesto y palabra de Fisher después de mi confesión. ¿Y si me creía un monstruo? ¿Y si me delataba? Tendría que hacer algo al respecto entonces para impedirlo...

No, eso carecía de sentido. Ese hombre me ayudaría a librarme de la *intrusa*, a recuperar mi vida y a mi familia. Además, me había felicitado por mi valentía al hablar de mis miedos y no me había mirado mal después de escucharlos. Al contrario, había asegurado que haríamos dos sesiones semanales al principio y que me vería el jueves a la misma hora. Él me ayudaría, seguro.

El pitido del elevador me devolvió a la realidad. Las puertas automáticas se abrieron para liberarme de esa caja claustrofóbica y me adentré en el *parking*. No me gustaban ni los ascensores ni los aparcamientos. Eran espacios demasiado oscuros y resguardados, demasiado desérticos. Me ponían nerviosa. *Él* podría estar en cualquier lado en ese momento, agachado detrás de un coche hasta que yo pasara por su lado, y...

Aceleré aún más el paso. Sentía una presión en la nuca, unos ojos mirándome desde atrás, pero no me daría la vuelta para comprobar si era producto de mi mente. Ni muerta. Recorrí a la carrera los doscientos metros que me separaban del vehículo. Las luces se encendieron al acercarme y las puertas se desbloquearon. Lo rodeé para ocupar el asiento del copiloto y la mano voló sola para recoger aquella nota pegada en la ventanilla. La misma máquina de escribir. El mismo terror. Había dos vocales en esa ocasión, la E y la A; y, bajo ellas, una promesa: «Pronto».

Me refugié en el coche con un ataque de pánico. Me ahogaba. Me ahogaba. ¿Cuáles eran las letras que había visto en mi último sueño en la frente de Zack? Dos D. ¿De verdad aquello fue un sueño? Me vino una palabra a la mente de forma automática: DEAD. ¿Quién estaba muerto? ¿Mi hijo? ¿Lo estaba amenazando? Saqué el móvil del bolso y llamé a Raúl. Descolgó a la primera.

—¿Cariño? —contestó.

—Yo...

—Justo iba a llamarte —me dijo antes de que pudiera decir nada—. Acabo de recoger a Zack del cole, estamos de camino a casa y voy con el manos libres —me avisó—. ¿Todo *bien*?

—Eh...Sí, sí. Ahora mismo voy para allá y hablamos...

Media hora y un par de posibles multas por exceso de velocidad más tarde estaba aparcando en nuestra calle. Entré en casa con la cara desencajada. Zack estaba jugando en el suelo del salón con su maqueta de trenes. Me saludó con un «Hola, mami» y se centró de nuevo en su tarea como maquinista. Raúl se encontraba de pie a su lado supervisando el juego, y me dirigió una mirada tensa y preocupada en cuanto me asomé por la puerta. Caminé hacia él tratando de disimular mi

ansiedad y me refugié en sus brazos antes de calmarme del todo en sus labios. Sabían a café.

—¿Qué ha sucedido? ¿Por qué está el niño aquí? —pregunté en voz baja asegurándome de que Zack no nos estuviera escuchando.

—Me ha llamado la directora para avisarnos de que había un hombre merodeando en la escuela. Coincidió con su descripción —me contó Raúl en un susurro mientras me acariciaba el pelo.

—Era *él*... —dije con seguridad. No era una pregunta.

—Eso creo. Quiero matarlo —confesó a mi oído. Nunca le había visto tanta furia contenida.

—¿Qué es lo que no me estás contando, Raúl?

—Se nos ha vuelto a escapar el malnacido y, cuando veníamos en el coche, Zack me ha contado que... Zack —se dirigió en voz alta al niño, una perfecta reproducción en miniatura de él mismo—. Cuéntale a mamá lo que me has dicho hace un rato dentro del coche...

Mi hijo levantó la vista y sonrió.

—Ese hombre me ha dicho que pronto vendrá a recogernos a ti y a mí, mamá.

—¿Eso ha dicho? —Me agaché junto a él y peiné sus rizos negros con mis dedos—. ¿Cuándo y dónde ha sido eso, Zack? ¿En el patio de la escuela?

—No, mamá. ¡Si tú estabas ahí! Lo dijo anoche en mi cuarto.

Mi marido y yo intercambiamos una mirada aturdida.

—Eso no me lo habías dicho, Zachary... —dijo mi esposo con algo parecido al temor brillando en sus ojos—. ¿Estuvo anoche en tu cuarto?

—Sí, sí —canturreó él sin darle importancia.

—¿Y qué es eso de que yo estaba? —intervine llena de miedo. Aún recordaba esa sombra que había creído ver arrastrándose.

—Sí, mamá. Vino a decirme que pronto nos recogería y me pintó unas letras en la frente para gastarte una broma. ¿No lo recuerdas?

—No había nadie en tu cuarto, Zack —mentí negando enérgicamente con la cabeza hacia mi marido, que me miraba desconcertado. No quería que volviera a mencionar eso de que mis pesadillas influían y desequilibraban a nuestro hijo.

—Que sí, mamá. Él estaba de pie y me miraba sonriendo. Miraba cómo dormía...

Raúl se relajó un poco y sonrió.

—¿Dices que te sonreía mientras tú dormías? Si estabas dormido, no pudiste ver su sonrisa, Zack —negó Raúl con una sonrisa aliviada—. Solo fue una pesadilla, cariño.

—No, no lo fue —contestó nuestro hijo, convencido—. Yo estaba dormido y llegó él. Le escuché sonreírme en mis sueños. Luego vino mamá y la escuché también a ella. Me sonreía igual. ¿Verdad, mami, que me sonreías antes de irte corriendo?

Me llevé las manos a la boca para reprimir un sollozo. Cogí a mi pequeño en brazos y Raúl nos rodeó a ambos con los suyos. Los dos nos quedamos en silencio, evitando la maldita pregunta:

¿qué demonios estaba pasando?

Capítulo 5

Domingo, 16 de abril de 2017.

Hospital *Medical Center*. Nueva York.

Un zumbido molesto bailaba en mis oídos. O quizá fueran mis oídos los que bailaran. Mi cabeza al completo parecía hacerlo, a juzgar por los pinchazos de dolor que me atravesaban y esa sensación extraña de movimiento craneal, como si se desplazara sobre sí mismo. Sí, mi cabeza tenía por compañero de baile a una apisonadora entusiasta que insistía en abrazarme, una y otra vez, contra ella.

Repasé mentalmente mi lista de maldiciones y sinónimos conocidos como un mantra que me ayudara a sobrellevar esas intolerables punzadas, y abrí los ojos en busca del murmullo de voces cercanas que había creído escuchar a través de la cortina de dolor.

Sonreí como una boba al ver los hoyuelos de Paul, pero fue una sonrisa imperfecta y moribunda, que apenas llegó a nacer cuando reparé en que su rostro estaba tenso, muy tenso. Parecía preocupado y había llorado.

¿Por qué?

Nunca lo había visto así; Paul, que había hecho de la sonrisa un modo de vida, que siempre tenía sus labios curvados, incluso en las ocasiones en las que perdía un partido o había hecho un mal examen, tenía ahora los ojos rojos e hinchados y la boca tan fruncida que parecía estar cosida. Era pornográfico ver su rostro desnudo de sonrisas delante de esos dos extraños que cuchicheaban entre sí.

Bajé la vista hasta mis manos llenas de vendas. En mi brazo izquierdo tenía una vía y demasiados

cables, demasiados hematomas para que no me inquietara.

Me llevó unos segundos comprender dónde estaba y otro más recuperar pequeños fragmentos confusos de recuerdos.

Un accidente.

El accidente.

Paul y los hombres desconocidos percibieron mi movimiento, y volvieron sus caras hacia mí con las voces repentinamente silenciadas. Yo les devolví una mirada desorientada. Paul se acercó entonces a mi cama con una sonrisa de alivio tejida de tristeza y cansancio.

—¡Bienvenida, dormilona! —exclamó con la voz temblorosa y los ojos brillantes.

Sonreí de forma instintiva. El roce de su piel, su mano acariciando la mía... siempre provocaba ese efecto en mí.

—Ho... la... —respondí a pesar de mi lengua dormida y pastosa.

La boca me sabía a medicamento y a enfermedad.

—Hay cosas que no cambian, ¿eh? Siempre te pillo en la cama, ¡Bella Durmiente! —bromeó con los labios disfrazados de alegría después de acercar una silla de plástico al borde de la cama y acomodarse en ella—. Has dormido muchas horas y ya te extrañaba...

—¿Qué haces aquí en Nueva York, cielo? —pregunté, tratando de ignorar la humedad de sus manos—. ¿Y las clases? ¿Y la temporada?

A medida que la niebla de mi cabeza se disipaba, sentía el sabor ácido del miedo instalándose en mí, bañándome el paladar. Paul no habría abandonado la universidad ni al equipo en mitad del semestre. Jamás. Debía de existir una razón extremadamente grave. Su boca dibujó una perfecta línea recta. Giró medio cuerpo buscando a los hombres que nos vigilaban a escasos pasos del camastro, como si necesitara permiso de ellos para hablarme. El primero, el uniformado con una bata blanca, carraspeó y negó con la cabeza. El segundo, también de uniforme, pero esa vez con un traje policial gris, se encogió de hombros.

—¿Qué ha pasado? ¿Por qué está aquí la policía? —susurré tratando de captar su atención—. ¿Dónde están mis padres y Zoey?

El pánico que aquellos interrogantes trajeron consigo creció en mí de modo insoportable. Ahora era una sensación más potente que el propio dolor físico.

Miedo. Miedo. Miedo.

Ráfagas de imágenes en una carretera. En la carretera. La avenida Lexington con la 42.

Miedo. Miedo. Miedo.

Me revolví vagamente entre las ásperas sábanas hospitalarias. El silencio de los tres me resultaba angustiante. ¿Es que no lo veían?

Los hombres intercambiaron un nuevo y rápido cruce de miradas. El doctor dirigió un gesto de asentimiento con la cabeza al policía y este se adelantó hacia mí de dos zancadas, forzando a Paul a que se levantara de la silla para cederle el asiento.

No me gustó una mierda.

—Buenas tardes, Alison —me dijo en cuanto se hubo sentado a la vez que me tendía la mano para que se la estrechara. Alargué la mía tímidamente y la dejé caer con languidez para que él hiciera todo el trabajo. Me dolían hasta las pestañas—. Soy el oficial Lane y me ocupo de su caso, de tomar declaración tanto a los testigos como a los involucrados en el accidente... —añadió en un tono sereno y profesional.

Busqué la mirada de Paul, que se había quedado rezagado junto a los pies de mi cama. No dejaba de mirarme y esbozaba una sonrisa ensuciada por las lágrimas.

—¿Me ha entendido, señorita Miller? —preguntó.

Asentí tragando saliva. El agente de policía buscó a continuación el consentimiento del médico, quien inclinó a su vez la cabeza en un baile de movimientos incomprensible para mí.

—No se extienda demasiado, ¿de acuerdo? La paciente necesita reposo —habló el doctor con esa autoridad que proporciona el hecho de llevar un fonendoscopio en el cuello—. Recuerde no darle detalles... importantes.

—No se preocupe, doctor Willis. Seré prudente. No estoy aquí para dar información, sino para obtenerla —aseguró el policía con su sonrisa de encantador de serpientes—. Y no me demoraré más de diez minutos, prometido.

—Está bien. Le dejamos hacer su trabajo entonces. Diez minutos —respondió el médico mientras invitaba con la mano a salir de la habitación a mi novio.

Yo observaba todo en silencio, rebelándome por dentro, dolida con Paul por su falta de respuestas y tan angustiada que sentía mi voz perdida entre recuerdos de cristal, hierro, sangre y miedo. Mi novio me sonrió una última vez antes de dejarme a solas con el poli y mis labios se curvaron por inercia mientras lo veía abandonar la habitación.

—Bien, señorita Miller... —me reclamó el oficial.

—Alison, si no le molesta —pedí yo, abrazada a las sábanas.

—De acuerdo. Alison. Sé que tendrá muchas preguntas ahora mismo, pero le ruego que sea paciente y las reserve para que sean el doctor y su novio quienes las respondan. Necesito hacerle unas preguntas iniciales. Cuando se haya recuperado algo, volveré para tomarle una declaración más extensa, ¿sí?

—Está bien. Dígame —contesté reprimiendo el llanto y un grito que reclamara la presencia de mi familia.

—Comencemos entonces... —afirmó con una sonrisa cálida que le hizo parecer más humano—. ¿Fue el vehículo de ustedes el que se saltó la señal de *stop*?

Ya estaba escribiendo en la libreta que llevaba en la mano antes siquiera de que yo abriera la boca.

—Sí, fue el nuestro. Lo recuerdo.

—Bien. ¿Recuerda cuántos vehículos y personas estuvieron implicados?

La pregunta me sorprendió. Parecía más propia de un médico que quisiera testear mi memoria que

de un agente de policía, pues era un dato que manejarían sin lugar a dudas.

—Es rutinario, no se preocupe... —explicó al ver mi cara de incredulidad—. Debo verificar que todos los datos coincidan y, de paso, establecer si su testimonio es fiable.

—Oh, ya veo... Bien, pues estaba el camionero, luego nosotros en nuestro monovolumen y un motorista con... ¿un niño?

Dolió la imagen, dolió la palabra. Dolió el recuerdo de la zapatilla olvidada en el asfalto oscuro, el charco de sangre, la sudadera teñida de rosa, su cuerpo roto y desmadrado.

—Acusan a mi hermana de homicidio involuntario, ¿no es así? —pregunté atando cabos—. ¿Está en la cárcel? ¿Qué día es hoy?

El policía sonrió comprensivo.

—No ha tardado nada en hacerme preguntas, señorita Alison. Solamente puedo responder a la última: es domingo y lleva dos días en el hospital. Ahora, cuénteme qué recuerda del motorista, haga el favor —me pidió con suavidad.

No era tan rancio después de todo. Quizá era yo la rancia y todo me parecía horrible a mi alrededor. Me retorcí nerviosa las manos. Aquel gesto me llevó a la conversación con mamá minutos antes del accidente.

—Fue mi culpa, ¿sabe? —le dije confesando. Él me miró sin comprender—. El accidente. Llegábamos tarde al Café por mi culpa. Otra vez. Con las prisas, me olvidé de atar a Black como debía y le dejé el arnés suelto. En cuanto arrancamos me di cuenta, pero decidí callármelo. Otra mala decisión. Mi madre lo descubrió y lo dejó pasar para protegerme. Entonces volví a tomar otra decisión equivocada y busqué los ojos de mi hermana en el espejo retrovisor. Acostumbrábamos a hacerlo; era nuestro juego, nuestro gesto cómplice, pero no cuando era ella quien conducía. Me notó rara al instante (siempre lo hacía) y se distrajo un segundo conmigo. Solo fue un segundo, lo juro... Un maldito segundo... El tiempo que le llevó sacarme la lengua para hacerme reír. Y entonces papá gritó, el camión se nos vino encima. La moto... —recordé con las lágrimas bañando mis pómulos.

Me sorprendieron la claridad y la velocidad con las que había recordado todo aquello. Sin embargo, parecía que mi buena memoria se limitaba a esos momentos, los previos al impacto. Después de él, todo era extrañamente borroso.

—No estoy aquí para culparles a usted o a su hermana de homicidio involuntario, tranquilícese. No se encuentra en un juicio y yo no soy ni fiscal ni agente de tráfico tampoco —reconoció él.

—¿Ah, no? Pensaba que me había dicho que quería tomarme declaración por el accidente. ¿No está aquí por eso? —pregunté recelosa.

Me costaba mucho seguirle. El miedo a la posibilidad de meter en más problemas a mi hermana y decir algo inconveniente, el dolor constante que recorría cada milímetro de mi cuerpo, las dudas sobre los hechos... llenaban todos mis pensamientos. Él dejó a un lado sus anotaciones para brindarme una sonrisa paciente.

—Tenemos suficientes declaraciones de los testigos, pruebas, informes de los peritos, incluso una grabación de una cámara de vigilancia próxima a la intersección donde colisionaron. Sabemos cómo se produjeron los hechos y la autoría del accidente. Lo que tratamos de averiguar es si, tras

el choque, las cosas sucedieron tal y como ha relatado uno de los testigos oculares. Según este, su hermana bajó en algún momento del coche; sin embargo, no podemos confirmar que sucediera de ese modo.

—¿No acaba de decir que había una cámara? —quise saber, confundida.

—No disponemos de más imágenes que las del impacto y, posteriormente, del camión cruzado en la vía. A causa del desplazamiento, tanto ustedes como el motorista quedaron fuera del campo de visión de la cámara de seguridad del banco. Y tanto los indicios como las declaraciones de los testigos se contradicen entre sí. Por eso estoy aquí, Alison, para averiguar qué pasó, punto por punto, cuando su hermana se apeó del automóvil; para averiguar qué recuerda usted una vez que se produjo la colisión. En especial, sobre el motorista.

—Bueno... —Me llevé las manos a la cabeza en un movimiento estúpido. Mis manos no eran mágicas y no iba a dejar de sentir aquellos pinchazos monstruosos por mucho que me acariciara la sien—. Verá: fue todo muy rápido y yo perdí la consciencia demasiado pronto, me temo.

—Hagamos una cosa —me ofreció él antes de comprobar la hora—. Nos quedan seis minutos. Trate de contarme lo que recuerda, simplemente, de su hermana y el hombre de la moto. No le interrumpiré.

—De acuerdo —concedí tragando saliva y una bola dolorosa alojada en mi garganta—. Yo no me di cuenta de que el motorista llevaba a un niño detrás, a su espalda, hasta que mi hermana gritó. Estaba a punto de llamar a emergencias desde el móvil cuando Zoey me hizo mirar a la calle y lo vi. Al motorista. Estaba de pie frente a nosotras, lleno de sangre y con la mitad de su casco clavado en su cráneo de un modo imposible y terrorífico. El hombre se nos acercó tambaleándose. Recuerdo a Zoey tratando de abrir su puerta, pero estaba bloqueada y bajó la ventanilla en su lugar. No recuerdo haberla visto salir... —reconocí llena de confusión.

—¿No? Está bien —dijo Lane sin dejar de garabatear en su libreta de anillas—. No importa. Lo está haciendo muy bien. Cuénteme qué sucedió después si es tan amable.

Cada vez que anotaba algo, se inclinaba levemente hacia mí y el olor de su cabello grisáceo, a champú reciente, me llegaba como un bálsamo tranquilizador. Era un olor familiar, un olor a casa. Cerré los ojos un segundo para aspirarlo en secreto antes de proseguir.

—El motorista tenía rota, al menos, una de las dos manos y sus dedos se movían como si fueran cabellos al viento. Se las vi cuando las metió por la ventanilla mientras suplicaba que ayudáramos a su hijo. No había visto al crío hasta entonces. Estaba muerto, seguro. Como nuestro perro. Por la posición y por toda esa sangre que salía de él. Era imposible que estuviera vivo... —susurré horrorizada.

Las imágenes se vertieron sobre mí como gotas de ácido corrosivo en mi lengua, en mis ojos, en mi memoria. El poli esbozó una sonrisa cercana que sentí como una caricia en la mejilla y yo se la devolví. Era bueno en lo suyo, qué coño.

—Se agachó hacia mi hermana. Tenía la mitad de su torso en el interior de nuestro coche— recordé—, y volvió a pedirle ayuda un segundo antes de vomitar un montón de sangre sobre la cara de Zoey. O eso es lo que me pareció. Creo que fue entonces cuando me desmayé. Los demás recuerdos casi parecen ensoñaciones, delirios. No podría asegurar qué sucedió después, no son imágenes fiables. Pero lo cierto es que no recuerdo haber visto a mi hermana en ningún momento

fuera del coche. Lo siento, agente. No lo recuerdo —me lamenté.

—Está bien —terció él a la vez que cerraba su bloc de notas, dando por finalizada su visita—. Quizá, en unos días, cuando esté más recuperada, regrese a verla con un par de fotos del escenario y la declaración de uno de los testigos. A ver si le dicen algo y recuerda...

Las palabras del agente se vieron silenciadas por el sonido de la puerta entornándose. Paul y el doctor Willis se adentraron con sendos «Lo siento» en sus labios.

—¿Ya ha terminado, oficial Lane? —preguntó el doctor señalando un reloj ficticio en su muñeca.

—De hecho, sí —reconoció el otro antes de levantarse del asiento—. ¿Le importa si nos vemos en un par de días antes de la declaración oficial? —volvió a preguntarme.

—Eh... Bueno, sí. No, claro que no me importa —respondí confusa—. Pero no comprendo en qué puedo serle útil si ya lo saben todo del accidente... ¿Mi hermana está o no en la cárcel? —le pregunté al agente, aunque en realidad los miré a los tres para poder leer en sus rostros.

—Su hermana no está en la cárcel, palabra de agente de la ley —aseveró él con la mano derecha en su corazón y la izquierda elevada en el aire. Me guiñó el ojo luego a modo de despedida, haciéndome sonreír—. Cúidese, Alison. La veré pronto.

Asentí. Se dio la vuelta y, antes de desaparecer del mundo minúsculo que conformaba aquella habitación de hospital, cuchicheó nuevamente al oído con el doctor, que negó repetidas veces con la cabeza.

—¿Dónde está mi hermana, Paul? Dímelo ahora mismo. Y, luego, quizá me quieras explicar qué haces aquí y no en clase... —le interrogué tratando de sonar enfadada y amenazadora.

Los hoyuelos de Paul aparecieron un segundo, montados sobre una sonrisa tensa, para desaparecer como un espejismo en cuanto miró al doctor, quien se encogió de hombros.

—Empiezo por el final, mejor. Estoy viviendo en tu casa —respondió azorado. No tardó ni medio segundo en ocupar la silla que acababa de quedarse libre y buscar mis manos—. Pero es temporal, ¿eh? Soy un okupa con fecha de caducidad, no te preocupes, hasta que todo se arregle. Quiero cuidar de ti. Quiero echar una mano hasta que las cosas mejoren o puedan venir tus abuelos...

No pude evitar sonreír. Mis padres nos iban a matar a ambos en cuanto se enteraran de que mi novio había vivido en nuestra casa sin permiso.

—Muchas gracias. Ya verás papá... —bromeé paseando el dedo sobre mi cuello de izquierda a derecha—. Pero ¿y las clases?

Alzó su mano en el aire en un gesto de despreocupación antes de entrelazarla con la mía.

—Ya he hablado con la universidad y están al tanto. No nos incorporaremos hasta el siguiente semestre, o el siguiente si me das mucho trabajo... —forzó una risa.

El doctor lo miró ceñudo.

—¿Por qué te iba a dar trabajo? Estoy bien, ¿no? Solo dolorida por el choque, nada más. ¿No es así, doctor?

El médico me dedicó «la mirada». «La mirada» es aquella que pone la gente cuando te han desahuciado, te consideran enfermo terminal, te van a despedir del trabajo o tu pareja te va a

dejar. Esa mirada incómoda de «voy a hacerte un montón de daño, pero es que ya estás muerto y debes saberlo». Rebusqué entre mis imágenes. Yo estaba bien, todo lo bien que se podía estar tras un accidente de tráfico. Zoey también estaba bien. Papá... No, papá, no. ¿Por qué no había preguntado por él? Y mamá... ¡Oh, Dios santo! ¡Los hierros! Ella tenía uno en... y yo...

—¡Ohhh! —grité.

E, inmediatamente, destapé la sábana blanca y tosca que me cubría. No era posible. No. ¡Que no! ¿Cómo podía faltarme la pierna si yo la sentía tanto como el resto de mi cuerpo? Doliéndome, recorrida por agujonazos punzantes y constantes. Tenía que ser un espejismo. Sí, eso era: mis ojos no veían bien a causa del *shock*. No podía fiarme de ellos. Me engañaban. ¿A quién iba a creer? ¿A mis ojos traicioneros o a mi cuerpo, que me decía que seguía ahí a través del dolor? Era imposible. ¿Qué truco de mierda era ese?

—No pudimos hacer nada para mantenerla —intervino el doctor con su voz nasal y serena—. Tratamos de reconstruirla en un primer momento, pero había quedado demasiado dañada: nervios, musculatura, huesos... Estaba destrozada, irrecuperable, y había que intervenir con rapidez.

Alcé mis ojos húmedos hacia ellos.

—Ya no voy a ser animadora nunca más ... —musité en un hilo de voz, sintiendo la lluvia de los ojos de Paul sobre mi mano.

Ahora recuerdo esa frase y, en mi escala actual de valores, me parece una auténtica gilipollez. Me avergüenzo de haberla pronunciado. Pero, en ese momento, la realidad acababa de atizarme un sopapo y el golpe me dolió, me destrozó. Nunca más podría bailar, correr, saltar, hacer cabriolas ni animar al equipo de la universidad. Nunca más. Sería una mujer incompleta y rota.

Sentí una sensación angustiosa y claustrofóbica alimentándose de mí. Creciendo, subiendo, vaciándome de mí, llenándome de rabia y estupor. No podía respirar.

No podía respirar.

Joder.

Me ahogaba.

Me ahogaba.

El doctor se aproximó al gotero con la rapidez eficaz de su profesión y efectuó un par de movimientos de espaldas a mí. Paul retiró sus ojos avergonzados de mi horrible muñón reciente y los posó sobre cualquier otro objeto que no fuera yo. Quizá se sentía incómodo, asqueado... o solo preocupado, superado.

Como yo.

Asqueada, preocupada, superada.

Paul me miró a los ojos y se obligó a esbozar una sonrisa tan tirante que puso en entredicho los límites existentes de la elasticidad de la piel. Después me cubrió la no-pierna con la sábana como si no soportara su visión. Yo tampoco.

—No puedo respirar. Me ahogo... —gemí.

—Acabo de administrarte un sedante de rápida absorción, ¿de acuerdo? —me informó el doctor

Willis después de girarse hacia nosotros—. Lo necesitas. Acabas de sufrir un ataque de ansiedad, una respuesta lógica y previsible por el impacto. Tu cuerpo, y tu mente, requieren descanso ahora para que puedas asimilar la información poco a poco. Estarás dormida antes de que te des cuenta.

—Sí, pero, por favor... —les dije con la voz ralentizada. Lo que fuera que me hubiera inyectado el doctor era súper potente y veloz en sus efectos—. Si yo he perdido la pierna, ¿mis padres, entonces? Ahora no me puedo quitar de la cabeza su imagen. Papá empotrado en el cristal sin moverse, mamá con la garganta perforada... ¿Y Zoey? Ella no tenía ni un rasguño, que yo recuerde, y no comprendo por qué demonios no está aquí ahora junto a mí. Si no está en la cárcel, ¿dónde está? Zoey jamás se habría separado voluntariamente de ninguno de nosotros... Dime la verdad, Paul. Quiero saber qué les ha pasado a todos ellos, por favor.

—Están bien, tranquila. Están todos en diferentes habitaciones. Aquí. En el hospital —me aseguró con un tic delator en su ojo derecho.

Mentía.

—No te creo —lo acusé con el dedo tembloroso—. He visto el tic, ¡mientes! Siempre que mientes, te pasa.

El doctor carraspeó para intervenir.

—No miente, Alison. Te aseguro que toda tu familia se encuentra en este mismo hospital ahora —me dijo.

Y yo me lo creí. Caí en la trampa. ¡Qué estúpida!

—¿Zoey también? —pregunté más relajada.

Supongo que ese repentino relax se debía a la combinación perfecta de las drogas que acababa de administrarme el embustero de la bata blanca y de la tranquilidad de saber que ellos estaban cerca de mí. En otra habitación, pero cerca.

—Zoey también, sí —corroboró Paul, que había roto a llorar de modo silencioso, pero con tanta intensidad que no alcanzaba a limpiarse con las mangas de su cazadora todas las lágrimas que surcaban su cara.

—¿Qué le ha pasado a ella si puede saberse? Recuerdo que estaba bien...

—Alison —me llamó el doctor—. Su hermana fue atacada cuando salió de su coche a auxiliar a las víctimas del atropello.

—¿Quién? ¿Y está...? —no me atreví a continuar.

—Está dormida —me respondió Willis de inmediato—. Parece que el hombre que les pidió ayuda la golpeó con un hierro en la cabeza cuando su hermana estaba atendiendo al niño.

—Doctor, ¿pero no ha dicho que no podíamos hablar de ello? —preguntó intrigado Paul.

Yo los contemplé con un sentimiento extrañado y ajeno, como cuando ves la tele sin verla, una espectadora de algo que no tiene que ver contigo. Era una sensación de desapego total. Mis párpados se convirtieron en vigas de hormigón.

—Sí, pero este es el momento idóneo para dosificarle las noticias. Ahora está relajada y no se alterará. Cuando despierte y el efecto de la química se haya diluido, ya se habrá dado parte del

proceso de asimilación —oí decir al doctor, que hablaba desde muy lejos, a kilómetros de mí.

—¿Y lo de sus padres? —escuché ahora la preciosa voz de terciopelo de Paul, también lejano.

Me los imaginé hablando desde el interior de una bolsa de papel gigante y aquello me hizo reír. El sonido de sus murmullos me arrullaba. Me dejé mecer por sus sílabas susurradas, por sus vocales arrastrándose en formación como hormiguitas, por la tonalidad policromática de sus voces. Y me dormí. A pesar de todo, de saber que Zoey estaba herida, a pesar de mis padres y de mi cobardía por no haber preguntado con más insistencia por ellos. Pero las respuestas me daban miedo, me daban mucho miedo. Podrían ser como nuevos miembros amputados en mi cuerpo. No podía. Escuché a las consonantes risueñas que cantaban para mí y caí en un sueño profundo.

Capítulo 6

Once años más tarde.

Miércoles, 12 de abril de 2028. 08: 27 a. m.

Hoboken, Nueva Jersey. Residencia de los Santana.

El café borboteaba en la cafetera que Raúl se había autorregalado por su último cumpleaños, el zumo de naranja estaba recién exprimido y el agua de mi vieja tetera roja acababa de entrar en ebullición sobre la placa vitrocerámica. Me encantaba esa mezcla explosiva de aromas discordantes: la naranja amarga, la sensualidad del café, la mantequilla dulce, el pan tostado saltando sobre la tostadora, el té negro dominando ahora los olores de la cocina al entrar en contacto con el agua hirviendo... Realmente, me encantaba. Aquel olor era capaz de hacerme sonreír a pesar de *él*, de mis ojeras, de las pesadillas y del insomnio; a pesar del miedo y de las amenazas.

Escuché unos pasos silenciosos a mi espalda que se detuvieron muy cerca de mí.

—Raúl, por favor, llama a Zachary —le pedí sin volverme a él mientras vertía dos cucharadas de azúcar moreno sobre mi té negro—. Una cosa es que hoy todos nos saltemos el *cole* y otra que duerma hasta las mil y no desayunemos juntos.

Unas manos se cerraron con fuerza sobre mis caderas. Habría chillado sobresaltada de no ser porque me llegó mi otra fragancia favorita en el mundo: Raúl. Se aferró a mi cintura y tiró de ella con cierta brusquedad para acercar mi cuerpo al suyo.

—¡Serás desgraciado! —susurré entre la risa y el llanto mientras soltaba el azucarero para girarme y echarle la bronca con mis palabrotas preferidas—. ¡Menudo susto me has dado, joder!

Sin embargo, me mantuvo inmóvil, respirando sobre mi piel, apretándose contra él. Sentí sus besos en cascada sobre mi cuello, sus manos reconociendo la orografía de mi cuerpo en silencio.

—¿Qué te ha picado, Raúl? —atiné a decir, sorprendida.

Él siempre había sido fogoso. Y yo, qué cojones. Siempre. Pero toda esta escenita, este arrebato repentino, en mitad de la cocina y a plena luz del día, con la situación horrible que teníamos encima... Quizá esta era su forma de relajarse, quizá yo era su aroma tranquilizador.

—¿Raúl? —susurré por encima de su respiración acelerada.

No respondió.

O no con palabras.

Se limitó a buscar mis labios con desesperación. Notaba su masculinidad creciendo sobre mis nalgas. Mi perplejidad también crecía por momentos, pero mi lengua se desentendió de mi cerebro, de mis dudas, y unió a la suya sin preguntar. Estuvimos queriéndonos en aquel beso extraño e infinito que tenía tanta pasión como urgencia.

—¡Uiiiiii! ¡Qué asquete! ¿Haciendo hijos otra vez en la cocina? —preguntó la voz infantil de nuestro terremoto.

Nuestros cuerpos se separaron sin demasiada prisa y nos volvimos hacia él en perfecta sincronización. Los dedos mimosos de mi marido se entrelazaron con los míos.

—Luego me cuentas qué bicho te ha picado. Y no vuelvas a darme ese susto de muerte nunca más... —susurré a mi esposo al oído.

Este asintió con un guiño de ojos y se dirigió a Zack:

—Es lo que hacen los papás que se quieren, Zack. Por cierto, ¡qué sudadera tan chula, campeón! ¿Se la has comprado tú, Zoey?

Me retiré el mechón de la cara que me impedía ver con nitidez. Las piernas se doblaron sobre sí mismas, incapaces de sostener mi peso. Raúl lo intuyó al instante y cargó mi cuerpo entre sus manos.

—¿Qué sucede, cielo? Estás más pálida que nunca.

—¿No me la habéis regalado vosotros, papis? —preguntó el niño con curiosidad mientras corría a sentarse a la mesa para desayunar.

Raúl me dirigió una mirada aterrada. No había un segundo de normalidad en nuestro hogar. Me acompañó hasta la mesa y ambos nos sentamos junto a él con una sonrisa forzada.

—Es una sudadera muy chula, sí... —afirmó Raúl con tranquilidad fingida.

—¡Y de los Lakers! —exclamó alegre Zack antes de engullir un panecillo tostado y tibio.

—Y de los Lakers... —repetí yo luchando contra mis ganas de llorar y vomitar.

—¿Y desde cuándo la tienes, Zack? —siguió preguntando Raúl, experto en interrogatorios policiales y mejor padre.

—Pues no sé... Desde hoy, creo. Me he levantado y estaba encima de mi cama. Pensaba que la habías puesto tú, mamá... —respondió con su habitual puchero de inocencia—. ¿Puedo quedármela?

—No, mejor que no, cariño —negué y miré a su padre.

—Dámela a mí para que yo la guarde, ¿de acuerdo? —añadió él.

—Vaaaale —terció nuestro niño, de morritos.

—Y, cuando termines de desayunar y te hayas cambiado de ropa, podrás ir a ver la tele un rato. ¿Qué te parece? —le ofrecí a cambio.

—Noooo, bromeas —replicó el niño con la boca muy abierta, mitad desconfiado mitad encantado de la vida—. ¡Pero si hoy hay *cole*!

—Hoy todos hacemos novillos: mamá, tú y yo, campeón —confirmó su padre a la vez que estiraba su mano para revolverle su cabello negro y ensortijado.

—¡Mooooola! —celebró con los brazos en alto.

Y se tomó el cacao con leche, el zumo y los dos panecillos con tanta premura que apenas nos dio tiempo a los dos de cruzar un par de veces nuestras miradas preocupadas. Traté de fingir que comía algo, pero fue tarea imposible a causa de la bola de nervios que tenía alojada en la garganta.

—¿Qué cojones pasa aquí? ¡Te has quedado blanca al ver la sudadera! —me acusó mi esposo sin alzar la voz—. ¿Es de él?

—No... no lo sé. No lo recuerdo del todo, pero intuyo que sí porque me he puesto enferma al verla. Supongo que él llevaría una idéntica en su momento o me la hizo llevar a mí... no lo sé, lo he bloqueado —negué con la cabeza escondida bajo mis manos, que no dejaban de temblar.

Raúl se levantó de su asiento para acercarse a la silla a la mía y tomó una de mis manos, liberando a mi rostro del cautiverio oscuro de dedos. Después se la acercó a sus labios y me la besó en un gesto tan íntimo y dulce que me conmovió. Sonreí para él.

—Ese malnacido... ¿Cómo es posible que haya vuelto a entrar en nuestra casa? —se preguntó en voz alta, reprimiendo las ganas de chillar y la mano izquierda convertida en un puño crispado.

—Joder, ¡yo qué sé! Pero empiezo a pensar que la sombra que vi el otro día no fue una alucinación y que Zachary decía la verdad... —reflexioné sin darme cuenta de lo que decía.

—¿Viste una sombra? —me interrogó en tono acusatorio.

—Fue una tontería. Cuando me acerqué a la esquina, no había nada y pensé que me lo había imaginado todo por el estrés, por la pesadilla que acababa de tener... Estaba sugestionada, Raúl —me defendí.

—De acuerdo. —Volvió a besarme la mano, esa vez la palma—. Simplemente, no me puedo creer todo esto. Lo que te sucedió, la obsesión de ese hijo de puta contigo, su huida, que reaparezca diez años después... Zack dijo que había ido a su habitación y que tú lo habías visto, y ahora, por muy loco que parezca, tú confirmas su versión.

Asentí. No había gesto o palabra en el mundo que expresara con más claridad mi total conformidad con lo que había dicho. Quizá... Quizá, no sé, quizá debería hablarle de la *intrusa*. Quizá, si lo supiera Raúl además del doctor Fisher, ella se iría al saberse descubierta y me dejaría

en paz.

Quizá no.

Quizá se vengaría de mí y me obligaría a...

—¿Qué piensas, Zoey? —la voz de mi marido me trajo de vuelta a la cordura.

—Pienso que no comprendo cómo puede entrar en nuestra casa con impunidad y sin ser sorprendido... —improvisé.

—Sí. Yo también me lo pregunto. Una cosa es que se las apañe para que la alarma de seguridad no salte, ¡pero joder! Soy poli y no he oído nada, no he sentido nada. Hay dos compañeros apostados en la acera de enfrente en turnos de seis horas. ¿Cómo es que nadie lo ve? ¿Cómo consigue ser invisible? —se preguntó frustrado antes de dar un golpe inesperado sobre la mesa.

Escondí mi cabeza en él buscando su olor antes de que la tristeza se adueñara de mis ojos y convirtiera a mi marido en una mancha borrosa. Él acarició mis cabellos con ternura y me dio un par de suaves palmadas en la espalda como si fuera una niña. Pero funcionaron. Nos relajamos en aquel abrazo.

—Oye... ¿qué ha sido todo ese *show* de adolescente salido de antes? —murmuré junto a su oído.

—Ohh —exclamó—. Es que anoche tuviste una pesadilla, ¿sabes? No quise despertarte porque te callaste enseguida.

—¿Sí? ¿Y qué dije? —quise saber con el corazón acelerado.

No quería que me descubriera de ese modo.

—Hablabas mucho y muy rápido, casi no se te entendía. Solo comprendí una frase, y la repetiste varias veces...

—¿Cuál era? —lo animé tragando miedo.

—«Yo no soy yo». Eso es lo que dijiste tres o cuatro veces. «Yo no soy yo». ¿Recuerdas qué soñabas? ¿Te suena de algo?

—De nada —mentí como una cabrona con mi sonrisa de los domingos—. ¿Y qué tiene que ver una frase boba que he dicho soñando con que pretendieras empotrarme contra la encimera de la cocina? —me apresuré a preguntar con caída de pestañas coqueta incluida.

—Pues se me debió de meter esa frase en el subconsciente y soñé con ella. Soñé que no eras tú, que alguien te había suplantado, alguien idéntico a ti en el aspecto físico. Y yo tardaba en darme cuenta, o no quería darme cuenta a pesar de tus besos.

—¿Qué les pasaba? —susurré con la voz entrecortada por el miedo.

¿La *intrusa* había llegado a él?

—Que no eran tuyos. Eran tus labios, tus ojos verdes y este cabello castaño ondulado que adoro peinar con mis dedos, pero no lo eras. Para cuando lo reconocía en el sueño, ya era tarde y tú no estabas. Ha sido horrible, angustiioso. Llegué a sentir que te perdía de verdad, Zoey.

—Joder... —sinteticé con mi don de palabra al mínimo de mis capacidades ese día.

—Sí, joder. Cuando te he visto de nuevo, no he podido remediarlo y he corrido a ti. Pero ese hijo de puta no nos da ni un respiro. ¿Cómo ha podido colarse de nuevo en nuestra casa? ¿Cómo no hemos escuchado nada?

—No lo sé, amor —negué—. Pero yo ya no me siento segura en esta casa. No me siento segura en ningún lado y, después de lo de ayer, tampoco quiero que Zack vaya al colegio. Recuerda su amenaza: dijo que pronto vendría a buscarnos a nuestro hijo y a mí.

—Hay algo que no me dices, ¿verdad? —adivinó él.

Nota mental: no casarte con un detective si piensas tener secretos con él.

—Sí, bueno... Con lo de Zack ayer no te dije nada, pero yo también tuve una visita suya. Cuando salí de la consulta del doctor, me encontré con una nota en la ventanilla con una única palabra — omití conscientemente lo de las letras. O lo hizo la *usurpadora* por mí, pues la notaba reptar dentro de mí, desperezarse después de su siesta—. Decía «Pronto», y creo que la sudadera de hoy es un regalo retorcido antes de su gran función.

Raúl se llevó la mano al mentón y asintió.

—Tiene sentido. Voy a llamar a mi superior. Anoche me dijo que lo llamara si necesitaba cualquier cosa, a cualquier hora, o si teníamos nueva información. Me había dado los días de permiso que fueran necesarios hasta que *lo* atrapemos, pero debemos elaborar un plan. El muy bastardo siempre va varios pasos por delante de nosotros: ahora quiero cazarlo y meterle una bala entre ceja y ceja... —confesó con una rabia que no le conocía—. Alegaré defensa, pero ese tío no volverá a pisar jamás esta casa ni la cárcel.

—¿Qué estás pensando hacer? ¿Cuál es tu plan? —pregunté preocupada.

Él se levantó del asiento y miró al techo un segundo. Me llevé por inercia a la boca un panecillo que se había convertido en piedra y meforcé a masticarlo para amenizar la espera. Por fin, sus ojos chocaron con los míos. Negro sobre verde. Sonrió de un modo terrible.

—Es mejor que no lo sepas, pero necesito que vuelvas al café cuanto antes, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —acepté a regañadientes.

No quería separarme de ellos ni un segundo.

—Voy a llamar a mi jefe —anunció segundos antes de darse la vuelta con una sonrisa torcida y salir de la cocina.

Yo me limité a mirar cómo se alejaba, colgada del movimiento de sus piernas y de su culo al caminar. No podía evitarlo. Era hipnótico. Aquello me trajo un recuerdo culpable del día anterior con el psiquiatra. ¿Debería ir? ¿Debería abrir el infierno para él y dejar que viera todos los demonios de mi interior? ¿Y si no había vuelta atrás? ¿Y si los demonios escapaban y aniquilaban todo cuanto quería? ¿Y si destrozaban a mis seres amados?



Los ojos oscuros de Raúl me acariciaron el rostro. Estaba esperando que le diera una respuesta, que le dijera mi opinión sobre su plan. Y no sabía qué decirle. No sin soltar tacos. Desasí mis manos de las suyas para unir las sobre mis rodillas, sonreí al ver a Zack frito sobre la alfombra de pelo en la que acostumbraba a tumbarse para leer sus libros de dinosaurios o de astronomía, y regresé finalmente a mi marido, al hogar de sus ojos.

—¿Qué qué me parece? —fingí meditar—. Pues... me da miedo y no lo veo muy claro, cielo. Propones que nos vayamos los tres a uno de esos pisos que usáis en vuestros programas de protección de testigos. ¡Estás hablando de que nos mudemos y abandonemos nuestra casa!

—Lo sé, pero aquí no estáis seguros. Esta casa es muy grande, tiene demasiadas entradas y ventanas, múltiples opciones para poder entrar en ella o escapar después de haceros daño. Y será temporal, solo hasta que lo atrapemos. Ahí estaréis vigilados. Son pisos preparados con videocámaras, micros y la vigilancia será total. No podrá acercarse. Y, lo mejor, no podrá encontrarnos.

—Siempre me encuentra, Raúl, siempre. Es un cazador: me cazó cuando quiso *él*, desapareció cuando quiso y ahora viene a reclamar a su presa. Siempre sabe dónde estoy, qué hago y cómo acercarse a mí... —repliqué con ganas de llorar.

Miré de reojo al niño. Seguía dormido. Bien.

—No esta vez, Zoey. Te lo prometo. No te encontrará. Mañana por la mañana Zack y yo te seguiremos en nuestro coche, junto a un coche patrulla cortesía de mi jefe. No voy a dejarte sola. Cuando salgas de la consulta, ese mismo coche te llevará hasta el piso.

—¿Dónde se encuentra? —quise saber.

—Prefiero no decírtelo: es el único modo de asegurarme de que no llegue a sus oídos... —susurró señalando con los ojos las paredes del salón.

Me llevé las manos a la boca para reprimir un grito.

—¿Crees que hay micros? —pregunté horrorizada.

—He rastreado cada maldito rincón y no he visto nada a pesar de ser mi especialidad. Pero no me fio... De algún modo consigues siempre saber todo lo que decimos y hacemos. Es mejor que ni tú lo sepas.

—Bien, está bien —asentí con la cabeza—. De acuerdo. Mañana nos vamos a ese maldito apartamento. ¿Qué vas a hacer con Zack?

—Después de dejarte en la consulta de Fisher, iré con él al colegio. Quiero hablar personalmente con dirección y con su señorita. Quizá le deje estar ahí toda la mañana. —Fui a protestar, pero se me adelantó—. Siempre que me dejen estar en el aula... Puede que vayamos al parque un rato.

—Me parece genial. Me gustaría que pudiéramos mantenerlo al margen de esta situación... anómala. Todo lo que se pueda, claro, cuando un puto enfermo se cuele en su colegio para decirle que va a buscarle, y en su habitación para dejarle ropa... —dije de carrerilla.

Volvía a sentir un escozor en los ojos y en la garganta.

Y furia.

Y ganas de matarlo con mis propias manos.

—Sí, y luego me lo llevaré al supermercado, haremos carreras con el carro y llenaremos la despensa vacía. Cuando vuelvas, tendrás un marido *sexy* y elegante que te cocinará su especialidad culinaria. No podrás resistirte, *baby*... —susurró con voz seductora y sus morritos Jagger.

No pude evitar echarme a reír. Era el mejor pintándome sonrisas en el rostro, relajándome en las situaciones más complicadas y tensas.

—Déjame adivinar, Raúl... ¿*Pizza* congelada al microondas? —me burlé.

Me venía bien que me obligara a reír, a bromear, a jugar. Sin su esfuerzo, no habría risas en esa casa, no habría pequeños momentos de normalidad ni miradas de complicidad.

—¡La duda ofende, *signorina*! Es una receta familiar ancestral que se remonta a la primera *pizza* congelada del mundo, en una cueva de lo que hoy se conoce por Génova en la época del Paleolítico. ¡Vais a chuparos los dedos, os lo aseguro! —exclamó teatralizando y haciendo aspavientos exagerados «a lo italiano».

—¿*Pizza*? ¿Vamos a comer *pizza*? —preguntó la voz de nuestro súper radar de comida basura, también llamado Zack, quien se había levantado de la alfombra mullida como un muelle y ahora daba botes descoordinados por todo el salón.

—Sí, campeón —respondió su padre con una sonrisa que le cruzaba todo el rostro—. Y, ¿sabes qué haremos por la tarde?

Eso captó la atención de nuestro hijo, que detuvo de inmediato su alocada danza de la alegría.

—¿Quééé? —dijo él, alargando la sílaba hasta el infinito.

En ese momento, no podía ser más feliz. Amaba a mi familia.

—¡Maratón de pelis por la tarde! —gritó Raúl con euforia contagiosa.

—¡Anda ya! —dijo cruzándose de brazos—. No voy al cole, me dais cosas ricas, me dejáis ver la tele entre semana, no tengo deberes y ahora esto... ¿Tengo cáncer y me voy a morir?

Pestañeeé incrédula. Raúl se acercó a Zack con una expresión tan desconcertada como la mía y lo aupó hasta su pecho.

—¿Por qué dices eso, campeón?

—Sí, Zack. ¿Por qué? —repetí yo.

—No sé... Son todo cosas chulas, como la sudadera de los Lakers y, bueno, ese señor de la cicatriz me dijo que yo estaba muerto y que me iba a llevar con él. Ya ti también, mamá. A ti también dijo que te llevaría. Muerta. Con los demás.

—¿Los demás? —preguntamos a la vez mi marido y yo.

—Sí, los demás muertos. Dijo que debíamos volver a dormir con ellos...

Quise tocarle la cabeza y decirle que todo era mentira, que era un señor enfermo que había hecho cosas muy malas a mamá mucho antes de que él naciera, y que lo íbamos a atrapar, pero el hedor de los tulipanes corrompió mis palabras, mis pensamientos, y solo conseguí vomitar sobre la

alfombra de juegos de mi hijo antes de perder la visión y la consciencia.

Estamos muertos.

Estamos muertos.

Muertos.

Jueves, 13 de abril de 2028. 9:22 a.m.

Manhattan. Consulta del doctor Fisher.

Desde el interior de mi pequeño utilitario, me despedí de Raúl y de Zack con un gesto rápido con la mano antes de que se desviarán para reincorporarse a la carretera interestatal. El espejo retrovisor me mostró cómo un coche patrulla sustituía al de mi marido al posicionarse en mi retaguardia y se adentraba en el *parking* conmigo. Siempre me había espantado la idea de llevar escolta, de saberme vigilada a todas horas, pero, ese día y en ese edificio, agradecí de veras que estuvieran ahí. Era tranquilizador saber que eran dos *polis* los que seguían cada paso que diera, no él. Ya no podría acercarse a mí.

Estacionamos en la zona de aparcamiento para invitados. Los agentes habían dejado intencionadamente una plaza libre entre su coche y el mío. En cuanto puse un pie en el exterior, sin dejar de mirar a izquierda y derecha, los agentes se apearon e hicieron amago de acompañarme hasta la mismísima puerta.

—No, por favor —les pedí con una sonrisa neutral—. Prefiero que aguarden aquí.

—Pero su marido, señora Santana... —respondió uno de los agentes en un inglés con un marcado acento latino—. Nos ha pedido que no la dejemos sola en ningún momento.

—Estamos aquí para asegurarnos de que llegue sana y salva al apartamento. Órdenes del detective Santana —declaró el segundo, de apariencia física totalmente contraria a su compañero.

Si uno era moreno de cabello, piel y ojos, el otro destacaba por su piel lechosa de extremada palidez, el cabello rubio desgastado y los ojos claros, muy claros. Curvé todavía más mis labios para ellos.

—Por favor, agentes. Solo es tomar ese ascensor de ahí —señalé con un mohín infantil— y entrar en la consulta. Estaré en la sexta planta todo el tiempo y, apenas concluya, regresaré al *parking*. Por favooooor...

Ellos se miraron indecisos. El paliducho negó con la cabeza, el latino mostró las palmas de sus manos en el aire.

—Podemos meternos en un lío... —meditó el primero.

—Por favorrrrrrr —insistí.

—La acompañamos hasta el ascensor y sube usted sola, ¿sí? —negoció el agente latino.

—De acuerdo —acepté con una sonrisa agradecida. No quería llegar a la consulta acompañada de dos guardaespaldas de uniforme.

Echamos a andar y recorrimos en cuestión de segundos los escasos doscientos metros que distaban hasta el ascensor y su indiscreta luz rosa de neón, a semejanza de los clubs de alterne. Las miradas incómodas de los agentes se clavaron en mis ojos antes de que las puertas automáticas se cerraran ante sus rostros culpables. Había sido una niñería pedirles que se quedaran ahí abajo, pero algo me había impulsado a hacerlo.

La *intrusa* había despertado.

Maté los nervios a base de rasguñarme la piel. Siempre que estaba nerviosa, me picaba el cuerpo y acababa rascándome de forma compulsiva hasta provocarme pequeñas heridas en brazos y piernas.

Pulsé el botón 6. La misma moqueta morada, el mismo contrachapado, los mismos paneles de madera, el mismo pasamanos dorado y la misma musiquilla exasperante. Todo era idéntico.

Todo menos yo.

Que no era yo.

O no todo lo «yo» que debía ser.

Me obligué a realizar ejercicios de relajación con la respiración. No podía permitir que *ella* se adueñara de la sesión. Era yo quien necesitaba al doctor, quien debía contarle qué me estaba sucediendo. *Noella*. Tenía que conocerme a mí, no a la *impostora*.

El pitido del ascensor anunció mi llegada. Las puertas se abrieron. Salí al corredor enmoquetado y me dirigí, sin dudar en esa ocasión, hacia la consulta del doctor. Comprobé la hora. Las 9:28. Recordé las instrucciones de Fisher sobre la puntualidad y decidí esperar esos dos minutos admirando el lacado blanco de la puerta, aunque esta se abrió antes de tiempo, acompañada de la agradable sonrisa del doctor.

—Señora Santana... —me dijo a modo de saludo antes de franquearme la entrada—. Es inusualmente puntual y eso me gusta mucho, ¿sabe? Entre, haga el favor.

Sonreí nerviosa y obedecí. El pasillo olía a galletas recién horneadas y a café. Lo seguí hasta la sala-consulta mientras trataba de involucrarme en conversaciones superfluas sobre climatología y otros temas igual de interesantes.

—He preparado el desayuno —me dijo con informalidad—. ¿Quiere desayunar conmigo y conversamos en el sofá?

—He desayunado ya pero nunca digo que no a una buena galleta y al té —reconocí sonriente.

Volvía a sentirme yo otra vez.

—Estupendo. Siéntese, Zoey —me pidió señalando hacia los sofás a la vez que se inclinaba sobre la mesita auxiliar para activar el botón de grabación audiovisual.

—Tienen una pinta estupenda. Y, créame, sé de galletas. Me paso el día haciéndolas (y comiéndolas) en el *Miller's*. Y pasteles, tartas, sándwiches... —confesé acomodada en el sofá blanco antes de olisquear una y acabar con su vida de un mordisco.

El doctor ocupó el segundo sofá colocándose justo enfrente de mí, lo suficientemente lejos como para sentirme cómoda y que no invadiera mi espacio, lo suficientemente cerca como para poder pasarnos un objeto si ambos alargábamos las manos. Seguro que no era una distancia arbitraria. Punto para el psiquiatra. Aparté la mirada de mi mano y la galleta desaparecida y me encontré con una nueva sonrisa en sus labios.

—¿Qué? —pregunté con la mano sobre la boca llena de galleta.

—Así me gusta. Más relajada. Así podremos hacer una buena sesión...

—Que ya ha comenzado desde que salí del ascensor, ¿me equivoco? —sonreí yo también después de limpiarme de miguitas las comisuras.

—No se equivoca —concedió—. Zoey Santana, primera sesión —dijo en voz alta y clara mirando hacia el punto en el que un discreto objetivo registraba cada palabra expresada, cada gesto realizado.

—¿Un té entonces...? —me ofreció.

Yo asentí llena de ansiedad y de dudas.

PRIMERA SESIÓN

—¿Por dónde comienzo? ¿Yo digo lo que me dé la gana y usted escucha? ¿Usted me pregunta y yo decido si respondo? —le solté de carrerilla abrazada a mi taza de té.

Él se rio con simpatía.

—¿Por qué no lo escoge usted, Zoey? Se trata de que se sienta cómoda, relajada y en confianza. Elija usted...

Me mordí el labio pensativa.

—Prefiero contarle yo —afirmé aliviada—. Sí, eso es.

—¿Y de qué le gustaría hablar?

—De aquel día, del inicio de la pesadilla. De cómo comenzó todo. De lo que sucedió esa mañana en nuestra casa. De eso quiero hablar.

Sus labios se curvaron hacia arriba y movió la cabeza de abajo a arriba.

—Estupenda decisión. Y muy valiente —opinó—. Cuénteme...

Él dio un sorbo a su taza de café solo y yo lo imité con el té, más por ganar tiempo para reordenar las ideas y espantar el miedo de mi lengua.

—Bien... —suspiré tan mentalizada como aterrada—. Era domingo y nuestra casa se encontraba inusualmente silenciosa. Yo estaba durmiendo en la cama. Recuerdo que aquellos días dormía casi todo el tiempo y muy profundamente, y mi familia me dejaba hacerlo, todo lo que me pidiera el

cuerpo hasta que me recuperara. Por eso se fueron al Café sin mí aquel día.

—¿Se «recuperara»? —repitió él.

—¿Cómo? —reaccioné sin comprender sus palabras.

—Acaba de decir que necesitaba recuperarse, que su cuerpo necesitaba recuperarse y que por eso dormía tanto... —me dijo el doctor sin perder jamás su sonrisa, pero ahora también hacía anotaciones en su cuadernillo.

—Eso he dicho, ¿eh? ¡Vaya! —exclamé confusa—. Sí. Creo que fue por un accidente que tuvimos unos días atrás. Y, bueno, nada importante en realidad...

El psiquiatra frunció el ceño y me dirigió una mirada intrigada. Depositó el cuaderno y el bolígrafo en el asiento contiguo, y se inclinó levemente hacia mí.

—¿Se da cuenta de que me está diciendo que tuvo un accidente unos días antes de que todo pasara? —me preguntó con verdadero interés.

—No le sigo.

—Usted me dijo por teléfono que había tenido un accidente, ¿recuerda? Luego resultó ser mentira y ahora resulta que era real.

—Ohhh —respondí eso como podría haber dicho «patata». Cada vez estaba más confusa.

—Verá —se apresuró a explicarme al leer el desconcierto en mí—. Normalmente, Zoey, la gente usa las mentiras para ocultar una verdad, pero no suele usar la verdad para ocultar una mentira. O, dicho de otro, usted usó la verdad para mentirme y eso es algo... inusual. Podría no ser nada o bien podría significarlo todo. Pero me llama la atención porque todo indica que fue ese accidente lo que la llevó a estar aquel día en su casa sola y, de algún modo, incapacitada.

—Ya... Sí. Quizá...

—Me gustaría hablar del accidente más tarde, u otro día, si está de acuerdo... —siguió él buen doctor con su sonrisa preciosa...

Y bobalicona. Estúpido.

No le hables del accidente.

«¿Qué accidente?».

Así me gusta...

—¿Se encuentra bien, Zoey? Parece algo pálida.

—Se me pasa enseguida, no se preocupe. Es ese horroroso olor a tulipanes muertos otra vez —respondí superando la náusea repentina.

Cada vez eran más habituales e intensas aquellas ráfagas olfativas que me incapacitaban por unos instantes. En esa ocasión había sido breve pero doloroso, como un puñetazo repentino en la cara.

Fisher recuperó su cuaderno, garabateó un par de veces y me animó a proseguir con una sonrisa acompañada de un asentimiento de cabeza.

—Decía que estaba en su casa sola y...

—Y tenía una sensación extraña, como si alguien me estuviera observando a un palmo de mi cara. Podía notar su respiración sobre mi piel y ese olor a tulipanes —recordé, reprimiendo el llanto, reprimiendo el vómito—. Supe que algo no iba bien mucho antes de abrir los ojos. Estaba aterrada, paralizada, y no en sentido metafórico. No podía moverme y tampoco me atrevía a abrir los ojos. Pero nunca he sido una cobarde y los abrí. Lo primero que vi fueron sus ojos sobre mí. Me recordaron al agua sucia después de fregar el suelo. Eran de un gris manchado y triste. Me mandó callar poniendo su asqueroso y pegajoso dedo sobre mis labios. Pero yo no podía gritar, no podía hacer nada. Mi cuerpo no respondía y en mi cabeza solo escuchaba los latidos acelerados de mi corazón. Luego reparé en la terrible cicatriz que le cruzaba el rostro y en esa especie de antifaz o sombrero extraño que parecía cubrirle por zonas.

»—He venido a buscarte —me dijo en un susurro que se arrastró por mi rostro como una serpiente húmeda y viscosa—. Pero no será hoy.

»Entonces derramó algo sobre mi cara. Al principio pensé que era ácido porque sentí una quemazón ardiente, pero era sangre coagulada, sangre corrupta. No sé por qué lo hizo. Abrí la boca para gritar y me desmayé».

—Yo creía que... El informe que me pasaron no fue... —replicó Fisher.

Ahora era el doctor el que se mostraba perplejo.

—No. Eso fue... más tarde, dieciocho días más tarde —respondí reuniendo valor—. ¿Quiere que siga?

—Sí, por supuesto, Zoey. Y coma todas las galletas que necesite. No se corte —me invitó con naturalidad.

Coquetteé con la bandeja y seleccioné una con *toppings* de chocolate. Me sentí mejor solo por tenerla entre los dedos.

—Cuando desperté, estaba desnuda y cubierta de aquella sangre seca. Llamé al 911 y a mis padres. Todos ellos vinieron enseguida. Yo me sentía confusa y dolorida. Creímos que se trataba de un maniaco sexual, pero en el reconocimiento médico constataron que no me había agredido de ese modo. Y, durante los siguientes dieciocho días, viví un infierno. Hasta que llegó el decimoctavo día y lo conocí de verdad.

—¿A él?

—Al infierno. Pero es lo mismo. *Él* es mi infierno.

—¿Qué pasó, Zoey?

—Durante esos diecisiete días, e incluyendo la misma noche de su regreso, se entretuvo mandándome toda clase de regalos macabros que venían acompañados de notas de amor de un perturbado. Estos casi siempre consistían en animales muertos, a los que había torturado previamente y ensartado después. El policía que se encargó de mi caso no fue en un principio el detective Santana (mi marido), sino otro que... Bueno, digamos que no se tomó muy en serio ni las cartas ni los *regalitos*. Supongo que, como no me habían violado ni tratado de asesinar, no lo consideraron peligroso ni prioritario. Es cierto que apenas tenía algunas contusiones en las extremidades y el tórax, pero, joder, ¡era allanamiento de morada y había existido un ataque! —escupí con amargura al sentir cómo revivían, a pesar de los años, los recuerdos y sensaciones que

había logrado enterrar en mi mente.

Fisher me contempló desde su sonrisa dulce y perenne que invitaba a seguir, a ser valiente.

—Llegó el día decimoséptimo día —susurré para espantar el miedo—, y despertamos con una pintada en la puerta del garaje: «Mañana». No nos hicieron caso. Otra vez. Y se conformaron con un par de rondas con el coche policial por el barrio en todo el maldito día. Como medida disuasoria podría haber funcionado, pero no como medida de seguridad real. De modo que entró en casa esa misma noche, cuando se cumplieron los dieciocho días, y me llevó consigo. Estoy segura de que me drogó previamente. Todo lo veía borroso y lejano. Me arrastró por el pasillo y yo no podía dejar de preguntarme por qué ni siquiera mamá se despertaba, con el sueño tan ligero que tenía... Cuando llegamos a las escaleras, comprendí la situación. Quise gritar y zafarme, pero me había amordazado la boca con cinta americana. También las muñecas y los tobillos. Y yo ni lo había sentido porque apenas era consciente de mi cuerpo. Era ingrátida, como estar hecha solo de pensamientos y miedos. Incorpórea.

Fisher asintió tragando saliva y me ofreció una caja de pañuelos de papel. Lo miré desconcertada. No me había percatado de que estaba llorando. Cogí un par de ellos y los empaqué de recuerdos.

—Esta parte ya se la sabe, doctor, pues es lo que salió publicado en los medios y lo que le llegaría a la consulta sobre Alison y sobre mí. Me encontré a papá tumbado boca abajo sobre la mesa de cristal del salón. Estaba encajado en ella, inerte, en una lluvia de cristales, como si hubiera caído desde el piso de arriba. Seguramente forcejearon y papá cayó desde la barandilla. Con mamá se había ensañado. Tenía varios cuchillos clavados en el cuerpo, en la garganta, en los brazos, que la mantenían anclada a la pared sobre el último tramo de escaleras, llegando al piso inferior. Me pidió socorro con la mirada, pero *él* siguió arrastrándome sin tregua. En la planta baja, muy cerca del cuerpo de papá, había un segundo cuerpo: un niño pequeño.

—El misterioso niño que jamás fue identificado ni reclamado por nadie —recordó el doctor.

Su bolígrafo se movía constantemente, a la misma velocidad con la que yo desempolvaba mi historia.

—Así es. No sabemos qué hacía ese crío en nuestra casa. ¿Era *su* hijo y por eso no fue reclamado nunca? ¿O un niño cualquiera que tuvo la mala suerte de cruzarse con *él*? ¿Lo mató por accidente? ¿Acabó con su vida dentro de nuestra casa o lo trajo ya muerto como uno de sus *obsequios*? Han pasado muchos años y la policía terminó por cerrar el caso. Y así se ha quedado, un caso sin resolver, pues no pudieron identificarlo. No coincidía con ninguna ficha dental ni con ninguna denuncia por desaparición. Nada.

Háblale de la ropa que llevaba, de la sudadera y las zapatillas de deporte.

—¡No! —protesté en voz alta.

—¿Perdone? —respondió el psiquiatra.

—Que no averiguaron nada de él y me temo que nunca sabremos quién era ese pequeño —disimulé con una sonrisa culpable.

Háblale de la ropa.

«No voy a hacerlo».

Hazlo.

—Ah, ya —dijo él.

Yo asentí sin apenas escucharle.

Míralo. Ese tío no es un médico. ¡Es un actor! Tan guapo y joven...

Es un engaño. No es doctor.

Te está mintiendo, te está mintiendo, TE ESTÁ MINTIENDO.

—Cerca de la puerta —decidí seguir. Tenía que luchar contra la *intrusa*, silenciarla con mi voz— ... estaba mi hermana, Alison, sobre un charco de lágrimas y sangre. Le había atravesado la pierna con una especie de perno grueso y metálico. Me dio tiempo de ver cómo se desmayaba antes de que él me arrastrara hasta la puerta principal y me hiciera salir a la calle. Sin ocultarse. Como si no le temiera a nada, como si no creyera que pudieran pillarlo. Había aparcado el coche encima de nuestro césped, en el jardín, sobre el cuerpo de nuestro perro. Me arrojó al maletero y lo siguiente que recuerdo fue despertarme en el agujero apestoso donde permanecí veintidós días secuestrada. Veintidós —repetí, clavando mis uñas en mis brazos tratando de calmar mi urticaria.

—Lo está haciendo muy bien, Zoey —me animó el psiquiatra. Mis labios se tensaron en una mueca de agradecimiento—. ¿Se ve capaz de contarme qué vivió esos días durante su cautiverio?

Asentí con las manos convertidas en puños. Después me obligué a calmarme gracias a las bondades de la respiración profunda, apuré la taza de té, que ya estaba frío, y me apoyé en el respaldo del sofá con los ojos cerrados para seguir con el relato.

—Bueno, realmente no hay demasiado que contar. Lo asombroso del sufrimiento es que, a pesar de su contundencia y de su naturaleza infinita, puede ser resumido en apenas dos palabras. Pero el sufrimiento no puede contarse si uno quiere comprenderlo, ¿sabe? Se debe experimentar por sí mismo —medité. La *intrusa* parecía haberse retirado—. Nunca, en todo ese tiempo, salí de ahí. Nunca vi o escuché a otra persona que no fuera él ni recuerdo otro sitio que no fuera ese agujero. Parecía excavado en el subsuelo, como una mina profunda que viola los límites de la habitabilidad humana. Solo que aquel era un agujero pequeño, de apenas tres metros cuadrados, donde se amontonaban un pequeño colchón, una bandeja de comedor de hospital, un cubo de agua limpia para el aseo que renovaba a diario, un segundo cubo en el que hacer mis necesidades y un espejo, un maldito espejo. Como si quisiera asegurarse de que no me olvidara de mi propio rostro.

»Era un sitio frío, oscuro y húmedo con un único foco de ventilación: la trampilla sobre mi cabeza. Muchas veces traté de trepar por los muros con la idea de llegar a ella. Era mi única posibilidad de huida, el único punto de acceso. Y de salida. Pero la trampilla se encontraba a unos tres o cuatro metros de altura y las paredes, además de húmedas, parecían haber sido limadas a conciencia. Era imposible escalar hasta allí con una superficie tan lisa y resbaladiza. Si apoyabas las palmas de las manos en la pared el tiempo suficiente, las recuperabas mojadas, con las yemas arrugadas. El hedor a humedad era insoportable y el colchón cada día se pudría un poco más.

—¿No la visitaba? Tenía entendido que... —intervino Fisher.

Había dejado de sonreír, intrigado, y sus cejas se elevaban tratando de besar su frente.

—Sí, pero no del modo en que contaron los medios —reconocí—. Nunca me tocó, nunca estuvo

cerca de mí mientras estuve consciente. Aparecía dos veces al día, pero solo veía el contorno de su cabeza desde el suelo. Había ideado un sistema rudimentario de cuerdas con una pequeña plataforma a modo de montacargas y todos nuestros «encuentros» se limitaban a intercambios a través de ella. Nunca me hablaba salvo para darme alguna indicación lacónica. Su tono de voz era neutro, exento de emociones. Nunca me preguntaba ni respondía a nada de lo que yo le dijese, como si todo lo que quiso decirme lo hubiera hecho ya por escrito. A primera hora del día se producía la primera visita. En ella me hacía llegar dos cubos de repuesto: el del agua limpia y otro vacío. En su lugar, yo debía poner los cubos del día anterior. Junto a ellos había una bandeja con un sándwich, una botella de agua de un litro y un tulipán cortado. Nunca varió. La segunda visita se hacía al caer el día. Creo. Era muy difícil orientarse dentro de ese zulo sin luz natural. Ahí me llegaba una bandeja de comida con primer plato, segundo y postre; y otro tulipán.

—¿Y nunca le habló o explicó por qué la eligió? ¿Por qué la retenía ahí? ¿Qué quería de usted? — quiso saber el médico.

—Bueno, en las cartas me dijo que estaríamos juntos para siempre y que me daría la vida que me merecía, pero nunca me dijo nada, no. Una vez, creo que fue el primer día, lo amenacé, lo insulté, lloré. Buscaba una reacción suya, una emoción que me demostrara que era humano. Cuando le pregunté por qué me estaba haciendo eso, abrió la boca un segundo. Juraría que estaba a punto de responder, pero cerró la boca y la trampilla en su lugar. Un día la trampilla se abrió fuera del horario habitual. Yo ni me levanté del colchón. Cada día me sentía más débil y enferma. La humedad me había calado los huesos. Era una pésima combinación con la falta de luz, de aire puro y de ejercicio. Entonces una voz me devolvió a la vida.

»—¿Señorita Zoey Miller? —la voz de un desconocido se deslizó por las paredes hasta alcanzarme—. Soy el detective Santana, de la policía del estado de Nueva York, y hemos venido a rescatarla.

»Fue la primera voz que escuché en casi un mes, la primera cara que vi que no fuera *él*».

—¿Cómo supieron dónde estaba? ¿Cómo dieron con usted?

Lo miré sorprendida.

—Oh, por supuesto —recordé—. En los medios se explayaron con otros detalles, pero no hablaron de mi rescate en profundidad.

—Así es —confirmó él—. Y en las fichas que recibí solo informaba de que habían sobrevivido al ataque y, en su caso, al secuestro también.

—Bueno, mi hermana les facilitó una descripción exacta de cómo era *él*. La policía creó un retrato robot a partir de ella y la mostraron por diferentes distritos. Uno de sus informadores extraoficiales los llevó a un barrio suburbial. Según el tipo, un grupo de yonquis lo había reconocido a causa de la cicatriz. Mi marido se desplazó hasta allí para hablar con ellos. Le contaron que solían ir a una casa en ruinas en el límite con el polígono industrial, a pincharse, pasar el rato y esas cosas. Un día vieron a ese hombre entrando en un edificio próximo. No le dieron mucha importancia al principio, pero, al ver que las idas y venidas se repitieron, empezaron a vigilarlo. Trataron, incluso, de entrar, aunque la puerta tenía varios candados y cierres de seguridad. Imagino que pensarían que guardaba algo valioso y se lo querría robar para meterse más droga. El caso es que, cuando vieron su retrato robot, no tuvieron dudas. Esa misma noche, a solo unas pocas horas de mi rescate, le tendieron una emboscada y lo atraparon.

—Pero no acabó ahí... —añadió él.

—No... —negué.

El picor de piel se había acentuado. Apliqué más presión y vi disgustada que mis brazos estaban decorados por multitud de arañazos recientes.

—Debo confesarle que recordaba muy bien el ataque, las declaraciones tuyas y de su hermana, pero apenas sabía del rescate y ayer estuve investigando sobre los días posteriores —me informó Fisher—. Dejé de prestar atención cuando supe que había sido arrestado y encarcelado.

—Ajá...

—He encontrado una breve noticia en la que explican que su agresor fue hallado ahorcado en su celda y ahora estoy confuso, pues me dijo que había escapado y que ahora había regresado... —me dijo con suavidad, con el mismo tono con el que se le habla a un niño, a un anciano al que se le supone mermado en sus capacidades o, simplemente, a un tarado mental.

No era tan perfecto después de todo...

—Ya. Tengo una explicación lógica para eso —me obligué a sonreír—. Quizá no la tenga para otras situaciones extrañas, pero sí para eso. No era él. Solicite el expediente policial, si es que eso se puede, y verá. Yo iba a ir esa misma mañana a una rueda de reconocimiento. Iba a ser algo rutinario, protocolario según mi marido, porque todos dábamos por hecho su identidad. Sin embargo, amaneció ahorcado con un cinturón que nadie supo de dónde pudo sacar puesto que se lo habían quitado todo como exige el reglamento. El reconocimiento debía darse igualmente, sobre todo para mi tranquilidad, y se realizó en la morgue. Ahí vi que no era él. Tenía una marca que le cruzaba la cara también, pero era una herida reciente, todavía por cicatrizar. Y, sobre todo, el hombre sobre la mesa del depósito era robusto, mucho más grande que *él*. Tenía la anatomía propia de un jugador de *rugby*, algo que no coincidía en absoluto con el verdadero.

—¿Está diciendo que la persona del tanatorio se había hecho pasar a propósito por su agresor?

—Así es, y así lo creyó la policía —aseguré volviendo los ojos a él—. Es posible que supiera que andaban tras su pista, ya que siempre parecía saberlo todo, y pagó a ese hombre para que se marcara el rostro, se hiciera pasar por él y entrara en el edificio. Puede que ni siquiera fuera él quien venía cada día a traerme los cubos y la comida. Por eso no hablaba, no quería que descubriera que no era *él* por su voz. Mi marido siempre ha pensado que tiene a alguien en la policía, o que es poli, pero no hay ninguno con esa cicatriz.

—¿Por qué lo piensa?

—Por el cinturón. Alguien se lo tuvo que dar, ¿no? El caso es que decidieron ocultar a la opinión pública la identidad real del cadáver, y la gente se relajó al creerle muerto y pensar que se había hecho justicia, aunque nunca la hubo. Cuando regresé a casa, todo había cambiado. Mamá, o lo que quedaba de ella, acababa de salir del hospital. Sus cuerdas vocales habían quedado tan comprometidas que perdió la voz, además de pasar a vivir en una silla de ruedas para siempre a causa de una lesión por arma blanca en la médula espinal. Papá no despertó del coma tras la caída, y sigue así después de once años. Mi hermana perdió la pierna, su sueño de ser animadora y el curso. Y, bueno, nuestra relación se deterioró, pero de eso no quiero hablar ahora... —añadí en un hilo de voz.

—De acuerdo, Zoey. ¿Podría decirme cómo nos lleva eso hasta hoy?

—Bien. Saber que no era *él* solo confirmó mis sospechas, mi sensación de ser vigilada. Volvieron las llamadas a media noche con esos susurros, las risas, una respiración agitada... Hasta que no lo soporté más y me mudé de casa a un pequeño estudio en el centro. Tenía miedo y pensé que no me encontraría, pero parecía saberlo todo de mí incluso antes que yo misma. Entonces empezaron a ocurrir cosas extrañas: muebles que, al volver del trabajo, estaban colocados de diferente modo o incluso en otras habitaciones; pequeños animales muertos sobre mi felpudo... En la siguiente mudanza, a la que es hoy mi hogar, ya como la señora Santana, todo pareció calmarse. Acabábamos de saber que seríamos padres y *él* no había dado más señales de vida. Nos equivocamos del todo porque entró en nuestra casa. Raúl lo descubrió en el césped. Tenía unos bidones de gasolina y creemos que nos iba a incendiar la casa. Raúl lo persiguió por el vecindario, en pijama y con su arma de servicio en la mano, pero se desvaneció como el humo. Se lo tragó la noche y Raúl se descubrió corriendo detrás de la nada. Así es cómo me lo contó él.

»Y esa fue la última visita que nos hizo. Después de diez años de completa felicidad, sin saber nada de *él*, ha vuelto. Creíamos que habría muerto o que estaría cumpliendo condena en alguna otra cárcel del estado. Desde el domingo, cuando volvió a contactar, me está devorando la angustia. Ahora no solo me quiere a mí; ha amenazado con llevarse a mi hijo también —confesé aterrada.

—¡Dios santo! ¿Qué está haciendo el departamento de policía? —preguntó el atractivo doctor con el ceño arrugado por la preocupación—. Porque supongo que el detective Santana lo ha denunciado...

—Sí, sí. De hecho, tengo escolta y todo —reconocí con incomodidad—. Están abajo en el *parking*. Sus últimos avisos dicen que nos encontraremos pronto, y yo...

—Me hago cargo. Esta situación se escapa a mis capacidades como terapeuta, imagino que ya lo sabe. Yo puedo ayudarla con la ansiedad, sus lagunas mentales, sus crisis, el nerviosismo, las alucinaciones y con la *intrusa* de la que me habló el otro día. No obstante, no puedo solucionar un problema policial ni decirle que no debe sentir miedo por un agresor real. ¿Han pensado en dejar su casa por unos días?

—Sí, sí... Lo vamos a hacer. Vamos a ir a un apartament...

No se lo digas. ¡No se lo digas!

No confíes en él. Quiere saber dónde estarás. Tú, calladita.

—A un apartamento que nos deja una prima de mi esposo por aquí cerca —improvisé mordéndome el labio.

Sonríe.

Sonreí.

—¿Se encuentra bien? —me preguntó el falso médico—. Ha perdido de nuevo el color del rostro y sus ojos brillan febriles.

Me estaba estudiando. Desconfiaba de mí y yo de él. Creo que había intuido mi presencia, pero yo también lo había intuido a él y sabía que era falso. FALSO.

—¿Zoey? —repitió sin dejar de analizarme—. ¿Puede contarme cuándo fue la primera vez que sintió a la *intrusa*?

No comprendía a qué venía ahora ese súbito cambio de tema, ese interés por mí. Esculpí una sonrisa tan falsa como su titulación y asentí.

—Sí. La primera vez que creí sentirla dentro de mí fue justo después de su primera visita, pero no hablé con ella hasta que me la encontré en el agujero.

—Interesante elección de palabras, Zoey. ¿Está *ella* despierta ahora? —preguntó en voz muy baja. Asentí con mi dedo índice colocado casualmente sobre mis labios—. Voy a confesarle que soy un adicto a la cafeína que necesita un segundo café. ¿Usted quiere un...?

—Sí, por favor. Otro para mí.

—¿Café? —se quiso asegurar—. ¿No prefiere un té?

Mierda.

—No, un café estará bien. A veces también tomo café.

—Ya veo... —contestó él con una sonrisa extraña dibujada en su cara.

Le observé llenando dos nuevas tacitas de café al modo italiano. Aún sonreía de ese modo cuando las dejó sobre la mesa y recuperó su asiento.

—¿Y a veces también es zurda? —me preguntó pillándome desprevenida.

—Soy ambidiestra, ya sabe... A veces uso la derecha; otras, la izquierda.

—Claro. La derecha, para el té; la izquierda, para el café. ¿Me equivoco?

—Así es, aunque tengo la sensación de que estamos debatiendo una cuestión más importante que una simple bebida... —repliqué con el rostro tenso.

El doctor se llevó el café a los labios para soplarlo sin quitarme los ojos de encima. Quería salir de ahí.

—Me están esperando, doctor, y ya llevamos una hora. ¿Podemos dar la sesión por terminada?

—Por supuesto, ¿pero no quiere tomarse el café? —se interesó él.

—Quema y se me hace tarde. Le veo el martes entonces a la misma hora. ¿Así es? —dije al tiempo que me incorporaba del sofá y le tendía la mano a modo de despedida.

El psiquiatra me la estrechó con fuerza y apoyó la mano izquierda sobre nuestro apretón. Un gesto cómplice, de «No estás sola».

Yo quería llorar. Quería contarle cosas, decirle que no era yo, que no me quería ir de ahí. Quería hablarle de la *intrusa*, de cómo se había colado dentro de mí aprovechando mis miedos, destrozando todo lo que era, incluso cuando era feliz. Quería pedirle ayuda.

En cambio, me vi cruzando el pasillo con aroma a galletas, abriendo la puerta y recorriendo el corredor enmoquetado de camino al ascensor.

—Zoey... —me llamó el doctor Fisher cuando estaba a punto de pulsar el botón de llamada.

Me giré hacia él con una sonrisa impostada y pregunté:

—¿Sí, doctor?

—Dile a Zoey que quiero verla el próximo día. ¿Lo recordarás? —dijo con un guiño de ojos antes de meterse de nuevo en su consulta y desaparecer del pasillo.

Quería decir algo, sí.

Quería decirle que era un farsante.

Quería librarme de él y de todos ellos.

Y, hablando de librarse, era hora de deshacerme de mis niñeras...

Cogí el ascensor con una sensación aterrada de alegría y cansancio infinito.

Mi destino no era la planta -1, sino la 0.

Salí por el vestíbulo que daba a la calle, consciente de que los polis nunca me verían, saludé con un «Buenos días» al conserje más longevo de toda la historia a juzgar por su apariencia, y llamé a un taxi.

Mi único deseo era volver a casa.

Quería estar en casa.

ESTAR EN CASA.



—Zoey, Zoey... —me llamó una voz—. ¡ZOEY!

Abrí los ojos sumida en una confusión aletargada.

—¿Qué pasa, cielo? —pregunté extrañada al ver a Raúl sobre mí zarandeándome sin contemplaciones.

—¿Qué cojones haces aquí? ¿Y por qué te has largado sin los agentes? ¿Sabes el lío en el que les has metido por dejarlos como unos incompetentes?

—Yo... no. No... —repliqué confundida, con los párpados aún cosidos de legañas y sueño.

—Zoey. ¿Por qué has vuelto a casa?

Estaba enfadado. Un montón. Tenía un cabreo de tres pares de narices.

—Yo... No sé por qué lo hice. Tenía sueño y vine a dormir. ¿Qué hora es?

—Las dos. Son las dos de la tarde. Me has dado un susto de muerte. Te he buscado durante horas. No cogías el teléfono y no sabía qué te había pasado. Creí que te había cogido ese cabrón... ¿Por qué apagaste también el móvil? ¿Por qué no llamaste por teléfono para avisarme? ¡No comprendo!
—siguió interrogándome entre la ira y el miedo.

No me daba tregua.

—No sé, Raúl... —reconocí después de apoyarme sobre el cabecero y comprobar que me había acostado vestida—. Me quedaría sin batería, no lo sé. No recuerdo cómo he llegado a casa. Te lo juro...

Mi marido me devolvió una mirada brillante. Tenía miedo.

—Perdona, cariño. ¿Está Zack bien? —le dije al oído mientras nos fundíamos en un abrazo.

—Sí, está bien. Un poco enfadado por haber comido la pizza fría, pero ahora le podemos compensar viendo pelis con él. ¿Quieres? —me dijo en un esfuerzo conciliador.

—Mi amor... —susurré al tiempo que metía mis manos en sus caracolas oscuras. Era mi vicio—. Comprendo que te lo he hecho pasar mal y que yo, en tu lugar, te habría matado si me haces eso.

—Se rio. Y yo con él—. Pero te prometo que no recuerdo cómo he llegado hasta aquí. Es todo... tan confuso...

Sus manos acariciaron entonces mi melena y apoyó su cabeza en la mía.

—Gracias a Dios, estás bien. Tendré que llamar a Fisher para decirle que estás bien. Le había llamado. Bueno, a él y a todos los hospitales de Nueva York... —trató de reír.



perdonas? —pregunté con un puchero infantil y su voz a juego, usando el *kit* completo. —¿Me

Él se abrazó fuertemente a mí como respuesta e hizo algo que nunca le había visto hacer. Rompió a llorar. De un modo violento, inconsolable y terrible. De un modo doloroso y completo. Como si desaguara todas las lágrimas acumuladas en su vida.

—Tengo miedo de perderte, Zoey, y creo que ya está pasando. Te estoy perdiendo...

Negué en un susurro pero yo también lo sabía.

Porque yo también me estaba perdiendo.

Me desdibujaba.

Me perdía y deshacía.

Y solo quedaba la *intrusa* para quedarse con todo.

Con ellos. Con mi familia.

Con mi vida.

Capítulo 7

Miércoles, 19 de abril de 2017.

Hospital *Medical Center*. Nueva York.

Si no recuerdas en este momento cómo dio inicio esta historia, te refrescaré la memoria: con el Infierno. Hoy querría hablarte de la otra cara de la moneda, del Paraíso, o de cómo me lo he imaginado yo siempre. En mi corazón, en mis sueños, el Paraíso se presenta invariablemente de la misma forma cambiante. Sé que suena contradictorio, pero me explico: se trata de una playa autoservicio, multiforme y peculiar.

En mi playa soñada hay zonas de arena tan blanca y pulida que se confunde con gotas de agua, pero es cálida y suave al tacto y, cuando caminas sobre ella o la acaricias, sientes que te mimara la piel como el mejor aceite de masaje. En mi playa, el mar es de un azul tan intenso que se confunde con el propio cielo en un beso de amor, y no sabes dónde comienza uno y termina el otro.

En mi playa hay zonas de nieve en lugar de arena. Y la nieve parece de algodón y refresca. Los niños, los adultos y los ancianos ruedan sobre ella y dibujan ángeles con sus cuerpos entre risas alegres. La nieve jamás se deshace por el calor ni se ensucia y el mar no la toca

porque recuerda que es salado y la respeta. No quiere acabar con ella ni con las risas que provoca.

En mi playa hay áreas de descanso para leer y escuchar música a la sombra; y cientos de kilómetros para que los perros corran y corran sin límite. Puedes verlos excavando en la arena o en la nieve, ocultando sus palos más preciados en escondites improvisados y persiguiéndose unos a otros dentro del agua con palos aún más imponentes. Y, entre ellos, Black es el rey del lugar. Y en su boca lleva el rey de los palos y agita su cola contento.

Porque no está roto.

Ninguno lo estamos.

Miro mis piernas y están enteras.

Y papá y mamá juegan como niños a hacer un muñeco de nieve después de darse un baño.

Y Zoey trata de convencer a Paul de por qué el chocolate debería ser un alimento obligatorio en la dieta alimenticia diaria de todo ser humano. Y yo los miro y me río...

Pero la expulsión del Edén siempre es amarga. Soy Eva sin manzana ni Adán ni Paraíso. Expropiada. Desahuciada. Mi familia no-rotta me contempla desde sus sonrisas congeladas en el tiempo antes de distanciarme de ellos a velocidad vertiginosa.

Caigo al vacío, a la realidad, a mi Infierno...

—¿Otra vez la misma pesadilla, nena? —escuché preguntar a Paul, que corrió a secarme la humedad de la frente.

—No..., no era una pesadilla —respondí yo sin atreverme aún a abrir los ojos por miedo a que se me olvidase el sabor del Paraíso.

¿Cómo podría confesarle que la pesadilla era, en realidad, despertar? Noté la presión de sus labios calientes sobre los míos y levanté los párpados para mirarlo.

Sí que tenía un Adán después de todo...

Sus ojos azules me observaron sonrientes. Estaban hechos de pedacitos de agua y del cielo de mi Paraíso. Quizá era una señal. Quizá.

—¿Estás preparada? —me preguntó mostrándome su perfecta dentadura y aquellos hoyuelos que me enloquecían.

—No te sigo... —contesté llena de confusión.

—Alison, el doctor Willis te ha dado el alta hace un rato, como te prometió ayer si todo seguía según lo previsto. Nos vamos ahora mismo a casita... —anunció con alegría contenida a la vez que alzaba un papel en el aire.

—¿A casa? —repetí—. Es cierto. Ahora me acuerdo. ¿Me puedo ir sin más entonces? ¿No tenemos que esperar al doctor?

—No, cielo. Podemos irnos ya. Todo lo que te explicó ayer el doctor Willis es lo mismo que me ha dicho hoy mientras tú descansabas, y está recogido en este informe —señaló a los folios que sostenía en su mano izquierda—. Así que, cuando usted desee, señorita...

—¿Cuándo es la siguiente consulta? —pregunté de repente aterrada—. ¿No deberíamos quedarnos un poco más? ¿Para asegurarnos?

Desde que me desperté en ese hospital, ya pesar de que no sabía aún toda la verdad, mi único deseo había sido salir de allí, de esa cama. Pero, entonces, cuando por fin llegó el momento, sentí que me paralizaba. Mis trozos estaban pegados de cualquier modo, en equilibrio precario, y no confiaba en el pegamento. Tenía miedo de terminar de resquebrajarme del todo en cuanto pusiera mis pies en aquella casa vacía.

Sin Zoey, sin papá, sin mamá.

—¡Ehhhh! —susurró Paul apoyando sus manos protectoras sobre mis hombros. Había leído el horror en mi mirada—. Tranquila. Volver a casa no significa que los estés traicionando ni que no te importen... Además, yo te traeré al hospital cada vez que lo necesites, sea para tus revisiones o

para que puedas aprovechar los horarios de visitas, ¿sí?

—Sí —asentí abrazada a él. Y dejó que le empapara la ropa de nuevas lágrimas—. ¿Qué haría yo sin ti?

—Hablando de eso... —dijo con el gesto serio después de acercarme la ropa de calle.

Sonreí al ver que había pensado en todo al traerme una falda larga que me evitara el mal trago de tener que enfrentarme a la visión de mi miembro amputado, ya fuera con unos vaqueros o con un vestido de falda corta. Acaricié la prenda de ropa.

—Gracias —musité. Él se encogió de hombros para restarle mérito al gesto—. ¿De qué quieres que hablemos?

—Bueno... —titubeé un segundo antes de ayudarme a desprenderme de aquella horrible bata de hospital y pasarme un niqui negro.

—Ehhh, ¿no me has traído sujetador? —lo interrumpí.

—¡Vaya! —rompió a reír—. Te prometo que ni me di cuenta...

—Bueno. No te resto puntos porque veo que solo me has traído una zapatilla, y eso lleva premio... —me esforcé por bromear. No quería pagarlo con él—. Bueno, ¿qué me ibas a decir?

Cogió el niqui de punto y lo hizo pasar a través de mi cabeza con una delicadeza y pericia inesperadas. Estaba nervioso y yo sonreí para animarlo hasta que dolieron todos los músculos de la boca. Al día siguiente tendría agujetas. Llevaba mucho sin sonreír.

Introduje los brazos por ambas mangas y esperé.

—Quiero casarme contigo, Alison —me soltó de sopetón. Nuestras manos se movieron solas para enlazarse—. Lo he sabido desde que sonó mi móvil ese día y me dijeron lo que había sucedido. Lo volví a saber cuando cogí el primer vuelo para venir a buscarte y volví a saberlo cuando te vi saliendo del quirófano. Bueno, creo que lo he sabido siempre, pero éramos jóvenes, teníamos todo el tiempo del mundo, la universidad...

—Pero yo no puedo celebrar una boda ahora con... —dudé agarrándome con más fuerza a sus manos.

—Ohh, no quiero una fiesta ni quiero que sea ahora, Ali. He visto que la vida es una mierda, que lo damos todo por hecho, y no es así, joder. Mañana podríamos no existir. Esto que te ha sucedido, lo que le ha pasado a tu familia... ha cambiado mis prioridades.

—¿De qué estás hablando, Paul? ¿Qué prioridades?

—El equipo, la universidad. ¡A tomar por culo! Quiero quedarme contigo, ayudarte con todo, estar junto a ti...

—No sé... Yo... te quiero y escuchar todo esto me hace más feliz de lo que muestro, pero sería muy egoísta por mi parte apartarte de todas las cosas que te hacen feliz. Estamos hablando de tus estudios, Paul, de tu futuro, del equipo, de tu familia...

—Mi familia me apoya en todo y nada es irreversible, cielo. Lo tengo todo pensado. No son castillos en el aire. Puedo ayudarte con el Café. Ahora no podemos llevarlo, es obvio, pero podríamos contratar a un par de empleados hasta que las cosas mejoren, hasta que Zoey vuelva...

Tendríamos ingresos que nos permitirían centrarnos en tu recuperación. El doctor Willis ha dicho que podrías empezar en unas semanas a manejarte con una prótesis y, cuando te sientas más fuerte y autosuficiente, podríamos regentar el Café nosotros y reducir gastos, ¿no crees?

Lo miré con incredulidad y la boca muy abierta.

—¡Vaya! Veo que lo has pensado todo... —dije al fin.

Paul se encogió de hombros. Parecía haberse hecho más pequeño después de soltarme aquello. Sus ojos estaban conectados a los míos, manteniendo el contacto visual.

—¿Y...? —dijo con la respiración entrecortada y un rubor intenso en el rostro.

Negué con la cabeza y reí.

—¡Tendría que estar loca para decirte que no! ¡Me caso contigo, señorito Ackerman!

Paul expulsó sus propios demonios de un suspiro y me abrazó con cuidado, como si le diera miedo que me rompiera en sus brazos. Nunca llegué a confesarle que aquellos días él se convirtió en mi pegamento...

Lunes 29 de mayo de 2017.

Hospital *Medical Center*. Nueva York.

Me retorcí las manos nerviosa. Constituía un gesto tan inútil como estúpido que me trasladaba, invariablemente y de inmediato, a una prisión de dolor, al recuerdo de mamá en nuestro coche hablándome por última vez.

Paul me sonrió con los ojos.

—¿Por qué tulipanes? —me preguntó antes de que nos separásemos.

Enterré el rostro en la fragancia marchita del ramo al que me había abrazado como un amuleto y le devolví mi mejor sonrisa.

—Es la flor de los Miller, la flor de la familia. Nuestras favoritas —confesé con cierto pudor.

—Te quiero. ¿Lo sabes, no, señora Ackerman? —susurró inclinado sobre mi oído.

Me sonrojé aún más y dejé varios besos sobre su camisa y su cuello para que no me olvidara antes de soltar nuestras manos. Tonterías de recién casados.

—Estaré aquí si me necesitas, en la cafetería... —señaló con la cabeza mientras hacía uso de su nuevo tic adquirido: jugar con la alianza que decoraba su anular—. No tengas prisa.

Asentí, le di un enésimo beso en los labios y corrí hacia el ascensor sin mirar atrás. La silla de ruedas podía ser un poco coñazo y deprimente, pero en carreras de velocidad no estaba tan mal. Lo realmente duro empezaría con las sesiones de rehabilitación (pero sin el «re») que me ayudarían a aprender a caminar con una prótesis. Pero aún quedaba para eso. Debía recuperarme primero, volver a estar fuerte psicológica y físicamente.

El doctor me aguardaba junto a la puerta de la habitación. Vestía su habitual bata blanca aséptica a juego de su sonrisa.

—Alison, ¡qué alegría verte! —exclamó tendiendo su mano hacia mí.

Yo solté el ramo sobre mis rodillas y se la estreché con fuerza. Para impresionarlo.

—Bueno, nos vimos el viernes, doctor Willis, y el jueves, y el día anterior, y el anterior... —respondí repentinamente malhumorada.

Creo que pensaba que cada visita que hacía sería la última, que me desmoronaría y no regresaría al hospital. Como si tuviera elección, como si no estuviera aquí mi familia.

—Cierto, pero Paul me llamó el viernes para darme la buena nueva y supuse que estarías ausente unos días... —me dijo con una semicurva que, en sus labios, podría convalidarse por una sonrisa.

—Bueno... No me veo en Punta Cana con la silla de ruedas, doctor —repliqué.

Estaba portándome como una bruja y lo sabía, pero sentía tanta ira, tanta rabia por todo... Él encajó el golpe con estoicismo. Seguro que estaba más que acostumbrado a lidiar con la amargura y las acusaciones de pacientes y familiares. Gajes del oficio.

—De todos modos, enhorabuena, pareja. Y recuerda que estoy aquí para ayudarlos. No soy vuestro enemigo —me habló como a una niña pequeña, pero me lo tenía merecido. No tenía que aguantar mis berrinches.

—Perdone, doctor. Lamento cómo acabo de hablarle. Es que últimamente me cuesta gestionar mis emociones y no sé cómo canalizar tanta frustración, tanta tristeza y dolor. Siento mucha ira... —me escuché confesar.

También estaba atónita por eso. La comunicativa, la expresiva y abierta era Zoey, no yo. Todo estaba cambiando, incluso las cosas que no podíamos ver, incluso nosotros. Éramos invitados en un baile de máscaras. Las habíamos intercambiado tantas veces entre nosotros que ya no nos reconocíamos. Desconocíamos con quién bailábamos y, aún peor, nuestra propia identidad.

—Quizá te pueda recomendar a un par de especialistas para que te ayuden con ello. ¿Qué opinas? —respondió.

Di un respingo en mi silla. Se había hecho una tónica habitual para mí en esos días, pues me abstraía en mi mundo con tanta facilidad que no recordaba de qué narices estaba hablando mi interlocutor cuando decía algo. O, simplemente, me había olvidado del mismo hecho de estar charlando con alguien.

—Lo pensaré, gracias —contesté yo con una sonrisa—. ¿Ha habido alguna mejora, doctor? ¿Algún cambio o novedad, por leve que sea? —pregunté con la mirada puesta en él y en el umbral de la habitación.

—No, Alison. Nada —negó con su voz nasal sin apartarse de la maldita entrada—. Ya te dije que debes tener paciencia y, sobre todo, ser realista. Cuando alguien sufre un golpe como ese en la cabeza, cuando hay una lesión cerebral de esa envergadura, es probable que no despierte nunca o que, si lo hace, no vuelva como lo recordabas.

—Ya, bueno, pero es fuerte y he estado mirando en Internet —protesté—. Hay bastantes casos de gente que despierta tras el coma y están bien. ¿Por qué no podría ser su caso?

El doctor movió la cabeza de izquierda a derecha.

—Está bien, Alison. Te dejo a solas. Si necesitas algo, estaré al final del pasillo, ¿de acuerdo? — dijo retirándose al fin.

Asentí y empujé la silla hasta el interior de la habitación. Aquella visión siempre me daba unas ganas enormes de llorar, de gritar. Tenía la misma apariencia tranquila, como si durmiera y no estuviera sufriendo. ¡Qué suerte!

Me acerqué al jarrón junto a la cama y cambié las flores por las nuevas, igual que había visto hacer a mamá toda nuestra vida. Solo que ahora lo hacía yo. Ella ya no cambiaría más flores. Cogí su mano y me sobrecogió ver lo pequeña que era la mía junto a la suya.

No era justo.

No lo era.

—¡Hola! —saludé tratando de no llorar, como una buena hija y fuerte—. Ya he visto que sigues durmiendo y que no piensas levantarte ni a tiros, ¿eh? Y luego me llamabais a mí dormilona... Pues mírate tú ahora...

Fingí quitarme un mechón de la cara para borrar las huellas de mis lágrimas disimuladamente. A papá no le gustaría, no.

—Pues os había invitado a mi boda con Paul, pero, claro, supongo que tenéis una buena excusa para no haber venido, ¿eh? Ha sido... pequeña e íntima, sin florituras. Y sin vosotros. Pero me ha hecho sonreír más de lo que me esperaba, ¿sabes? Paul es un buen hombre. Te gustaría mucho si lo pudieras conocer. Igual, cuando despiertes, no sé... ¿Qué opinas? Estamos viviendo en casa y Paul se está dejando la piel en el Café. Creo que te enorgullecería si lo vieras. No me imaginaba que un chico de universidad, un jugador de fútbol estudiante de marketing pudiera ser tan bueno en un trabajo nuevo para él y duro. Ya sabes que yo odio la hostelería. Pero él... es increíble. Ha contratado a dos camareros y no se ha conformado con eso, sino que cuida del negocio familiar, hace de jefe. Y de chófer y enfermero conmigo... Es maravilloso, en serio. ¿No puedes despertarte, aunque sea un segundo, para que lo sepas? No soportaría que te fueras así, sin saber lo que ha pasado.

Las lágrimas eran demasiadas ya para que me diera tiempo a limpiarlas a todas así que adiós a mi propósito de ser una Miller ejemplar. Siempre podía decir que ahora era una Ackerman...

—Sé que vas a volver. Lo sé. Y, cuando lo hagas, todo irá a mejor y estaremos todos juntos. ¿No ves que es un buen plan? No respondes, ¿eh? Bueno, piénsatelo, *porfi*. Yo debo irme ya. Me encuentro muy cansada y todavía tengo que visitar a mamá y a...

—Alison —irrumpió la voz del médico.

Me giré hacia la puerta de entrada y vi que me miraba con una expresión confundida.

—¿Qué sucede?

—Ven conmigo. Hay algo que acabo de ver y que quiero enseñarte...

«Hay algo que quiero enseñarte...». ¿Sería algo que formaría parte del Infierno o del Paraíso?

Capítulo 8

Once años más tarde. Viernes, 13 de abril de 2028.

Nueva York. Piso del programa de protección de testigos.

Mé costó varios segundos ubicarme y otras tantas respiraciones profundas no gritar, como me sucedía siempre que me despertaba en un lugar extraño. «Secuelas del trauma», diría el doctor Fisher. La mano adormilada de mi marido palpando a tientas mi vientre quietó mi inquietud. Su presencia era un bálsamo por sí misma. Sabía que, si él estaba conmigo, nada malo me sucedería. Rodé sobre mi propio cuerpo hasta posicionarme de frente a él. Dormía como un bebé. Su mano se deslizó hasta mi culo y lo acarició con complejo de panadero y una sonrisa dormida. También yo sonreí. Dormido seguía siendo igual de irresistible y encantador.

Admiré su cabello ensortijado y oscuro como boca de lobo, que me abstuve de acariciar. No quería despertarlo y que se me fastidiaran las vistas. ¡Tenía tan pocos momentos de paz como ese últimamente! Todos dormían en la casa, incluso la *intrusa*, y me negaba a desperdiciarlo haciendo cualquier otra cosa que no fuera memorizar el mapa de su rostro en mi mente: su piel bronceada y suave, sus labios carnosos y pronunciados, su mentón cuadrado, y esa nariz temperamental y recia que hablaba de sus raíces latinas. Adoraba esa nariz, y sus ojos oscuros e inteligentes, ocultos ahora bajo un mar de pestañas largas y rizadas.

Me acerqué a su boca despacio sin besarlo, y, como una ladrona, me llevé su aliento para respirarlo. Debió de presentir mi cercanía porque sus ojos se abrieron de inmediato al tiempo que sus manos resbalaron por mi cintura.

—¿Qué hacías, bruja? —preguntó con la voz sonriente y amodorrada.

—Miraba a mi esposo dormir, algo poco frecuente —reconocí besándolo con la mirada—. ¿Qué tal llevas lo de estar de «vacaciones»?

—Bueno, no madrugar está muy bien —contestó sin pensárselo mucho—. Estar con mi preciosa mujer en la cama a estas horas está muy bien. Hacerle el amor a estas horas está MUY BIEN... —añadió con picardía mientras su mano izquierda se colaba entre mis muslos.

Abrí los ojos y la boca en un gesto escandalizado a pesar de que mi cuerpo me delatase cuando mis piernas se separaron para facilitarle el acceso. La lengua de Raúl se enroscó a la mía. Ahora

eran dos serpientes deslizándose en armonía en una danza que ya habían bailado muchas veces, acompañadas por una melodía que nadie más oía. Suave e intenso, peligroso a veces, apasionado siempre. Dos serpientes en busca de la coreografía perfecta, de la unión perfecta.

Pegué mi cuerpo al suyo. Quería fundirme en él y que aquella sensación fuese infinita. Sabía que, cuando nos separáramos, la realidad del mundo nos engulliría. La magia desaparecería porque el miedo todo se lo llevaba, todo lo devoraba... Lo que no destrozara *él*, se lo llevaría *ella*, como aves carroñeras que se disputaran mi cuerpo y mi alma, picoteando trozo a trozo hasta dejar una estructura de huesos vacía y seca.

Me abracé con ansia a su pecho y le susurré al oído que se dejara de preliminares aquel día. Necesitaba abandonar mi cuerpo y sentirme en el suyo. Raúl me miró sorprendido. Yo no era de sesiones rápidas. Trepé sobre su abdomen liso y duro entre risas que solo nos pertenecían a los dos y me clavé en su cuerpo abortando mis lágrimas. ¿Por qué solo se me permitía estar de visita en el Paraíso? ¿Por qué debía descender al Infierno y vivir en él con los demonios? ¿Por qué?



Zack reía sin parar. Estaba encantado de ser el autor de la paliza que nos estaba dando en aquel videojuego de carreras. De vez en cuando, apartaba disimuladamente la mirada de la pantalla para comprobar que seguíamos con él y volvía de inmediato a concentrarse en la carrera, dispuesto a pulverizar su récord y el nuestro.

Contemplé a mi familia pero no pude sonreír por muy afortunada que me sintiera de tenerlos. Externamente, parecía idílico. Pero no. Ninguna familia que se encontrase a salvo abandonaría su hogar, su trabajo, el colegio... para trasladarse y encerrarse en aquel frío apartamento cuyas paredes solo podían relatar historias horribles de vidas tristes, de sangre y sufrimiento. Y ahí fuera, esperando, estaba *él*. Y dentro de mí, caminando de puntillas para que no la sintiera, estaba *ella*.

—Quiero volver a casa, Raúl —dije de repente.

Mi hijo soltó el mando de la consola. Mi marido me arrojó una mirada ceñuda y negó con la cabeza.

—Zack, ¿te importa quedarte un ratito a solas jugando mientras papá y yo lo hablamos? —propuse a mi pequeño trasto, que se encogió de hombros enseguida y se centró en las imágenes de la televisión.

Le di un beso en sus pequeños mofletes, me incorporé sobre mis rodillas y salí al pasillo para discutirlo con Raúl. Ni siquiera me giré para comprobar si venía detrás de mí. No había mucho dónde elegir. El cuarto de baño, la habitación de Zack y la nuestra. Entré en esta última por ser la más alejada del salón-comedor con cocina americana. Raúl se adentró de tres zancadas apresuradas.

—¿Qué tripa se te ha roto, Zoey? —me espetó antes de que pudiera decirle nada.

—¿A mí? ¡Por el amor de Dios! ¿Tu plan es que nos escondamos en este apartamento hasta que mi secuestrador se muera de viejo o qué? —le dije, más sorprendida yo que él.

—¿Es eso lo que piensas? —replicó confuso y decepcionado—. ¿Qué nos estamos escondiendo?

—No... No sé. Pero me siento así, sí —reconocí.

—Zoey, cielo. Te estoy protegiendo mientras lo buscamos, damos con él y lo capturamos. No voy a dejar que ese malnacido os encuentre. Y hay un plan en marcha. Pronto lo cazaremos, te lo prometo.

—Un plan, ¿eh? —repetí yo después de sentarme en las sábanas sobre las que nos habíamos querido hacía unas horas—. ¿Y por qué no confías en mí y me lo cuentas? No solo soy tu esposa, tu compañera, tu amiga. También soy la mujer a la que persigue ese hijo de puta, la madre del niño al que ha amenazado con matar. Tengo derecho a saberlo, ¿no crees?, a entender qué pasos estás dando, a poder sentirme segura...

Raúl se reunió conmigo en la cama, se sentó a mi lado y me tomó de la mano mientras tomaba una decisión. Siempre que estaba dudoso se mordía el labio inferior. Ahora se lo mordía con fuerza.

—Está bien, pero entonces tú tendrás que empezar a responderme sin evasivas a mis preguntas... ¿Trato hecho? —me ofreció con la mano abierta.

—¿Cuándo te he dado yo evasivas? —me defendí incrédula.

—¿Cuándo? Pues, por poner un par de ejemplillos, cada vez que te pregunto por cómo te va en el psiquiatra y qué te parecen sus sesiones; o bien cuando se te cambia la expresión y hasta la mirada y me dices que no te pasa nada, que todo está bien, aunque ambos sabemos que no lo estás... —contestó con una sonrisa firme, cálida y directa que no admitía contrarreplica.

Suspiré. Podía prometer, por mi parte, que lo haría a partir de ese momento. Yo. Pero no podía decir lo mismo de la *intrusa*. Eso... no podía hacerlo.

—Está bien. Trato hecho —acepté con una sonrisa a media asta, como las banderas en los días de luto, y cerré el pacto con un apretón de manos.

—Estamos preparando una encerrona... —me dijo casi en un susurro, como si temiera que alguien nos pudiera escuchar y todo se desbaratará.

—¿Una encerrona? —repetí yo en un tono de voz más bajo aún—. ¿Cómo?

—Dos agentes van a ocupar nuestra casa como si fueran nosotros.

—¿Cómo? ¡No se lo va a tragar!

—Confía más en mí, buena mujer —negó con la cabeza—. Se trata de dos agentes especializados, mujer y hombre, de fisionomía similar a la nuestra, ayudados además por una buena caracterización, maquillaje, informes de nuestros gestos y lenguaje corporal, de nuestros tics, movimientos, rutinas... Van a vivir en nuestra casa fingiendo que somos nosotros.

—Imposible —negué—. No se lo creerá ni en un millón de años. Sabrá que no soy yo. ¿Y dónde se supone que está Zack? ¿O tenéis a un policía enano que haga de niño?

—Zoey, normalmente aprecio mucho tu sentido del humor y tu sarcasmo. Hoy no es el caso. Mira, los falsos señores Santana volverán esta noche de un viaje. Así se explicará nuestra ausencia de la

casa durante estos casi dos días y dejará de buscaros. Zack no está porque, precisamente, el viaje tenía como objeto dejar a Zachary en un sitio seguro, a salvo de *él*. Va a funcionar, confía en mí.

—No lo hará. Es demasiado listo, Raúl —aseguré con la voz derrotada antes de apoyar mi cabeza sobre su hombro.

Raúl me acarició el pómulo y suspiró.

—Déjame que lo intentemos al menos dos o tres días, por favor, y vamos a ceñirnos al plan original, ¿sí?

—Mierda —contesté. Él se rio, contagiándome con su risa—. Está bien. Nos quedamos en este apartamento encerrados. Pero, si para el lunes no ha sucedido nada, quiero volver a nuestra casa, por favor. Prefiero tener miedo en mi hogar que en un sitio como este. Me da repelús... —señalé a las moquetas de rombos del suelo que tendrían varios lustros a sus pies.

—Está bien. Hasta el lunes entonces... —resumió Raúl con una sonrisa victoriosa bailando en sus labios.

Noche del viernes al sábado 14 de abril de 2028.

Nueva York. Piso del programa de protección de testigos.

El timbre agudo y nervioso del teléfono mancilló el silencio de la noche y, con ello, nuestros sueños. Raúl encendió la lámpara auxiliar sobre la mesita de noche, me arrojó una mirada inquieta acompañada de una sonrisa tranquilizadora y descolgó.

—Santana. Dime —respondió con la seguridad confiada propia de su cargo.

—[...]

La sonrisa autosuficiente de mi marido empezó a perder su curvatura hasta convertirse en una línea increíblemente recta. La mandíbula, tensa; el entrecejo, arrugado; su mano libre, convertida en un puño airado.

—Comprendo, Jefferson —dijo al rato.

—[...]

—¿Qué pasa, Raúl? Son las tres de la mañana y... —me silenció al ver su mano en el aire rogándome que esperara.

—Ya. ¿Heridos? ¿Pérdidas? —preguntó a su interlocutor telefónico.

—[...]

—Sí, de acuerdo. Lo pienso.

—[...]

—No, por supuesto que se lo voy a decir. Es mi mujer y es nuestra casa.

Di un respingo sobre el colchón al escuchar que me nombraba. Lo miré con urgencia. Raúl me sostuvo la mirada y negó con la cabeza, restándole trascendencia a la situación. Aquello contribuyó a que me relajara un poco.

—[...]

—Bien. No todo sigue adelante. Hablamos por la mañana, Jefferson. Y gracias... —añadió mi marido antes de devolver el auricular a la horquilla del teléfono.

Todo en aquella casa parecía congelado en el tiempo, arcaico, anticuado y desfasado. Era como vivir en una película de los años cincuenta. Aparté los ojos del aparato y regresé a los de mi marido.

—¿Qué...? —susurré sin apenas voz.

—Antes de nada, Zoey, no te pongas nerviosa, ¿vale? Todo está bien, todos están bien —habló con lentitud, del mismo modo en que hablaba a los familiares de las víctimas: poco a poco, para que pudieran procesar la información.

Gotas de dolor que se iban derramando sobre tu mente hasta que, sin darte cuenta, te descubrías calado y tiritando. Ya me conocía su sistema.

Forcé a mis labios a sonreír al tiempo que tragaba una suerte espesa de saliva y cemento.

—Parece que «nos» ha hecho una visita en plena noche. No ha llegado a entrar en la casa; solo se ha quedado en el jardín trasero esta vez —siguió diciendo.

La luz de la mesita era insuficiente para combatir la oscuridad de la noche y la mitad de la cara de mi marido parecía una quimera, una fantasía tétrica. Debía de estar ahí, pegada a su otra mitad, pero no se le veía, no se le intuía. Como si no hubiera existido nunca algo más que esa mancha oscura de su lado izquierdo. Me sonrió desde su lado existente con la mitad de su boca y su único ojo. Me incorporé sobre la cama con las piernas flexionadas y apuntando hacia él, cogí sus manos enterradas en la oscuridad para devolverlas a la vida y respondí en un suspiro:

—Suéltalo, anda. ¿Lo habéis pillado? ¿Qué ha hecho? ¿Cómo sabéis qué era él?

Sacudió enérgicamente la cabeza.

—No lo hemos pillado y, de hecho, nadie lo ha visto. Ni entrando ni saliendo, como un puto fantasma siempre... —rememoró. Yo enarqué una ceja—. Ha prendido fuego a parte del césped, Zoey, eso es lo que ha hecho. Nadie ha visto ni oído nada, ni los agentes del exterior, ni los del interior, aunque la cámara de vídeo sí lo ha grabado. Las imágenes muestran cómo derrama sobre la hierba algún tipo de acelerador o ácido corrosivo para dejar su mensaje. Espera —me advierte cuando estoy a punto de abrir la boca para preguntar por él—. Deja que termine. A continuación, prendió fuego a las letras que había dibujado con el producto y no fue hasta entonces, cuando aquello se puso a arder, que los agentes se dieron cuenta.

Alzó sus puños al aire y se desahogó a puñetazos contra él y contra el colchón que nos sostenía.

—¡Putas sabandijas! —exclamó.

La negrura había avanzado por su cara de forma apreciable. Apenas se le veía ya un ojo y una pequeña porción de pómulo y frente. No lo resistí más y me giré para encender la lámpara gemela de mi mesita de noche. La suma de luces famélicas obligó a la oscuridad a retroceder en parte sobre Raúl. Respiré aliviada y pregunté:

—¿Cuál era el mensaje?

—Sí, eso... Ponía: «Mañana».

Sentí que la sangre abandonaba mi cuerpo y todo empezaba a dar vueltas.

«Mañana».

Esa era la palabra que había aparecido pintada en el garaje de mis padres unas horas antes de que asaltara nuestra casa, matara a aquel niño, destrozara la vida de mi familia y me secuestrara.

«Mañana».

—Sé lo que estás pensando, amor —intervino mi esposo. Cogió mi barbilla con su mano y me la levantó para que nuestras miradas se encontraran—. Mírame, Zoey. Esta vez no va a ocurrir nada de eso. Lo sabes, ¿verdad? Será muy sigiloso, pero por fin le llevamos ventaja.

Parpadeé sorprendida. Me estaba perdiendo algo y no sabía el qué. Raúl esbozó una tímida sonrisa.

—Si se ha tomado la molestia de dejarnos este mensajito en el jardín —me explicó—, es porque cree que los que están dentro de la casa durmiendo somos nosotros. Quiere asegurarse de que lo veas, como hizo en su día con la pintada. Y él cree que lo verás, que lo veremos. Ergo, no sospecha que te hayas marchado. Si supiera que estás aquí (o en cualquier otro sitio), no habría ido a nuestra casa, ¿no crees? Y, ahora mismo, tendríamos algún regalo suyo en el buzón, en el pasillo... Zoey, te prometo que lo vamos a pillar. Hay un equipo al completo mañana para ello. No se va a escapar... Mañana habrá terminado todo, te lo prometo...

Me abracé a Raúl para ocultar mi incredulidad. *Él* era demasiado listo, demasiado todo como para dejarse engañar de ese modo. No me lo creía. Seguramente estuviera riéndose ahora mismo por movilizar al departamento y hacerles creer que había picado. Y, mientras, en la calle, a trescientos metros de nosotros, estaría apostado con sus prismáticos, con su sonrisa torcida y oscura, con la carne de su cara luchando por escapar de la fractura que la cruzaba. Jamás olvidaría esa cicatriz...

—¿Lloras, mi amor? —susurró Raúl sobre mi cabello.

—De alegría... —mentí.

Y la noche se volvió más oscura, hostil y terrible.

En cualquier momento, *él* vendría en mi busca y nadie más se lo vería venir porque no querían verlo. Ellos eran los super polis y yo, la mujer conmocionada que no ha superado todavía el trauma.

No, no me escucharían...

Sábado, 14 de abril de 2028. Por la tarde.

Nueva York. Piso del programa de protección de testigos.

El tiempo pasa muy despacio cuando lo contemplas. Al tiempo le gusta escabullirse como un ladrón cuando estás de espaldas o no piensas en él. Cuando te diviertes. Cuando no recuerdas su naturaleza implacable e inflexible. Entonces se calza unas buenas zapatillas de *runner* y se convierte en atleta. Y corre, y corre, y corre. Y, antes de que hayas podido pestañear dos veces, has llegado a la meta con él. Así es el tiempo.

En cambio, como le prestes atención, arrastrará los segundos convirtiéndolos en minutos, y a estos los convertirá en horas. Solo así se explica que una hora laboral dure noventa y cinco minutos (minuto arriba o abajo) y una hora en familia solo doce. El tiempo...

Ese día los segundos avanzaban lánguidos, a cuentagotas, desde nuestra prisión de moquetas, muebles apolillados y paredes empapeladas con dibujos psicodélicos oscurecidos por el paso del... tiempo.

Estábamos viendo por quinta vez una película de Disney protagonizada por un pequeño mapache que quería ser trompetista. Zack, sentado entre nosotros sobre el viejo sofá de cuero, miraba a la pantalla con la atención concentrada de quien pretende memorizar los diálogos y, de vez en cuando, buscaba nuestra mirada y nuestras carcajadas para subrayar la excelencia de la escena. Raúl y yo cumplíamos con nuestro cometido y reíamos entre comentarios absurdos que ignoraban las posibilidades reales de que un mapache llegara a ser trompetista en una orquesta real.

—¡Ya sé qué quiero ser de mayor, mamá! —gritó cuando al pequeño animal el alcalde le obsequiaba con la Trompeta de oro de la ciudad.

Su padre y yo nos tuvimos que reír. Lo necesitábamos, ¡qué carajo! El estrés, la tensión eran insoportables.

—Sorpréndenos —lo invité—. ¿Qué quieres ser de mayor, Zack?

—¡Trompetiiiiiiista! —chilló con aplausos que decidió dedicarse a sí mismo.

—¡Vaya! ¡Qué inesperado! —exclamó su padre con gestos tan exagerados y cómicos que ahí el tiempo tuvo correr, por lo menos, dos horas—. ¿Así que ya no quieres ser *poli* como tu padre?

Zack torció sus morritos, se llevó la mano al mentón en actitud reflexiva de forma idéntica a su padre y negó con la cabeza.

—No, ya no. Es un rollo...

—¿Y eso por qué, si puede saberse? —preguntó Raúl, intrigado de verdad.

—Pues, papá, porque...

El teléfono despertó entre gritos de auxilio y todo enmudeció. Zack, Raúl, yo misma... Hasta mi corazón había dejado de latir para no hacer ruido. Solo se escuchaba aquel timbre insistente y cascado del teléfono de ruleta. Raúl buscó mis ojos unos segundos antes de abandonar su asiento en el sofá mientras yo me abrazaba a nuestro hijo convertida en un manojo de nervios. Después se aproximó al anticuado mueble-bar de aglomerado y nos ofreció una sonrisa tranquila a la vez que

se llevaba el aparato al oído.

—Santana. Dime...

Lo vimos asentir en silencio. Me preocupé de verdad cuando desconectó su mirada de la mía y se giró lentamente hasta quedar situado de espaldas a nosotros. De vez en cuando cerraba el puño izquierdo y soltaba un «Ajá» o un «Comprendo» para regresar a un mutismo tenso. El intercambio de palabras fue breve, demasiado, y concluyó con un «De acuerdo. Ahora te veo, Jefferson». Depositó el teléfono en la horquilla y suspiró.

—¿Todo bien? —musité.

Raúl se volvió hacia nosotros y negó con la cabeza. Tenía la mirada empañada.

—Jefferson viene de camino. No tardará mucho porque me llamaba desde el coche y se disponía a aparcar cuando he colgado —explicó. Había ira contenida en su voz. También horror.

—¿Y no piensas contarme nada mientras llega? —repliqué con nerviosismo creciente.

Mi marido apuntó con discreción a Zack, que estaba tan silencioso e inmóvil, sin perderse nada de lo que hablábamos, que me había llegado a olvidar de que estaba pegado a mí.

—No os cortéis por mí, ¿eh? Ya sé de qué vais a hablar, papá, mamá... —anunció Zack con naturalidad—. Del *hombre del cole*...

Su padre recuperó el espacio que lo alejaba de nosotros, le revolvió el pelo como acostumbraba y respondió con una risa nerviosa:

—Eso es porque eres condenadamente listo, campeón. ¿Sabes con quién viene Jefferson?

Nuestro hijo cabeceó varias veces seguidas.

—Con Emma...

—¿La psicóloga? —pregunté yo.

—¿La *poli* de los caramelos? —preguntó Zachary.

Raúl nos contempló alternativamente y respondió con una afirmación que nos servía a ambos. Yo, por mi parte, lo taladré con la mirada. ¿Ahora nos traía a «casa» a una psicóloga? ¿Con qué fin? Me imaginé nuestro hogar en Hoboken reducido a cenizas, con todos nuestros recuerdos desaparecidos, nuestras vidas... ¡Oh, Dios mío! ¿Qué habría hecho ese cerdo?

—Emma pasará un ratito con Zack en su habitación mientras Jefferson nos explica todo, tranquila —nos explicó—. ¿Te apetece que Emma te proponga uno de esos desafíos de rol que tanto te molan, Zacki?

—¿Un juego de rol? ¡Toooma! —celebró mi hijo—. Eso sí, que sepáis que no me chupo el dedo y que me entero de todo, ¿eh? —añadió antes de cruzarse de brazos para reforzar sus argumentos con una dosis de indignación teatral.

Raúl y yo tratamos de reír sin éxito. La inquietud era una poderosa arma afilada, capaz de descoser cualquier sonrisa y, cuando tratábamos de enseñar una, se rompía o deshilachaba a mitad de camino.

—Dime solo una cosa, Raúl. ¿Lo habéis cogido? —pregunté rompiendo la promesa que me había

hecho a mí misma: no hablar jamás de *él* delante del niño.

—Zoey... —me recriminó mi esposo.

—Únicamente quiero un «sí» o un «no», sin detalles —me justifiqué—. O me va a dar un infarto...

Sus labios se contrajeron. Él se metió las manos en los bolsillos de sus vaqueros para ocultar su crispación y su respuesta retumbó por todo el apartamento:

—No. No *lo* hemos cogido...



Jefferson apuró su botellín de cerveza y eructó en agradecimiento. Era un hombre singular de edad indefinida entre los cincuenta y los doscientos años. Calvo, con una tonsura sobre el cabello ralo y grisáceo, y una tripa tan generosa que era imposible no imaginárselo vistiendo el hábito de un fraile que con el uniforme de policía estatal. Era un adicto al trabajo, buen compañero de mi marido (y de todos) y sabía disfrutar de cada minuto que la vida le regalaba, aunque eso significara atentar contras las normas de etiqueta, aunque significara eructar la Traviata después de beberse un tercio de cerveza de dos tragos largos.

—Sentaos, anda. Será mejor —nos pidió como si fuéramos nosotros los invitados.

Cosas de peinar canas... Obedecimos sin rechistar. Jefferson y su enorme barriga se sentaron frente a nosotros en un taburete de madera que daba la impresión de ir a declararse en huelga en cualquier momento.

—No soy yo mucho de tacto... —comenzó excusándose—. Por eso, siempre que puedo, evito ser yo el que tenga que hablar con los familiares de las víctimas. Emma está con vuestro muchachito en la habitación y tú eres mi compañero, Raúl, de modo que... Bueno, que ahí va: A las quince y treinta y dos horas, llaman por teléfono a la casa informando de que hay algo en el buzón que deben recoger. Es una voz masculina y grave. Todos nos preparamos para lo que pueda suceder porque damos por hecho que es una emboscada. Sale el agente especial Donovan, tu doble —señaló a Raúl—. Lleva el chaleco antibalas camuflado bajo el traje y se acerca hasta el buzón. Son las quince y treinta y cinco horas. No sucede nada. En el buzón no hay nada. Tampoco alrededor. No hemos detectado movimiento en la zona ni en ese momento ni en las horas previas, ni siquiera coches ajenos al vecindario o extraños que se hubieran acercado a la casa. Nada.

—Bien, sigue... —lo apremió mi marido con su olfato de sabueso activado.

Nuestras manos se encuentran a medio camino y entrelazamos los dedos a ciegas con la vista puesta en el policía-fraile.

—A las quince y treinta y nueve horas, Donovan vuelve a entrar en la casa. Al ver que ya no se encuentra en la cocina, llama a la agente especial Smith, pero esta no responde. No se inquieta de inmediato y tampoco nosotros, pues hay cámaras de vídeo, puestos de vigilancia rodeando el perímetro y micrófonos de escucha. No ha podido entrar ni salir nadie sin ser visto. Tampoco se ha escuchado nada y sabemos que Smith habría dado la voz de alarma o disparado su arma en una

situación de riesgo. Pedimos a Donovan a través del pinganillo que actúe con precaución, alerta a los puntos ciegos que las cámaras no hayan podido recoger y a los posibles escondites. Así, comienza a recorrer la casa vacía junto a nuestras cámaras, que, repito, no han captado ninguna actividad.

—Perdona, ¿cómo que ninguna? —intervino Raúl, mosqueado—. Mínimo se les habrá visto a ellos cuando respondieron al teléfono y cuando salió el otro al jardín, y los movimientos de Smith al quedarse en la casa, ¿no?

—Debería, pero no sabemos cómo, las imágenes que tenemos del interior de la casa desde que Donovan sale a recoger el correo están trucadas, falsificadas.

—¿A qué te refieres? —quise saber yo entonces.

—La imagen que recibíamos era estática. Según ella, Smith estaba sentada leyendo una revista junto a la isla de la cocina. Creemos que ha sido solo cuestión de cuatro minutos según nuestros cálculos antes de analizarlo todo. Cuando Donovan entró de nuevo, las cámaras volvieron a grabar.

—Cojonudo. Cuatro minutos que las cámaras no han registrado. ¿Y Smith?

Jefferson negó con la cabeza con evidente incomodidad.

—¿No, qué? ¡Joder! ¿Me vas a hacer jugar a las adivinanzas? ¿Ha desaparecido?

—No, estaba arriba en el cuarto de baño de invitados. Muerta. Creemos que un ruido pudo atraerla, pues en las escuchas se aprecia el sonido sordo de algo que cae al suelo, un mueble lo bastante pesado. La teoría es que subió a mirar. Sobre la puerta del baño había una nota: «Ábreme, Alice».

—¡Joder! ¿Smith se llamaba Alice? —maldijo Raúl.

—Así es, Santana —confirmó el oficial barrigudo sin saber qué hacer con las manos vacías, de modo que se las acomodó bajo las axilas—. Y es una referencia a *Alicia en el País de las maravillas*. ¿Le suena de algo, señora Santana? —me pregunta a mí—. Quiero decir, lo mismo esto es una pista retorcida, algo que quiere que usted sepa. ¿No le hace pensar en nada?

—No, lo siento. Es la primera vez que hace referencia a un libro. Y en él hay setas, no tulipanes. No lo sé... —respondí abatida por la frustración.

—Continúa, Jeff, anda... —rogó Raúl a su subordinado, aunque nunca había diferencias de rango entre ellos; se comportaban y trataban como iguales en todo momento salvo en la toma de decisiones y a la hora de dar órdenes.

—Bien. Creemos que Smith sacó su arma al abrir la puerta. No sabemos si se relajó en cuanto lo vio despejado o si ni siquiera tuvo tiempo de ello antes de que una flecha le atravesara el cráneo.

—¿Qué cojones estás diciendo? ¿Cómo es posible?

—La ventana estaba abierta. No sabemos desde cuándo, pero el tío debía de estar apostado sobre el tejado del vecino. Realizaría la llamada, alguien lo ayudaría con las cámaras o las interceptó él de algún modo, ya lo sabremos tras el informe, y solo tuvo que aguardar a que ella entrara obedientemente en el baño y disparar su ballesta.

—¿Me cago en la puta! ¿Habéis llamado a la familia de Smith? ¿A su prometido? —lo interrogó mi marido sin darle tregua.

—Sí. Emma se ha encargado, no te preocupes. Escucha, Santana... Había una nota clavada en la flecha...

—¿Qu...? —conseguí pronunciar. Tenía la boca seca y el corazón arrugado.

—Sí... —Sacó una pequeña libreta, como todos los *polis* de la vieja escuela que se negaban a aprovechar las nuevas tecnologías, y leyó—: «Ahora todo empeorará... para TODOS».

Y yo me lo creí. Claro que me lo creí. Acababa de matar a una agente especial en mi propia casa, cuando estaba de servicio y rodeada de un montón de seguridad. ¿Cómo no iba a creerlo?

Lunes, 16 de abril de 2028. 9:29 a.m.

Manhattan. Consulta del doctor Fisher.

Ese día no tuve que esperar en el umbral ni llamar al timbre. Tampoco hubo puerta que se abriera a mi llegada. Ese día la puerta del doctor ya estaba abierta y, tras ella, no había ningún Fisher recibéndome. El miedo anidó en mi estómago y dejó sus larvas en él a gran velocidad. ¿Le habría incluido también a él, al psiquiatra, en su amenaza? ¿Estaría...?

—¿Doctor? —pregunté asomando tímidamente la cabeza al interior del piso.

Se escuchaba el murmullo de una música lejana que provenía del fondo de la vivienda: la consulta. Fusión de jazz con sonidos contemporáneos, que me recordaron al *Miller's corner*. A papá le habría encantado este sonido. Le habría preguntado por el nombre del disco y el autor, y habría salido corriendo a comprarlo a la musicoteca de su amigo Charlie. Pero papá no compraría más discos ni escucharía más música, y la puerta del doctor estaba abierta y descuidada.

El sabor del miedo, amargo como la bilis, ascendió hasta mi garganta.

—¿Doctor? —repetí asustada.

Escuché un sonido apresurado de pasos, un ajeteo de puertas y, por fin, una voz entre toses.

—Sí. Estoy aquí. Entre, entre... ¡Y cierre la puerta, por favor!

Seguí sus indicaciones y atravesé el oscuro pasillo casi a la carrera. Olía a café recién hecho. La pieza musical se silenció en el momento exacto en el que puse un pie en la sala. Giré la cabeza a ambos lados, confusa al no verlo, y lo llamé nuevamente:

—¿Doctor! ¿Dónde se encuentra?

—¡Aquí!

Me sobresaltó más el dedo que me tamborileó un par de veces en el hombro que la voz nacida a mi espalda. Me di la vuelta llena de aprensión. Estaba tan atractivo y sonriente como siempre.

—¿Está loco? —le recriminé, consciente de cómo sonaba esa pregunta hecha a psiquiatra por una

paciente.

—No, ¿y usted? —rió—. Pero está lívida. Debería ponerse un poco más al sol, tomar vitamina C...

Negué con la cabeza, estupefacta.

—Lo llamé el sábado para contarle lo que había sucedido y cambiar la cita a hoy, y... —repuse enfadada.

Los dos nos miramos desde la incomprensión, estáticos en nuestras posiciones. La cara de Fisher cambió sustancialmente durante un segundo cuando sus rasgos se contrajeron. Parecía haber envejecido veinte años de golpe, pero el «encantamiento» se deshizo demasiado rápido para poder estudiar aquellos rasgos ajenos y consumidos. Sonreí con incomodidad manifiesta, aferrada al bolso.

—¡Ohhh! Ya veo. Ha visto la puerta abierta y ha pensado que yo..., que *él*... —meditó—. Nada más lejos de la realidad. La he abierto para recibirla y, justo en ese momento, ha pitado la tetera —se explicó mientras alargaba su mano para invitarme a moverme del umbral y que nos acomodáramos—. Y, como es usted tan puntual, sabría que llamaría de inmediato y no quería verme en la disyuntiva de abrirle la puerta o servir el té.

Me acomodé en el sofá blanco abrazándome a uno de los cojines. El doctor sonrió ante mi gesto, registrándolo todo como una grabadora. Él se mantuvo de pie.

—Comprendo... Quizá deba hablar con mi marido o con el agente Jefferson. Estamos hablando de alguien peligroso y, créame, usted también puede encontrarse en su lista. Dudo mucho de que no lo sepa todo ya de usted, y...

El psiquiatra volvió a toser, recuperó su sonrisa de dios griego y asintió.

—Debo reconocer que ha sido un gesto impulsivo e imprudente, ciertamente. Pero no se preocupe, Zoey. Estoy bien, como puede ver usted misma, y seré más precavido a partir de ahora —me hablaba con seriedad, sin rastro de humor—. Piense que, por mi profesión, estoy habituado a tratar traumas, a establecer diagnósticos y a curarlos (que no es poco), pero no a que me persigan o amenacen de forma *real*. En fin, Zoey... ¿qué va a querer tomar: café o té? —me preguntó con una nueva sonrisa amaneciendo en sus ojos claros.

—Un té, por favor... —contesté al momento.

Su sonrisa se ensanchó y asintió.

—Buena elección, Zoey —me felicitó—. ¿Está *dormida*? —preguntó bajando la voz.

—Sí. Lleva dormida todo el fin de semana, doctor. A veces creo que se ha ido porque... —me detuve cuando Fisher me mostró la palma de la mano antes de agacharse sobre la mesita auxiliar y activar el sistema de grabación.

—Zoey Santana, segunda sesión —dijo en voz alta con la cara vuelta hacia el punto en el objetivo—. ¿Me decía, por favor?

SEGUNDA SESIÓN

—Sí... Que desde el jueves no la he sentido. Es como si se hubiera marchado, doctor, pero no me fio. No puedo hacerlo... —confesé.

—De acuerdo. Hoy me gustaría hablar de *ella* y de lo que sucedió el otro día, pero al final hablaremos de lo que surja y usted desee. Vuelvo en un periquete con su té... —añadió con un guiño de ojos encantador antes de dejarme a solas en la consulta.

Estaba más nerviosa incluso que la primera vez y que la segunda. Y es que *la* había visto. A *ella*. Y ahora *el asesino* lo tenía también en su punto de mira. Recordé su analogía de las citas y de una relación. Seguro que me dejaba porque «esto no funcionaba». No podía culparlo. ¿Quién en su sano juicio querría verse involucrado en esto? ¿Arriesgarse a morir?

—Tome...

La agradable modulación de la voz de Fisher me devolvió a la habitación. Cogí la taza que me ofrecía con ambas manos y removí el té de forma compulsiva. El médico ocupó el sofá libre, en idéntica postura que la semana pasada, y sopló sobre el café humeante.

—Va a dejar de tratarme, ¿verdad? —le espeté nerviosa.

El doctor no solo me sostuvo la mirada, sino que negó con una amplia sonrisa.

—Debe de estar más loca de lo que creía si piensa eso —bromeó—. No, Zoey. No voy a abandonarla. No con lo que vi el jueves. Necesita ayuda y yo puedo dársela. Ni siquiera tengo elección. Es lo que soy, es lo que hago.

Observé sus ojos, su sonrisa, su postura relajada y supe que decía la verdad. Él me ayudaría. Expulsé mis nervios en un suspiró y me recliné sobre el respaldo del sofá.

—Gracias, doctor.

—No me las dé todavía. Cuando le pase la minuta, querrá matarme... —volvió a bromear. Era muy difícil no relajarse en su presencia—. Ya en serio... Aunque es pronto para establecer un diagnóstico (debo realizarle más pruebas, valorarlas y observar), creo que debemos medicarla cuanto antes.

—¿Medicarme? —repetí horrorizada. Nunca me habían gustado las drogas.

—Así es. Creo que es importante que episodios como los del otro día no se repitan, o no se recrudezcan al menos. Con una medicación correcta, podremos mantener a raya esos episodios y que usted se sienta más relajada, confiada y feliz. Evidentemente, todo lo que se pueda considerando su situación...

—Sí, claro —me mostré de acuerdo—. No sería muy normal estar encantada de la vida con un asesino pisándote los talones. Le comenté que había asesinado a la policía que hacía de mí en la casa, ¿verdad? —pregunté sin dejar de retorcerme los dedos.

«Ese gesto era de mi hermana. Y de mamá. ¡Qué curioso! ¿Lo seguirá haciendo? ¿Por qué no me ha llamado? ¡Dios mío! ¿Y si ha entrado en su casa? Ayer no fuimos a visitar a mamá. Igual entró y las mató a las dos a flechazos».

—Es probable que —prosiguió él—, a raíz del trauma, del estrés postraumático, su personalidad se haya escindido. Su mente se vio obligada a crear otra personalidad, de naturaleza dominante y posiblemente peligrosa, para escapar de ese modo del cautiverio y del sufrimiento. Usted me contó, Zoey, que su primer contacto con ella fue durante su secuestro, ¿no es así?

Asentí.

—Sí, comprendo. ¿Podría ir al baño un momento, doctor? —pregunté ocultando a duras penas mi angustia.

—Por supuesto. La primera puerta a la izquierda... —contestó Fisher.

—Ahora vuelvo entonces. Discúlpeme.

Me levanté del asiento con cierta brusquedad y corrí al baño aferrándome al bolso. Eché el pestillo y me senté sobre la taza del váter para dar con mi teléfono entre el mar de objetos inútiles que inundaba mi bolso. Lo saqué con angustia. No había vuelto a saber de Alison desde su lacónico mensaje y lo cierto es que me había olvidado de ambas en los últimos días, de mamá y de ella. También de papá. Y yo no era así. No lo era...

—Soy Alison y ahora mismo no puedo ponerme —me anunció su voz al quinto tono de llamada. ¿Por qué coño no lo cogía?—. Como ya sabes cómo va esto, espera a la señal y deja tu mensaje. Si me interesa, te devolveré la llamada (risas). *Bye, bye!* Piiiiiiii...

—Ali, por favor. Soy Zoey. Es urgente que hablemos. Llámame, por favor: es cuestión de vida o muerte.

Colgué la llamada, devolví el aparato a su cárcel de piel y me observé un instante en el espejo antes de salir. Se me veía un poco cansada, pero seguía teniendo la misma apariencia sana y jovial de siempre. Me pregunté con cuántos fantasmas nos cruzaríamos cada día con un aspecto similar, sin saber que estaban muertos o sufriendo... Sacudí la cabeza para librarme de aquellos pensamientos sombríos y dejé correr largo rato el agua del grifo antes de mojarme las manos y refrescarme la cara. El toallero estaba vacío, de modo que me sequé las manos en mi vestido de lana y salí armada para la lucha con mi mejor sonrisa.

—¿Ocurre algo, Zoey? —se interesó el terapeuta cuando me vio llegar.

—He llamado a mi hermana —reconocí—. Mientras hablaba con usted, pensé en ella y en que no sabía si estaban bien en casa. No he podido contenerme. Debía llamarla ya mismo.

—¿Y...?

—No lo ha cogido. Le he dejado un mensaje de voz en el contestador —suspiré.

—Seguro que se encuentra bien. No adelante acontecimientos, pues eso solo sirve para alimentar la angustia, el estrés y los problemas.

—Ya... —dije mecánicamente—. Bueno, entonces su diagnóstico es que estoy como un cencerro y debo tomar pastillas para contener mi doble personalidad, ¿no?

El doctor se rio. Otro en su lugar habría arrugado el morro, pero él no. Él recogía con guante blanco ese tipo de provocaciones y las llevaba a su terreno, incluyendo al dueño de la insolencia.

—Es un resumen con flecos, pero me vale —asintió—. En realidad, aún no sé si es un trastorno

disociativo de la identidad, esquizofrenia o un trastorno bipolar porque hay síntomas de todos ellos, pero el modo de abordarlo en un principio será igual. Terapia para la mente y medicinas para el cuerpo. Verá cómo se siente mejor en pocos días. Sobre todo, notará cómo los niveles de ansiedad han bajado. Al término de nuestra sesión, le daré unos blísters de olanzapina y una receta para que adquiera fluvoxamina, y veremos qué tal se adapta a ellas y cómo se siente, ¿de acuerdo?

—De acuerdo...

—Bien. Si no tiene inconveniente, Zoey, me gustaría que habláramos de lo que sucedió el jueves. Su marido telefoneó a mi consulta muy preocupado porque nadie sabía qué le había pasado ni dónde estaba desde que salió usted por la puerta de mi consulta. Aunque ambos sabemos que era *ella* la que dominaba en ese momento su cuerpo, ¿no es así?

Tragué saliva y asentí. Hablar de *ella* era invocar al demonio con una ouija. Y no se puede jugar con ellos sin esperar que te muerdan.

—¿Qué quiere saber de ella, doctor Fisher?

—Todo... —declaró cuaderno en mano, sonrisa en boca.

—Todo... —repetí en un susurro.

—No puedo ayudarla demasiado con su acosador, ya lo sabe. Esa labor se la dejamos al departamento de policía. Pero sí podemos trabajar en dos ámbitos: solucionar lo que la asedia internamente por un lado (*ella*) y, por otro, aprender a manejar las emociones para que el mundo exterior (*él*, las relaciones familiares o cualquier otro problema externo) le afecten de un modo menos categórico. Y no digo que vaya a ser fácil. En absoluto.

—De un modo menos categórico... —volví a repetir—. Tengo a un asesino chalado obsesionado conmigo, que ya ha matado y que volverá a hacerlo. La última vez, este mismo fin de semana, a la agente que se estaba haciendo pasar por mí en mi propia casa... —le recordé en actitud defensiva.

—Lo sé —reconoció el doctor con una sonrisa afable. Apuró su taza de café y me ofreció un *croissant* de una bandeja que ni había visto sobre la mesa auxiliar, cual mago sacando conejos y conejos de una chistera. Cogí uno sin pensármelo—. No quiero que me malinterprete, Zoey. No estoy minimizando su situación. Pero mi tarea como terapeuta no es decirle «Joder, yo estaría muerto de miedo en tu lugar» como si fuera un amigo que quisiera darle consuelo o consejo. Mi tarea es ayudarla a manejar lo que le sucede, real o no, fácil o difícil, para que, dentro de lo posible, se sienta más relajada, más feliz y con más armas defensivas, mentales y emocionales.

Sonreí en silencio avergonzada, sintiéndome una niña pequeña a la que han abroncado después de liar alguna trastada.

—Me alegra que lo comprenda. Yo conocía a Alice, ¿sabe? Y, si le soy honesto, tampoco yo puedo quitarme de la cabeza que ya no esté aquí... —declaró con sinceridad horrorizada—. Pero no podemos atascarnos en el miedo, en el dolor o la ira, o nos destruirían por dentro. Debemos aprender a canalizarlas.

Su revelación me pilló tan desprevenida que no pude ocultar mi desconcierto.

—¿Conocía a la agente Smith?

—A ella y a muchos otros, incluyendo a su marido, el detective Santana. Recuerde que colaboro con ellos como asesor externo en casos puntuales. Alice era una mujer excepcional, entregada a su trabajo, joven y llena de vida... —negó con la cabeza—. Ya lo ve... —hizo una pausa larga antes de continuar—. ¿Retomamos, Zoey?

El doctor cogió un *croissant* a su vez en actitud relajada. No dejaba de admirarme ese modo suyo tan particular de hacer sentir al otro que se encontraba en una conversación de cafetería distendida y de confianza en lugar de en una consulta psiquiátrica. Le observé dar un bocado a su bollería mientras fingía que no estaba pendiente de mí o mis gestos. Junto a sus rodillas descansaba su viejo cuaderno garabateado que, en realidad, no necesitaba. Todo estaba debidamente registrado tanto en su cabeza como en las grabaciones de audio y vídeo.

—Creo que nunca se había apoderado de mí de esa forma tan absoluta como el otro día en su consulta... —me detuve para aclararme la voz y las ideas—. Aunque hay veces que, cuando estoy dormida, siento que ella se apodera de mis sueños, que me los quita y me obliga a soñar los de otra persona: los *suyos*. Pero mejor empiezo por el principio, ¿no, doctor?

—Se lo agradecería.

Bebí un par de sorbos de té y me preparé mentalmente para hablar de ella.

—Le he mentado, doctor —confesé a bocajarro. Él me miró con la boca abierta y su *croissant* detenido en el aire a medio camino, confiriéndole un aspecto cómico e inusual—. Le dije que la primera vez que había hablado con *ella* fue en el agujero donde estuve retenida, pero creo que no fue así. He pensado mucho en ello y creo que soñé anteriormente con *ella* varias veces...

—Cuénteme... —me animó con sus ojos sonrientes sin dar muestras de enfado o decepción tras mi confesión.

—No ha sido una mentira consciente, doctor —me justifiqué a pesar de su silencio—. Solo es algo que he recordado. Como le conté, unos días antes de que *él* visitara por primera vez nuestra casa, yo me lo pasaba durmiendo bastante. Era un dormir pesado, profundo y extraño. Y creo que ahí fue cuando escuché por primera vez *su* voz.

—¿Ha podido recordar algo más del accidente? ¿Cómo sucedió, dónde, cuándo, por qué?

Negué con la cabeza. Fisher había recuperado el cuaderno para escribir de nuevo en él.

—¿Y puede hablarme de los días posteriores al accidente?

—¿Es relevante eso, doctor? —quise saber, intrigada.

—Bueno, me relató con bastante lujo de detalles el día en el que irrumpió en la casa, como, por ejemplo, el hecho de estar sola en casa esa mañana y por qué, y lo que se encontró al despertar. Me gustaría saber qué sucedió aquellos días previos a la *visita*.

—¿Cree que ahí puede estar la clave?

Se encogió de hombros con sus labios siempre curvados hacia el cielo y respondió:

—Es muy posible. Quizá ahí encontremos respuestas: quién es ese *hombre*, cómo se cruzaron sus caminos... Me da la impresión de que su *intrusa* surgió como respuesta a ese encuentro, a ese trauma.

—Yo... no recuerdo absolutamente nada de esos días anteriores —reconocí incómoda.

De repente, el mullido sofá se había convertido en la cama de un experto faquir, y me revolví molesta y dolorida.

—Interesante... —dictaminó. Y su mano se movió a toda velocidad a lo largo de la página—. Ha borrado de su memoria el accidente y los días que le sucedieron. Y su primer recuerdo nítido es cuando se despertó con *él* inclinado sobre usted en su cama. ¿Es así?

—Bueno, no del todo... Recuerdo pequeños retazos: que dormía mucho aquellos días, que mi familia me hablaba y me decía que descansara. Recuerdo eso y también los sueños. Y la voz de la *intrusa* camuflada entre ellos.

—Es evidente que su mente ha reprimido esos recuerdos en concreto. Quizá, si conseguimos desbloquear esos días, demos con la respuesta. Y con la solución...

—Me gustaría mucho, doctor —confesé.

—De acuerdo. Si me da su consentimiento, podríamos abordar el recuerdo de esos días desde la hipnosis o métodos similares de relajación que ayuden a localizar el bloqueo y eliminarlo. Piense en ello y el jueves me dice su opinión, ¿sí?

—Vale. Puede que entonces haya recordado más cosas. Intentaré hacerlo, sí...

—Serían unos deberes estupendos, Zoey —contestó acompañando a sus palabras con una palmadita de ánimo sobre mi mano—. Si los trae hechos, podríamos avanzar muchísimo... Porque, se encuentra en un lugar seguro ahora mismo, ¿verdad? Me preocupa su ubicación: la casa de un pariente no es el sitio idóneo para protegerse de su *acosador*.

—Estamos todos bien: los tres juntos, protegidos y vigilados por medio departamento —contesté intentando crearme mi propia respuesta.

No lo estábamos, qué coño. Él vendría a por Zack, a por mí, a por todos nosotros, con más ganas que nunca de hacer daño. Y yo... yo pensando en estúpidos deberes, ignorando deliberadamente que quizá para entonces ya no estuviera viva.

Quizá.

Quizá no habría nueva sesión.

Quizá debería dejar la terapia ahora mismo hasta que todo acabara de un modo u otro. Pero ¿no era eso lo que la *intrusa* quería para apoderarse de mi vida? No. *Ella* quería estar aquí, lo quería. Podía sentirlo. Y, de algún modo, se mostró el otro día ante el psiquiatra. Quería que él *la* conociera... ¿Por qué?

—Zoey... ¿Adónde se ha ido? —me sobresaltó la voz del médico.

—Perdone, doctor...

—Le estaba preguntando por *ella* —me recordó, aunque no le había escuchado hablar.

Me sucedía cuando me ensimismaba. No es que no entendiera qué me estaban diciendo. Simplemente, no escuchaba ningún sonido que no fueran mis pensamientos.

—Sí... —reconocí—. Bien. Mirándolo ahora en perspectiva, puedo decir que las primeras veces

que se manifestó no *la* sentí extraña. Más bien, creí que era yo misma dentro de un sueño, y como los sueños a veces son tan absurdos y surrealistas... No era nada violento, ¿me comprende? —Fisher asintió—. Solo era yo un poco más... alocada. Después del ataque, empecé a tener las alucinaciones que le dije en su día...

—Sí. Me gustaría que dedicáramos una sesión completa a hablar de ellas —intervino el doctor.

—Se le acumula la faena, ¿eh, doctor? —traté de bromear.

—Lo cierto es que tengo una lista taaan larga para abordar con usted que, para cuando termináramos, seguro que podríamos tutearnos —me siguió él con una sonrisa encantadora—. Pero prosiga, por favor...

—Está bien. Tras *su* primera incursión en nuestra casa, tal y como le comenté el otro día, dio inicio a su retorcido «cortejo» compuesto de cartas, notas, avisos, sus regalos-amenaza, llamadas a cualquier hora ... Todo lo que se le ocurriera. Fueron días en los que estuve sometida a mucho estrés, imagínese. Recuerdo, además, que las migrañas se intensificaron de un modo insoportable e incapacitante, y apenas dormía. Cada día estaba más cansada y nerviosa. No podía creerme que la policía hiciera tan poco. Todo ello, la falta de sueño, sumado al miedo y al estrés, me hizo ver, oír, sentir cosas que, aun hoy, no soy capaz de decir si ocurrieron de verdad o me las imaginé. En cualquier caso, yo me había convencido de que sucedió de ese modo: que todo lo que vi fue producto de esa situación angustiada. Ahora no estoy tan segura...

El médico alzó sus seductores ojos claros hacia mí, interrogándome con ellos.

—¿A qué se refiere, Zoey?

Cogí un mechón de mi pelo y lo retorcí nerviosa antes de acomodarlo detrás de la oreja y responderle con una sonrisa tensa. Me costaba un mundo decir aquello en voz alta.

—¿Y si fuera *ella* la que me provocaba las alucinaciones? ¿Y si la *intrusa* no surgió a raíz de ellas, ni del insomnio, ni del estrés y fuera al revés de como creí en un principio? ¿Y si fuera *ella* la responsable, la que lo hubiera creado todo?

Él parpadeó y carraspeó un segundo, manteniendo el tipo y la sonrisa.

—¿Se da cuenta de que habla de *ella* como si fuera una persona real, un ente independiente de usted? ¿Es consciente?

—¿Pero si realmente *lo* fuera, doctor? Cuando nos conocimos, le mencioné la posibilidad de una posesión, aunque siempre he sido escéptica con estos temas. Ahora no dejo de preguntarme si *esa cosa* se me metió dentro de mí después de que *el asesino* me realizara algún tipo de ritual chungo.

—¿Pero no me ha dicho que *la* sintió hablar en sus sueños días antes de que *él* apareciera? —razonó él.

—Bueno, si *ese individuo* ya me conocía y no entró en mi casa por casualidad, ¿no sería razonable pensar que llevara días observándome, conociendo mi rutina y la de mi familia para entrar en el momento oportuno, doctor?

—Sí, es razonable, pero no veo cómo... —empezó a argumentar el médico.

Había dejado de escribir y me miraba con verdadera curiosidad. No como si estuviera loca, no, sino como si le intrigara de verdad lo que le estaba diciendo.

—Pues que, si es metódico como parece y se preparó antes de entrar, conociéndome, siguiéndome y esperando el momento oportuno para asaltarla casa cuando me encontrara sola..., será metódico en todo, ¿no? Suponiendo que creyéramos en la existencia de demonios y en las posesiones, ¿no sería factible que hubiera preparado un ritual a distancia antes de aquel día y que el resultado de dicho ritual fuera esa débil voz? Luego, siguiendo esta hipótesis...

—Que es mucho suponer... —intervino. Asentí para darle la razón.

—Siguiendo esta hipótesis, ¿no pudo materializarse la voz en algo más poderoso en su encuentro conmigo? ¿Y si esa sangre con la que me bañó abrió una puerta a un mundo que desconocemos e invitó a ese *algo* a que entrara en mí? ¿Y si se ha estado alimentando de mí desde entonces? ¿Y si *ella* está viva y a mí me está matando?

—¿Como una especie de parásito? —preguntó y yo afirmé con la cabeza—. En la naturaleza, en las relaciones de simbiosis, si muere el anfitrión, también lo hace el huésped. Pero, al margen de este «inconveniente», me está diciendo que el atacante le metió un espíritu demoníaco en el cuerpo, un espíritu que cada vez se está haciendo más fuerte. Entonces, Zoey, solo para que se percate de los fallos de su teoría. ¿Puede responderme para qué la secuestró entonces?

—No sé. Quizá no funcionó como debía o cambió de opinión y quiso encerrarme de por vida, hacerme sufrir... —teoricé yo.

—Ajá... Porque tener un demonio no era bastante... —apuntó de forma irónica—. ¿Y por qué luego desapareció y ha vuelto diez años más tarde? ¿Y por qué la *intrusa* no se ha ido o ha acabado con usted?

—Bueno, no sé. Quizá no se llegó a completar el proceso porque me liberaron. A *él* le pudo suceder algo que lo ha mantenido alejado durante este tiempo. Mientras, *ella* permanecía casi siempre en un estado de letargo, y ahora que el *asesino* ha vuelto a terminar lo que empezó, ella también ha regresado y tomado el control sobre mí.

—Suena demencial, incluso dentro de esta consulta —replicó el psiquiatra con honestidad.

—Lo sé. Me escucho al hablar, doctor, y sé cómo suena, pero también sé lo que siento, lo que veo, lo que creo...

—Zoey, como terapeuta suyo, debo decirle que su teoría es imaginativa y creativa, pero poco realista.

—¿Pero usted *la* vio, doctor! *La* vio y supo que no era yo, ¿verdad?

—Vi, efectivamente, que padecía una disociación de la personalidad; o personalidad múltiple, como se conoce coloquialmente. Es muy frecuente en situaciones traumáticas y de alta vulnerabilidad. Pero hágame caso, señora Santana, entre la medicación que le he recetado y nuestra terapia (y más si atrapan a su acosador), todo volverá a su cauce. Entonces dejará de pensar en demonios, posesiones o cualquier otra explicación irracional —respondió Fisher en un tono cercano que me hizo sentirme sola—. ¿Me cree?

Él no lo hacía. No sé por qué pensé que lo haría.

—Le creo —le dije.

Mentira.

No le creía una mierda. Él no estaba dentro de mí para experimentarlo por sí mismo, para notar cómo ella se movía en mi interior y me pisaba desde dentro.

Debió de intuir mis reservas, o quizá leyó la decepción en mi rostro, y se levantó de su asiento para acomodarse junto a mí. Era extraño tenerlo al lado, no enfrente, compartiendo sofá y suspicacias.

—Soy un hombre de ciencia, Zoey, pero abierto de mente. Estoy dispuesto a dar credibilidad casi a cualquier cosa si hay indicios que lo apoyen. Confíe en mí—anunció tomándose la mano izquierda—. Si me cuenta todo de *ella*, quizá pueda ayudar a combatirla y expulsarla, sea o no un producto de su mente. Estamos en el mismo barco y quiero que llegue a la orilla, que pise tierra firme y se sienta segura. Me da igual si es un espíritu, una garrapata o el resultado de una alteración mental. La ayudaré a acabar con *ella* —aseguró con una sonrisa firme con sus ojos asomados a los míos.

El contacto de su mano me aterrorizó. La *usurpadora* empezaba a despertarse, colérica, y se revolvió dentro de mí. Sentía una manifiesta antipatía por el doctor, aunque lo necesitaba; necesitaba que supiera ciertos detalles de mí, de *nosotras*. ¿Por qué? Solté su mano bruscamente tratando de esconder el miedo en mis ojos. Apreté los párpados y escondí las manos entre mis muslos.

—¿Qué sucede, Zoey? —la preocupación tiñó su voz.

—Se está despertando, doctor —le confesé aterrada—. Si, en algún momento dejo ser yo...

—¿Teme por mi integridad física? —se sorprendió él.

—No, no es eso —volví a mentir. Me estaba convirtiendo en una experta—. Pero no se fie, ¿de acuerdo? Voy a tratar de seguir, doctor... —me di un tiempo para respirar.

—De acuerdo. En realidad, aún no me ha hablado gran cosa de ella. Estábamos en que *la* sintió por primera vez aquellos días que su mente ha borrado —recondujo.

—Cierto —confirmé.

El doctor se levantó de mi lado, sirvió una segunda taza para los dos y regresó a su sitio. Yo también regresé. A la jungla de mi cabeza...

La *intrusa* había decidido quedarse a escuchar sin intervenir.

—Después del ataque, cada vez que escuchaba *su* voz pensaba que era una alucinación más. Hasta que me secuestró. Sucedió apenas me desperté en aquel agujero húmedo y oscuro. Me dijo que me ayudaría a salir de ahí y me contó que mi secuestrador estaba a punto de llegar con comida para mí. Me aconsejó que no armara mucho escándalo para no alterarlo, que guardara las fuerzas. Era como si se preocupara por mí. Pero puede que se deba a lo que ha dicho antes del huésped parásito: necesita que el organismo anfitrión siga vivo. Creí, en todo caso, que era una especie de amiga imaginaria que había creado mi mente para no sentirme tan sola y desvalida. Y, cuando llegó *él* con la comida, ni siquiera me sorprendió que *ella* hubiera acertado. Entre todas las cosas que podrían haber sucedido (que me matara, que no abriera jamás esa trampilla o mil posibilidades más), ocurrió la que *ella* dijo. ¿No es extraño? Si era un producto de mi mente y yo misma no sabía dónde estaba ni qué pasaba, ¿cómo podía saber lo que pasaría a continuación?

El doctor se rascó la sien entre movimientos afirmativos antes de ponerse a escribir de nuevo en el cuadernito.

—Interesante —reconoció con la vista puesta en sus anotaciones.

—Así es. Durante todo el tiempo que duró mi encierro, *ella* se convirtió en mi única amiga —confesé—. Me hablaba, me aconsejaba y escuchaba. Parecía sinceramente preocupada por mí...

—¿Zoey? —pronunció al ver que me quedaba callada y no proseguía mi historia.

—¿Sabe qué, doctor? —respondí tras unos segundos de desconcierto—. Acabo de darme cuenta, justo ahora, de que *ella* también *le* tenía miedo. Quizá no sea un espíritu maligno que *él* convocó después de todo (o sí) —divagué un tanto avergonzada—. Siempre que *él* aparecía, *ella* desaparecía. Se escondía silenciosa dentro de mí, me dejaba sola. Siempre. No lo había pensado hasta ahora y es curioso. Aun así, me parecía una amiga real en todos los aspectos no solo porque fuera mi única compañía, sino porque luchaba para que no me desanimara y fuera libre. Lo que yo no terminaba de comprender era que *ella* tenía tantas ganas de salir de ahí tanto como yo. No éramos amigas, simplemente teníamos un mismo objetivo, la libertad; y un mismo enemigo, *él*.

—¿Y cuándo cambió todo y empezó a mostrarse hostil? —quiso saber Fisher.

—Buena pregunta... —comenté mientras me llevaba a los labios el segundo té—. Después de que mi marido y su unidad me rescataran, me di cuenta de que no se iba y apenas me hablaba ya, como si hubiera perdido el interés en mí. No me importó demasiado ya que yo estaba lidiando mi propia batalla y *ella* dormía casi todo el tiempo. Solo parecía despertar cuando había alguna amenaza de *él* o yo intentaba hacer o decir algo que *ella* no quería, como ir a visitar a mi padre. Pero ni siquiera entonces me di cuenta de que era obra de *ella*. Solo me venía ese olor a tulipanes moribundos, las náuseas y el vértigo. Imagino que siempre han sido obra suya y que me ha controlado todo este tiempo cada vez que ha querido.

»La primera vez que tuve miedo o desconfianza de *ella* fue a los tres días de volver a casa. Las cosas en casa no estaban bien, por supuesto, y la situación era muy delicada. Todos habíamos sufrido muchísimo. Papá, en coma; mamá, convertida en una cáscara vacía que no hablaba ni se movía ni dentro su propia silla de ruedas; Alison, sin la pierna ni la universidad ni sus sueños y ocupándose de casi todo, nuestro Café incluido. Recuerdo que ese día miré a mi hermana y sentí una aversión hostil inexplicable. No la quería cerca. Tampoco quería estar más tiempo en esa casa que solo me hacía sufrir y sentirme insegura por si *él* volvía a buscarme en cualquier momento. Tuve miedo de esos sentimientos que no parecían míos, de que la *intrusa* me obligara a hacerle algo, y unas semanas más tarde me fui de casa tras una discusión tremenda con Alison. Jamás habíamos discutido, ni de niñas.

»Alquilé un estudio en el centro y, bueno, empecé a salir con mi marido por esas fechas así que supongo que dejé de prestarle atención. Quería olvidarme de lo que me dolía. Luego todo fue tan intenso... Apenas entendía qué pasaba y qué era mío o de *ella* en mi cabeza. Me separé definitivamente de mi hermana, me prometí con Raúl y nos casamos. En esa época hubo un poco de todo. Era feliz con Raúl, pero todo lo demás estaba también ahí: continuó el acoso, sus amenazas y llamadas puntuales, y mis visiones y paranoias se recrudecieron. Era *ella*. Despertaba a ratos para confundirme, me decía que mi marido era un farsante, que me librara de él como había hecho de esa Alison horrible, cruel y extraña que tanto daño me había hecho. Entonces descubrí que estaba embarazada y todo empeoró. El *asesino* entró en nuestra propia casa y,

aunque Raúl estuvo a punto de atraparlo, se escapó. Estuve varios meses fatal tras ese incidente. Veía cada cosa, pensaba cada cosa terrible, doctor... Por supuesto, ignoraba que no volvería a saber de él durante años, pero la *intrusa* me amargó la existencia casi todo el embarazo. Cuando se mostraba, yo me quedaba paralizada y era como si me muriese, ¿sabe? Pero eso ya se lo contaré otro día, doctor... Luego, un día, sin más ni más, *ella* también dejó de incordiar. Empecé a ser feliz de nuevo, a relajarme, di a luz y hemos vivido muy felices los últimos diez años... —rememoré. No estaba siendo tan difícil como me había imaginado.

—Salvo por sus episodios —apuntó él.

—Sí, bueno, pero creo que todos firmaríamos por tener veintitrés horas al día de felicidad aceptable y una un poquito peor, ¿no?

—Bien visto —tuvo que reconocer él—. Me ha contado muchas cosas, pero tengo la impresión de que se resiste a hablar realmente de *ella*, solo *la* rodea. No me cuenta cómo es, qué hace, qué dice...

—Y no se equivoca. Ahora mismo nos está escuchando y tengo miedo. Siento cómo se ríe y disfruta de la conversación...

—Pues quítele el poder. Dígame qué cree que quiere *ella* de usted, qué sabe de su *intrusa*.

—Quiere quedarse con mi vida, con lo que tengo. O eso creo. A veces creo que solo quiere destruirlo. Le gusta estar en espacios conocidos. Odia los sitios en los que no ha estado nunca y me lo hace saber. También aborrece los hospitales. Cuando toma el control es para obtener algo que quiere o sentirse cómoda. Por eso creo que el otro día me llevó a casa. Algo le hizo saltar. Creo que se sintió en peligro con usted y me llevó al único sitio donde se siente protegida. También sentí hostilidad hacia usted, pero creo que a quien planea hacer daño es a ellos, sobre todo a mi hijo. Me mete pensamientos en la cabeza, pensamientos que es imposible que sean míos. Yo... nunca haría daño a mi familia, doctor Fisher. Los amo —concluí.

El médico me ofreció un pañuelo de papel. Lo miré con expresión extrañada. Me llevé las manos a la humedad de mi cara. Ni siquiera me había dado cuenta de que estuviera llorando.

—Está bien. Ha sido muy valiente y honesta, Zoey —me felicitó—. ¿Cómo se siente?

—Cansada, aliviada, y preocupada. Muerta de miedo.

El rostro perfecto y bello del doctor se adornó de una nueva sonrisa, aún más bonita que todas las anteriores (¿cómo lo haría?) y asintió.

—La sesión de hoy ha sido muy fructífera. Verá cómo todo mejora a partir de ahora.

Me encogí de hombros. Todos decían lo mismo y siempre se equivocaban.

—Por favor, no se olvide del tratamiento. Una pastilla diaria. —Fisher se levantó para coger la receta que tenía preparada para mí en su escritorio.

Esperé su regreso en el sofá hasta que me la ofreció con una mano extendida, guardé la receta en el bolso y me incorporé junto a él.

—Muchas gracias, doctor. ¿Le veo el jueves entonces?

Él apretó mi mano con un asentimiento. La *usurpadora* salió de donde quisiera que estuviera

agazapada y sonrió. Aguanté la respiración y el grito.

Tenía un plan para él.

Lo quería también a él.

Del mismo modo que a mi familia.

Muertos.

Capítulo 9

Lunes, 31 de julio de 2017.

Residencia de los Miller. Chelsea (Nueva York).

E desafinaba

El sonido del agua entremezclado con la voz de Paul cantando bajo la ducha siempre me hacía reír más de una carcajada. Ese modo tan suyo de desafinar sin piedad al tratar de imitar a Bruce Springsteen me resultaba tan tierno y encantador... Lo aguardé sentada sobre la cama, únicamente vestida con mi mejor sonrisa, mi nueva prótesis y una capa de nervios.

—¡Anda! —exclamó con un gesto pícaro al verme de esa guisa.

Su sonrisa era aún mayor que la mía; sus hoyuelos, profundos y eternos. Salía secándose el pelo con una toalla y la dejó caer apenas reparó en la prótesis.

—¡Anda! —volvió a decir.

Le respondí con un puñadito de risas nerviosas.

—¿Qué te parece, Paul? —pregunté impaciente.

Me miró con los ojos llenos de amor y se acuclilló frente a mí.

—¿Qué me parece, preguntas? Que estoy súper orgulloso de ti, que eres una luchadora, una valiente... —me dijo entre sonrisas y besos furtivos que dejaba caer sobre mis dos piernas, la verdadera y la artificial.

Volví a reírme. Cuando mis manos coquetearon con sus mejillas, Paul alzó su mirada azul y la ancló en la mía.

—¿Significa que vas a hacerlo? ¿No quieres que te lleve hoy? —preguntó.

—¿Te parece mal? —dudé—. He hecho muchos progresos según el doctor y tampoco tendré que andar tanto hasta el hospital. He pensado probar cogiendo el bus a ver qué tal...

Paul me contempló largo rato con el gesto indeciso. Lo conocía y sabía que se estaba librando una

batalla en su interior.

—No lo harás por mí, ¿no? —preguntó achinando sus ojos de forma exagerada.

Esa era, según él, su «mirada suspicaz».

—¿A qué te refieres? —pregunté haciéndome la tonta.

—A que ya lo habíamos hablado y que no me cuesta nada llevarte cada día al hospital y a ver a tus padres. NO ME CUESTA —enfaticó con el semblante serio.

—Bueno, no es cierto, pero te lo agradezco. Llevarme y traerme significa darte todavía más responsabilidades y tareas, como si no tuvieras bastante con el Café y con ayudarme a casi todo. Y los lunes hago la visita larga, así que... —argumenté yo.

—Alison... —protestó. Sonreí con culpabilidad—. Soy tu marido y prometí cuidarte en la salud y en la enfermedad.

—Y cuando tenga la gripe, te lo haré saber, ¿vale? —contraataqué. Él abrió mucho la boca a causa de la sorpresa—. En serio, cielo: quiero probar solo hoy a ver cómo me va. Quiero saber que soy un poquito autosuficiente, que puedo salir a la calle y caminar yo sola, valerme por mí misma... Es un experimento nada más y así tú irás más tranquilo, podrás desayunar leyendo el periódico y tener más tiempo libre. Y, por si aún no te he convencido... —sonreí con picardía mientras mi mano acariciaba su muslo—, añadido que me harás muy feliz.

Paul rompió a reír y se abalanzó sobre mí sin que lo viera venir. Mi espalda rebotó contra el colchón y después lo hicieron mis labios contra los suyos.

—¿Y vas desnuda para convencerme del todo, eh? —rio mi marido pegado a mí.

Las gotas supervivientes de su secado a medias se transfirieron de su torso a mi piel. Era una sensación maravillosa; tanto que la felicidad me golpeó a traición y se me empañaron los ojos. Carraspeé y me abracé a él para ocultarle lo desgraciada que me hacía a veces ser tan feliz mientras mi familia, MI FAMILIA...

—¿Tú quieres ir de verdad sola o no salir de esta cama en todo el día? —preguntó entre risas, ajeno a mi súbito cambio de estado anímico.

—Bueno... Quizá más tarde... —disimulé con mi barbilla acostada en su omoplato—. ¿Entonces estás de acuerdo?

—Si tú crees que podrás, Ali... —contestó mi chico, siempre complaciente—. ¿Y luego qué quieres hacer? —su voz sonó cargada de ansiedad.

Rodé con él sobre las sábanas hasta que nuestros cuerpos se intercambiaron de posición. Lo miré desde arriba y asentí.

—Sé que estás preocupado, pero no me va a suceder nada. Soy mayorcita, tengo móvil y dinero si me veo en apuros. Mi idea es coger el bus hasta el hospital. Quiero darle flores a mamá también y, a la vuelta, volveré en taxi al Café. Ya sabes que hay una parada ahí mismo. De verdad, no te preocupes... —le pedí.

—Claro, ¡que no me preocupe! ¿Le pedirías al sol que dejara de brillar? —replicó indignado—. Es mi estado permanente contigo, ¡cabezota!

No tuve más opción que comérmelo a besos, a él y a su indignación. Él tampoco opuso resistencia.

—Prométeme que, si te cansas, te caes o tienes miedo, me llamarás —me pidió a pesar del soborno de mis labios en cuanto me despegué de él—. Y también que me llamarás cuando llegues al hospital para que pueda quedarme tranquilo. ¡Y también cuando salgas de él y vengas al *Miller's*!

—Ehhh... ¿Y qué te parece si transmito en directo en el *Facebook* para que puedas seguir cada paso que doy? —sugerí sin dejar de reírme.

—¡Ohhh! ¡Buena idea! —celebró Paul.

—Era coña, cielo —reí. A él no le hizo mucha gracia—. No voy a retransmitir nada. Tu mujer hoy va a ir y a volver sola de visitar a su familia como las niñas grandes, ¿sí?

—De acuerdo, pero recuerda lo que le pasó a Caperucita al ir sola al ver a su abuela...

Le lancé una mirada airada y él retiró la suya, casi avergonzado. No era propio de él esa frase tan funesta.

—Ten cuidado, por favor—repitió mirándose las manos vacías—. Voy a vestirme y a preparar el desayuno. Tampoco quieres que te baje a la cocina, ¿no? —preguntó con resignación.

Negué con un movimiento de cabeza. Él se alzó de la cama con desgana y se encaminó a la cómoda de la ropa interior. Parecía un poco decepcionado o disgustado; quizá, solo preocupado.

—Cielooooo —lo llamé en un susurro. Paul se volvió a mí con una sonrisa carente de hoyuelos—. Te quiero.

Sus hoyuelos salieron de su escondite a lomos de una sonrisa real.

—Te quiero —respondió al fin y volví a ser momentáneamente feliz.



—¡Huele de maravilla! ¿Has cocinado todo esto para nosotros dos o es que has invitado al regimiento de salvación? —pregunté asombrada al ver la cantidad de platos con beicon, huevos revueltos, cereales y bollería.

Paul negó con la cabeza todo tieso.

—Los artistas somos siempre unos incomprensidos... —me soltó.

—¿Artista? ¿Tú? ¡Si decías que Miguel Ángel era una tortuga ninja! —me pitorreé mientras cogía una tostada que acababa de saltar sobre la tostadora para llevármela la boca.

—¡Coño! ¿Y no lo es? Además, se requiere cierta creatividad para saber combinar absolutamente todos los platos que sé cocinar... —repuso con actitud teatral, barbilla en alto.

—Cierto —corroboré después de sentarme a la mesa—. Estos cereales te han quedado de muerte, Paul...

—Lo sé —contestó él poniendo morritos sin dejar de exprimir una naranja de forma manual—. Venga, a comer todo esto, que tienes que estar fuerte para la caminata...

—¿Así que de eso se trata? ¿Has hecho desayuno para quince personas por eso? —pregunté estupefacta y encantada a la vez—. Eres el mejor marido del mundo, Paul...

—Lo sé —repitió y en esa ocasión me lanzó un beso.

El timbre de la puerta sonó y Paul corrió a abrir sin darme tiempo a hacer el amago de levantarme.

—¡Voy yo! ¡Tú come! —gritó.

—Serán las flores, cielo...

Él agitó la mano en el aire y salió de la cocina al trote. Regresó al cabo de un minuto escaso.

—Eran las flores, sí. ¿Tulipanes y rosas ahora? —preguntó extrañado.

—Sí, bueno. Es que recordé cuánto le gustaban a mamá las rosas amarillas cuando era muy pequeña. Tenía un rosal entero de ellas y pasaba muchas de sus horas libres mimándolas —recordé entre la sonrisa y la lágrima.

—Pensaba que me dijiste que la flor de los Miller era el tulipán.

—Bueno, en realidad esa es la flor de Zoey, pero la rosa amarilla es la de mamá, así que rosas hoy para ella...

—Ahí, cielo... —se puso súbitamente serio—. Sé que la rehabilitación está siendo dura, que todo está siendo difícil, pero pasan los meses y..., bueno, creo que deberías pensar en acudir a un especialista para que te ayude allí donde los demás no podemos. ¿Qué me dices?

—Estoy bien —zanjé de inmediato.

—No lo estás, y cada vez estás más furiosa con tu hermana y con la vida...

—¡No es cierto! O sí, no sé, pero es normal que lo esté. ¡Me ha dejado sola! ¡Ha roto nuestra promesa de estar siempre juntas! —estallé en un grito.

Y, por segunda vez en meses desde que sucediera el accidente, me resquebrajé por dentro en oleadas de lágrimas. Era insoportable, insoportable. Por mucho que me hiciera la dura...



Si alguna vez se me había pasado por la cabeza lo difícil que era correr con zapatos de aguja, ese día se me quitó la tontería al comprobar que lo de caminar con una pierna artificial por primera vez por una calle real (no en la sala de rehabilitación), con aquel suelo irregular y lleno de obstáculos, mientras iba cargada con mi bolso y dos bandoleras en las que transportar las flores sin que se estropearan por el camino..., eso... era otro nivel.

Las manos me sudaban y empecé a resoplar cada vez más por el esfuerzo. El autobús se encontraba a solo dos manzanas de casa pero, para mí, era como si estuviera a dos melones de

buen tamaño. Me maldije en mi interior pensando que Paul tenía razón, que no era más que una chiquilla cabezota que se había empeñado en correr sin haber aprendido a andar. Me detuve en mitad de la acera, rendida, con lágrimas rebeldes asomándose a mis ojos, apoyé parte del peso de mi cuerpo en una farola para coger aire y descansar un momento, y saqué el móvil. Habían bastado apenas cinco minutos desde que había salido de casa para darme cuenta de que me había equivocado.

No podía. Todavía no.

Iba a pulsar la preciosa cara de mi marido en el móvil cuando tuve la absoluta certeza de que alguien, ahí detrás, me estaba vigilando. Me aferré a las flores de mi familia y me obligué a seguir entre lágrimas de impotencia, miedo y dolor. Quien fuera ese tipo no me cogería si conseguía llegar a la marquesina y mezclarme con la gente.

Di un paso, luego otro, y otro.

La sensación era cada vez más intensa, más apremiante y cercana. Casi lo sentía en la piel. Obligué a una mujer que venía en dirección contraria a que se detuviera chocándome a propósito con ella. Ella me dedicó una sonrisa benévola antes de proseguir su camino, pero la tomé del codo con una mirada implorante y susurré:

—Por favor, creo que alguien me está siguiendo. ¿Puede mirar con disimulo a mi espalda y decirme qué ve?

La desconocida me miró entonces con extrañeza antes de alejarse rápidamente de mí con repetidas negaciones, como si yo fuera una chalada y la hubiera invitado a dar una vuelta en mi nave espacial.

No podía derrumbarme, pero tampoco quería preocupar a Paul llamándolo. No sabía qué hacer. ¡Me sentía tan pequeña y vulnerable! Si Zoey hubiera estado ahí conmigo, habría sabido qué hacer. Siempre lo sabía.

Saqué de nuevo el móvil, dudosa, y mientras decidía si lo llamaba o no, vi a través del reflejo de la pantalla un coche negro de gran tamaño estacionado a pocos metros de mí. Volví a caminar a mi paso rápido de un centímetro por segundo y el coche arrancó a su vez. Era obvio que me seguía. Casi era un milagro que no se le calara el coche a esa velocidad.

Ladeé más la pantalla para tener una visión más completa de mi perseguidor y suspiré con una sonrisa nerviosa al verlo. ¡El muy capullo! ¡Lo iba a matar en cuanto nos viéramos las caras! ¡A besos!

Estuve a punto de darme la vuelta para decirle que lo había visto, que lo había pillado siguiéndome y ya, de paso, permitir que me convenciera para subir al coche y me dejara cómodamente en el hospital. No podía ni con mi alma... Pero el legendario y mítico orgullo de los Miller no me lo permitió, de modo que ignoré su presencia y renqueé todo el camino con una sonrisa en la boca al saber que él iba detrás, pegadito a mí, que no me dejaría caer. ¿Se podía querer más a alguien? Yo creo que no.

Llegué entre lágrimas a la marquesina. Paul se las había apañado para estacionar en la calle contigua mientras esperaba a que me montara en el autobús. Lo vi desde mi asiento cuando doblamos la calle, observando tranquilamente cómo me alejaba. Encendió el motor de su propio vehículo y, por un momento, pensé que nos seguiría de nuevo. Sin embargo, arrancó y se perdió

por la calle contraria para regresar a casa. Supe que ese gesto le había costado más que nada en el mundo y me prometí que jamás se lo diría. Nunca le diría que lo había descubierto. Sería mi secreto, mi regalo cada vez que lo hiciera.

Gracias a él, una vez más, lo había logrado. Había caminado por mí misma aquellas tres calles. ¡Sí!



El doctor estaba saliendo de la habitación justo cuando alcancé la puerta, empapada en sudor, con la mitad de las flores hechas un guiñapo y la otra mitad, sobreviviendo aún al viaje.

—Señorita Miller... —saludó con su sobriedad habitual, tras la que se escondía, como había descubierto con el trato en esos últimos meses, un buen hombre cercano y preocupado por sus pacientes.

—Señora Ackerman, doctor Willis —le corregí—, pero no importa... —me apresuré a añadir con una sonrisa.

—Es estupendo verte caminando de nuevo sin la silla de ruedas —señaló hacia mi pierna—. Y toda una sorpresa, señora Ackerman... —subrayó con una tímida sonrisa.

Me cuadré con la misma sensación de orgullo feliz con el que lo había hecho ante papá el día de mi graduación, cuando no me dejó salir al baile hasta que me hubo dicho ochocientas veces lo preciosa que estaba y cuánto se enorgullecía de mí.

Volví a machacar las flores en un nuevo abrazo. Desde luego, tendría que elegir a cuál de las dos debía sacrificar para la próxima: o mi autonomía o las flores.

—¿Te veo luego? Es lunes... —le recordé.

Willis sonrió. Habíamos establecido una especie de rutina extraoficial por la cual todos los lunes compartíamos charla y café en la cafetería del hospital. Él me hablaba de la ausencia de novedades durante el fin de semana, siempre interrumpido por mis constantes preguntas (¿pero se ha movido, ha habido progresos? ¿Crees que se despertará? ¿Hay esperanzas?), que se repetían semana a semana, y después me preguntaba cómo me iba en rehabilitación, cuál era mi estado de ánimo y cómo me estaba adaptando a cada cambio vital al que me enfrentaba.

—Voy a hacer la ronda por la planta. Llámame cuando termines, que se te ve cansada, y bajamos juntos a la cafetería, ¿de acuerdo? —propuso a la que salía del pasillo.

Asentí. También a él le preocupaba que me cayera por el camino si me quedaba sin fuerzas (las había agotado todas, hube de reconocer), aunque el doctor sabía ofrecer su ayuda de una manera natural, no invasiva, que no te hacía sentir como una inútil o inválida.

—De acuerdo, doctor. Te aviso... —respondí con una sonrisa de agradecimiento.

Él inclinó la cabeza y se alejó por el pasillo mientras comprobaba los historiales que llevaba en las manos. Entonces yo me giré con extrema lentitud hacia la cama donde «dormía», no solo

debido a mi cansancio e inestabilidad, sino a la impresión que siempre me producía aquella visión. Impresionaba, por más horas que hubiera acumulado (o quizás debido a ellas), esa sensación de espiar los sueños de un muerto que parece vivo, o de un vivo que parece muerto.

—Veo que sigues igual, ¿eh? —susurré junto a su cara una vez me hube sentado en la silla de plástico para acompañantes—. Me tienes enfadada, lo sabes ¿no? Hace ya dos meses que el doctor me enseñó tu escáner. Había una mejora, mucha actividad cerebral, y pensábamos que, quizá..., bueno, eso, que te despertarías pronto. ¿Por qué no lo haces? Mira, abre los ojos y te enseño mi nueva pata de palo... ¿No te gustaría verla? También te he traído tus flores —señalé a los tulipanes tumbados sobre mis rodillas—. Eso sí, no tengas en cuenta su terrible aspecto, por favor. Ha sido un milagro llegar hasta aquí con ellos, yo sola... ¿Ves cómo yo también soy peleona? ¡Igual que tú!

Solté su pálida mano para limpiarme las lágrimas que solían acompañarme en mis visitas y regresé a sus dedos para entrelazarlos con los míos. Su contacto me hacía bien al corazón. Me ayudaba a mitigar mi dolor y la soledad que no me atrevía a confesar a Paul ni a mí misma. Pero eso desaparecía cada vez que nuestras manos se unían y el pensamiento de que no se hubiera marchado de este mundo dejaba de ser una fantasía y se convertía en realidad.

Ahí estaba. Conmigo. Era real.

¿Verdad?

—¿Sabes que ahora me levanto siempre pronto? Creo que eso no te lo había contado, pero así es... —añadí con un gesto de triunfo. Omití que fuera gracias a Paul. No necesitaba saber que cada mañana me agitaba como una coctelera hasta que no me quedaba más remedio que abrir los ojos y despejarme del todo. Total, era una mentirijilla tonta y no se iba a enterar—. Y he comprado rosas amarillas a mamá. Mejor que no las mires, hazme el favor, que están aún peor que los tulipanes. Se las daré ahora en un rato, después de mi café con el doctor Willis. ¿Quieres que le diga algo? Aquí te echamos de menos todos, yo os echo de menos a todos... ¿Tú nos echas de menos? ¿Sí?

Apreté su mano con rabia amorosa y el nudo de mi garganta estalló.

—No te lo perdonaré si no vuelves conmigo, ¿me oyes? ¡No lo haré! —exclamé frustrada soltando finalmente su mano, que cayó como un peso muerto sobre su cama.

Sus dedos se doblaron por la inercia del movimiento.

No... no podía ser. ¿Se habían movido sus dedos? ¿Se habían movido?

Como si quisiera responderme, su mano se cerró en un débil puño. Mi boca respondió a su movimiento en un gesto automático contrario al suyo y el corazón se me declaró en huelga durante una milésima de segundo. Sentí cómo se detenía y dejaba de bombear, lo prometo. Acaricié su mano encogida. Estaba paralizada, desconcertada y aterrada. No sabía qué hacer. No quería gritar y que se asustara. Me incliné sobre su oído y susurré:

—¿Me oyes? Estoy aquí. ¡Vuelve!

Entonces obedeció.

Abrió los ojos y pestañeó repetidas veces antes de dirigirme una mirada desorientada. Me observó con extrañeza, como si no me esperara ver ahí o no me reconociera, para volver a

cerrarlos como si nada. Salté de mi asiento y corrí hacia el pasillo.

—¡Doctor Willis! ¡Doctor Willis! —grité, sobresaltando a todo el mundo—. ¡Ha abierto los ojos! ¡Ha abierto los ojos!

Una enfermera me amonestó con un gesto de silencio pero yo continué gritando como una loca sin tener en cuenta que podría alterar a los demás pacientes hasta que el doctor asomó la cabeza tras una puerta y acudió a mí a la carrera.

—¡Ha abierto los ojos! —grité.

Me aparté para que pudiera entrar a hacer su trabajo y llamé a Paul.

—¿Sí, cielo? —respondió con ansiedad al segundo tono.

—¡Ha abierto los ojos! ¡Zoey ha abierto los ojos! —grité, loca de entusiasmo.

Al decírselo a gritos, se había hecho real. Mi hermana había abierto los ojos...

Lunes, 21 de agosto de 2017.

Nueva York. Cafetería del hospital *Medical Center*.

El doctor Willis se encogió de hombros ante mi pregunta. Pensé que iba a añadir algunas palabras que acompañaran a su movimiento, pero se limitó a llevarse a la boca el botellín de agua y a darle un trago largo. Lo miré con decepción.

—¿Qué? —se defendió al rato él—. Es decisión tuya, Alison. No soy tocólogo ni puedo entrar a valorar algo privado que...

—¡No te estoy pidiendo una opinión médica ni psiquiátrica! —me reí—. Solo quería saber tu opinión, nada más...

—¿Sobre la maternidad? Si estás preparada para ello y los dos queréis, no veo por qué no, Ali. Un hijo podría ser una bendición en vuestras vidas. Si preguntas por la prótesis y el peso del embarazo, bueno... tendrás tiempo a aclimatarte cuando llegue y eres una superviviente, no será problema. Mírate... Dentro de poco podrás correr maratones... —apuntó con satisfacción.

Lo miré con infinito cariño. Casi se había convertido en un padre para mí. Casi, claro. Nadie podría sustituir a mis padres.

—Me alegro mucho, doctor, porque le he mentado un poquito... —repliqué con una sonrisa tensa.

—¿Ah, sí? ¿En qué? —preguntó él con evidencias de haberse perdido en algún momento de la conversación.

—No estamos pensando tener hijos, doctor. Ya estoy embarazada... de dos meses —le solté, sonriendo toda yo.

—¡Vaya, pequeña Alison! ¡Eso es una gran noticia! Imagino que Paul estará encantado...

—Sí, ya le conoces. Está como loco y no para. Ahora dice que hay que contratar a otra camarera para que yo no haga nada de nada. Dice que tengo más que suficiente con la rehabilitación, las visitas al hospital, la casa y ahora el embarazo...

—Pues ese muchachito es más juicioso que tú, así que deberías hacerle caso —fingió reprenderme—. Todavía estás lidiando con la prótesis y, por lo que sé, vienes a diario a ver a Zoey. Y a tus padres les...

—Sí, sí. Lo sé —le interrumpí—. Y os voy a hacer caso a los dos. Pero no se lo decía por eso... —me callé entre sonrisas ladinas. Quería acaparar toda su atención.

—Tú dirás... —respondió Willis liberando el respaldo de la silla e inclinándose levemente sobre la mesa, en mi dirección.

—Paul y yo lo hemos hablado y, bueno, si es niño nos gustaría que se llamara Benjamin.

Él agitó la cabeza, incrédulo.

—¿Le queréis poner mi nombre? —repitió con una voz aguda que nunca le había oído.

—Nos gustaría, sí. Queremos un nombre que no nos ponga tristes, un nombre que hable de futuro, no del pasado, y tú nos estás ayudando tanto... Además, ¿quién no quiere a un Benjamin en la familia? —añadí sonriente.

—Será un honor —aceptó y, de inmediato, se alzó de su silla y me dio un abrazo inesperado.

Cuando nos separamos, los ojos de ambos brillaban como el césped bañado por el rocío. Nos dimos unos segundos, centrados en nuestras respectivas bebidas, simulando una sed imperiosa y repentina. Él fue quien habló primero, cuando consiguió espantar la emoción de su lengua.

—Alison... Sobre Zoey, quizá sería bueno que te hicieras a la idea...

—¿Qué estás diciendo? ¿A la idea de qué? —pregunté a la defensiva.

—De que puede que no vuelva o de que, incluso, si lo hace, que no sea la que tú conocías...

—Eso es una tontería, doctor. Tú mismo me has dicho que los últimos TACs cerebrales estaban muy bien, que el cerebro está activo y, desde la primera vez que abrió los ojos, hace un mes, ha vuelto a hacerlo en un par de ocasiones como mínimo, ¿no?

—Sí —pareció reconocer de mala gana—. Ha abierto, que hayamos presenciado, dos veces más los ojos, pero se duerme de inmediato.

—Ya, pero siempre me has dicho que había tres posibles escenarios cuando estás en coma, ¿no? La muerte...

—Así es —me interrumpió esa vez él—. Normalmente por infarto cerebral, por paro cardíaco o por neumonía provocada por una infección secundaria.

—Pues eso —retomé—: la muerte, caer en estado vegetativo irreversible o despertarse. Y ella ha despertado. ¿Qué más pruebas necesitamos?

—Sí, lo ha hecho. Únicamente durante unos segundos, Alison, y no ha articulado palabra. Tienes que estar preparada para cualquier eventualidad. Puede que no vuelva a abrirlos, puede que sí. Puede que mejore, puede que no... No quiero que te engañes y sufras —me dijo con voz calmada

pero firme.

—Sé que es tu obligación como médico ponerme en lo peor y no darme falsas esperanzas, pero ¡cojones!, que le pusisteis su música favorita, le hicisteis preguntas sobre nosotros ¡y su actividad cerebral se disparó! —exclamé alzando ligeramente la voz.

—Cierto, y todo eso son buenos datos, que apuntan a mayores posibilidades de recuperación, pero solo es un escenario más de lo que pueda acontecer, Ali. ¿Tengo que recordarte de nuevo las lesiones cerebrales tan importantes que sufrió en el ataque? Perdió masa encefálica y es, incluso, un milagro que siga viva...

—Lo sé —lloriqueé.

Siempre me hería el recuerdo de la agresión que ese malnacido hijo de puta le había propinado con aquella pieza de hierro. Todavía se apreciaba, bajo el vendaje, parte de su cabeza hundida por el golpe.

—Por eso sus funciones cognitivas estarán mermadas. Puede que ni siquiera mantenga las habilidades básicas de comunicación. Si los casos de coma son siempre impredecibles, en un caso como este, con unas lesiones cerebrales tan graves, podemos esperarnos cualquier cosa: que haya perdido la memoria total o parcialmente o la capacidad de hablar y de entender. Podría regresar siendo apenas un vegetal, con las funciones cognitivas absolutamente mermadas, o mostrando una personalidad totalmente distinta.

—¿A qué te refieres con lo de una personalidad distinta? —pregunté en verdad sorprendida.

El doctor suspiró, se frotó las manos con nerviosismo y clavó sus ojos pardos en mí.

—Soy un hombre de ciencia, Alison. Eso significa tener la mente abierta a casi cualquier cosa: ser receptivo a las posibilidades infinitas que hay en el microcosmos y en la vida humana, otros universos, realidades paralelas, mundos alternativos y dimensiones totalmente desconocidas. El coma, lamentablemente, es una dimensión de la que apenas sabemos nada salvo por los testimonios recogidos por algunos de los pacientes y familiares que regresaron del coma. Pero no tenemos modo de averiguar qué les ocurre, dónde están, qué escuchan o están viviendo. Solo podemos registrar sus ondas y actividad cerebral, observar las evidencias físicas, pero no podemos entrar en ellos, experimentar lo que están viviendo, aprehender... Y, en ese contexto, la vuelta del paciente no siempre sucede como uno habría esperado...

Enarqué ambas cejas y me incliné hacia él buscando la cercanía requerida a la hora de confiar un secreto.

—Bueno, a falta de estudios oficiales sobre «el regreso» —se arrancó con el semblante preocupado—, contamos con una veintena de casos repartidos por todo el mundo, de testimonios recogidos de los familiares de aquellos pacientes que volvieron de un coma. Y la mayoría coinciden en que lo hicieron... distintos. Los familiares comenzaban a notar diferencias sutiles al principio; quizá cambios en los gustos musicales o culinarios, en los hábitos, en la manera de hablar, vestir o caminar. Después dejaban de ser detalles y se convertían en cambios más que apreciables, llegando incluso a mostrar una verdadera alteración en el comportamiento, una variación extrema de la personalidad o... esto es lo más intrigante, cambios físicos inexplicables.

—¿De qué estamos hablando? ¿Qué tipos de cambios?

—Un joven de Illinois despertó medio año después de un accidente automovilístico. Al volver, medía ocho centímetros más y presentaba heterocromía en sus ojos. Como tenía diecisiete años, el crecimiento lo podríamos explicar con argumentos biológicos, pero no el súbito cambio de color de ojos —me explicó. Lo miré intrigadísima—. En Nantes (Francia), un obrero de la construcción que cayó desde un cuarto piso despertó hablando de otra familia que nunca había tenido, rechazó a la suya propia jurando que no los conocía de nada y era repentinamente zurdo. Hace cinco años, en Turín (Italia), un ama de casa que sufría de epilepsia cayó en coma profundo al golpearse en uno de sus ataques. Al regresar, ocho semanas después, estaba curada de la epilepsia y presentaba una serie de cambios espectaculares en su cuerpo: tenía una gran miopía cuando sus informes oftalmológicos eran impecables antes del coma, era alérgica a muchos alérgenos y tocaba el piano con la habilidad de un artista. Su marido y sus padres juraron que nunca había tocado ni visto uno.

—¡Caray! —exclamé.

—Así es. El último caso sucedió hace apenas unos meses, el de Reuben Nsemoh, un muchacho de Georgia de dieciséis años que sufrió una conmoción cerebral mientras jugaba un partido de fútbol. Era portero y detuvo el pelotazo con la cabeza. Un segundo después cayó fulminado al suelo. En octubre despertó diciendo que tenía hambre, ¡en español! Aunque el chico estudiaba español en su instituto, solo lo chapurreaba. Sin embargo, al volver, había olvidado su idioma nativo y hablaba español como si fuera nativo.

—JO- DER —sinteticé.

—Es cierto que esto tiene una explicación: el cerebro archiva cada información en distintas áreas. En caso de no poder acceder a una de ellas (su propia lengua), recurre a otra (idiomas aprendidos, en este caso) mientras crea nuevas conexiones —me explicó—. Pero eso no explica el salto cualitativo que dio en el conocimiento de una lengua, como si hubiera estado viviendo en México durante años, y otra serie de hecho sin explicar. Por eso te digo, Alison, que es mucho lo que ignoramos del coma. No sabemos qué está pasando ahí dentro, en la cabeza de Zoey, ni cómo va a afectarle, si su cuerpo aguantará, si va a volver o cómo va a hacerlo... Quizá un día te descubras arrepentida por haber rezado para que volviera si averiguas que, en realidad, nunca volvió. Puede que no sea más que un cascarón vacío, incapaz de comunicarse. Siento ser tan claro pero necesito que te mentalices, que te prepares—me dijo sin darme tregua.

Era duro cuando quería. No tenía pelos en la lengua y quizá por eso me recordaba tanto a papá. Enterré mis manos en la cara y resoplé de frustración. No pensaba dejarlo ahí.

—De acuerdo, doctor Willis. He comprendido, y te agradezco tu sinceridad y preocupación. Pero yo también he hecho mis deberes investigando por la red, ¿sabe?, y soy optimista. Mucho. Ya sé que el coma es todo un misterio incluso para vosotros, los médicos, y que no es como nos lo pintan en las películas; que los pacientes no se despiertan de repente pidiendo un bocata, recordando todo como si se acabaran de echar una siestecita, y haciendo su vida como si nada desde el minuto uno...

—Exacto. Ha habido casos excepcionales (milagrosos, si quieres) en los que sí ha sucedido así, pero, por lo general, la recuperación no siempre se da del todo o se produce gradualmente. Primero, los pacientes abren los ojos, duermen, los abren, duermen, los abren... Después, si todo va bien, van adquiriendo habilidades para responder. Hay casos de pacientes que, simplemente, abrieron los ojos una o dos veces y se fueron tras aquello. Jamás volvieron a despertar ni llegaron a pronunciar palabra —me repitió agitando su dedo índice en el aire—. Y, en cambio, otros

pacientes consiguieron dar respuestas muy básicas como último logro: un «sí», un «no», poco más. Los más afortunados (no llega al dos por ciento) recuperan la plena consciencia y su vida rutinaria.

—Pero vamos por buen camino, ¿no, doctor? ¡Ha dado el primer paso! —lo ignoré deliberadamente. Quería sumergirme en una piscina de esperanza, no regodearme en lo peor—. Tengo claro que no hay garantías, que puede que no recupere la consciencia y que, si lo hace, no es de forma instantánea. Todo eso lo sé. No se me olvida.

—Ojalá que sea así, Alison —respondió Willis poco convencido—. Recuerda que todo puede ser posible, lo bueno y lo malo, y deberías estar preparada para cualquier cosa, incluso para su regreso.

—¡Ya estoy preparada para su regreso! —protesté.

—No, pequeña. No me has escuchado. Estás preparada para que regrese la Zoey que conoces, no para que regrese una Zoey extraña. Mira, Alison, la tendencia natural de un paciente que vuelve del coma es la siguiente: durante los primeros días, están despiertos apenas unos minutos. A veces pueden hablar, otras no. Si todo va bien, el periodo de vigilia va aumentando gradualmente, aunque lo suelen vivir inmersos en un profundo estado de confusión. No saben cómo han llegado hasta allí y, a veces, sufren de varias y severas discapacidades, como la disartria, que es la incapacidad de articular palabra alguna. Por no hablar de la memoria...

—Ya, pero que Zoey no haya dicho algo aún no significa nada —le discutí.

—O puede significarlo todo. En un mes ha estado despierta... ¿cuánto? ¿Un total de tres minutos? —me rebatió.

—¡Que nosotros sepamos! —repliqué sin darme por vencida.

—Llevas razón en eso —terció el doctor—. Pero los datos estadísticos que manejamos no son muy halagüeños. Si has investigado por tu cuenta sobre el tema, sabrás que, después de cuatro meses en coma, y más cuando ha habido daños cerebrales severos, la posibilidad de recuperación parcial es inferior al quince por ciento, y la de una recuperación total es baja, muy baja.

—Si hay alguien en el mundo que puede salir de esto es ella, doctor. Es fuerte, luchadora, optimista, llena de vida. ¡Es una superviviente!

Él sonrió comprensivo.

—Está bien. Yo ya te he avisado. Si despertara y llegara a hablar, recuerda que su estado es precario, que cualquier cosa podría desestabilizarla o sumirla en el caos. No le des malas noticias, síguele la corriente en todo, no le informes de ningún cambio por positivo que te parezca y evita hablar de ello si te preguntara.

—Como hicisteis conmigo, ¿no, doctor? —le interrumpí.

Él arrugó la nariz en una mueca de incompreensión.

—Me refiero a cuando me desperté aquí y me dijisteis que todo estaba bien, que mis padres y mi hermana estaban en el hospital...

—Ah, ya... —Bajó la mirada mostrando pudor—. Técnicamente, era verdad, Alison. Todos estabais en el hospital en ese momento...

—Sí, unos, arriba y otros, abajo... en el depósito de cadáveres —señalé con amargura.

—Mi preocupación es hacia los vivos, Alison. Yo ya no puedo hacer nada con los muertos —cabeceó Willis.

—*Touché* —respondí, abortando mis ganas de una discusión ética sobre ese tema. Me interesaba más ser práctica en aquel instante—. ¿Y qué más debería hacer, doctor, si despierta?

Se llevó su enorme mano a la barbilla en actitud pensativa.

—Sonríe, háblale en voz baja y suave. Que no note tensión ni angustia en tu voz. Pero, sobre todo, los cambios. Evítalos. Podrían ser fatales en su estado. Hay que hacer que se sienta segura...

—Ya, comprendo. Te lo agradezco mucho, Benjamin —le dije con una sonrisa radiante.

—¿El qué? ¿Mis consejos?

—También. Pero, sobre todo, que hayas accedido a hablarme de lo bueno, a aconsejarme sobre cómo se debe actuar si ella regresa, porque es de eso de lo que yo necesito hablar, doctor: de su regreso, no de la posibilidad de que no se despierte nunca —reconocí con un ligero temblor de labios.

El doctor asintió y me cogió la mano con familiaridad.

—Bien, pero ten siempre presente que, aunque volviera, casi todos los pacientes que han estado largos periodos en coma han necesitado varios años para recuperar del todo sus habilidades, sus recuerdos y lo que un día fueron.

—Sí. Pero ella lo hará, seguro. Estoy convencidísima de ello, y será la madrina de mi bebé. ¡Ya lo verá!

Él rio con tristeza.

—Seguro que sí. Hay varios casos excepcionales que revolucionaron todo lo que creíamos saber del coma y, oye, nunca se sabe...

—¿Me los cuenta, doctor?

Su papada se agitó en una risa interior. Había sonado como una niña reclamando su cuento de buenas noches. Movié afirmativamente la cabeza y no pude evitar aplaudir excitada.

—Pues bien... Terry Wallis, un jovencito de diecinueve años, tuvo un accidente automovilístico en 1984 que lo dejó tetrapléjico y en estado de coma. Aunque los médicos aseguraron que jamás despertaría, en 2003 se obró el milagro y Terry comenzó a hablar espontáneamente, mostrándose consciente en todo momento de su entorno. Otro caso curioso y esperanzador es el del polaco Jan Grzebski, también de la misma edad. Tuvo un accidente laboral cuando trabajaba en el ferrocarril y se despertó del coma años más tarde, en 2007. Se encontró con que tenía el doble de edad y desconocía muchas cosas, pero despertó y pudo rehacer su vida sin problema (al menos, a nivel médico y físico). También recuerdo la historia de Sarah Scantlin, una adolescente de dieciocho años que fue atropellada por un conductor ebrio. Su cabeza quedó tan fracturada y dañada que los médicos tuvieron que extraerle la parte del cerebro que gobierna el habla, por lo que jamás podría volver a hablar si un día regresaba. No obstante, tras veinte años en coma, Sarah despertó y logró pronunciar algunas palabras casi de inmediato, aunque quedó con secuelas permanentes. Y también me estoy acordando de un paisano que sufrió una lesión cerebral traumática. Ese caso es

algo distinto porque sus heridas no lo dejaron en un estado de verdadero coma, sino en MCS (mínimamente consciente). Después de seis años en este estado, los médicos pudieron recuperarlo y traerlo de vuelta con éxito gracias a unos electrodos que instalaron en una zona profunda del cerebro —concluyó con una sonrisa profesional de las suyas que daba por finalizado su relato.

—Muchas gracias —repetí—. Me siento mucho mejor ahora...

Y, en un gesto espontáneo de embarazada, me llevé la mano a mi vientre todavía plano.

—Ha sido un placer —respondió mientras comprobaba la hora en su reloj—. ¿Qué haces ahora? Yo debo irme ya, querida. He alargado demasiado la pausa del café —rio.

—Voy a ver a mis padres. Quiero contarles que van a ser abuelos y llevarles estas flores... — señalé al ramo entremezclado de tulipanes y rosas amarillas.

—¿Te llamo a un taxi? —se ofreció a la vez que se incorporaba de la mesa.

Yo me alcé con él, pero a mi ritmo, y le mostré el móvil con la aplicación de taxis en la pantalla.

—Todo está controlado, doctor... —me despedí.

Su mano se cerró sobre mi hombro en un gesto de cariño y se giró hacia la salida. Era un hombre al que no le gustaban las despedidas. Igual que a mí. Igual que a Zoey. Arrastré los ojos por la pantalla para seleccionar el taxi y la ruta: *Hospital Medical Center –Cementerio Trinity Church*.

Estaba como loca por contárselo a papá y por darle a mamá, por fin, unas flores decentes...

Lunes, 27 de octubre de 2017.

Nueva York. Café *Miller`s corner*.

¿Has probado a hacer de ninja llevando una prótesis en la pierna derecha? Pues eso... un *show* lamentable. Me descubrió en cuanto aparecí por la puerta, arrastrando sigilosamente mi pierna ortopédica, mi tripa de embarazada a medio hacer y un par de tazas vacías que se precipitaron al suelo cuando el mantel que las albergaba decidió emparejarse con mi bolso.

Calificaría mi entrada con un doce sobre diez en ridiculez y con un siete y medio en la escala de Richter. Pero no me importó. Y a él tampoco cuando se dio media vuelta y sus ojos chocaron con mi sonrisa.

—¡No! —gritó con la boca abierta.

Algunos clientes dejaron sus respectivas conversaciones para mirar a Paul con curiosidad. Yo asentí con la curva de los labios desbordándose hacia mis ojos.

—Pero ¿cómo es posible? ¿No decías que era muy pronto? —preguntó en voz alta, incontenible, mientras avanzaba hacia mí en un trote ansioso.

Deslizó sus manos alrededor de mi cintura y me contempló maravillado.

—Pues ya ves... No es lo habitual.

—¿Me dijiste que no te acompañara a la *eco* porque era rutinaria! —me regañó medio en broma.

—¿Y así era, Paul! El tocólogo me había dicho que hasta el quinto mes no se suele saber, pero resulta que nuestro Benjamin tiene una señora bolsa escrotal y no hay duda de que es varón —le comuniqué entre risas.

—Vamos, que es idéntico a mí... —bromeó mi marido sacando pecho.

—Idéntico, cariño... —le respondí a la vez que me aupaba para frotar mi cara contra la suya.

Él me abrazó emocionado.

—Eso sí —susurró junto a mi oído, haciendo que varios mechones de mi cabello danzaran acompasados a su respiración—. No te perdono que me convencieras para que no te acompañara. ¡Me he perdido un momento mágico!

—Lo sé. Perdóname. Tienes razón —reconocí—. Pero hoy venían los proveedores y el crío... Van a ser muchos gastos como para que faltemos los dos en el Café... Y, bueno, habrá más ecografías...

—A las que iré a partir de ahora —me interrumpió con la voz firme—. A todas. No solo porque quiera acompañarte y que no estés sola, sino porque es mi hijo y me muero de ganas de estar, de verlo contigo y de escuchar todo lo que el médico nos cuente, ¿entendido? —finalizó con un amago de sonrisa asomándose a sus labios.

—A la orden, ¡mi capitán! —respondí cuadrándome y llevando mi mano a la frente como habría hecho un soldado—. Oye, ¿han venido los proveedores?

—¿Por qué me miras con esa cara de niña traviesa? ¿Qué vas a proponerme? —rio él.

—¡Responde, jolín! —lo apremié yo sin abandonar mi sonrisa.

—Solo el del café. Los de los zumos han llamado para avisar de una avería en la furgoneta del reparto y vienen mañana al final. ¿Por? ¿Qué se te ha ocurrido ahora? ¿Robar un banco? ¿Quééé?

—Bueno, he pensado que quizá pueda compensarte por mi tozudez estúpida si me acompañas al hospital a contárselo a Zoey y luego a mis padres. No es lo mismo, pero...

—Me encantaría, nena —me calló con sus labios sobre los míos.

Rodeé su nuca con mis brazos y lo besé suavemente, del modo en que se besan los amantes que se sienten observados, con pasión contenida. Nos separamos tras el tiempo prudencial que impone el decoro, y nos limitamos a comernos con los ojos y con la sonrisa. Luego me cogió la mano y volvió su rostro hacia la barra, donde nuestros empleados fingían trabajar luciendo esas sonrisas bobaliconas que ponen algunos cuando pillan a otros besándose, y más si esos otros son sus jefes

—Larry, Peter, Melissa... —los llamó—. Alison y yo nos tenemos que ir. Volveremos a media tarde. Quizá, antes. Llamadme al móvil si pasa cualquier cosa, ¿sí?

Los tres asintieron a una entre tosecillas ridículas.

Paul soltó mi mano, desapareció tras la barra y regresó al rato portando su vieja cazadora del equipo de baloncesto. No podía evitar enamorarme perdidamente de él cada vez que se la veía puesta. Y no porque le quedara como un guante (que también), sino porque, para mí, era el recordatorio de todo lo que había sacrificado por mí. Lo había dejado todo. TODO. Universidad,

amigos, familia, el equipo... Y siempre con una sonrisa, sin una sola queja o mal gesto. Al revés, aguantando con estoicismo mis días malos cuando me ponía insoportable y el dolor me inundaba. Esos días sentía que él me amaba todavía más.

¿Cómo no iba a adorar a ese hombre?

—¿Qué pasa? —preguntó ruborizado ante mi mirada persistente.

—Nada, cielo. Que, como seas la mitad de bueno como padre de lo que lo eres como marido, nuestro pequeño Ben va a tener el mejor padre del mundo... —respondí convencida.

Por respuesta, Paul me abrió la puerta del *Miller's* para invitarme a salir. Me despedí de los chicos con la mano y espí a mi marido por el rabillo del ojo. Tenía los ojos brillantes y una sonrisa esculpida en la cara que le duraría horas...



Paul sustituyó los tulipanes del jarrón por unos nuevos que habíamos comprado de camino al hospital. Mientras tanto, yo me dejé caer en la silla de plástico con expresión rendida. Había días en los que me parecía realmente agotador caminar. Incluso el mero hecho de estar de pie era un triunfo, y aquel era uno de ellos. Quizá mi única pierna empezaba ya a notar el peso del bebé o de la ropa de abrigo. No lo sé...

—Mira, Ali... —apuntó mi marido—. ¡Está moviendo la mano!

Parecía emocionado. Yo suspiré. No podía culparlo. Yo misma me había emocionado las cien primeras veces que agitó los dedos o abrió los ojos un segundo antes de volverse a ir. Aunque se lo había contado, aunque lo supiera, no era lo mismo que verlo.

—Sí... Parece que en cualquier momento vaya a despertarse, ¿verdad? —le dije con tristeza.

Me miró desde su metro noventa y asintió comprensivo.

—Siempre lo parece, pero... —negué desanimada.

Ya eran demasiados meses y el autoengaño tenía una fecha de caducidad bastante limitada.

Mi esposo rodeó la cama y se colocó a mi lado. Yo, sentada; él, de pie. Su mano derecha, posada en mi hombro; la mía, envolviendo a la de mi hermana, como era ya mi costumbre. Los ojos de ambos, puestos en Zoey, observando sus sueños, su dormir... O su morir... Lo que estuviera haciendo.

—Ten fe, nena —me animó él—. Zoey es joven y fuerte, como todos los casos de los que te ha hablado Willis. Ella también regresará, encontrará el camino. Ya lo verás...

—Sí... —musité.

Sus dedos recobraron la vida y se pusieron a jugar al escondite entre los míos. Las primeras veces que ocurrió me hizo inmensamente feliz. Ahora me provocaba más dolor y desesperanza que otra cosa.

—Zoey... Ha venido Paul también —le hablé—. Seguro que no te acuerdas mucho de él porque solo le viste una vez por Acción de Gracias, pero no importa: ya sabes que nos hemos casado y que estamos esperando un bebé... ¡Es un niño! ¿Te imaginas los saltos de alegría que estaría dando papá en este momento si lo supiera? ¿Y mamá? Inundaría la habitación, seguro. Una locura, ¿verdad?

Sus dedos deambularon por mi mano. La presión en mi hombro aumentó de forma dolorosa.

—¿Quééé? —le pregunté atónita a Paul, alzando la vista hacia arriba—. ¿Qué pasa?

Alargó el brazo en el aire y señaló hacia la cama con un ligero temblor, incapaz de pronunciar palabra. Había perdido el color y tenía la boca muy abierta. Seguí la dirección de su dedo extendido hasta toparme con Zoey. Sus ojos estaban más abiertos y despejados que nunca, parecían casi dislocados. Su mirada se posó en mí y sonrió.

—Alison... Estás aquí —susurró.

Un manantial de lágrimas ahogó mis palabras. Solo logré asentir y llevarme su mano a la boca para besarla.

—Te has cortado el pelo... —apuntó.

Era cierto. Ya no lo llevaba tan largo como antes. Se había acabado la época del pelo hasta la cintura y me lo había dejado a la altura de los hombros.

—Sí, ¿te gusta? —pregunté nerviosa y sin saber qué decir.

—Te queda bien... —pronunció.

Y volvió a quedarse dormida con una sonrisa bailando en sus labios, ajena a las miles de lágrimas, de promesas, de dudas, de preguntas, de celebraciones, miedos y esperanzas que su despertar había provocado.

Zoey volvería.

Sí, iba a volver.

Ahora lo sabía.

Y era ella. Mi hermana.

Capítulo 10

Once años más tarde. Lunes, 16 de abril de 2028. 11:47 p.m.

Nueva York. Piso del programa de protección de testigos.

La luz de las farolas del exterior se filtraba a través de las rendijas de la persiana metálica en nuestro envejecido dormitorio prestado. Parecía entrar débilmente, casi con timidez, pero luego resurgía en tamaño y fiereza al proyectarse sobre el techo en un juego inquietante de luces y sombras que se movían sin cesar con una elegancia que recordaba a una compañía de ballet. En la calle, el viento dotaba de vida a objetos y ramas, pero era una vida gris, enloquecida y ciega, que les hacía entrechocar entre sí sin verse ni oírse, sin estar vivos en realidad.

Yo... no quería una vida así.

—Estás muy callada esta noche... —habló Raúl sobre mi cabeza.

Acaricié el pecho sobre el que estaba acomodada y dejé que sus brazos me arrullaran.

—Sí... Estaba pensando en los deberes que me ha mandado el doctor Fisher... —respondí—. ¿Zack no ha protestado al acostarse?

—Solo un poco, pero estaba cansado en realidad —dijo mi marido—. ¿Qué deberes son esos?

Sentí su mano peinándome el cabello, a su cuerpo despertándose bajo mi piel. Me giré con rapidez sobre él para unirme a sus ojos, de forma que su tórax quedó convertido en mi almohada, y se lo solté a bocajarro:

—Oye, ¿te acuerdas del accidente que tuve unos meses antes de conocerte?

—¿Un accidente? —repitió con extrañeza.

—Sí, hombre... Fueron unos días antes de que *él* asaltara la casa por primera vez. Estoy

intentando recrear en mi cabeza qué sucedió en él y en los días posteriores, y no lo logro. Fisher está convencido de que he reprimido esos recuerdos por algo y que en ese «algo» está la clave.

—¿La clave de qué? —preguntó sin comprender—. Yo creía que en tus sesiones trataríais tu trauma, lo que te sucedió con ese malnacido y cómo te ha afectado todo. ¿Qué tiene que ver ahora un accidente?

—¿Entonces no recuerdas que lo haya mencionado alguna vez? Me encantaría preguntárselo a Alison porque la recuerdo conmigo en ese momento, pero... Supongo que es definitivo y no quiere saber nada de mí.

—Sobre Ali... Dale tiempo. Ella también está asustada y dolida, me consta. Y sobre el accidente, mi amor, la verdad es que me suena vagamente algún comentario. Piensa que yo no te conocí hasta mucho después.

—Lo sé... —reconocí un tanto decepcionada.

Los dedos de Raúl dibujaron círculos alrededor de mi ombligo y el cosquilleo me hizo sonreír a pesar de todo.

—¿Qué recuerdas de aquellos días? Me refiero a nuestros comienzos... —quise saber.

—Bueno, déjame pensar... —meditó perplejo—. La primera vez que te vi fue cuando me asignaron tu caso, en la fotografía a color de tu expediente. Ese cerdo había entrado en tu casa para secuestrarte, dejando un reguero de sangre y muertes por el camino. Yo estaba más que implicado en el caso, ¿sabes? Pero se convirtió en una obsesión cuando conocí a tu madre.

—¿Ah, sí? ¡Nunca me lo habías dicho! —exclamé asombrada.

—Bueno... No es un tema que te venga muy bien, Zoey, y a mí tampoco me resulta agradable hablar de ello —se justificó sin sonrisas ni bromas.

Estaba serio. Serio y contrariado. Incómodo.

—Ya... ¿Y qué pasó con mi madre?

—Nada en realidad. Fui a verla al hospital para tomarle declaración a pesar lo que me habían asegurado los médicos: que no podía hablar ni lo volvería a hacer. Pero siempre hay sistemas para que los testigos o las víctimas se hagan entender, como parpadeos con los ojos y otra serie de tácticas efectivas. De modo que fui a verla y sus ojos estaban tan rotos y llenos de dolor que le prometí que encontraría a ese bastardo, te recuperaría y lo meteríamos entre rejas.

—Nunca me... —repetí.

Raúl asintió.

—Tu hermana fue de mucha ayuda en cuanto abandonó el hospital. Estuvo colaboradora y siempre atenta. Sufrió mucho por todo pero, principalmente, por ti. Cuando nuestra investigación dio sus frutos y te encontramos viva fue... ¡una sensación maravillosa! Además, parecía que habíamos atrapado al *culpable*. En fin... es agua pasada, Zoey, y no creo que esto nos ayude a ninguno —concluyó él.

—No... No sabía que Alison y tú hubierais hablado en el pasado. Yo creí que... —tartamudeé.

—¡No me lo puedo creer! —rio entonces—. ¿Estás celosa de tu hermana? ¡Pues claro que

hablábamos! ¡Yo era el detective que llevaba «Los asesinatos de la 38»! Perdón... —se corrigió de inmediato—, que llevaba el caso de tu familia. Alison siempre fue comunicativa y cooperadora y, aunque ahora no lo recuerdes, cuando te recuperamos, todavía nos llevábamos bien. La relación con ella se deterioró a partir de tu mudanza al estudio, ¿recuerdas? Fui ahí cuando empezamos a salir tú y yo, y ella cambió su actitud conmigo. Pero, antes de eso, siempre fue un encanto.

—Es cierto... Me acuerdo de cómo te puso a parir cuando le confesé que nos estábamos viendo. Se le metió en la cabeza que te estabas aprovechando de mí en una especie de síndrome del rescatador. Decía que era poco profesional, pero bueno, pensé que se le pasaría.

—Tenía miedo de que te hicieran daño, Zoey. No seas así... —bajó la voz en un tono correctivo.

—¡No la defiendas encima! Se convenció de que yo la había abandonado. Entiendo que sintiera que la había dejado con todo: con los cuidados de mamá, las visitas a papá... ¡pero no fue para tener un picadero contigo y que nadie nos molestara!

—¿Eso dijo? —preguntó lleno de asombro.

Me incorporé hasta quedar sentada frente a él y afirmé.

—Prácticamente. Ella no entendía que yo no podía seguir en esa casa. No era solo que *él* pudiera volver a entrar, ni sus llamadas o paquetitos. ¡Es que me estaba volviendo loca entre aquellas paredes! No podía pisar enormes superficies de suelo sin rememorar la sangre y los cuerpos, sin ver atrocidades en cada esquina...

Sus brazos me buscaron. Rodeada por ellos, volví a sonreír.

—¿Y esa es la razón por la que dejó de hablarme también a mí? —me preguntó al fin.

—Supongo. Debió de convencerse de que mi cambio y me alejamiento fueron por tu culpa. Nunca ha comprendido que yo ya volví cambiada. Ni siquiera ella era la misma tampoco. Y que, si me fui de casa, fue para sobrevivir. Era la única forma de que las dos pudiéramos seguir adelante... Yo quería vivir, y quería que también ella lo hiciera... —añadí, siempre ocultando a la *intrusa* de él.

—Vaya... Y todo este tiempo, yo pensando que no me hablaba por ser tu marido, como una consecuencia, no como la causa... Creo, cielo, que deberíais hablar sin falta cuando todo esto termine... No podéis seguir sin solucionar lo vuestro, echándoos de menos en la distancia y odiándoos por no hacerlo.

—Tienes razón.

Mis dos palabras lo desarmaron. No se lo esperaba de ninguna de las maneras. Y es que a cabezota no me ganaba nadie... Me tomó de los hombros y abrió los ojos de forma cómica.

—¿Pero bueno? —rio—. Ya ha empezado a obrar su magia la varita del doctor Fisher, ¿eh?

—Seguramente, pero llevo horas dándole vueltas al tema y quiero verla. Necesito ver a Alison y saber que están bien, tanto mamá como ella, pero no cogen el teléfono y...

Cerré los ojos y los puños de impotencia. Sus besos en mis párpados me sobresaltaron.

—Mañana las localizaremos a ambas, no te preocupes —susurró a dos centímetros de mi boca—. Tenemos una pista que promete y, bueno, estoy convencido de que, antes de que termine la semana,

estaremos de nuevo en casa y *ese malnacido*, flotando en una cloaca...

Me inquietó.

—¿De verdad piensas matarlo si se presenta la oportunidad?

—Sabes tan bien como yo que, si lo atrapamos y lo encarcelan, siempre estarías con miedo de que se fugara de prisión, incluso aun cuando no ocurriera nunca. No lo voy a permitir, Zoey.

—Pe... pero. Podrías perder la placa y te podrían acusar de asesinato. ¡Irías a la cárcel tú en su lugar! —exclamé subiendo la voz a medida que mis miedos se liberaban—. ¡Zack se quedaría sin su padre y yo me quedaría sin ti!

La tensión de su mandíbula, la fiereza en su mirada, la seriedad en sus labios... Todo ello hablaba de determinación. Raúl estaba decidido. Lo mataría a sangre fría en cuanto lo tuviera a tiro.

—Alegaré defensa propia y, llegado el caso, mis compañeros me cubrirán, apoyarán mi declaración. Una escoria menos en este mundo y evitaremos que se lo haga a nadie más...

—Sí, pero...

Me encontraba confundida. Una parte de mí quería que lo hiciera. La *intrusa*, a pesar de su letargo, también parecía celebrarlo. Sin embargo, era como llevar calcetines mojados. No podías evitar sentirte incómodo, casi enfermo. Era como...

Como escuchar sirenas lejanas.

Sirenas que, en algún momento, te alcanzarán.

Martes, 17 de abril de 2028. 10:12 a.m.

Nueva York. Piso del programa de protección de testigos.

—¿Va a tardar mucho papá? —dijo Zack después de arrojar su carta al suelo.

Miré las tres cartas que tenía en la mano y arrugué el ceño. Tenía un hijo con una suerte o un talento increíbles. ¡Menuda paliza me estaba dando!

—Pues no lo sé, enano. Ya sabes cómo es el trabajo de papá... —le respondí yo mientras echaba una de mis cartas al azar.

—Lo va a pillar, ¿a que sí?

Abrí la boca para improvisar una mentira, pero, cuando tienes un hijo más listo que el hambre, es una pérdida de tiempo. No solo no se lo creería, sino que perdería su confianza en mí.

—Eso parece. Han encontrado algo, pero no sé lo que es. No puede darme detalles todavía...

Mi hijo imitó el gesto reflexivo de su padre. Tenía el rostro particularmente serio, tanto que invitaba a reírse, y se acariciaba su mentón infantil una y otra vez mientras valoraba la situación.

—Está bien que lo mate, mamá —sus palabras me descompusieron.

—¿Qué dices, cielo? Papá no va a matar a nadie. Papá encarcela a los malos, no los mata — recalqué muy seria, al borde de la regañina.

Él se encogió de hombros.

—Como sea, mami. Pero estará bien volver a casa. Me apetece volver a casa... —reconoció con tristeza.

—Ohh, yo también quiero volver a casa, mi amor.

Y yo.

Yo también quiero volver a casa.

Llévame. Ya.

—Aunque... —dijo Zack a la vez que se alzaba del suelo y abandonaba sus cartas para sentarse en mis rodillas, un gesto cada vez menos habitual en él—, pensándolo bien, quizá está bien que nos quedemos aquí, ¿no?

No, llévame a casa.

A casa.

Las manitas de mi pequeño se aferraron a mí con hambre. Tenía los ojos inundados de miedo.

—¿Tú? ¿La oyes? —me atreví a preguntar.

Su cabeza se agitó de izquierda a derecha una única vez. Mentía.

—¿Por qué quieres quedarte en este piso ahora? Dime la verdad, Zack.

—Porque ... porque aquí no nos puede encontrar el señor que te da tanto miedo y porque, desde que estamos aquí, y ano me sonrías por las noches...

—¿Ya no te sonrío por las noches? —pregunté inquieta.

Lo cierto era que *la* notaba dormida la mayor parte del tiempo, como si estuviera en hibernación. Salvo por momentos puntuales en los que me hablaba o *la* sentía revolverse con incomodidad, únicamente escuchaba su respiración profunda y pausada dentro de mí, casi convertida en ronquido.

—No, mam... —negó mi pequeño.

Un ruido de llaves seguido del chirrido agónico de la puerta principal interrumpió nuestra conversación. Escasos segundos después, el semblante sonriente de Raúl atravesaba el umbral del salón para reunirse con nosotros. Era una sonrisa grandiosa, valiente, que no tenía miedo a exhibirse. Zack se levantó del suelo y corrió hacia las piernas de su padre para engancharse a ellas y encaramarse como un mono sobre su cuerpo. Raúl lo levantó a pulso a pesar de lo grande que estaba ya, lo acomodó en su pecho en silencio y le dedicó una sonrisa en exclusiva. Parecían mantener una conversación privada con sus miradas.

—¿Nos dejas a solas a mamá y a mí un rato? —le dijo al final él, aunque terminó la pregunta con sus oscuros ojos puestos en mí.

—Vaaale —aceptó Zack mientras desenrollaba sus piernas de la cintura de su padre y descendía al suelo—. Me voy a mi habitación para que habléis del tío ese, ¡pero que sepáis que yo también quiero hablar con vosotros de cosas de mayores!

Me mordí el labio, incapaz de contener la risa y la curiosidad.

—¿Nos vas a echar la bronca, campeón? —contestó su padre con una expresión divertida.

Zack levantó la mirada hasta dejar los ojos en blanco, como hacía yo cada vez que me disgustaba uno de mis hombrecitos, y resopló con sus brazos puestos en jarra.

—¡Pues claro! ¡Quiero ir al parque a jugar, al cole, a la calle! ¡No hemos salido desde que vinimos! Y eso fue... —se detuvo para contar con los dedos—, ¡hace doscientos días!

Su padre y yo rompimos a reír.

—Vinimos el viernes, berzotas, y no llevas más que tres días aquí —le recordé en mi intento fracasado de sonar seria entre amenazas de sonrisas—, pero, si papá trae tan buenas noticias como parece, podremos salir en breve; así que, cuanto antes hablemos, antes...

—¡Vale, vale! —gritó y se fue corriendo a su dormitorio convertido en vendaval de colores naranja y azul.

—¿Y bien? —le pregunté en cuanto escuchamos cerrarse la puerta de Zachary.

Raúl arropó mis manos entre las suyas después de besarlas.

—¿Nos sentamos? —me ofreció.

Asentí y lo seguí hasta la mesa del comedor. Aguardó a que me sentara primero y después se acomodó él frente a mí, tan cerca que nuestras piernas se mezclaron con las del otro.

—¡Habla, por Dios! —lo apremié.

—Bien... El sábado, después del ataque, la unidad barrió la zona...

—Lo sé —le corté—. ¿Y...?

—Y me dejas hablar, impaciente, o te lo cuento por gestos —contestó él.

Simulé que me ponía un candado en la boca y le daba la llave. Raúl suspiró.

—Las cámaras, tal y como nos temíamos, no registraron nada que se nos hubiera escapado, pero nos topamos con un hallazgo tan imprevisto que pensamos, en un principio, que podría ser una trampa. Era... demasiado fácil, demasiado evidente, una torpeza impropia de él.

—¿Qué era? —pregunté conteniendo la respiración.

—Sangre y una huella dactilar... en el tejado de los vecinos.

—¿Cómo? ¿Por qué no me has dicho nada?

—Me lo dijeron ese mismo día por teléfono y decidí omitirlo porque... Bueno, porque no quería crearte falsas esperanzas. Yo mismo desconfiaba. Era demasiado bueno para ser verdad, pero parece que sí, que lo tenemos...

—Cuéntamelo todo, anda —le rogué, apoyando las manos en sus piernas.

—Como sabes, desde el principio sospechamos que el disparo procedía del tejado del vecino, de modo que acordonaron la zona, no tanto para hallar pruebas sino por si no había tenido tiempo de escapar. No lo encontraron, por supuesto (te lo habría dicho), pero, en su lugar había restos de sangre recientes, tan recientes que aún estaba caliente. Creemos que habría algún objeto punzante entre las tejas y que acabó clavándose de forma accidental, vete a saber si en el pie, en la mano o en un brazo... Como no pudo disponer del tiempo necesario para poder limpiar el pequeño charco de sangre y luego escapar, la dejó a medias en el mismo punto en el que la trayectoria de la flecha señalaba su procedencia.

—Su sangre... —repetí incrédula.

—Pero la cosa mejora aún más, Zoey. En la fachada trasera de la casa de nuestros vecinos, junto al canalón que tuvo que usar para acceder al tejado y apearse de él, dejó una huella dactilar ensangrentada.

Negué con la cabeza. No me lo creía. Imposible.

—Sí, Zoey. Mis compañeros pudieron recuperarla. Es una huella dactilar en perfecto estado, legible, que... —hizo una pausa para tragar saliva—, ha dado resultados al cotejarla en la base de datos...

—¿Y?

—¿Te dice algo el nombre de Charlie Newman?

Volví a negar.

—Agárrate. Charlie Newman, además de tener antecedentes por posesión de armas, de estupefacientes y varios cargos por acoso, es el padre de Frederick Newman... —se detuvo como si esperara que aquel nombre me fuera a romper o desestabilizar.

—¿Quién?

—Frederick Newman es el guarda de seguridad encargado de la vigilancia de la nave donde estuviste retenida, Zoey. ¿No recuerdas *su* nombre?

—Ohhhhh —exclamé en un grito ahogado por mis manos, que acudieron de forma automática a proteger a mis labios—. Lo había olvidado. Frederick... Esto quiere decir que...

—¿Que el hombre que detuvimos y que amaneció ahorcado en su celda dos días después no era tan inocente después de todo! Quizá padre e hijo estuvieran compinchados, o el primero obligara al segundo a ayudarlo bajo amenaza o algún tipo de coacción, quién sabe. Pero no puede ser casualidad, Zoey. No puede ser casualidad que la sangre del padre del hombre que detuvimos aparezca ahora, diez años más tarde, en el tejado de nuestros vecinos, en el mismo punto desde el que se disparó la flecha que acabó con Smith.

—¿Lo tenéis ya? —me atreví a preguntar, aún sin sonreír.

—Aún no, pero es cuestión de tiempo. Ha abandonado su apartamento y ningún vecino ha vuelto a verlo desde aquel día. Creemos que está escondido en algún agujero de mierda. Se sentirá acorralado. Quizá se está desangrando el cabrón, quién sabe. Pero da igual: ahora que conocemos su identidad, su cara, su dirección, no podrá ocultarse por mucho tiempo. Ni siquiera si está muerto. Hemos emitido una orden de búsqueda y captura, y daremos con él. Lo tenemos, Zoey, ¡lo

tenemos!

Sonreí a medias. No me atrevía a creérmelo, porque hacerlo y que luego escapara sería morir.

—¿Tenéis pistas de dónde puede... estar?

—Aún no, pero es cuestión de tiempo, cariño. ¿No sonríes?

—Yo...

Él comprendió, abrió los brazos para mí y me arrojé a ellos en un mar de lágrimas. El pánico se licuó dentro de mí como gotas de veneno. Si en esa ocasión él volvía a escapar, yo... yo... Me sentía tan abrumada que me faltaba el aire. Raúl me meció como a una niña pequeña sobre sus rodillas, en un silencio tejido de miedos, de dudas y esperanzas. Mi teléfono móvil vibró en el bolsillo de mis vaqueros.

—¿No lo coges, cariño? —me preguntó mi marido.

—¡Ohhh! —exclamé aturdida mientras sorbía mi pena—. Es Jenny —le informé al mirar la pantalla.

—Respóndele, anda, que se va a preocupar... —me sugirió él con una sonrisa que competía en dulzura con sus caricias sobre mis lágrimas.

—Tienes razón. —Y, acto seguido, descolgué.

—Zoey al habla. Dime, Jenny...

—[...]

—Ohhh. Pues no sé —contesté dudosa sin dejar de mirar a mi esposo, que me observaba con interés.

—[...]

—No, claro. Bueno, sí. Tienes razón. Podemos estar ahí en una hora...

Raúl me lanzó una mirada furibunda y comenzó a agitar la cabeza de forma reiterada. Yo me llevé las manos al pecho y le imploré un «Porfiii» que ambos habíamos aprendido de Zack.

—[...]

—De acuerdo. Ahora te veo.

—¿Se puede saber por qué demonios has dicho eso, Zoey? —me reprendió Raúl según mis dedos pulsaron la tecla de interrupción de la llamada.

—Bueno... Acabo de improvisar. Zack necesita airearse y salir de este apartamento que es más una cápsula del tiempo que una vivienda. Nosotros también lo necesitamos, siendo sinceros, y Jenny no puede encargarse de todo sola en el Café. Me ha dicho que tiene un problema y que necesita que vaya a solucionarlo. Y he pensado que por qué no, que nos vendría bien salir un rato juntos y tomarnos un chocolate calentito y una buena porción de tarta... —lo chantajeé, pues le perdían los dulces tanto como a mí.

—Pero no es seguro ni inteligente, cielo. Mientras *él* siga en la calle, no deberíamos salir de aquí, o solo lo imprescindible. Si no ha atacado es porque este sitio no lo conoce, pero, si vamos al

Café, eso podría cambiar. Podría arreglárselas para seguirnos y descubrir nuestro paradero, aunque tratáramos de despistarlos tomando rutas alternativas y haciendo paradas aleatorias.

—¡Vaya! —exclamé.

—¿Qué?

—Que no soy la única paranoica aquí por lo que veo... —bromeé—. Si no ha atacado es porque, como tú mismo has dicho, está herido, ¿no? Y, si no lo está, pues...

Sus ojos se clavaron en mí, interrogantes. Después se abrieron y asintió.

—Si nos sigue a la vuelta, podríamos atraparlo.

—¡Exacto! —aplaudí.

—Cariño... Si un día te cansas de hacer pasteles y servir mesas, recuerda que tienes futuro como *poli*...

Celebré su gracia con un pequeño beso sobre sus labios antes de separarme de él.

—Zack... —levanté la voz sabiendo que nuestro pequeño espía de metro diez respondería sin tardanza—. ¿Quieres ir a ver a la tía Jenny?

Una puerta se abrió en algún punto del pasillo. Después, sonido de zapatillas apresuradas corriendo hacia nosotros y, finalmente, la entrada de Zack en el salón luciendo sonrisa, peinado y cazadora puesta, preparado para salir cuanto antes.

—Vas a tener que dejar de escuchar nuestras conversaciones, ¿eh, alcahuete? —le reprendió su padre.

—¡Yo no soy ningún cacahuete, papá! ¿Nos vamos? —respondió Zack mientras repartía sus miradas entre nosotros dos.

—Nos vamos... —certifiqué.

Y dejamos el apartamento con la sensación de estar haciendo novillos.

—A Thomson y a Vázquez no les va a hacer ni pizca de gracia vernos en la calle... —murmuró Raúl.

Me encogí de hombros. Ya me odiaban después de mi fuga del otro día. Quizá podría sobornarlos con pastelitos. Los pastelitos siempre funcionaban.

—Diles que se vengán. Que invita la casa al mejor café y pastel de manzana que han probado en sus vidas... —contesté.

Mi marido negó con la cabeza, nos apretó a Zack y a mí contra él, y suspiró.



La sonrisa de Raúl había decidido emigrar a zonas más cálidas, transformando sus labios en una línea dura y recta. Descargaba la tensión de su cuerpo a través de sus manos, que se ceñían como

garras muertas e implacables sobre el volante. Por eso preferí no insistir en que cogiéramos mi coche en lugar de su vehículo «de empresa». Habría replicado que sus ventanas eran a prueba de balas y Zack lo habría captado al vuelo.

Sus compañeros, Thomson y Vázquez, nos seguían a escasa distancia desde el coche policial, separados solamente por un pequeño turismo. Zack, sentado en los asientos traseros, observaba la carretera regada por la lluvia con la naricilla pegada al cristal, aquejado de un mutismo inusitado.

Se respiraba una calma tensa y violenta, sin las acostumbradas risas ni charla animada. No había enfado. Solo miedo y preocupación, emociones lo suficientemente poderosas para atar nuestras lenguas.

Quizá no había sido una buena idea abandonar la seguridad del apartamento después de todo...

—Jenny se va a poner muy contenta de verte, Zack... —anuncié con la cara vuelta hacia él para romper aquel silencio denso que nos envolvía.

—Sí... —contestó sin demasiada efusividad al tiempo que balanceaba sus piernas sobre el asiento.

—Y seguro que te pide que le des tu opinión como experto catador de pasteles... —vino a socorrerme mi marido, que me espió por el rabillo del ojo con una media sonrisa.

¡Cuánto lo adoré en ese momento!

—Hummm... Mamá no me deja comer tantos dulces —replico este con desconfianza por si era una trampa.

Raúl y yo nos besamos un segundo con nuestras sonrisas cómplices antes de que me girara completamente hacia nuestro hijo.

—Bueno, pero lo de hoy es una excepción, cielo, un trabajo —añadí. La mano de mi marido se apartó un segundo de mi volante para estrecharme el muslo—. Ser catador es una profesión muy seria y cualificada, y tenemos que ver si superas la prueba...

—¿Catador de pasteles? —repitió él sin creérselo demasiado—. ¡Bromeas!

La risa de mi marido voló por el coche, deshaciendo la tensión acumulada.

—No bromea, Zack. Yo mismo soy catador de pasteles —corroboró Raúl.

—¡Venga ya! ¡Pero si eres *poli*! —razonó con la boca cada vez más abierta y la expresión más asombrada.

—Bueno, es que tengo profesión doble, como tu maestro, que es cinturón negro de judo. Pues yo tengo cinturón negro en comer pasteles.

Los ojos de Zack saltaron a los míos, cuestionando y valorando la veracidad de la conversación.

—¿Es eso verdad, mamá?

—Del todo, cariño. Hay catadores de vino, de queso, aceite, de agua...

—¿De aguaaaaa? —repitió agitando la cabeza.

—Sí, y de videojuegos... ¡De todo! Solo que cada uno de ellos recibe un nombre específico y

técnico. Pero trabajan de ello, sí.

—¿Videojuegos? ¿Te pagan por jugar? El mundo está loco, mamá —concluyó él con la voz y la expresión serias de un adulto, lo que provocó nuevas risas.

—Estamos llegando —anunció Raúl—. Daremos un par de vueltas para echar un vistacito antes de aparcar, ¿de acuerdo? Thomson y Vázquez se quedarán, en principio, vigilando en el exterior.

—Bien...

Como propietaria del Café, tenía dos plazas de aparcamiento reservadas a nuestro nombre. Normalmente, mi plaza se la prestaba a Peter, nuestro encargado, ya que solía prescindir del coche y desplazarme al trabajo en ferry o en tren. La segunda plaza era propiedad de Jenny después de que se convirtiese en socia del negocio al cincuenta por ciento, pero aquel día Jenny, siempre previsora y atenta, había trasladado su coche para dejarnos la plaza libre.

Me apeé del vehículo aquejada de una fobia creciente. Me sentía como un presidiario que se enfrentaba al mundo en su primer día de libertad. Me abrumaban las luces, el movimiento incesante de paraguas y neoyorquinos en todas las direcciones posibles y, sobre todo, el ruido. El ruido del corazón de Nueva York, latiendo tráfico, chapoteo de charcos, vendedores ambulantes, gritos y prisas. Le abrí la puerta a Zack y este se pegó a mí como un chicle nada más pisar la acera mojada, contagiado de mis miedos. Raúl descendió a su vez con los ojos puestos en el entorno sin dejar de analizar cada esquina, cada persona, bebiéndose cada una de las imágenes bajo la persistente lluvia. Solo cuando se cercioró de que no parecía haber peligro ni nada sospechoso a simple vista, nos animó a entrar al Café apoyando sus manos de forma protectora en nuestras espaldas.

En cuanto la puerta del *Miller's* se cerró a nuestro paso, los tres sonreímos relajados y empapados. Estábamos en casa. Zack recuperó su actividad frenética habitual y corrió hacia la barra con los brazos abiertos y la voz cantarina.

—¡Tía Jenny, tía Jenny!

La aludida, que se encontraba tras la barra colocando sobre la cafetera las tazas de café que acababa de sacar del lavaplatos, abandonó su tarea al escuchar su nombre y bajó sus ojos avellana hasta localizar a mi hijo, que, a esas alturas, había alcanzado la barra y estaba a punto de impactar contras sus piernas.

El choque fue inminente y las risas, también.

—¡Mírate! ¿Cómo estás tan grande si te he visto hace solo un par de meses? —lo saludó entre risas y aspavientos exagerados. Nuestro pequeño se puso de puntillas para aparentar más altura aún—. ¿Qué te dan de comer tus padres? ¿Brontosaurios?

Zack celebró la broma doblándose sobre sí mismo, entre risas y sujetándose la tripa con ambas manos.

—¡Desayuno comida normal! —le dijo sin dejar de reír.

Raúl y yo observamos la escena a media distancia, como se aprecian las cosas buenas, desde la perspectiva, y entrelazamos nuestros dedos mientras nos uníamos a la fiesta de risas tras la barra.

—¡Ohhhh, qué bueno verte! —gritó sin contenerse mientras me aplastaba contra ella.

Los clientes habituales ya conocían su carácter alegre, su cháchara sin fin y sus explosiones verbales de risas, gritos y exclamaciones, de modo que apenas un par de ellos apartaron la vista de sus periódicos o acompañantes para mirarla.

—¡Lo es! Te he echado de menos... —le confesé al oído con voz temblorosa antes de deshacer nuestro abrazo.

—¡Dame un buen beso, *poli*! —le gritó a Raúl.

Todos volvimos a reír. Intercambiaron los gestos y palabras de cariño de rigor, y luego mi marido y mi hijo desaparecieron camino al cuarto de baño para secarse con urgencia el cabello. El mío, recogido en una coleta alta, también chorreaba y parecía llorar lágrimas sobre mi chubasquero.

—¿No dices nada, caradura? —me espetó Jenny con su postura de maruja (brazos en jarra, movimiento frenético del pie derecho y mirada de «¿Y bien?») combinada con su esa sonrisa poco común que comparten todas las personas felices y satisfechas con sus vidas.

Me emocionó volver a verla. Parecía que hubieran transcurrido siglos desde la última vez que pisé el Café. Eso también me lo había arrebatado *él*. No solo nos había quitado nuestro hogar, la paz, la cordura y la sonrisa. También me había robado mi rincón especial, los sueños y recuerdos atesorados entre aquellas paredes. Y comprendí que a los lugares también se les ama, que el *Miller's corner* siempre sería mi primer amor. Aspirar su aroma a dulce y café me lo había recordado.

Entonces la emoción se convirtió en punzada de miedo.

Y la punzada, en horror.

Y el horror, en temblor.

La *intrusa* empezaba a despertarse también ante aquella amalgama de olores familiares. También ella se sentía en su hogar, segura y poderosa. Percibí la fuerza de su bostezo, su nariz olfateando el exterior, sus manos estirándose hasta arañar mi garganta, pugnando por salir y quedárselo todo.

—Estás blanca como unas bragas recién compradas... —apuntó Jenny en su habitual estilo elegante.

—No es nada... Se me pasa... —respondí yo.

—¿Qué ocurre? —quiso saber Jenny cuando aparté mis ojos de ellos.

—Yo... Solo estoy un poco indispuesta, pero no se lo digas a Raúl, por favor, o se preocupará más de la cuenta —le pedí con una mueca suplicante.

—Me tienes preocupada, ¿lo sabes? Desde que me dijiste que ese tío había vuelto... Yo... Te juro que hay noches que no puedo conciliar el sueño, así que imagino que vosotros estaréis fatal. ¿Se sabe algo? —me preguntó aprisionándome las manos entre las suyas.

Raúl y nuestro hijo regresaron del cuarto del baño. Por suerte, mi marido había decidido darnos espacio para que Jenny y yo habláramos a solas, y no se acercó. Le habría bastado con mirarme una sola vez para descubrir mi rostro descompuesto. Lo observé de reojo. Estaba enfrascado en entretener al pequeño al tiempo que vigilaba la puerta de entrada. Zack había exigido estrenarse

cuanto antes en su profesión de catador y su padre trataba de convencerle de que los buenos catadores no se pedían cinco pasteles a la vez, sino que iban de uno en uno para no acabar sufriendo una indigestión. Nuestro hijo no se dejó amilanar ante semejante argumento absurdo y contrató diciendo que debía coger esos cinco para poder comentar sus diferencias entre sí antes de que se le olvidaran los matices individuales. Raúl ocupó una mesa frente a la barra entre risotadas mientras intercambiaba comentarios filosóficos con Zack sobre las desventajas de vomitar.

—Prefiero no hablar de ello, Jenny. He convencido a la familia de que era bueno que nos aireáramos un rato, pero ya no lo tengo tan claro... —respondí conteniendo mis ganas de llorar.

Claro que sí. Has hecho bien.

Estamos bien aquí.

Jamás la había sentido tan poderosa y exigente como en aquella ocasión. Estaba perdiendo el control de mi cuerpo y de mi mente de una forma terrible. Solo el miedo y el amor que sentía por mi familia y por Jenny parecían ser míos dentro de mi mente enmarañada. Eran lo único que me salvaba de desaparecer.

Y, aun así, me sentía cada vez más pequeña...

—¿Hueles eso? —le pregunté con los ojos desorbitados.

Ahora era yo quien le estrujaba las manos.

Jenny olisqueó por encima de mí sin contradecirme.

—¿Canela? —jugó a adivinar.

—¡No! ¡Tulipanes! ¡Un intenso olor a tulipanes! —susurré en su oreja en un tono de voz que me hacía parecer una desquiciada.

—No huelo nada de eso, Zoey. Lo... siento. No sabía que estabas así. No debería haberte llamado, perdóname. Seguro que ni siquiera duermes... —se disculpó con la vista aguada.

No lo siente.

Está fingiendo.

Esa mujer no podría llorar jamás...

«¡Cállate de una puta vez!».

La voz de la *intrusa* criticando a mi amiga me había hecho saltar, enfadarme, y descubrí con estupefacción cómo ella se batía en retirada ante mi oposición. Empecé a sentirla pequeña, herida de algún modo, escondiéndose entre mis pliegues tan sorprendida como yo...

Volví a sonreír.

—Ya se ha pasado... —suspiré.

Jenny me miró boquiabierta y sin palabras, algo que jamás pensé que llegaría a ver.

—Ha sido un pequeño ataque de pánico —improvisé haciendo un gesto con la mano—. Pero ni una palabra de esto a mi marido, ¿eh?

—Descuida —respondió aquella sin dejar de mirarme con suspicacia.

—Bueno... Me habías dicho que querías tratar un tema delicado, que necesitabas mi opinión como socia para tomar una decisión. ¿No querrás vender tu parte del negocio? —me adelanté, preocupada.

—No, Zoey. Nada parecido... —replicó ella con la sonrisa renaciendo en sus labios—. Se trata de Mary, la cocinera.

—¿Qué pasa con ella?

—Creo que está robando dinero de la máquina registradora y no sé qué hacer con ella...

—¡Vaya! Lleva con nosotras casi tres años. ¿Estás segura? ¿Le has visto meter la mano? ¿Algo? —pregunté en un susurro.

Jenny se encogió de hombros antes de mover la cabeza de izquierda a derecha.

—No la he pillado si es lo que me preguntas, pero ya son varios días en los que falta dinero. Las cuentas no cuadran y yo no he sido. Por Peter pongo la mano en el fuego, así que... solo queda ella. Además, está muy rara últimamente y ha venido un par de veces tarde desde que no estás —me informé, inclinada sobre mí.

—¿Dónde está ahora? —quise saber.

—Ahí dentro, en la cocina —señaló con la mirada—. ¿Qué piensas hacer?

—Preguntárselo directamente ahora mismo, ¿qué otra cosa si no? —repliqué—. A ver cómo actúa o responde y, si no nos convence, tendremos que despedirla. ¿O no estás de acuerdo?

—Sí, sí... Llevas razón. Pues vamos ahora que tienes a tus chicos entretenidos —señaló Jenny con el dedo.

Miré en su dirección. Se habían agenciado un plato grande de exposición y Raúl había tenido el buen tino de ocuparlo de variados y pequeños bocaditos que, en conjunto, no superaban la cantidad de dos o tres porciones reales de tarta. Mi esposo me miró desde su encantadora sonrisa al sentirse observado y yo le respondí con un beso a distancia.

La sonrisa se agrietó en mis labios cuando la puerta del Miller's se abrió con su característico tintineo tras chocar con el atrapasueños que pendía del techo, y una figura embozada se adentró en el local a paso ligero hasta situarse frente a mí.

—Zoey... —pronunció con la voz ronca.

—Estás... ¡aquí! —exclamé entre el llanto y la sorpresa.

Ella se liberó del pañuelo de seda que protegía sus cabellos dorados, que ahora se le pegaban a la cara en mechones mojados. Sus ojos azules me miraban con cierta extrañeza, como si me vieran por primera vez. Salí de la barra con las manos indecisas. Quería abrazarla, tocarla y comprobar que era real, pero mi cobardía no me lo permitió y las dos permanecemos de pie tan cerca que las puntas de nuestras botas casi se acariciaban. Y, sin embargo, seguíamos tan lejos...

—¿Quién es esa mujer, papi? —preguntó Zack a su espalda.

—Es la hermana pequeña de tu madre, tu tía Alison. ¿No te acuerdas de las fotos de mamá? —le

explicó su padre en voz no lo suficientemente baja.

Alison se giró en su dirección y sonrió a mi hijo.

—Detective Santana... —saludó con la voz cortante.

—Alison... Me alegra volver a verte... —respondió Raúl extendiendo una sonrisa conciliadora.

Ella agitó la mano en lo alto de forma imprecisa antes de volver a mí.

—Te... has cortado el pelo —solté sin saber qué decir.

—Sí. Quería un cambio de *look*... —contestó ella, llevándose las manos al cuello allí donde terminaba la largura de su pelo—. Es más adulto. ¿Te gusta? —añadió con timidez.

Sabía que me rechazaría si le cogía una mano, de modo que me las escondí entre los bolsillos de mis pantalones para tenerlas quietecitas y me obligué a asentir aparentando tranquilidad.

—¿Ha pasado algo? ¿Están bien papá y mamá? —pregunté.

—Si llamas bien a estar en coma o en una silla de ruedas sin hablar ni moverse..., sí. Se puede decir que están bien. Muy bien —respondió arrojándome una mirada ceñuda—. A lo mejor deberías ir a verlos en vez de preguntar...

Supongo que era difícil acabar en un segundo con años de puyas y culpas, de indirectas y acusaciones, de hacernos daño. Bajé la cabeza con los ojos cerrados y una sonrisa triste.

—Perdona, me he pasado... —dijo sobresaltándose.

Su mano había tocado mi brazo. Más de lo que esperaba. Me enfrenté a su mirada azul y volví a sonreír.

—Me gustaría arreglar las cosas... —confesé.

Alison se mostró afectada y, por fin, me dio la mano.

—He oído tus mensajes y he preferido pasarme a verte para ver cómo estabas —dijo ella—. ¿Se sabe algo? ¿Lo han atrapado?

—Aún no, pero están en ello.

—Bien —contestó. Estaba tan tensa e insegura como yo—. ¿Y tú cómo estás?

Me encogí de hombros.

—Estoy. Bueno, He empezado a ir a terapia, Ali. Quizá... no sé. Quizá un día te apetecería venir conmigo. Si tú quieres...

—Yo... No sé. Solo pasaba por la zona y he sentido el impulso de entrar y verte —se disculpó repudiando mi mano a la par que retrocedía un par de pasos.

—¡Ohh! Yo... te lo agradezco —subrayé pérdida y sin saber cómo comportarme.

—Tengo un poco de prisa hoy pero igual otro día... —añadió antes de girar sobre sus talones y salir a la carrera del Café.

La vimos desaparecer engullida por una marea de paraguas. Raúl se levantó de inmediato y me abrazó.

—Dale tiempo, mi amor. El primer paso, el más difícil, ya lo ha dado. Quiere hablar contigo. Eso es bueno.

Asentí sobre su hombro mientras derramaba un mundo interior de lágrimas que no conseguía sacar. Me estaba ahogando.

Me estaba ahogando y no podía chillar.

La *intrusa* había amordazado mi boca y no podía respirar.



—¿Estás mejor ahora, Zoey? —preguntó Jenny cuando le devolví vacío el vaso de agua que me acababa de ofrecer.

La miré con agradecimiento desde la silla en la que me habían acomodado al perder el conocimiento y asentí.

—No sé qué me ha pasado; sentía que me faltaba el aire. Pero ya estoy bien —respondí tejiendo mis palabras con verdades y mentiras.

Zack se abrazó a mí con miedo. En esa postura, él de pie y yo sentada, teníamos casi la misma altura, de modo que sus ojos, inquietos y curiosos, quedaron a la par que los míos y me examinaban con atención, llenos de preocupación.

—¡Me has dado mucho miedo, mamá! Se te habían puesto los ojos en blanco. Así. —Se llevó las manos a los párpados y los levantó con exageración hacia las cejas—. Y hacías cosas raras con el cuerpo... —gimoteó.

—¡Vaya, cielo! Siento haberte asustado tanto, Zack...pero ya se me ha pasado, ¿ves?, y estoy bien. Tranquilo, mi amor —aseguré para reconfortarlo.

Mi hijo se apretó aún más a mí. Tenía el susto prendido en la mirada. Cogí su carita entre mis manos y la colmé de besos hasta que no quedó un centímetro de su cutis por besar. Al final acabó riendo y protestando a partes iguales.

—¡Jo, mamá! ¡Que hay gente delante! —gimoteó, aunque sin separarse ni un milímetro de mí.

Inventé una risa alegre para él y le hice cosquillas en la barriga. Raúl me miraba a escasa distancia desde sus profundos ojos negros, preocupado como nunca. Sacó su teléfono móvil y apretó un par de teclas.

—¿Todo despejado? —preguntó en cuanto la llamada se descolgó—. Perfecto. Vamos a salir en un minuto, chicos, pero no regresamos a casa. Vamos al hospital, sí.

—¡No! ¡Nada de eso! —grité con más vehemencia de la que quería.

Raúl pronunció un «Espera un momento» y alejó el teléfono de su oído.

—¿Cómo que no, Zoey? —repuso con la voz tensa, casi enfadado.

—¿No quiero ir al hospital! ¿Me oyes? —respondí bajando la voz, asegurándome de que mi sonrisa seguía ahí para no inquietar al niño—. Ya me encuentro bien y me quiero ir a casa. NECESITO irme a casa.

Mi marido abrió la boca para volver a cerrarla de inmediato. Después dejó caer la mirada sobre la mano que sostenía el teléfono y dio un par de resoplidos al tiempo que se acercaba a mí con el gesto suavizándose por momentos.

—Esto te lo tienen que mirar, cariño. Tú no te has visto pero ha sido... un espectáculo terrible. Podrías tener epilepsia, un tumor... Es grave y tienes que mirártelo sin falta para descartar diagnósticos —argumentó.

—E iremos, te lo prometo, pero no mientras *él* esté libre —asegué tratando de ganar tiempo—. Cuando lo cojáis, me someteré a todas las pruebas que quieras, pero no ahora. No, así. Me niego.

Sus labios se frunció de impotencia. Se llevó el teléfono a la oreja y añadió:

—A casa. Nos vamos a casa. Salimos —remató antes de devolver el móvil al bolsillo de la cazadora.

Jenny y yo nos abrazamos en un silencio desconcertante y huraño. Tanto sus ojos como su sonrisa se habían empañado hasta tornarse grises cuando separamos nuestros cuerpos. Zack se había colgado de mi brazo resistiéndose a alejarse de mí, y Raúl nos aguardaba a ambos junto a la salida manteniendo el tipo y la puerta abierta para cedernos el paso. Eché un último vistazo al Café y a Jenny, quien agitó una mano temblorosa en el aire y me rogó con la mirada que me cuidase. Asentí con una nueva sonrisa forzada mientras le daba la espalda y atravesamos el umbral en dirección a la calle.

Ya no llovía ahí fuera. Solo lo hacía dentro de mí. De hecho, la lluvia había dado paso a un sol tan radiante y primaveral que, de no ser por los grandes charcos que atestiguaban el diluvio que había marcado el inicio de aquella jornada, nunca habría creído que aquellas dos estampas perteneciesen a un mismo día.

En el coche, los tres emprendimos el trayecto de regreso a casa sumidos en nuestros propios pensamientos. Yo batallaba con emociones tan contradictorias como la alegría por haber visto a mi hermana después de tantos años sin hablarnos, y el pánico y la angustia por lo que la *intrusa* me había hecho.

Podría matarme si quisiera. Podría hacerlo.

Pero no quería.

Me necesitaba.

Para llegar a ellos.

Para usurparme.

La radio policial escupió varias palabras atropelladas.

—Nos sigue un sedán negro con matrícula de Ohio, señor. Cambio.

Zack se irguió en el asiento, alerta. Me volví hacia él y le pedí silencio colocando mi dedo sobre los labios. Él asintió con los ojos desorbitados tratando de sonreírme para que no me tuviera que

preocupar también por él. ¡Cuánto había crecido en esos años y no me había dado ni cuenta!

—Lo he visto. Cambio —respondió Raúl.

—¿Instrucciones, detective Santana? —se escuchó al otro lado.

—Avisad por radio de la situación. Que traigan un par de unidades para atraparlo. Que no se os escape. Nosotros trataremos de despistarlo o de hacer una parada en cualquier punto alejado del apartamento. Cambio.

—De acuerdo, señor. Thomson está en ello: pidiendo refuerzos. Lo seguiremos y lo atraparemos, señor. Corto y cambio.

Al cabo de varios segundos, el coche que nos seguía realizó una maniobra repentina y peligrosa al tomar, en el último momento, el desvío que permitía realizar un cambio de sentido.

—¡Menudo hijo de puta! —blasfemó mi marido a pesar de que nunca hablaba mal delante de Zack —. Nos ha tenido que escuchar. Debe de tener una radio que opera en la misma frecuencia que nosotros y nos ha interceptado. ¡Ese tío es poli o tiene a alguien dentro! —añadió a gritos mientras descargaba su furia con el volante.

—Señor, ¿lo ha visto? —gritó la emisora de radio.

—¡Claro que lo he visto, cojones! ¡Id tras él! —gritó Raúl.

—Señor, no podemos dar la vuelta en plena autovía sin poner en peligro la seguridad vial... —replicó Vázquez con su marcado acento latino—. Peeero...

—¿Sí?

—Tenemos todos los datos, señor. Es un Ford Crown Victoria con matrícula INR 1404. Y, agárrese, Thomson me comunica que está registrado a nombre de Margaret Newman, la difunta esposa de Charlie Newman. ¡Lo tenemos, jefe! —celebró la voz metálica.

—¡Sí!

—¡Van en camino! Corto y cambio.

Los ojos de Raúl brillaron peligrosamente.

—Quería atraparlo yo, pero, si no puede ser antes, será después... —anunció.

—¿Te refieres a... —paseé la mano sobre mi cuello disimuladamente—, cuando esté entre rejas?
—traté de asegurarme sin dar crédito.

—Ese tío no se escapa de nuevo, Zoey —vaticinó con la mirada al frente y el gesto duro.



Estacionamos el vehículo en el aparcamiento seguidos de Thomson y Vázquez. Los ánimos habían decaído bastante en el último tramo del trayecto, después de que nos avisaran por radio de que el

sedán se había volatilizado en algún punto entre la interestatal y el desvío hacia una carretera secundaria.

Nunca tendríamos una oportunidad mejor que esa. Éramos conscientes.

Raúl se ofreció a abrirme la puerta igual que cuando éramos novios y todavía me cortejaba, y yo se la abrí a nuestro pequeño. Me sentía triste, agotada y vieja, como si hubiera vuelto con cinco años más sobre mis espaldas en lugar de solo tres horas. Thomson y Vázquez parecían contagiados de nuestro mutismo y se unieron a nuestro pequeño círculo sin mediar palabra mientras esperábamos al elevador.

Cuando nos adentramos en este, Zack comenzó a canturrear una canción inventada por él. Solía hacerlo siempre que se ponía nervioso o preocupado. Entonces le daba por fingir voces e inventar diálogos, y les añadía una melodía machacona y repetitiva que le hacía sentirse seguro. Le prometí en un susurro que todo iría bien y él me lo agradeció abrazándose a mi cintura. El ascensor se puso en movimiento en cuanto Raúl accionó el botón de subida.

Por fin, las puertas se abrieron. Thomson y Vázquez se adelantaron con sus armas en alto y se asomaron al pasillo.

—¿Es necesario que asustemos más a nuestro hijo, Raúl? —pregunté en voz baja a mi marido.

Él me miró dolido.

—¿Sabes por qué está asustado? —me recriminó en voz baja—. No es por las pistolas que llevan mis compañeros. Ni siquiera porque *él* nos haya perseguido en coche. Está asustado porque ha visto a su madre llevándose el papel a la mejor interpretación de la niña de *El exorcista*, Zoey, y, pese a todo, no has querido que te vea un médico. Por eso está tan asustado...

—Es verdad, mamá —corroboró mi pequeño ninja, que todo lo oía.

Me horrorizó aquella revelación. Quise defenderme, justificarme, pero el grito de Vázquez alertando de que nos mantuviéramos alejados de la entrada al apartamento rompió mis palabras y nuestro avance por el pasillo.

Mi marido salió entonces a la carrera. Zack y yo nos quedamos rezagados en medio del corredor, a tanta distancia del ascensor como del apartamento. Mi hijo volvió a sus cánticos cuando escuchó a su padre soltar una buena ristra de tacos y maldiciones al alcanzar tanto a la puerta como a sus compañeros. Siempre me ha podido la curiosidad. Siempre. De modo que tapé los ojos de mi hijo con una mano, dimos un par de pasitos más sobre el avejentado suelo de madera, que se estremecía y lamentaba a cada uno de nuestros pasos, y alargué el cuello para descubrir qué había en el felpudo para que todos lo mirasen todos con tanta aprensión.

Era una bola de tonos naranjas, rosáceos y rojos. Nada que justificara esas miradas. Avancé otros tantos pasitos tímidos acompañada del balbuceo musical de Zack.

Y entonces lo vi.

Era un pobre gato gordo y naranja que recordaba mucho a Garfield si decidías ignorar el destrozo y las amputaciones que le habían infligido al pobre animal.

—Hay una nota... —habló mi marido mientras retiraba con el pie parte del cadáver del minino y se agachaba para recoger el papel—. «Que sepáis ya quién soy no significa nada. Yo también sé

quiénes sois vosotros...» —leyó en voz alta.

La voz de la intrusa gritó dentro de mí.

¡O te tiene él o te tengo yo...! ¡Elige!

«A ti, te elijo a ti», respondí.

Llévame a casa.

—Raúl, me quiero ir a casa ahora mismo —pedí en voz alta y clara.

Supe que había ganado mucho antes de que abriera la boca.

Llevaba la derrota escrita en los ojos y la sonrisa dormida...

Jueves, 19 de abril de 2028. 10:59 a.m.

Manhattan. Consulta del doctor Fisher.

Aquel día salió a mi encuentro un doctor con la expresión cansada.

—¡Vaya, doctor! ¡Qué mal aspecto tiene! —exclamé sin poder evitarlo al reparar en sus ojeras.

—Muy amable, Zoey —respondió este con una sonrisa apagada—. Pase, por favor —añadió haciéndose a un lado de la puerta.

Lo seguí a través del pasillo sintiéndome desubicada. El doctor Fisher no era él sin su habitual humor ni sus continuos comentarios.

—¿Café? —preguntó cuando ya estábamos entrando en la consulta.

—No, té... —repuse extrañada—. En serio, doctor, parece agotado, como si no hubiera dormido en años. ¿Todo va bien?

Él se encogió de hombros.

—Problemas domésticos —respondió sin intención de añadir nada más, pero, al verme realmente preocupada, añadió—: Mi compañero Kirk se fue de casa hace dos noches y no ha regresado...

—Ohh, vaya. Cuánto lo lamento, doctor. Ojalá tenga noticias pronto... —le deseé y apoyé mi mano en su brazo en un gesto que lo reconfortara.

Él pareció agradecerlo y sonrió.

—Está bien, que parece que el paciente sea yo, y no usted. Ahora vuelvo. Ya sabe. Acomódese —me dijo de corrido antes de desaparecer tras la puerta.

Ocupé el asiento acostumbrado sobre el sofá blanco y me entretuve paseando los ojos desde la distancia por los libros de las estanterías hasta que volviera.

—Tenga... —anunció mientras depositaba una taza enorme de té sobre la mesita auxiliar y activaba el sistema de grabación.

—¿Usted no me acompaña hoy? —pregunté con curiosidad.

—Nada de cafeína por el momento. A ver si esta noche pego ojo... —se disculpó—. Tercera sesión con Zoey Santana —añadió elevando la voz.

TERCERA SESIÓN

—¿Cómo se encuentra hoy, Zoey? ¿Hay... novedades? —comenzó reprimiendo un bostezo de cansancio.

—De hecho, sí, doctor. Muchas —confesé nerviosa mientras decidía qué contarle primero—. Hemos regresado a casa.

Fisher se mostró sorprendido, separándose ligeramente del respaldo del sofá.

—¿Lo han atrapado?

—En realidad, no, pero ya saben *su* nombre y apellidos, la matrícula del coche que conduce... Dice mi marido que es cuestión de horas que lo hagan...

—¿Pero no le resulta peligroso volver a su casa mientras *él* siga libre? —replicó contrariado.

—Bueno, sé que está pensando en lo que le sucedió a Alice y en las veces que ha entrado en nuestra casa y puede que tenga razón, pero descubrió dónde nos escondíamos, ¿sabe? Tampoco allí estábamos seguros y el encierro empezaba a ser... desquiciante —reconocí.

Tomé la taza ardiente entre mis manos. Me encantaba esa sensación de sentir cómo se caldeaban con rapidez mientras el humillo corría a encontrarse con el aire frío.

—¿Qué ocurrió? —preguntó perplejo.

Lo miré sin comprender.

—¿A qué se refiere, doctor?

—Acaba de decir que *el asesino* descubrió su ubicación —se explicó. El doctor había cogido su inseparable cuaderno y empezaba ya a hacer anotaciones sobre sus páginas—. ¿Cómo lo supo? ¿Cómo os hizo saber que lo sabía? ¿Os atacó?

—Sí... Eso... —suspiré al recordar aquella imagen horrible—. Hace dos días salimos a hacer un recado. Tenía que gestionar un conflicto en mi Café y fuimos toda la familia, guardaespaldas incluidos, ya sabe. De vuelta a casa, detectamos que nos seguía un coche, que resultó ser *él*. Fue un momento de muchos nervios, aunque breve, ya que se escabulló al saberse descubierto (o quizá formaba parte de su puesta en escena para demostrarnos que seguía ahí). En fin, que todo hacía presagiar que nos habíamos librado de *él* por el momento y, lo más importante, que ignoraba dónde o cómo encontrarnos. Me equivoqué. Nos había dejado un nuevo «regalo» sobre el felpudo de la entrada junto a una nueva nota.

—¿Qué decía la nota? —preguntó, cada vez más intrigado, con el bolígrafo tamborileando sobre el papel.

—Decía que nada cambiaba porque supiéramos su nombre, que él también conocía el nuestro.

—Comprendo. Y el regalo, ¿cuál era?

—Un pobre gato al que había destripado y amputado... —conseguí decir desde el horror—. ¡Menudo enfermo de mierda!

La cara de Fisher se volvió traslúcida y la expresión se le congeló.

—¿Cccc... Cómo era el gato? —tartamudeó.

—No sé... Un gato naranja. Parecía haber sido grande en vida... —apunté entre el desconcierto y el miedo.

No comprendía aquel súbito cambio. Su frente brillaba por el sudor y parecía aterrado. Se frotó las manos en los pantalones de tela para secárselas, musitando algo entre dientes, y se sacó el billetero del bolsillo trasero.

—¿Podría ser... —me preguntó mientras rebuscaba algo en la cartera— este?

Tomé la pequeña fotografía que el doctor me ofrecía. Estaba rota por las esquinas a causa del roce, pero la imagen era nítida y te provocaba una sonrisa tierna e involuntaria. En ella aparecía un gato sentado a una mesa. Llevaba un ridículo gorrito de cartón rojo brillante y cara de pocos amigos. A su espalda había un letrero: «Feliz 6º cumpleaños, Kirk». Frente a él, en la mesa, un pastel de carne al que no le quitaba el ojo ni la zarpa.

—¿Es él? —repitió con ansiedad.

—Se parece, sí... —tuve que reconocer.

Nos miramos unos segundos. Yo no me atreví a abrazarlo. Él parecía clavado en su asiento. Sus ojos se volvieron líquidos y yo aparté la mirada.

—¿Le importa que pospongamos la sesión para mañana? —propuso con la voz rota—. Quiero reclamar a Kirk, ver si es él...

—Por supuesto, doctor. Mañana vengo, ¿sí? —respondí con un nudo en la garganta.

Fisher asintió con la vista anclada al suelo. Ni siquiera elevó la cabeza cuando le di un abrazo espontáneo. Su mano se agarró a mi brazo buscando consuelo. Permanecimos así varios segundos: él, cabizbajo y aferrado a mí; yo, inclinada sobre él en una postura rara e incómoda.

—Vete, anda... —me tuteó sin darse cuenta—. Nos vemos mañana...

Sus dedos soltaron su agarre, tosí una disculpa y salí de la consulta a toda prisa con una bola de lágrimas, confusión y culpabilidad amenazando con ahogarme el pecho y los ojos. Ese hijo de puta se estaba divirtiendo de lo lindo jugando conmigo y mi familia, y metería en la partida a cualquiera que se me acercara. ¿Hasta cuándo?

Viernes, 20 de abril de 2028. 10:57 a.m.

Manhattan. Consulta del doctor Fisher.

—Buenas, doctor Fisher... —saludé en cuanto abrió la puerta y se asomaron sus ojos enrojecidos por un llanto que se adivinaba reciente.

—Lamento mucho su pérdida —susurré—. No sé si sabe que mi marido se encargó ayer personalmente de recuperar el cuerpo.

El psiquiatra asintió con seriedad mientras me franqueaba el paso.

—Estoy al tanto, gracias. Sin ese gesto, no podríamos haber verificado el chip. Gracias —se repitió. No había sonrisas aquel día.

—Yo... Si quiere, dejamos la sesión para más adelante —titubeé.

Fisher se obligó a ofrecerme una tímida sonrisa y negó antes de cerrar la puerta a mi espalda y recorrer el pasillo que llevaba a la consulta.

—He horneado un bizcocho —se explicó con naturalidad cuando lo interrogué con la mirada al descubrir la enorme bandeja que ocupaba la pequeña mesa de centro—. Siempre digo que los dulces son para los pacientes porque les calman los nervios y les hacen sentir a gusto, pero en realidad es a mí a quien le relaja la repostería.

—¡Vaya, doctor! No somos tan distintos después de todo... —subrayé sonriente.

Sus ojos me esquivaron huidizos, pero sus labios amanecieron en una sonrisa extraviada. Extendió el brazo hacia el sofá, siempre sin mirarme, y pulsó el botón oculto bajo la mesita auxiliar mientras yo tomaba asiento obedientemente. Después colocó dos tazas de té caliente entre nosotros, se sentó frente a mí y me ofreció una porción de bizcocho con una mueca que pretendía ser sonrisa.

—Es de nueces y pasas —me informó con la mirada puesta en el platito.

Lo acepté sin rechistar y aguardé a sus instrucciones.

—Paciente: Zoey Santana. Cuarta sesión. La tercera no llegó a realizarse —dijo.

Solo entonces volvió a mirarme a la cara.

CUARTA SESIÓN

—Zoey, ayer me contó que el asesino los persiguió durante un tramo de la carretera y después se encontraron con... con Kirk y una nota frente a su actual alojamiento, ¿no es así? —preguntó tragando saliva y dolor.

—Sí.

—¿Puede decirme cómo se sentía en esos momentos? ¿Si era usted por completo o no?

Su pregunta me pilló desprevenida. No me había detenido a pensar en ello nunca. Reflexioné sobre la cuestión y negué.

—Era yo, doctor. Con mucho miedo, pero era yo. Eso sí, creo recordar que la *intrusa* apareció justo de inmediato, dos veces en el mismo día y casi seguidas: las dos cuando se sintió fuera de peligro.

—¿Dos veces? —repitió al tiempo que lo anotaba.

—Sí, la primera sucedió cuando Alison se marchó del Café. ¡Sí, así fue! —exclamé al darme cuenta de la revelación—. Es como si estuviera ocultándose de ella, ¡como si la temiera!, y entonces reapareció enfadada, muy enfadada.

Los ojos limpios de Fisher impactaron en los míos.

—¿De modo que ha visto a su hermana? Vaya... Eso son muchas novedades —apuntó con sincera alegría por mí.

—Sí, así es. Se pasó por el Café sin avisar y aunque no estuvo más que cinco minutos, nos llegamos a abrazar. Mi marido dice que nos reconciliaremos, que el primer paso está dado, pero ya veremos... —contesté antes de llevarme a la boca un pedacito de bizcocho. Sabía realmente bien.

—Me alegro mucho, Zoey. Quizá la próxima semana podamos hablar de las relaciones con su familia antes y después de los sucesos. ¿Qué opina?

—Bien... —contesté no muy convencida.

—¿Y por qué dice que reapareció enfadada? ¿Por qué cree que tenía miedo de su hermana?

—Bueno... Me habló unos minutos antes, cuando estaba tratando un par de temas con mi socia. Quería malmeter, o así lo sentí yo. Entonces me enfadó y la mandé callar. Fue sorprendente sentir que se retiraba sin más, a una orden mía. Pero, cuando llegó Alison, se inquietó de verdad, como una mosca que se golpea una y otra vez contra la ventana tratando de escapar. Después mi hermana se despidió y la furia de la *intrusa* se esparció dentro de mi cuerpo como un virus. Recuerdo que no podía respirar y me desmayé.

—Se desmayó... —repitió de nuevo, lacónico y distante, mientras escribía en el cuaderno—. ¿Y no recuerda nada en ese lapso de tiempo?

—No, doctor. Mi siguiente recuerdo es despertarme en una silla con un vaso de agua delante de mis narices. Sé que tuve convulsiones y todos los síntomas característicos de un ataque de epilepsia, pero lo sé porque me lo han contado Raúl, mi hijo, mi socia y otros testigos... No recuerdo nada de ello en realidad, solo que me asfixiaba —confesé curvando los labios.

—¿Y qué le han dicho en el hospital? —se interesó él.

Cogí la taza humeante y me sumergí en ella avergonzada.

—No he ido todavía, doctor —tuve que contestar después de un par de sorbos. Él me arrojó una mirada reprobatoria—. Pero tampoco se pudo porque luego sucedió todo lo demás... ya sabe —me justifiqué.

Fisher asintió con la cabeza.

—¿Y la segunda aparición... cómo se dio? —su interés parecía hacerse más acusado a cada pregunta.

—Tras el gato —respondí. Él hizo apretó los labios de dolor—. Me exigió que volviéramos a casa, y que debía elegir con quién quería jugar: si con *ella* o con *él*. Y esa misma noche regresamos a casa.

—¿Y tiene alguna teoría acerca de los motivos por los cuales quería volver, Zoey?

—Bueno, ya le había comentado que tiene predilección por los lugares conocidos. No le gustan los sitios extraños y en casa es donde creo que mejor se siente, pero... —me silencé ante la revelación que acababa de alcanzar.

—¿Pero...? —me animó el doctor.

—¡Que tambiénes en casa donde se hace más fuerte...! —grité, tratando de alejar de mí el escalofrío que recorrió mi médula espinal.

El doctor abrió mucho los ojos antes de hacer danzar el bolígrafo de forma apresurada.

—Desde que hemos vuelto, podría mencionar tres o cuatro ocasiones en las que no recuerdo nada de lo que dije o hice. Nada. Como si alguien me hubiera robado esas horas, como si me durmiera mientras estoy despierta... Y a cada día se vuelve más exigente, doctor Fisher, y la peste a flores más intenso. Lo siento pegado a la piel como un mal olor que no se quita por mucho que frotes, te bañes o limpies. Aunque lo que más me preocupa es no saber qué sucede en ese tiempo en el que «no estoy», qué hace cuando finge ser yo. Y tampoco puedo preguntarle a mi marido (o a mi hijo) si he dicho algo inconveniente, si me he comportado de modo extravagante. Se preocuparían muchísimo y Raúl... bueno, no quiero que lo sepa —reconocí—. Pero ¿sabe algo, doctor? He descubierto que, si me concentro mucho, puedo escuchar sus pensamientos igual que *ella* puede escuchar los míos. Algo está tramando. Lo sé...

—¿Qué podría ser? —formuló mientras se reclinaba sobre el respaldo.

¿Mataros?

—¡Ohh, no lo sé! —me apresuré a responder.

—¿Se está tomando la medicina, señora Santana? —preguntó repentinamente en un tono desconfiado.

Ni una...

—Claro que sí, doctor —aseguré curvando mis labios de forma angelical.

—Está bien. Quizá sea pronto hasta que su organismo metabolice el medicamento y notemos mejoría... —reflexionó en voz alta—. ¿Cómo lleva su familia haber vuelto a la casa?

—Bueno, andamos todos nerviosos. El baño donde murió la agente Smith ya no lo usamos. Nos da miedo entrar, ¿sabe?, y encontrarnos con una flecha en la cabeza. También tenemos echados los estores a pesar de la videovigilancia y las patrullas policiales del exterior. Así nos sentimos más seguros. Raúl anda como un león enjaulado porque le han obligado a apartarse del caso y Zack... bueno, es un niño muy listo y receptivo que sabe más de lo que cuenta. No es fácil...

Cuéntale cómo vas por las noches a su habitación y le sonríes con los dientes. Cuéntaselo...

Sin darme cuenta, moví la cabeza de izquierda a derecha. El avisado doctor captó el movimiento al vuelo y sonrió.

—¿Cuánto lleva despierta?

—Un rato —contesté de mala gana, clavando las uñas en el bajo del sofá.

—¿Y qué te dice? ¿Tiene algún recado para mí?

Me atraganté con el sonido de sus palabras y un acceso de tos disolvió las mías. Él fingió no prestar atención a mis toses porque insistió con vehemencia.

—¿Tiene algún recado para mí, algo que quiere que sepa?

Levanté la mirada, reuní todo el valor que encontré en mí y asentí.

—Dice que usted tiene que morir para que todo sea como debe ser.

La boca del médico se distorsionó de forma grotesca. Su mirada se había tornado dura e implacable donde antes había simpatía y cercanía.

—¡Ehhh! ¡Un momento! —grité ofendida mientras me levantaba de golpe—. ¡Yo no le he hecho nada a su gato! ¡Ni siquiera sabía que tuviera uno! Y yo... no... ¡por el amor de Cristo!

Él también se alzó del asiento y cabeceó repetidas veces.

—No le he culpado de nada, pero quizá ahora ambos estamos demasiado implicados emocionalmente —arguyó con la mirada triste—. Kirk ha muerto y, aunque usted sea inocente y yo un psiquiatra, sigo siendo solo un hombre, con sus pasiones, sus bajezas y sus dolores. La máxima de la relación entre paciente y médico es la confianza...

—¿Quiere dejarme? —pregunté a punto de llorar.

—No la abandonaré, solo derivaría su caso a otro colega mío... —se disculpó evitando mi mirada.

—Pero yo... No hemos hablado todavía de mis alucinaciones, de mi familia. Yo... no podré empezar de nuevo con un desconocido —gimoteé con decenas de lágrimas desfilando en procesión por mis mejillas en un camino suicida que las llevaría hasta la muerte.

—Lo lamento mucho, Zoey... Pero ahora mismo no me siento capaz. Nunca había experimentado este rechazo y solo por eso no estoy en condiciones de seguir tratándola. Obviar eso sería poco profesional por mi parte —susurró con la mano extendida a modo de despedida.

Observé su mano acercándose a mi cuerpo. Cogí el bolso del sofá y, antes de despreciarlo con una mirada huraña, imité su voz de forma burlona:

—¿Poco profesional? ¡Poco profesional es abandonar a sus pacientes a mitad de terapia!

Él se mantuvo inmóvil con la mano extendida tocando el vacío y yo abandoné su consulta a la carrera con un portazo violento y el pánico pegado a mis suelas, persiguiéndome y acosándome por mucho que corriera. La soledad era una cosa terrible...

Capítulo 11

Miércoles, 3 de enero de 2018.

Nueva York. Hospital *Medical Center*.

Benjamin Willis se encontraba hojeando varios historiales que sostenía entre sus manos cuando las puertas del ascensor se abrieron de forma automática y los ojos de ambos se encontraron. Sus labios se curvaron de forma espontánea y, retrocediendo unos cuantos pasos para dejarme salir, me ofreció el brazo con la intención de que me cogiese a él.

—¿No ibas a entrar en el ascensor? —pregunté encantada con sus atenciones paternales.

Palmeó mi mano cuando esta se ciñó a su brazo y negó un par de veces.

—Iba. Pero ahora estás aquí, Alison —respondió.

Iniciamos el camino que tantas veces habían recorrido mis pies, incluso el artificial, en dirección a la habitación de mi hermana.

—¿Alguna novedad? —pregunté.

Era siempre mi primera pregunta para él, parte de mi nueva rutina. El doctor, también como parte de la rutina, cabeceó negativamente.

—¿Y tú? ¿Cómo te sientes? ¿Te da mucha guerra el pequeño Benjamin? —preguntó al tiempo que su mano viajaba hacia mi abultado vientre de embarazada—. ¡Me da la sensación de que has duplicado el tamaño desde ayer!

Reí de buena gana.

—¿Verdad? ¡Se lo decía justo a Paul hace un rato y no me creía! Ahora... que la tripa y la prótesis juntas... En confianza, doctor —me incliné hacia su cabeza—. ¡Vaya mierda!

Él no me lo discutió y se unió a mis risas.

—Ya te queda poquito, por suerte... —comentó.

—Nueve semanas y algo. Me da la sensación de que se me va a hacer muuuu largo —respondí sin dejar de sonreír.

—¿Y es cosa mía o ese ramo es todavía más voluminoso que los habituales? —preguntó señalando los tulípanes.

—Es que hoy es el cumple de Zoey, doctor —le informé.

Este se rascó la coronilla en un gesto de sorpresa.

—¡Vaya! No lo sabía. Soy pésimo con las fechas especiales. Si no, pregúntaselo a mi espalda y te contará cuántas veces ha dormido en el sofá por no haber recordado cumpleaños, aniversarios, sanvalentines o cualquier otra celebración de esas... —se disculpó con la mirada azorada.

—¡Madre mía! —me reí—. ¡Contenta tiene que estar tu señora!

—La verdad es que es una santa... —reconoció sin rastro de ironía en su voz.

Estábamos a punto de entrar a la habitación de mi hermana cuando Willis se detuvo de improvviso y su boca se tensó en una línea recta que evidenciaba la muerte de toda sonrisa.

—¿Qué sucede, Ben?

—Ali... —comenzó. Su tono era pausado y suave—. Me gustaría que hoy vinieras a mi despacho para hablar...

—¿A tu despacho? —interrumpí—. Nunca hemos hablado en el despacho —le recordé al pensar en las decenas de cafés compartidos en la cafetería.

—Bueno. En esta ocasión es diferente... —respondió con un asomo de incomodidad.

—¿Por qué? —mi voz se escapó en un débil hilillo.

—Porque debo asegurarme de que la conversación es formal, que me he ajustado al protocolo de información a los familiares.

—Ya... ¿Y cuál sería el tema de conversación, doctor? —pregunté mientras apretaba el gigantesco ramo contra mi corazón angustiado, que pugnaba por escaparse de mi pecho.

—Los progresos de Zoey. O, más bien —se corrigió—, su falta de progresos. Cómo se ha estancado y las opciones que tenemos...

—Pppero... No es cierto que no esté progresando, doctor —repliqué irritada—. En estos últimos meses se ha despertado muchas veces y no sólo permanece más tiempo despierta, sino que habla más...

—Cierto, todo eso es cierto. Pero también lo es que cada día que abre los ojos, todo empieza de nuevo para ella. No recuerda haberse despertado ni haberte visto. No recuerda mi cara ni qué hace en el hospital... Nada. Las lesiones en su cerebro parecen ser irreversibles y más graves de lo que estimamos en un principio. No es solo que su memoria a corto plazo no funcione, es... todo lo demás.

—¿Qué estás intentando decirme? —pregunté enfadada.

—Que quizá deberías renunciar a la idea de recuperar a Zoey, de conformarte con «eso» —señaló con los ojos al interior de la habitación—, porque todo indica que no va a poder rehacer su vida ni salir del hospital. No te hablo de hacer una vida más o menos normal, Alison. Tu hermana está viviendo en bucle día tras día.

—Ya, bueno, pero ahora se despierta todos los días, incluso horas seguidas... —le discutí sin comprender por qué me hacía eso.

—De acuerdo, Ali —respondió dejando escapar las palabras montadas en un largo suspiro—. Entremos y luego hablamos en mi despacho, ¿sí?

Me adentré en la habitación presumiendo de morros, seguida por él. En la cama, Zoey se agitaba en sueños y su boca se movía a mucha velocidad como si estuviera hablando o discutiendo con alguien. El doctor respetó mi cabreo y, en silencio, me reclamó el ramo de flores para colocarlas en su jarrón mientras yo daba reposo a mi cuerpo dolorido sentándome en la silla.

—Están preciosas —opinó Willis después de acomodar las flores a su nuevo hogar.

—Es cierto... —reconocí—. Gracias.

Él aceptó la tregua de paz y sonrió.

—Te dejo a solas si quieres... —me ofreció.

—Alison...

La voz de mi hermana me sobresaltó. Desvié mi mirada hacia ella. Me observaba con una sonrisa atontada y adormecida, los brazos extendidos hacia mí como si fuera un extra en una peli Z.

—Estás aquí —susurró.

—Sí. Aquí estoy, hermanita —respondí buscando su mano.

—Te has cortado el pelo... —apuntó, como hacía cada maldito día que me veía.

Busqué el rostro del doctor. Este negó con la cabeza y esbozó una sonrisa triste mientras alzaba las palmas de las manos hacia el techo.

—Sí, ¿te gusta? —respondí en un *déjà vu* tan eterno como doloroso.

—Te queda bien. Y estás aquí... ¡Has regresado! —celebró con felicidad.

Busqué los ojos de Willis para compartir con él una sonrisa triunfal. ¡Me recordaba! ¡Por fin me recordaba! Ergo, aquel día no comenzábamos de cero del todo.

—Todos los días regreso, Zoey, aunque no te acuerdes —respondí sin pensar.

El doctor me arrojó una mirada reprobatoria. Me había olvidado de las dos reglas de oro: no discutirle la realidad en la que ella creía ni darle más información hasta que procesara la anterior.

—Sí... ¿Sabes? Es cierto: ahora recuerdo que estuviste también el otro día. Sí. Y te dije lo del pelo —negó con la cabeza con una sonrisa bobalicona—. ¡Qué cabeza la mía! Pensaba que era un sueño, pero no... aquí estabas de verdad.

El doctor agrandó su boca a causa de la sorpresa y yo seguro que hice lo mismo. Eso sí que era un

avance, un gran avance.

—Sí, estuve. ¿En serio lo recuerdas? —pregunté con la voz turbia por la emoción.

Mi hermana asintió complacida.

—Sí. Tenías el pelo corto, es verdad. Pero te quedaste poco rato: cinco minutos o así —me reprochó con un puchero que no le pegaba.

—Oh, ya. Es que tenía que irme —improvisé al recordar lo rápido que volvía a quedarse dormida —, pero hoy me quedaré mucho más rato si tú quieres.

Willis se acercó entonces a mí, con la emoción contenida en sus labios, para decirme al oído que nos dejaba conversar a solas, no sin antes recitarme las normas por enésima vez e informarme de que me esperaba en su despacho al término de la visita.

—De acuerdo, doctor... —respondí—. Te veo luego.

—Hasta la vista, Zoey. Hasta dentro de un rato, Alison —se despidió en voz alta mientras se alejaba de nosotras y desaparecía tras la puerta.

—¿Quién es ese tío, Ali? —susurró mi hermana en tono confidencial.

Su pregunta me golpeó en la boca del estómago y prometo que, si no llego a encontrarme sentada en aquel momento, habría acabado en el suelo. Decidí ocultárselo a Benjamin.

—¿A él no lo recuerdas?

Mi hermana volvió a negar con la cabeza.

—No importa —contesté yo sangrando una nueva sonrisa—. ¿Sabes que hoy es tu cumple? Por eso te he traído ese espectacular ramo. Míralo. Tulipanes: tus favoritos —apunté orgullosa hacia el lado inverso al que miraba.

Zoey se giró cuarenta y cinco grados. Sus manos se cerraron sobre sí mismas en un rictus súbito seguido de una pequeña arcada. Aún conservaba el gesto de repugnancia cuando se volvió hacia mí.

—Por favor, tíralas, quítalas de mi vista. No soporto los tulipanes. Me dan asco —señaló con la mano izquierda al tiempo que se tapaba la boca con la derecha.

Ese fue el momento en que todas mis alarmas deberían haberse disparado de golpe, pero estaba ciega y sorda (o me lo hacía), de modo que lo ignoré. Ignoré las señales que indicaban que algo iba mal, muy mal.

No parecía ella.

—Está bien. No más tulipanes —conseguí decir a pesar de mi desconcierto.

—No vuelvas a traerme más, ¿vale?

—Está bien. Los retiro ahora mismo —repliqué cada vez más contrariada.

No quería alterarla y perderla por un estúpido detalle. Debería tener más paciencia y dejar mis sentimientos heridos a un lado. Sí, eso es lo que tenía que hacer.

Por ella.

Me levanté con esfuerzo con la intención de quitar las flores, pero entonces mi hermana pegó un chillido que me devolvió al asiento.

—¡Estás embarazadísima! —exclamó llena de felicidad.

Aquel gesto tan suyo, su sonrisa de siempre... borraron todas las dudas que habían comenzado a gestarse dentro de mí. Mi hermana era una guerrera y, con lesión o sin ella, conseguiría superarlo.

—Sí. ¡Sorpresa! Esto también tiene que contar como regalo de cumpleaños, ¿no? —pregunté entre risas—. Tía Zoey, te presento a tu sobrino Benjamin Ackerman.

—¡Oh, Dios mío! —aplaudí emocionada con sus enormes ojos felinos puestos en mí—. ¿De cuánto estás?

—De treinta y dos semanas aproximadamente... —respondí, encantada y feliz, sorbiéndome las lágrimas mientras presumía de barrigón con las manos apoyadas en él.

—¡Guau! Pero... —su mirada azul se oscureció—, el otro día no estabas embarazada —remató con evidente confusión.

—¡Oh, bueno! Es que prácticamente me acaba de salir barriga hace nada y, si no te fijas, con el abrigo puesto, ni se nota —fui improvisando para no alterarla.

No estaba segura de los recuerdos que tenía de mis visitas.

—¿Puedo? —preguntó, dándose por satisfecha, mientras alargaba los brazos hacia mi barriga.

—Claro...

Fue entonces cuando pareció darse cuenta de sus propios brazos, donde convivían viejas cicatrices de las tomas para las analíticas de sangre y las vías con otras más recientes.

—¿Qué es esto, Ali? —preguntó en un graznido horrorizado.

No me miraba a mí. No podía. Era como si se hubiera quedado atrapada en la visión de sus brazos llenos de tubos con suero y otras sustancias que ayudaban a mantenerla con vida, hidratada y alimentada.

—¿No sabes dónde estás? —decidí tensar la cuerda y realizar una maniobra peligrosa.

—¿En un hospital? —respondió sin estar muy convencida.

—Sí. ¿Y recuerdas por qué o cuánto tiempo llevas?

Meneó su cabeza con los ojos angustiados.

—¿No recuerdas el accidente, Zoey? —me arriesgué a ir un poco más allá.

El doctor me mataría si supiera lo que estaba haciendo, pero, técnicamente, no le estaba discutiendo nada de lo que ella creía; solo le estaba preguntando por lo que ella creía. Y eso... ya nos lo había contado.

—¿Un accidente? —repitió en voz baja, entrecerrando los ojos hasta que tomaron el camino contrario y se le abrieron tanto que parecían a punto de engullirle el rostro—. ¡Madre mía! ¡El accidente! Ha sido el asesino, ¿verdad? ¡Ha sido él!

Estaba preparada para aquello. Había hablado de él en dos ocasiones anteriores.

—Sí, eso es —le di la razón en un intento por ocultar cuánto me impresionaba aquella historia.

—¡Oh, joder! ¿Y qué ha sucedido? ¿Nos sacó de la carretera? ¿Están todos bien? —me ametralló en un estado de alteración que aumentaba por momentos.

—Todos estamos bien, cariño. Todos. —La mentira me sangró en la lengua.

—¿Y por qué no están aquí? —repuso mi hermana.

—Bueno, han estado, cariño, pero estabas dormida y no han querido despertarte. Los verás otro día.

—¿Papá también ha venido? —respondió extrañada—. ¿Ha despertado del coma?

Palidecí. No recordaba haber escuchado esa parte.

—Sí, todos.

Ella suspiró feliz, aunque le duró un segundo. Su cabeza debía de ser un cajón de sastre repleto de pequeñas piezas y había encontrado un nuevo alfiler que le pinchaba los pensamientos.

—¿Y él? ¿Dónde está? ¡Dios mío! ¡Ha vuelto a escapar! —gritó.

Miré con aprensión hacia la puerta por si alguien acudía a causa de las voces. No volvería tener una oportunidad como aquella si Willis me cazaba probando mis propios métodos. Mi teoría era que, si la ayudaba a creer que todo cuanto temía había desaparecido, Zoey volvería conmigo. Fue el propio doctor el que me dio, sin saberlo, la idea cuando habló de la importancia de que tuviera una «sensación de seguridad».

—¿El asesino? —pregunté. Ella asintió de inmediato—. Ya no te podrá hacer daño jamás, cielo. Lo han abatido a tiros.

Su boca me regaló una sonrisa de alivio.

—¿De verdad? ¿Está muerto? ¿Lo han pillado?

—Muertísimo, te lo juro —volví a mentir.

—¡Oh, pero eso es... fantástico! ¡Ohhh! —exclamó atropelladamente sin dejar de revolverse de emoción sobre la cama.

—Oye, Zoey... —susurré—. Tengo algunos problemas de memoria y no recuerdo bien qué sucedió con él. ¿Podrías...?

Mi hermana me miró compasiva.

—Está bien... Cuando se cumplieron dieciocho días de *su* primera visita a la casa, el *asesino* volvió a entrar en ella en mitad de la noche mientras todos dormíamos. Estoy segura de que me drogó previamente porque...



—¡Adelante! —La voz del doctor respondió desde el otro lado de la puerta a la llamada de mis nudillos.

Su despacho era blanco, aséptico, impersonal. Solo una ventana con nueva iluminación daba algo de vida a la estancia, vestida con un gran escritorio que consumía casi todo el espacio, la silla en la que estaba sentado frente al escritorio, un archivador y una segunda silla para atender al público.

Levantó la vista del ordenador en cuanto me adentré en sus dominios. Los brazos, cruzados sobre el pecho. La postura, enhiesta. El semblante, adusto y sereno a la vez.

—¿Qué? ¿Cómo ha ido, Alison? —me preguntó permitiéndose una leve sonrisa. Sus ojos señalaron a la silla de piel que tenía delante. Era cómoda, nada que ver con la horrible silla de plástico de la habitación de Zoey—. ¿Ya se te ha ido de la cabeza lo de solicitar su alta para llevártela a casa?

—Bueno, ¡y qué más da! Tampoco me ibas a dar el permiso, ¿no es así? —respondí enfurruñada.

—Así es. No podemos autorizar el alta cuando la paciente está en peligro... De eso quería hablarte. Y de cómo se perfila el futuro para Zoey... —añadió con la voz suave.

—Lo comprendo, doctor. —Me miró sorprendido de ver que no presentaba batalla—. Y estoy de acuerdo en que siga aquí como hasta ahora. Al menos, hasta que se recupere y pueda pedir por sí misma el alta voluntaria.

—Para eso tendrían que suceder varias cosas, Ali —me dijo en el tono con el que hablaría a un niño pequeño incapaz de comprender la situación. Quizá tenía razón y yo no terminaba de entender—. Pese al (modesto) avance de hoy...

—¡No es modesto! —volví a pelearme con él.

—Pese al gran avance de hoy... —se corrigió tras un suspiro—, las últimas pruebas señalan daños neurológicos irreversibles, y, aunque es cierto que nos movemos a ciegas sobre un terreno pantanoso y desconocido, mis colegas (y yo mismo) creemos que está llegando al límite de su recuperación... ¿Comprendes lo que eso implica?

—«Creéis», pero no estáis seguros ni podríais jurarlo. Nadie sabe qué va a pasar y tú mismo lo dijiste: «los casos de pacientes en coma son un misterio, impredecibles». Yo tengo fe en ella y en sus posibilidades, doctor. Zoey se va a poner bien, saldrá de este hospital por su propio pie y, aunque no pueda llevar una vida igual a la que tenía antes, tendrá otra parecida, casi tan buena. Como yo. Somos Miller —añadí con una sonrisa tributo recordando la frase predilecta de mi padre.

—Pffff —resopló él—. ¿Cómo haces para ser tan cabezota? Estoy intentando que no sufras más de la cuenta, que te mentalices por si el resultado no es el que esperas. Te estás haciendo demasiadas ilusiones y..., bueno, mejor esperar lo peor en este caso y, si no sucede así, alegrarnos doblemente entonces por habernos confundido.

—Ya, doctor. Es que tú insistes en ver lo malo y yo, lo bueno: que se ha despertado contra todo pronóstico, que cada vez pasa menos tiempo dormida, que ya habla, que me reconoce y hoy hemos visto que se acordaba de mi anterior visita... —argumenté, omitiendo a propósito detallitos tontos como que no recordara al doctor ni dónde estaba.

—Ya —repuso, no muy convencido—. ¿Qué ha dicho hoy?

—La historia del asesino, doctor. Todavía me resulta increíble cómo ha podido crear todo eso en su cabeza, con tanto detalle... Es... —me callé mientras trataba de dar con la palabra idónea.

—Fascinante —completó él.

—No, doctor —negué sorprendida—. ¡Es aterrador! Da miedo escuchar esa historia y ver cómo la vive. ¿Cómo es posible?

—Bueno, la mente humana es extraña. Por un lado, el sentimiento de culpa puede ser tan poderoso como el del amor o el miedo. Es probable que su mente haya reinterpretado todo lo que sucedió para no enfrentarse a la realidad, para refugiarse de una realidad hostil en la que ella es la responsable, aunque sea por accidente, de la muerte de cuatro personas. La culpa puede hacer enloquecer a mucha gente, Alison, y no puedo imaginar qué se siente cuando, por un despiste tuyo, mueren tus propios padres, tu perro, un hombre y su hijo...

—¿Crees que lo sabe? ¿Que están muertos?

—Creo que una parte de su cerebro lo sabe o lo intuye y, por eso, dentro de su mundo de fantasía, también ha generado elementos insidiosos que no la hagan sentir del todo a gusto en dicho mundo. Es como una lucha interna, una batalla de realidades y hechos que chocan unos con otros. A ver cómo te lo explico, Alison... ¿Conoces esa sensación de estar dentro de un sueño y, de repente, sucede algo (suele ser algo muy bonito o muy loco, surrealista o extremo) que te hace ser plenamente consciente de que estás soñando, que eso no es real y, aun así, sigues disfrutando del sueño? —Hizo una pausa para que pudiera responderle. Asentí—. Bien, pues creo que algo así puede estar ocurriendo en su mente. Pero no podemos despertarla, tiene que ser ella la que despierte sola.

—Sí, eso lo comprendo... Pero creo que, si alimentamos su historia, quizá, no sé... Quizá no vuelva si se siente tan cómoda ahí dentro —dudé.

—Mira, Alison. Debes tener en cuenta que aquí no nos encontramos simplemente con una persona que se ha creado un mundo alternativo para no asumir la realidad. Estamos hablando de una paciente con daños cerebrales graves que afectan a varias de sus capacidades, como la memoria a corto plazo y la percepción de la realidad. Perdió masa encefálica y eso no se recupera. Para que te hagas una idea: el cerebro de Zoey es como una nuez, ¿sí? Imagina que a esa nuez le haces decenas de pequeños agujeros, le provocas vacíos. El cerebro trata de rellenarlos con lo que encuentra: miedos, recuerdos, deseos, fantasías..., de modo que lo irreal y lo real se funden para crear una nueva realidad. Esa nueva realidad es la que vive, en la que ella cree. Para Zoey, la historia del asesino es tan real como tú y yo, lo que lleva viviendo en su cabeza durante meses. Todo, lo nuevo y lo antiguo, le llega distorsionado.

—¡Por eso! ¿No es hora de agitar un poco el avispero para hacerle salir? —propuse.

Willis hizo un gesto tajante con la cabeza.

—En absoluto. Si destruimos su sistema de creencias, todo lo que ella cree que es real se sentirá desprotegida, asustada. ¿No lo estarías tú si todo lo que crees desaparece? Podría colapsar, perderse y no volver nunca. Como mínimo, la desestabilizaríamos. Por eso hay que ser muy precavidos y no desmentir nada de lo que ella recuerda ni darle nueva información...

Sonreí desde la culpabilidad y escondí las manos en mi regazo para retorcerme a placer.

—Ali... —dijo con un tono que recordó a la voz oficial de las madres cuando te están regañando.

—¿Qué? —pregunté tragando saliva...

—Alison... —repitió en el mismo tono.

—¡Está bien! Le he hecho creer que su asesino está muerto. ¡Pero es que creo que eso es bueno!
—me defendí.

Para mi desconcierto, Ben me miró más sorprendido que enfadado. Se llevó ambas manos al centro, como si rezara, y palmeó sus dedos mientras reflexionaba sobre ello.

—Ha sido muy arriesgado y no tendrías que haberlo hecho, aunque... Humm, reconozco que podría ser positivo.

Sonreí aliviada.

—Gracias.

—Pero no vuelvas a hacer nada semejante —me regañó con el dedo moviéndose en el aire—, o no sin consultármelo primero. Y, por supuesto, no puede saber que tus padres ya no están con vosotras, o que el pequeño murió en el accidente y que, horas más tarde, lo hacía su padre.

—Sí, eso lo tengo claro. Tampoco le diré nada de Black. Lo adorábamos. Era como un tercer hermano, ¿sabes? —El doctor hizo un gesto de asentimiento—. Pero lo cierto es que me muero de ganas de contarle lo del motorista, de decirle que ese tío que le estampó aquel hierro en la cabeza y que la dejó así ahora está muerto, pero no puedo...

—No, no puedes. Y ese hombre, Ali... No es bueno que le guardes rabia. Tenía un traumatismo severo en la cabeza además de haber visto a su hijo morir en el asfalto. A saber qué le pasó por la mente para golpear a tu hermana, qué creyó que pasaba... Deberías recordarlo como lo que siempre fue a pesar de todo: una víctima, no un verdugo.

Lo miré perpleja. Tenía razón. De repente, me avergonzaba todo el odio que había acumulado hacia él.

—¡Vaya! —acerté a exclamar—. No lo había visto así, doctor. ¿Qué crees que pasará ahora con lo que le he dicho?

Empezaba a arrepentirme de haber sido tan bocazas. Las dudas se hicieron dueñas de mi estómago.

—No lo sé... —dijo después de encogerse de hombros—. Imagino que volverá a su mundo ficticio con ese nuevo pedacito de información y tratará de hacerlo encajar de algún modo. Quizá, para ello, deba hacer sitio y desechar información antigua. A veces me imagino la memoria como un laberinto. ¿Conoces el mito del laberinto del Minotauro y cómo Teseo logró volver con vida de él? Bien. Pues los recuerdos, las imágenes serían el hilo rojo que Teseo siguió para llegar al corazón del laberinto y también para regresar. ¿Qué crees que sucedería si añadiéramos nuevos hilos a ese espacio, hilos que se cruzan y entremezclan? Que sería más fácil perderse en el camino de sus recuerdos, ¿no? Quizá no sepa cómo regresar a ninguno de los mundos que conoce y se vea obligada a crear uno nuevo donde encaje o sortee tanta inestabilidad. Ya te dije lo que sucedía con los pacientes en coma: sus cambios, sus misterios...

—Ahora comprendo. No tendría que haberle dicho nada. Yo... —rompí a llorar.

—Vamos a esperar qué sucede. Quizá era la excusa que ella necesitaba para volver. Ya no hay asesino, le has dicho. Si la sensación de bienestar y seguridad es lo suficientemente potente, quizá ella misma decida destruir todos esos rellenos... —teorizó.

—Gracias, doctor.

Willis sonrió.

—¿Por?

—Por animarme y decirme lo que quiero oír, incluso cuando no se lo cree del todo —respondí estirando las manos al encuentro de las suyas.

Benjamin Willis recorrió los centímetros que nos separaban y las aceptó con cariño.

—Ya veremos qué pasa. Ya veremos...

Capítulo 12

Once años más tarde.

Noche del viernes al sábado 21 de abril de 2028.

Hoboken, Nueva Jersey. Residencia de los Santana.

Zack soltó un nuevo y exagerado bufido que pretendía demostrarme su descontento por tener que acostarse «tan pronto» a pesar de ser fin de semana. Ignoré sus sutiles tácticas de hostigamiento y le puse el jersey del pijama en las manos. V volvió a protestar, aunque con menos ahínco esa vez, antes de darse finalmente por vencido y obedecer. Entonces aproveché el momento en que su cabeza estaba momentáneamente cubierta y sus ojos ciegos por la tela para consultar la hora en mi móvil. Me sorprendió que tuviera razón: solo eran las nueve y media, pero el día había resultado extremadamente largo y duro (muy duro), y la regla de oro de las madres era no dudar delante de sus retoños, no mostrar duda o error, porque el *niñus pequeñus* era una especie legendaria de depredadores que detectaban de inmediato el olor de la debilidad y, cuando eso sucedía, te devoraban vivo. Los tenías de por vida subidos a la chepa...

—Mañana dejaré que te quedes levantado hasta las once, ¿quieres? —le ofrecí a cambio.

El chantaje era algo siempre funcionaba.

—¿Y veremos *pele*? —comenzó a negociar. Era bueno el chaval...

—Claro que sí. La que tú quieras, además —concedí en un alarde de generosidad.

—¿De miedo? —propuso.

—No te pases —le advertí con una sonrisa.

—Tenía que intentarlo —me soltó con un gesto tan adulto que me hizo reír.

—Venga, ¡ahora a dormir, enano! —exclamé mientras le arropaba con su colcha de Spiderman.

—Mamá... ¿Puedes dejar la luz dada hoy? —preguntó con preocupación en cuanto me levanté de su lado para salir de su cuarto.

Eso hizo que me detuviera en seco para volver sobre mis pasos. Después me incliné sobre él, le acaricié con dulzura su pequeña naricita de gnomo y sonreí.

—¿Y eso, cariño? Hace ya mucho que no pides luz para dormir.

—Oh, es para que no me sonrías por las noches, mami...

—Yo no hago eso, mi amor —le discutí asustada.

—Sí que lo haces, y el hombre del colegio también. Y después vienen las sombr... —empezó a explicar con la voz acelerada, pero esta se perdió en algún punto del camino.

Su rostro comenzó a agitarse en un parpadeo de imágenes igual que una bombilla aflojada. A cada temblor, su rostro mutaba, dejaba de ser él. No lo reconocí en un principio, no hasta que su pijama de dibujos del Mago Merlín se transformó en aquella sudadera blanca de los Lakers que creía haber visto o llevado yo misma en algún momento.

—¡Mamáááá! —gritó Zack desde alguna parte, oculto tras la cara de aquel chico que no era mi hijo.

Me atreví a tocarlo.

Tenía que sacar a mi hijo de ese impostor.

Su cuerpo se agitó en angustiosas convulsiones cuando mi mano rozó su pecho. Allí donde mi mano se había posado, se engendró una terrible mancha sangrienta que se expandía con rapidez en todas las direcciones.

La sudadera ya no era blanca sino rosa.

Una sudadera fabricada de sangre en vez de algodón.

—¿Zack? —pregunté un graznido aterrado.

La cara de mi hijo volvió a ocupar el cuerpo envuelto por la sudadera. Ahora su espalda no se apoyaba sobre ningún colchón. Aparté los ojos un segundo a causa de la desorientación. No era su cuarto ni su cama. Ni siquiera estábamos en casa.

Era una carretera, una estúpida carretera.

El asfalto sobre el que estaba mi hijo sin su cuerpo bostezó charcos de sangre y gasolina.

—¡Zack! —volví a gritar.

Él me miró con el horror de los moribundos.

—Ayúdame, mami.

Me abracé a él sobre el suelo en un llanto angustiado sin dejar de repetirle mi promesa: lo recuperaría.

Su cuerpo parpadeó nuevamente entre mis brazos.

Cambio de escenario.

Cambio de rostro.

Ahora volvíamos a estar en la habitación de Zack pero me había traído al otro niño conmigo, al usurpador.

—¡Sal de mi hijo! —le grité justo antes de introducir mis manos en su pecho para localizar su corazón.

El muchacho sonrió con sus ojos grises de muerto sobre mí y escupió nuevas palabras teñidas de sangre:

—¡Tú me mataste!

—¿Yo? ¡Yo no te maté! ¡Fue el *asesino*! —mis palabras tropezaron aterradas con mi lengua y mis miedos.

Varios insectos huyeron de su boca cuando el chiquillo rio de forma alocada y horrible en un sonido que introdujo en mi mente imágenes de cuervos chocando sus picos, garras desfilando ruidosamente por la ventana, cristales triturados en la boca de un sádico, la Muerte respirando mi aliento.

—Tú eres la asesina, tú —vaticinó con su dedo frío y rígido apuntando hacia mí—. Pero ellos también estarán muertos...

Tiré del corazón que latía entre mis manos y lo saqué victoriosa en un grito histérico.

—¡Mamiiiiii, no me mates! —gritó la voz de Zack cuando el corazón bailó para mí una última vez.

—¡Nooooooooooooooooooooo!

Una mano me amordazó entonces. Me resistí entre pataleos, mordiscos e insultos.

—¡Joder, Zoey! —me sobresaltó su voz—. Si no me matas de un susto en una de estas, lo harán tus mordiscos. ¡Para! Voy a encender la luz.

—Raúl... —musité, casi sin creerme que aquello hubiera sido una pesadilla—. Era tan real lo que he soñado, tan vívido y horrible que no puedes hacerte una idea, mi amor...

Él asintió en silencio mientras levantaba su brazo derecho para mí. Siempre sabía cómo calmarme. Me hice en un ovillo en su pecho y rompí en sollozos.

—¿Puedo... preguntarte qué has soñado, nena? —su voz se alzó sobre mi dolor, disipando en parte aquella tristeza infinita, aquel horror, aquella soledad.

—Es... No puedo contarlo, lo siento. Es demasiado macabro, horrible y doloroso... —confesé sin lograr sonreír para él.

—Está bien. No te preocupes.

Ignoro cuánto tiempo permanecemos en aquella postura mientras él me arrullaba, me acariciaba el pelo y, a ratos, bebía mis lágrimas.

—Raúl... —lo llamé cuando él ya se estaba adormeciendo.

—¿Sí, nena?

—¿Por qué no habéis podido averiguar la identidad del niño muerto en nuestra casa?

Él dio un pequeño respingo.

—¿A qué viene eso ahora, Zoey? —dijo con la voz mucho más despejada que hacía un segundo.

Podía notar sus músculos tensados bajo mi cuerpo y mis manos.

—Bueno... Solo quiero entender y, bueno, de vez en cuando me hago preguntas cómo qué narices hacía ese crío en nuestra casa, quién era, cómo murió, por qué nadie reclamó su cuerpo jamás. ¡Era un niño!

—Bueno. No podíamos tener la investigación siempre abierta. Cuando nos encontramos en un callejón sin salida, sin más pistas o datos, se cerró el caso. Es el protocolo, Zoey. ¿Sabes cuántos neoyorquinos mueren al día en esta ciudad solo por crímenes y accidentes? ¡No te puedes hacer una idea!

Alcé mis ojos hacia su cara buscando el contacto de sus labios. Su beso volvió a hacerme sentir viva, aunque la intranquilidad seguía ahí.

—Ya, pero solo era un niño, Raúl. Un niño de la edad de Zack. ¿No es terrible?

Raúl apagó la luz de su lámpara repentinamente. Su voz se hizo más potente en la oscuridad.

—Duérmete, anda, nena. Mañana hablamos...

Dos minutos más tarde, mi marido roncaba con ese sueño profundo de los hombres que tanto envidiamos las mujeres. Me escabullí del barco como un polizón cuando sus ronquidos llenaron la estancia. Entré apresuradamente en el baño, eché el cerrojo y sonreí al mirar mi mano. Pulsé la opción de llamada con un suspiro nervioso y esperé:

—Ha llamado a la consulta del doctor Arthur Fisher. Si desea hablar conmigo, puede hacerlo en horario de consulta, de 9 a 18, o bien dejar su mensaje y le devolveré la llamada gustosamente. Piiiiiiiiiiiiiii.

—Doctor Fisher —susurré—. Soy Zoey Fish... Zoey Santana. Soy consciente de que hace unas horas me dijo usted que no quería seguir tratándome y me hago cargo, créame. Yo... lamento mucho lo de su gato, doctor, pero debo contarle algo que he descubierto. Tiene que ayudarme. ¿Podríamos tener una última sesión, por favor? Se trata de mi marido. Creo que me está eng...

—¿Zoey? —irrumpió desde el exterior la voz de Raúl, que venía acompañada de unos nudillos nerviosos que golpearon la puerta—. ¿Qué haces? ¿Con quién estás hablando a las dos de la madrugada?

La manilla de la puerta se movió varias veces. Interrumpí la llamada y me escondí el móvil bajo la cinturilla del pijama.

—Oh, con nadie. Estaba... Repasando en voz alta una lista de tareas pendientes —respondí de inmediato.

—¿Estás bien, nena?

El asa de la puerta se agitó con renovado ímpetu. Me alejé todo lo que pude de ella y de su voz

con un sentimiento confuso de terror hasta acabar encogida sobre la tapa del inodoro.

—¿Zoey? ¡Me estás asustando! ¿Qué sucede?

No soportaba la idea de verlo en aquellos momentos, pero sabía que él no cejaría en su empeño. Éramos igual de tozudos y persistentes. Accioné el botón del váter para disimular y me preparé para enfrentarme a su escrutinio con una sonrisa que alcanzara a ocultar mis miedos y dudas.

—No puede una cagar tranquila en esta casa, ¿eh? —repliqué nada más salir.

Él me devolvió una mirada azorada mientras se revolvía sus oscuras caracolas en un gesto de nerviosismo.

—Perdona. No te estaba controlando. Me he despertado, no estabas en la cama y he salido a buscarte. Entonces te he oído hablar en voz baja y me he asustado...

—Pues estoy bien. —Fingí un bostezo enorme y me estiré como un gato—. Me voy a dormir...

Y, acto seguido, le di la espalda a toda prisa para alcanzar la cama y evitar su contacto visual. Raúl me siguió en un silencio incómodo y tóxico que engullía el espacio a cada segundo.

—Buenas noches —susurró.

—Buenas noches —respondí con los ojos cerrados, de espaldas a él.

La luz de la lamparita aún tardó unos segundos en desaparecer. Aguardé a que su respiración me indicara que había vuelto a dormirse, pero esa noche el silencio se lo había llevado todo, incluida su respiración relajada y profunda, incluida mi confianza... No hubo ya ronquidos que acompañaran mi insomnio.

Supongo que estaba tan desvelado como yo. ¿Era porque lo había descubierto?

Sábado, 21 de abril de 2028. 9:28 a.m.

Manhattan. Consulta del doctor Fisher.

—Muchas gracias por acceder a atenderme, doctor —le solté con una sonrisa agradecida apenas me abrió la puerta.

—Bueno... No me las dé aún. Pero pase, hágame el favor —me invitó—. Ya sabe el camino —añadió señalando hacia el interior de la vivienda.

Fisher había invertido los papeles en aquella ocasión, obligándome a encabezar el camino hasta la sala. Tuve que ralentizar mis pasos a la mitad de la velocidad que exigían mis pies. No quería parecer excesivamente ansiosa delante de él.

—Cuando he escuchado su mensaje en el contestador —le oí hablar detrás de mí—, sumado a las horas que eran, confieso que me he preocupado y no podía dejar de pensar que era responsabilidad mía, que era mi paciente pese a todo.

Me detuve frente al umbral para girarme y ver su expresión.

—¿Me está diciendo que...? —dudé sin atreverme a decirlo en alto.

—Le estoy diciendo que oír su mensaje me ha llevado a reconsiderar la situación. No hablo de aceptarla ya mismo, tampoco de rechazarla. Únicamente pretendo posponer mi valoración hasta haberla escuchado y dado esta sesión que necesita y que, siendo honestos, tengo el deber de darle.

—Muchas gracias, doctor Fisher. Es más de lo que esperaba, de verdad. Gracias.

Los labios del psiquiatra recuperaron su preciosa curvatura natural y asintió con naturalidad.

—Pase y comenzamos, ¿de acuerdo? ¿Un té?

—Sí, por favor.

El doctor desapareció engullido por la cocina, que hoy se mostraba en tétrica penumbra (a pesar de sus amplios ventanales) por culpa de un cielo plomizo y oscuro que amenazaba con derramar su llanto furibundo sobre nosotros. Yo me adentré en el salón solitario con la confusa sensación de estar en un sitio familiar pero inmerecido, con aquella confianza incómoda de los ex cuando entran en la casa de su antigua pareja: todo tan idéntico y a la vez tan distinto...

Permanecí de pie junto al sofá con las manos cruzadas sobre mi cintura y los nervios asediando mi lengua.

—Pero siéntese, Zoey... —me animó él al encontrarme estirada e inmóvil en su espacio como una pieza de ajedrez que espera ser movida.

Reaccioné obedientemente a sus palabras y me refugié por unos segundos en el calor de la taza de té que Fisher había puesto en las manos.

—Paciente Zoey Santana. Quinta sesión.

QUINTA SESIÓN

—Cuénteme, por favor... —me pidió él sin preámbulos.

—Está bien, doctor... —comencé. Tenía tantas cosas que decirle que no sabía por dónde empezar sin sonar atropellada—. Ayer, a raíz de un sueño que ya he tenido en ocasiones anteriores, caí en la cuenta de algo muy extraño...

—¿Sí? —Sus dedos ya habían iniciado su baile de tinta a lo largo del cuaderno.

—El niño muerto el día del asalto a la casa —comencé. Hablar de él era acariciar cuchillas con la lengua una y otra vez—. Es tan extraño que se le diera tan poca difusión..., ¿no le parece?

Fisher cabeceó sorprendido.

—En su mensaje, Zoey, decía que quería hablar de su marido...

—Sí, doctor. Está relacionado, ya verá —me justifiqué y él asintió conforme—. Para empezar, que aparezca el cadáver reciente de un niño desconocido en nuestra casa ya resulta inexplicable..., inquietante, mejor dicho. Que ese misterio no se haya resuelto nunca, que no hayan dado con su

identidad, que nadie lo reclamase (ni entonces ni luego) y que todos se hayan olvidado tan pronto de él... No sé, me chirría. Cuando he tratado de hablar con Raúl del tema, me ha saltado con evasivas. Es como si me ocultase algo, como si evitara esa conversación a toda costa. Algo esconde, doctor. Miente. Estoy segura.

—¿Y qué cree que está ocultando?

—No lo sé, pero ayer sentí miedo de él, ¿sabe?

El médico soltó el bolígrafo, me estudió con la curiosidad de un científico y preguntó, después de dar su primer sorbo a su café caliente:

—¿Por qué tiene miedo de él? ¿Qué es lo que no se atreve a verbalizar, Zoey?

Me mordí con saña los labios en un gesto de ansiedad antes de soltarlo.

—Siempre he pensado que *el asesino* podría tener un cómplice, un compinche. Sabe demasiadas cosas, parece estar en todos los putos lados, ¡y al mismo tiempo! El propio Raúl alguna vez dijo que ese tío estaba dentro de la policía. ¿Por qué no él?

—Porque es ridículo, Zoey —contestó Fisher sin cortarse.

—No, piénselo un momento, por favor. ¿Quién tenía acceso a los datos del caso? Él. ¿Quién me rescató en el secuestro? Él, claro, ¡cómo que ya sabía dónde me encontraba! ¿Cómo podía entrar *el asesino* en nuestra casa cada vez que quería sin ser visto ni grabado por las cámaras? ¿Y por qué no saltaba la alarma? ¡Porque era él! ¿De quién fue la idea de usar a Donovan y a Smith como señuelos? ¡De él! ¡Para distraernos y dirigir la atención a otro lado! ¿Cómo explica que esa noche en la que *el asesino* estaba dentro de nuestra casa, a solo un palmo de él, pudiera escapar? Porque era su amigo, su compañero, y solo fingió que *lo* perseguía. No quería atrapar*lo* de verdad. Seguro que fue él quien arregló el suicidio del hijo de Newman en la celda para que no se fuera de la lengua...

—Zoey... Supongo que, si buscamos con ahínco en cualquier persona, siempre encontraremos que ha tenido infinidad de ocasiones para cometer un crimen. Pero tener la oportunidad de hacer algo no significa hacerlo. Ahora tengo la oportunidad de comerme unos donuts caseros, de pintar cuadros o de ponerme a bailar, y no voy a hacer ninguna de ellas. Para cometer un crimen, por pequeño que sea, se necesita un motivo. ¿Cuál sería el de su esposo?

—¡El niño muerto! Sí, no me mire así. Lo he pensado mucho... Ese crío era suyo, seguro. Por eso no lo reclamó nadie, por eso cerraron el caso tan pronto. Algo sucedió y el niño acabó muerto. Entonces él me culpó a mí, y buscó su propia venganza... ¿Sabe que el chiquillo tenía la misma edad que ahora nuestro hijo? ¿Y si su venganza consistió en alejarme de mi familia, tratar de volverme loca y llevarse la vida de mi hijo como le sucedió a él? ¿Y si quiere cobrarse la sangre de su hijo con la del mío?

—Zoey... Por Dios. No se está tomando la medicación, ¿verdad? —me preguntó.

Parecía sinceramente preocupado. Negué con la cabeza. Sabía que una mentira más me llevaría a la expulsión inmediata de su consulta de una patada en el culo.

—¿Me está diciendo que un detective de policía tiene un hijo que nadie conoce y que, en su tiempo libre, se dedica a matar a la gente en sus casas y, además, se lleva a su hijo desconocido consigo para que aprenda *el oficio*? ¿Que su hijo acaba muerto y entonces lo deja ahí tirado en esa

casa que no es suya, la secuestra a usted para luego rescatarla, atrapa a un sospechoso, lo mata y, más tarde, se casa con usted, tienen un niño y se espera diez largos años para matar al hijo de ambos? ¿Es eso lo que me está diciendo?

—Yo... Joder —balbuceé—. Lo veía tan claro ayer... Pensaba que era él, se lo prometo, que estaba compinchado con ese Newman. Había culpabilidad en sus ojos, me oculta algo, se lo juro. Y luego... la imaginación se me disparó.

Los pensamientos se hicieron añicos en mi cerebro. Me sentía tan loca, tan tonta y enferma... Tan culpable...

—Yo... —y mis palabras quedaron arrastradas en un oleaje de lágrimas.

—No ha dormido, ¿verdad? —fue la primera pregunta que formuló Fisher cuando mi llanto empezó a remitir, sustituido por un hipo débil.

—No, doctor.

—Bueno, pues ahí lo tiene, Zoey. Estrés, insomnio, encierro de varios días, miedo y no se ha tomado las pastillas. Es lógico que se produzcan episodios de paranoia, de alteración de la realidad... Y seguro que su marido le oculta algo, claro que sí. Como todos los maridos del mundo. Como todas las esposas del mundo. Como usted. ¿O acaso no le oculta a él sus secretos, no le oculta la existencia de la *intrusa*? —me hizo reflexionar. No había perdido su encantadora sonrisa en ningún momento.

—Tiene razón, doctor —tuve que reconocer mientras limpiaba los restos de mi vergüenza sobre mi piel.

—Por supuesto, Zoey. Y, dígame, me ha dejado intrigado con el sueño que ha provocado todo esto. No he podido evitar fijarme en que ha dicho que era recurrente. ¿Le parece bien si me lo cuenta?

—Yo... Ahora mismo no me siento capaz. Necesito un respiro, hablar de algo bueno... —reconocí—. ¿Sabe que mi hermana y yo hemos hecho las paces definitivamente, doctor?

—¡Vaya! —exclamó ensanchando la sonrisa antes de volver a su cuaderno para anotarlo—. ¡Eso sí que me parece una gran noticia! En la recuperación de cualquier dolencia, la emotividad y las relaciones interpersonales son fundamentales. ¿Quiere hablarme de ello?

—Claro... Resulta que ayer se presentó en nuestra casa sin avisar. Había pasado nuevamente por el Café y, al no verme allí, decidió hacerme una visita sorpresa. Me confesó que se había quedado un poco mal por su espantada del otro día, por no haber mostrado apenas interés por su sobrino y quería arreglar las cosas entre nosotras de una vez por todas. Raúl y Zack habían salido al supermercado porque teníamos la despensa casi vacía.

—¿Se quedó sola en la casa? —preguntó en actitud perpleja.

—¡Oh, no, no! No fue así. Vázquez sugirió la idea de que él y Thomson se separaran, de forma que uno se fue con ellos y otro se quedó conmigo. Raúl no me habría dejado sola jamás...

Fisher asintió complacido, se reclinó sobre el respaldo blanco y agitó su mano para que continuase.

—Pues fue entonces cuando Alison llamó a mi puerta. ¿Y sabe qué, doctor? Casi no hicieron falta palabras. Sí, claro, vinieron después, pero cuando ya casi se hacían innecesarias. El abrazo que

nos dimos lo dijo todo, lo explicó todo, lo curó todo. ¡Y fui tan feliz! Me había estado mintiendo a mí misma, doctor. Había llegado a creermelo que apenas la echaba de menos. Sin embargo, han sido tan duros y vacíos estos años sin ella... No me malinterprete, doctor Fisher. Amo a la familia que he creado con Raúl, los amo a los dos: a mi hijo y a mi marido, pero siempre me he sentido perdida y vacía sin Ali y mis padres. Sé que no están muertos, lo sé, y que es horrible lo que voy a decir, pero, de algún modo, siento que lo están.

—Bueno... —carraspeó antes de dar un sorbo largo a su café—. La sensación de la pérdida es evidente. Y el estado de sus padres... —pareció dudar un segundo—, no es que le permita tener conversaciones con ellos. Es lógico que sienta que ya no están con usted... No obstante, y centrándome en lo positivo, me satisface que usted y su hermana hayan empezado a reconstruir su relación. Cuando hay una unión tan estrecha entre dos personas, la ruptura suele dejar secuelas, traumas, dolores e inseguridades. Estoy convencido de que la reconciliación la ayudará a sanarse más de lo que cree —añadió con una sonrisa de escándalo que me hizo sonreír a mí—. Ahora que la tiene a ella, quizá pueda rellenar los huecos de su memoria y hablar de todo lo que le preocupe, ¿no cree?

—Sí, creo que sí...—afirmé sonriente, casi relajada.

—Zoey... —pronunció mi nombre de un modo grave que hizo que la sonrisa se escurriera de los labios.

—¿Sí?

—¿Hay algo que quiera contarme? Tengo la sensación, desde que ha entrado por la puerta, de que quiere hablarme de algo...

Cerré los ojos y los puños, y asentí.

—Dígame...

—No puedo... —confesé en un susurro.

—¿La *intrusa*? —me preguntó mientras su cuerpo se inclinaba hacia mí. Volví a asentir—. ¿No le deja hablar de ello?

Repetí el movimiento afirmativo con la cabeza. Los ojos se me habían llenado de lágrimas.

—Se hace más fuerte cada vez —susurré—. Ha dejado de hablarme. Ya no le hace falta. Le basta con hacerme dormir o atarme la lengua... Tengo miedo...

—¿De qué? —quiso saber Fisher.

—No lo recuerdo —reconocí aterrada.

—Hum... De modo que ha bloqueado lo que le preocupa o da miedo... —sintetizó después de darse pequeños toques en los labios con el dedo índice—. Le propongo una técnica de relajación. No es exactamente una hipnosis, pero sí le provocaré un estado similar que permitirá desbloquear esa información. ¿Le parece bien?

—Doctor... ¿Va a seguir tratándome o este ejercicio va a ser una especie de despedida? —me atreví a preguntar.

—Lo vemos, ¿sí? —respondió con su habitual franqueza—. ¿Probamos entonces? ¿Quiere que

intentemos descubrir que está escondiendo ahí dentro? —añadió señalando mi cabeza.

—De acuerdo —respondí, ansiosa por lo que pudiera descubrir, tanto él como yo—. ¿Qué hago? ¿Me tumbo?

—Si así va a estar más cómoda, adelante.

Me reí nerviosa.

—Al final, sí que me he acabado tumbando en su consulta, doctor... —dije entre nervios y sonrisas.

Fisher respondió a mi comentario con una risa fresca y sincera que me alivió. Me eché, cuan larga era, sobre el sofá, llevé mis manos al pecho y cerré los ojos, atenta a su voz.

—De acuerdo. Seguro que sabe cómo va esto por las películas. Trate de respirar con lentitud, de forma calmada y profunda, de sentir el latido de su corazón. Escuche mi voz y siga mis instrucciones dentro de su mente... —se silenció unos segundos. Yo trataba de acompañar, mientras tanto, mi respiración a los latidos—. Se encuentra en la boca de un túnel oscuro, Zoey, pero no tiene miedo porque sabe que al otro lado le esperan grandes cosas. Además, ve luz en el otro extremo, mucha luz, no muy lejos de usted. Comienza a caminar. Lo hace sin prisa, sin miedo, disfrutando de cada paso que da mientras se imagina el mundo que la está aguardando ahí delante. Se siente bien. Siga caminando. Muy bien. Está a punto de alcanzar la salida. Sí. Ya está. ¡Uy! ¿Qué es eso que hay en el suelo? Junto a la salida. ¿Lo ve? Son tres cajas de madera. A sus pies. Es imposible que pueda salir del túnel sin pisarlas. Agáchese. Cada una de ellas lleva grabada en la madera un título. «Mira» dice en la primera. «Escucha» pone en la segunda. «Descubre» aparece en la tercera. Coja la primera caja, Zoey. Respire con calma y visualice lo que crea que hay en ella. Después, ábrala y cuénteme qué ve en ella...

Miro a mi alrededor. No sé dónde cojones estoy, pero esto es de un bucólico que solo puede ser un escenario de fantasía. La luz del sol es tan cegadora que debo cubrirme la frente con mi mano, a modo de visera, para poder ver algo. El trino de los pájaros es constante, aunque no llega a abrumar. Diríase que han decidido piar a los decibelios justos para que no moleste al oído humano.

—¿Qué ve?

Abro la primera caja, la que dice «Mira». Hay una fotografía. La saco con cuidado y me la acerco a la cara.

—Describa el objeto, haga el favor.

—Es una foto, doctor. En ella salimos Raúl, Zack y yo. Pero las caras están tachadas.

—¿Todas?

—Las de ellos. Es extraño. Yo he visto esta foto antes, en mis sueños.

—Dele la vuelta... ¿Hay algo escrito?

Obedezco.

—«Impostores». Es lo que pone, «Impostores». Es la frase que grita siempre la *intrusa*. Los llama impostores. A Zack, a Raúl, a usted, a mi amiga Jenny... También hay un anillo de boda. Creo que

es la alianza de Raúl, pero no puedo estar segura porque la leyenda del interior está borrada. No hay nada más.

—De acuerdo. Abra la segunda caja, en la que pone «Escucha».

Dejo la primera sobre el suelo de tierra. A mi movimiento, se levanta una pequeña nube de polvo que me ciega la visión por unos segundos. Cojo la cajita que me ha indicado el doctor con ambas manos, descubro la tapadera ornamentada y me topo con un espejo.

—Es un espejo... —le explico desconcertada antes de que él me pregunte.

—Asómese a él con atención.

Sigo de nuevo sus instrucciones y contemplo mi propio reflejo en el cristal. No veo nada extraño en un principio hasta que...

—¡Oh! Mi cara me está sonriendo, pero estoy segura de que no lo estoy haciendo. ¡Es *ella!* ¡La intrusa, doctor!

—Ahora que la tiene delante, ¿qué le gustaría preguntar? Hágalo.

—Yo... ¿Qué quieres de mí? ¿Qué quieres?

Mi cara vuelve a sonreír desde el otro lado del espejo y niega con la cabeza.

—¡Quieres quitarme a mi familia! —la acuso en un grito.

El espejo se resbala de mi mano y se fractura en pequeñas cuentas de cristal cuando impacta contra el suelo. El espacio idílico tintinea. Los pájaros silencian su canto y el sol es sustituido por una densa niebla que lo cubre todo. Intento alcanzar la tercera caja, pero ya es tarde. Ha desaparecido engullida por la niebla junto a mis manos y profiero un alarido que me desgarrar la garganta.

—Zoey...

Abrí los ojos ante aquella voz. Me sentía desorientada y miré en derredor buscando una explicación. La mirada preocupada del doctor me ancló al nuevo escenario. Estábamos en su consulta. ¿Cómo podía haberlo olvidado? Pero me sentía extraña, como si hubiera vuelto de un viaje muy largo, como si hubiera vivido un viaje astral. No, esa sesión de relajación no se parecía en nada a las de las películas.

—No ha funcionado —resolvió él con un poso de decepción en su voz.

—Lo siento, doctor —traté de disculparme—. Me he puesto muy nerviosa porque creo que se quiere llevar a mi familia de mi lado, que quiere arrebátarmela sin importar el cómo.

—¿Y cómo podría *ella* conseguirlo?

Fisher pasó una página del cuaderno y continuó escribiendo en la otra cara. Cerré los ojos para armarme de valor y confesé con un suspiro:

—¿Se acuerda de que antes le he mencionado una pesadilla con mi hijo de la que no le he querido hablar?

—Claro, Zoey... Dígame...

—¿Qué pensaría si le dijera que tengo constantes pesadillas como esa, pero no solo cuando duermo?

—¿Se refiere a ver cosas cuando está despierta?

Sonreí con dificultad.

—¿Han regresado las alucinaciones? ¿Es eso lo que quiere decirme? —quiso asegurarse.

Tenía el ceño arrugado y la sonrisa preocupada. Porque sí, hasta preocupado sonreía.

—Sí. —Aquellas dos letras me despojaron de mi dignidad, me hicieron sentir repentinamente desnuda ante él.

—¿Es de esto de lo que en realidad quería hablarme?

—Bueno, de mi esposo también, pero sí. A ratos creo que todo es una paranoia, que estoy loca. A ratos creo que es lo que quiere la *intrusa*, convencerme de ello para quitarme a mi familia y mi vida. Me está poniendo ideas otra vez en la cabeza, doctor. Ideas terribles e insistentes. Y a veces creo que mi marido no es quien dice ser, y por eso le tengo miedo, aunque no se lo merezca. Y con mi hijo me sucede igual: lo miro y de repente ya no me parece él, y pienso que me lo han cambiado, que mi verdadero hijo estará en algún otro lugar del mundo, llorando y asustado, lejos de mí. Buscándome. Y yo con este impostor... Y entonces deseo, más que nada en el mundo, acabar con esos impostores que han robado la apariencia a mi familia. Para volver con ellos...

—Esto es muy importante, Zoey. Muy importante. Voy a pedirle que me cuente todas las alucinaciones que está sufriendo. TODAS. Necesito anotarlas para ver cómo enfrentarnos a ellas.

—¿Eso significa que va a seguir tratándome? —pregunté con los ojos muy abiertos.

—Cómo para dejarla escapar, señora Santana... Es usted todo un reto... —bromeó en un guiño de ojos.

Parecía haberme aceptado de nuevo y, con ello, recuperado su peculiar sentido del humor.

—Sobre mis alucinaciones, doctor... Podría definir las como una sinestesia, ¿sabe?

—Una forma muy lírica y original de expresarlo.

—Sí, porque afectan a la mayoría de los sentidos, ¡y parecen tan reales! No es algo que simplemente vea, doctor; es que lo veo, lo huelo, lo escucho, lo siento, lo noto en la piel... ¿Comprende? Toda una alucinación sensorial: tacto, vista, oído, olfato, gusto. Todo. Solo cuando han transcurrido varias horas empiezo a dudar de si ha sido real o no, por no mencionar los espacios de tiempo en los que no recuerdo nada, cuando *ella* se apodera de mí y me obliga a dormir como si yo fuera el parásito.

El timbre de mi teléfono móvil se unió a la conversación. Fisher me reprobó con la vista mientras yo me apresuraba a cogerlo.

—Perdón. Ya sé que hay que apagar el móvil en la consulta, pero estando libre el *asesino*... —me disculpé y su gesto se dulcificó—. No reconozco el número. Ahora mismo cuelgo la llamada y le quito el sonido, doctor.

Fisher esbozó una sonrisa de compromiso, preparado para escribir cuanto le dijera.

—Son muchas cosas a la vez, doctor. Estoy bien, manteniendo una conversación o mirando cómo desayuna mi hijo, y todo comienza a distorsionarse, a empañarse, como si tuviera los ojos sucios. Entonces viene ese olor a tulipanes y ahí ya sé que sucederán más cosas.

—¿Como cuáles?

—Pues verá: desde inquietantes caras de humo que aparecen de la nada en el aire (que no hacen nada más que observarme), pasando por chillidos que trepan por la garganta, pasos sobre mi cabeza, hasta sonidos extraños como jadeos de un animal, un fuelle que se mueve maquinalmente junto a un pitido constante e irritante hasta... Bueno. A veces miro a mi hijo y pienso que no puedo querer más a alguien, pero, al rato, cuando aún no se ha disipado del todo ese calor en el corazón, me descubro preguntándome quiénes son esos dos, qué hacen en mi casa. Como si fueran extraños, ¿sabe?, como si fuera incapaz de reconocerlos a ratos. Entonces quiero librarme de ellos, hacer que desaparezcan, matarlos... Siento el impulso horrible de acabar con ellos. Pero no, es que no soy yo, sino *ella*.

El móvil volvió a vibrar desde el interior de mi bolso.

—Perdón —me repetí.

—Quizá sea importante. ¿No quiere cogerlo?

Dudé.

—Estamos a punto de terminar, ¿no? —respondí con la vista clavada en el reloj de pared. Fisher me dio la razón con un cabeceo rápido—. Ya contestaré a la salida...

—Zoey... Se lo voy a decir de forma directa, ya me conoce. Debe seguir la medicación que le he puesto o así no podremos avanzar. Está empeorando cada vez más y, lamentándolo mucho, si usted no cumple con su parte yo tampoco con la mía. No quiero perder el tiempo que podría usar para ayudar a otro paciente que sí quiere ser ayudado. La pregunta es, ¿quiere ser ayudada de verdad o que solo la escuche?

—Quiero su ayuda, doctor —repliqué convencida.

—Pues deberá darme su palabra de honor de que se tomará las dos pastillas diarias que le prescribí. Si no lo hace, toda mi responsabilidad...

Un nuevo timbre, más alto y agudo esta vez, irrumpió en la sala. Fisher miró hacia el teléfono de su escritorio y musitó un «Disculpe» antes de levantarse para atender la llamada.

—Consulta del doctor Andrew Fisher, ¿dígame?

—[...]

—Sí, está aquí conmigo ahora mismo —respondió mientras me miraba de reojo.

—[...]

—De acuerdo, ahora mismo.

—[...]

—¿En todos los canales?

—[...]

—Bien. No se preocupe. Gracias, Jefferson —remató antes de colgar.

—¿Jefferson, el compañero de mi marido? —me atreví a preguntar.

Los ojos del psiquiatra parecían más oscuros y profundos, como dos piscinas olímpicas.

—Zoey, voy a encender la tele. No se altere, ¿de acuerdo? —me dijo en una voz suave de encantador de serpientes al tiempo que buscaba el mando a distancia.

Yo, por supuesto, le desobedecí y me puse nerviosa en grado superlativo. Me froté las piernas de modo compulsivo y le sonreí como pude mientras la televisión nos ofrecía las primeras imágenes.

—Estamos retransmitiendo en directo —decía una reportera a voz en grito bajo el sonido atronador de un helicóptero que sobrevolaba el área—, lo que parece ser el desenlace de esta espectacular persecución policial. El individuo, que responde al nombre de Charlie Newman según ha conseguido averiguar nuestro canal, ha conseguido escapar durante más de treinta kilómetros al asedio de los agentes del departamento de policía de Nueva York. Después de perder el control de su vehículo cuando las balas de los agentes alcanzaron sus ruedas, el sujeto ha emprendido una alocada carrera a pie hasta encerrarse en este cobertizo que ven a mi espalda. —La reportera se giró para mostrar el escenario y la imagen se fragmentó en varias tomas: desde el aire, desde el cámara que grababa a la reportera y desde un tercer ángulo posicionado en la parte trasera del cobertizo.

—Se aparta de aquí, señorita, o les detendré por obstrucción a la justicia —sonó la voz de mi marido fuera de cámara, haciendo que diera un respingo en el sofá.

—¡Ese es Raúl! —exclamé asustada.

Fisher aprisionó mi hombro para darme fuerza. Ninguno de los dos apartó los ojos de la pantalla.

—Solo hago mi trabajo, caballero —protestó la periodista con indignación.

—Detective, nada de caballero. Y, si me hace repetirlo, pasará esta noche en el calabozo. ¡Apártese de ahí! —gritó con esa autoridad que tanto admiraba yo.

Acto seguido, la espalda de mi marido invadió la pantalla mientras se acercaba al chamizo con su arma en alto.

—¡Newman! —exclamó Raúl—. Podríamos convertir tu cuerpo en un colador si quisiéramos ahora mismo, de modo que no hagas ninguna tontería y sal de inmediato con las manos en alto. ¡Ya!

—Entra aquí si tienes huevos, ¡hijoputa! —respondió una voz desquiciada desde el interior.

Varios agentes irrumpieron en la toma para sacar a la fuerza a la reportera. El plano se hizo entonces panorámico, saltando a la cámara que grababa desde el helicóptero.

Todo sucedió muy rápido.

Mi marido, convertido en hormiguita lejana, corrió hacia la estructura y desapareció tras ella tras un breve forcejeo con la puerta. Después, sonidos de disparos y gritos. Luego, silencio... Fisher, que hasta entonces se había mantenido en pie, se sentó a mi lado y me acarició la mano.

—Aquí Megan Carter informando de nuevo. Nos informan de que Charlie Newman, el sospechoso de «Los asesinatos de la 38», acaba de ser abatido de tres disparos a manos del detective... —Se

llevó la mano a la oreja que ocultaba su pinganillo—. El detective Santana ha sido el autor de los disparos que han acabado con la vida, repito, de Charlie Newman, concluyendo de este modo su huida tras una espectacular persecución por carretera. Hasta aquí, Megan Carter en las noticias de última de hora.

Parpadeé varias veces en un intento de procesar aquello. Me daba miedo mostrar mi alegría demasiado pronto y que no fuera real, sino otra ilusión. Pero ¿cómo iba a serlo si el doctor estaba conmigo?

—Zoey... ¿No se alegra? —preguntó antes de abrir sus brazos.

Se los acepté de buen grado y solo entonces empecé a tomar conciencia de lo que acabábamos de ver. Por fin, mi pesadilla se había terminado.

Ahora solo debía librarme de *ella*...

Capítulo 13

Sábado, 27 de enero de 2018.

Chelsea (Nueva York). Residencia de los Miller Ackerman.

Confiaba en que el sonido del llanto del agua precipitándose hacia el plato de ducha amortiguara el mío propio. Por ese motivo me había encerrado en el baño. No aguantaba más aquella tensión y lo último que quería era que Paul me viera llorar, de modo que abrí el grifo del agua caliente y, mientras esperaba a que esta se regulara y alcanzara la temperatura adecuada (casi ardiendo, como a mí me gustaba), me despojé del camisón premamá y de todas las lágrimas acumuladas sin esperar siquiera a entrar en la ducha.

Sentía una masa dolorosa e informe oprimiéndome la garganta. Los ojos me escocían como gotitas de limón y el grito que a punto estuvo de brotar de mis labios se quedó atrapado en la bola cuando el pequeño Benjamin protestó desde dentro de su refugio con un par de patadas airadas.

—Está bien... No te alteres, Ben. Mamá está bien —me obligué a susurrar mientras acariciaba mi barriga de embarazada con los ojos cerrados imaginándome que, al otro lado, Benjamin sonreiría ante mis caricias y, quizá, posaría sus diminutas manitas allí donde yo tocaba.

Me tragué las lágrimas una vez más y me metí en la ducha. El calor del agua me reconfortó de forma instantánea. Alcé el rostro hacia la alcachofa y dejé que las gotas se llevaran los últimos vestigios de mi tristeza y de frustración. Estaba cansada, agotada... Apoyé la espalda dolorida en la mampara y me obligué a pensar en mi hijo: dentro de solo dos meses le vería, por fin, la cara y dejaría de estar tan triste, ¡vaya que sí!



—¿Qué ocurre, cielo? —preguntó Paul, que estaba a medio vestir sentado en nuestra cama, en cuando me escuchó abrir la puerta del cuarto de baño.

—Nada, ¿por? —respondí yo con el ceño arrugado.

Me había asegurado ante el espejo de que no se me notaba que había llorado. Mis ojos ya no estaban rojos después de media hora de ducha relajante y mi sonrisa volvía a estar puesta donde debía.

—Te he oído, Ali... —confesó mi marido con una sonrisa de disculpa.

Estaba irresistible con esa mezcla en el rostro de niño travieso y de preocupación. Terminó de ponerse sobre la camiseta interior de manga corta un jersey de lana negro que parecía concentrado en besar sus músculos, se abrochó los pantalones vaqueros que había dejado a medio atar y, sin calzarse todavía, corrió en mi busca.

—¿Qué ocurre? —preguntó con el gesto suave y delicado, y con tanto amor en los ojos que me desarmó.

—Yo... —Y rompí a llorar de nuevo porque no podía mentirle.

Quizá a mí sí podía mentirme, sobre todo cuando se trataba de demostrar que era el doctor Willis quien se equivocaba y no yo. Pero a Paul, a mi marido... a él no podía engañarlo. Me envolvió entre sus brazos respetando mis lágrimas y mi silencio. Al final, había acabado llorando sobre él. Mierda.

Paul tiró con dulzura de mi mano y me invitó a que nos sentáramos en la cama.

—Te vendrá bien desahogarte, Ali. Cuéntame qué te pasa... —dijo modulando su voz en un tono de calma mientras se entretenía en acomodar un mechón rebelde detrás de mi oreja.

—Yo... ¿Y si el doctor tiene razón y yo he estado confundida todo este tiempo? ¿Y si Zoey no va a volver NUNCA? —solté atropelladamente.

—Bueno, cielo... —dijo con el gesto confuso—. Yo creía, por lo que me contabas, que la cosa iba muy bien, que cada vez está más tiempo consciente y que incluso despierta ya a diario. Creía que hablabais...

—Sí, Paul. Todo eso es cierto, pero no te he contado algo...

—¿El qué? —se mostró totalmente atónito, como si no creyera que pudiera haber secretos entre nosotros, pero no era un secreto: esto era una verdad que yo trataba de negar para poder seguir viva, solo eso.

—No te he contado que no recuerda nada del accidente, que su mente ha creado una historia alternativa donde un tío, al que ella apoda «el asesino», nos atacó en esta misma casa. Según esa fantasía, papá está en coma en la misma planta que ella...

—¡Joder! —exclamó Paul sin poder contenerse—. Perdona, sigue...

—Y mamá está en silla de ruedas y muda por una lesión en las cuerdas vocales, todo obra del pirado ese que se ha inventado. Pero eso no es todo...

—¿Ah, no? ¡Estoy flipando! ¿Por qué no me has dicho nada? —preguntó dolido.

—Confiaba en que se resolviera pronto, que fuera anecdótico. Y, bueno, soy un poco supersticiosa: pensaba que, si no lo contaba fuera del hospital, acabaría desapareciendo. No sé, quizá sea una gilipollez. Lo cierto es que tampoco quería darte más motivos de preocupación. Era mejor y más considerado hacia ti librarte de algunas cargas emocionales que no te correspondían.

Su pequeño enfado se borró de su cara al escucharme y sonrió comprensivo.

—Mi chica fuerte... Si supieras lo orgulloso que estoy de ti incluso cuando eres una imbécil, como ahora...

Yo abrí la boca para replicar ofendida, pero mis palabras se convirtieron en risas cuando menos lo esperaba. Él aprovechó para robarme algunos besos rápidos.

—Anda, cuéntame. ¿Qué más hay? —me animó.

—Ufffff —suspiré—. A ver cómo te lo explico... Es como si Zoey tuviera dos posiciones cuando está despierta, siempre esas dos, y nunca sabes cuál será ese día. En la primera posición, volvemos al mismo punto de partida, donde no recuerda absolutamente nada de lo que ha pasado ni de lo poco que le hemos contado. Entonces se repiten las conversaciones de sorpresa, que si he venido, que qué guapa estoy y lo bien que me queda el pelo más corto, que si estoy embarazada... La segunda posición, aunque algo más adelantada, tampoco se puede llamar de avance puesto que se ha encasquillado. Sigue con la misma historia, pero, al menos, recuerda lo anterior. Como el doctor Willis desaconseja contarle la verdad para no desestabilizarla o perderla, así hemos pasado las últimas semanas. El otro día le dije que habían capturado al asesino, ¿sabes?

—¿Y...?

—Nada. No siempre la pillo despierta cuando voy a verla y las últimas veces que lo estaba, era en la posición uno, para que me entiendas...

—Comprendo —respondió Paul, colocando su brazo sobre mis hombros primero, y después la cabeza.

Acaricié su cabello rubio, solo un par de tonos más oscuro que el mío, y suspiré. Se lo iba a decir:

—Me he propuesto decirle a Zoey que papá y mamá están muertos. Me niego a seguir engañándola con ese tema. Tiene derecho a saberlo...

—¿Pero el doctor Willis te ha dado su beneplácito?

—No me lo ha negado... —jugueteeé con las palabras mientras mi mirada huía cobarde por el suelo.

—¡Cariño, no puedes hacer eso! Tienes que consultárselo —dijo él de modo tajante.

—¡Es mi hermana y son mis padres! ¡Tiene derecho a saberlo!

—¡Tú misma acabas de contarme que al día siguiente no lo va a recordar, Alison! ¿Para qué hacerle pasar ese mal rato? ¡Y no solo ella, sino tú, y nuestro bebé! ¿Crees acaso que no vas a sufrir cuando la mires a la cara y le digas que no va a volver a ver los padres a los que ella adora porque murieron por culpa del accidente que ella provocó?

—¿Esa parte no se la voy a decir! —me defendí indignada.

—¿Pero te estás oyendo? ¿Has medido la reacción, las consecuencias? ¿Y si no vuelve a despertar jamás?

Lo miré unos segundos. El ardor de estómago por el embarazo y la tensión me iba a matar. Sentí el regusto ácido ascendiendo por mi garganta hasta quemármela y no pude evitar fruncir la boca en una mueca de asco.

—Hablas como el doctor... —dije de forma neutral

—Porque tengo razón —suspiró él.

—Porque tienes razón... —repetí yo asintiendo.

—Venga, vístete, que no me fio una mierda de ti —lo dijo riéndose, pero no bromeaba—, así que hoy te acompaño al hospital y veremos en qué posición está tu hermana y, según eso, concertamos una cita con el doctor Willis para que nos cuente. Quizá las últimas pruebas arrojen más luz.

—Pero hoy es sábado... —le recordé—. Hasta el lunes no voy, por las visitas... Y hay mucho trabajo en el Café durante el fin de semana.

—No importa... Será solo una hora y luego nos vamos a trabaj...

La palabra no llegó a formarse del todo. La melodía de Bob Dylan (como tributo a mis padres, que lo adoraban) de mi móvil resonó en nuestro dormitorio. Me giré hacia la mesita para cogerlo y comprobé atónita la extraña sincronización del universo.

—Es Ben... —le informé.

—¿Tan pequeño y ya tiene móvil nuestro bichito? —bromeó mi marido al tiempo que me acariciaba el vientre.

—¿Tonto! —me reí antes de contestar—. ¿Sí, doctor Willis? —mi voz todavía sonaba alegre cuando lo saludé.

—¡Hola, pequeña! Mira, ya sé que es sábado y que no hay visitas los fines de semana, ¿pero te puedes acercar un ratito hoy? —trataba de sonar casual.

—¿Qué sucede, Benjamin?

—No te preocupes, Ali. Tu hermana ha despertado hoy...

«Como todos los días», pensé derrotada.

—Y lo ha hecho... un poco inquieta. Esta vez no se ha despertado desorientada, solo nerviosa, e insiste que tiene que hablar contigo con urgencia. Creo que es importante y sería bueno que vinieras ahora mismo... —añadió.

—En media hora estoy ahí, doctor —respondí un segundo antes de colgar—. ¿Me llevas al hospital, Paul?

—¡Ya estás tardando! —respondió con su fantástica sonrisa balsámica y las llaves del coche agitándose en sus manos.

Preferí no preguntar cómo diantres había hecho para tener las llaves tan rápido si las guardábamos

en el mueble de la entrada, en el piso inferior. En su lugar, corrí a ponerme un vestido de punto de premamá y a peinarme tan rápido como pudiera.



—¡Ya has llegado! —suspiró de alivio mi amigo el doctor, apostado sobre las paredes de cristal cercanas a la puerta de acceso.

—¡Doctor! ¡Estás fuera del hospital! —constaté nerviosa.

—Técnicamente, estoy junto al hospital. He decidido hacer guardia para no perderme tu llegada y así infórmate por el camino —respondió mientras me ofrecía su brazo para que entrara con él al edificio.

—Doctor... —saludó Paul.

Willis respondió a su saludo con un apretón de manos. Ambos se sonrieron con afecto.

—¿Cómo está, doctor? —pregunté, cada vez más preocupada.

—No peligra, tranquila, pero estaba muy nerviosa y en cierto momento se ha descontrolado un poco. Se ha puesto a gritar y le hemos dado un sedante muy suave. No nos conviene que se altere.

—¿Y no ha dicho qué le pasaba? ¿Por qué ese estado? Zoey nunca ha sido una histérica. Esa era yo —forcé una risa patética.

Mi cintura quedó desnuda cuando la mano de Paul se soltó de ella para llamar al ascensor.

—Yo os dejo aquí, ¿vale? —dijo él—. Está claro que Zoey quiere hablar a solas contigo. Yo estaré en la cafetería todo el tiempo —nos dijo a Willis y a mí mirándonos alternativamente.

—Vale —y sellé nuestra despedida con un beso rápido en los labios—. Te quiero.

—Te quiero, y ánimo —contestó con mi chico con un nuevo guiño de ojos y una sonrisa que era solo para mí.

Las puertas del ascensor se abrieron con su acostumbrada señal acústica. Paul se mantuvo de pie, mirándome de ese modo tan suyo e íntimo hasta que las puertas del elevador me separaron de sus hoyuelos.

—Doctor... —le dije una vez a solas—. Estoy nerviosa, ¿es normal? Este despertar parece diferente a los anteriores.

—Lo es —se mostró neutral—. Ahora más que nunca, Alison, debes tener cuidado con no alterarla. No le digas nada que ella no crea. No le contradigas ni destroces su sistema de creencias. Si lo haces, puede sentirse arrinconada y perdida. Confío en ti, Ali. Por eso os dejo a solas...

—Ya, y porque no puedes entrar conmigo o ella no hablará —sonreí con complicidad.

Vi por el rabillo del ojo que sus labios se curvaban ligeramente.

—Y porque no puedo entrar contigo... —repitió.

Y su respuesta en *déjàvu* me hizo sonreír todavía más. De nuevo la sincronicidad, pero esa vez en otro espacio y con otra persona.

—Sé precavida —me aconsejó cuando el timbre del ascensor anunció nuestra llegada.

Las puertas se abrieron y mi estómago se encogió hasta caber en el ojo de un alfiler.



El rostro de Zoey aparentaba más relajación de la que cabría esperar. Efecto del sedante que le habían administrado, seguro. Volvió su cabeza hacia mí en cuanto me vio aparecer por la puerta. Tenía una expresión risueña, aunque sus ojos verdes se mantenían en guardia, escrutadores.

Parecía mi Zoey.

Era mi Zoey.

En posición tres.

—Hola... —susurré desde la puerta conteniendo la sonrisa que amenazaba con desbordarse.

—Has tardado, Ali. Ven... —me dijo ella con los brazos extendidos en mi dirección.

No parecía agitada ni enfadada. Avancé hacia la cama y nos cogimos de las manos antes incluso de que me sentara en esa incómoda sillita de plástico que había empezado a coger manía.

—Pareces tonta sonriendo así... —apuntó ella.

—¡Pues anda que tú! —reí yo—. ¿Te has visto?

—Te he echado de menos, Alison —susurró con aquella sonrisa bobalicona.

Sentía unas ganas infinitas de llorar. Era ella de verdad. Ya podía tener una lesión cerebral, haber perdido algunas capacidades o haber rellenado los huecos de su memoria con su propia imaginación. ¡Qué importaba! ¡Era ella! Ahora lo sabía.

—¿Llevo mucho tiempo aquí? —pronunció con cuidado.

Asentí entre lágrimas sin atreverme a verbalizar nada, no fuera que metiera la pata dando por sentado qué sabía y qué no.

—Me han dicho que estabas muy nerviosa, Zoey, y que te negabas a hablar con nadie que no fuera yo... ¿Qué sucede? —pregunté inclinada sobre ella.

—Siéntate conmigo en la cama, ven, y hablamos... —me invitó—. Así podremos hablar más a gusto —añadió después de que mi tripón, mi pata de palo y yo nos sentáramos, todos juntos, al lado de ella.

—Es que no sé quién es esa gente, Alison. O si me están mintiendo, ¿sabes? —susurró a mi oído con un entrecerrar de ojos suspicaz—. Solo puedo confiar en ti porque sé que tú nunca me

mentirías... —*Chantajista emocional*—, y tengo dudas, preguntas, datos que no casan... Además, el doctor me animó a que hablara expresamente contigo...

—¿El doctor Willis te animó a que hablaras conmigo? —repetí extrañada.

—¿Willis? No sé quién es ese. No, me refiero al doctor Fisher... —respondió.

—Yo... Ahora no caigo en ningún Fisher, Zoey.

Ella abrió mucho los ojos con cierta tensión, que acabó desapareciendo tras una sonrisa.

—Es cierto. Solo te había dicho que iba al psiquiatra, pero no te dije su nombre. Él me ha recomendado que hable contigo de todo lo que me preocupe. Esas fueron sus palabras exactas.

—¿Vas al psiquiatra? —volví a repetir como un loro tarado.

Cada vez estaba más perpleja. ¿Cuándo? ¿Y por qué Ben no me lo había comentado?

—Me gustaría que un día me acompañaras —prosiguió ella, totalmente ajena a mi creciente desconcierto.

—Oh, claro... Encantada. Supongo que Paul puede apañárselas otro rato más sin mí en el Café —pensé en voz alta.

—¿El Café? ¿Qué café? ¿No eres veterinaria? —me interrogó ella, contagiada de mi confusión.

Mierda.

—Mi marido tiene un Café y yo le echo una mano —improvisé.

—Joder, Alison! Con lo poco que te gustaba el *Miller's* y ahora tu marido tiene uno. Jamás te habría imaginado trabajando voluntariamente en la hostelería. ¿Es parecido al nuestro? —en su cara mostraba un interés genuino.

—Muy parecido, la verdad —me obligué a responder con la sonrisa congelada.

—¡Vaya!

—Sí, pero no hablemos más de mí... —repuse incómoda. No sabía por cuánto tiempo podría seguir improvisando mentiras sobre una vida que no existía—. Dime qué te pasa, que te conozco, *perris*... —traté de bromear.

—Sí, tengo preguntas... —reconoció.

Yo suspiré. Inventar sobre ella o asesinos psicópatas que nunca han existido era más fácil que mentir sobre mí misma. La bronca del doctor Willis me la iba a comer igual, pero yo ya estaba decidida: diría a mi hermana todo lo que ella quisiera escuchar si eso le hacía feliz y me la devolvía.

—Dispara... —solté yo.

—Para empezar, ¿cómo podías saber la muerte del asesino? Es que además sucedió del mismo modo en que me lo contaste... —susurró mirando en derredor con aprensión.

—Bueno... fácil. Salió en las noticias —argumenté tirando de lógica.

—Ya, sí. Supongo. Estoy confusa... Creo recordar que primero me lo dijiste y después ocurrió. ¿Cómo es posible?

Fingí una risa, que me salió algo tosca y demente. Se me daba fatal aquello...

—Coño, Zoey. ¿Insinúas que ahora tengo poderes adivinatorios? ¿Qué predije que ese hijoputa moriría? —repliqué yo con fingida sorna, pero, a cada embuste, me iba sintiendo cada vez más despreciable.

Los ojos de Zoey se ensombrecieron a causa de las dudas.

—Juraría que primero me lo contaste tú y luego sucedió, pero, claro... Eso no tiene ni pies ni cabeza. Tienes razón —reconoció con un suspiro alargado—. Creo que me pasa algo en la cabeza, hermanita.

—Normal. Te diste un buen porrazo. Es lógico que no recuerdes bien las cosas, que las alteres o incluso las inventes...

Acaricié su mano, más bien me agarré a ella como una garrapata, por si el gusano en el que me había convertido se convertía en mariposa y se echaba a volar.

—Tiene sentido. Pero sigo teniendo muchas dudas, ¿sabes? Si lo abatieron a tiros, ¿Cómo es que yo estoy aquí? ¿Cómo pudo un muerto mandarme al hospital?

—Bueno... es que tu accidente no tuvo nada que ver con él.

—Oh... Ahora que lo dices... No recuerdo nada más después de ver la noticia en la televisión... ¿Fue al salir de la consulta de Fisher cuando me sacaron de la carretera? —continuó ella con sus cábalas tratando de que toda aquella locura le cuadrara.

Mis nervios habían ido tan en aumento que mi estúpida risa, nerviosa y culpable, empezaba a aflorar. Como aquello se prolongara mucho más, me iba a descubrir a causa de ella. Unas carcajadas histéricas y me pillaría.

—Así es... Pero, tranquila, todo está bien. Y, en cuanto los médicos vean que estás perfectamente, te darán el alta y podrás venirte a casa con nosotros... —le dije más relajada. Había pasado el peligro.

—¿Irme a casa con vosotros? —repitió mi hermana achinando sus ojos y soltándome repentinamente la mano—. ¿Qué cojones pasa aquí, Alison?

No comprendía un carajo.

—¿Qué? ¿A qué te refieres?

Zoey debió de leer en mis facciones mi estado de auténtica perplejidad y entonces, lejos de calmarse, se revolvió en la cama hecha un manojo de nervios.

—¿Por eso no está aquí mi familia? ¿Les ha pasado algo? —gimió en un hilo de voz que se fue consumiendo sílaba a sílaba hasta morir en un llanto.

—Están bien, cariño. Papá y mamá están bien, ¿recuerdas? —¿Cómo me dolió mentirle de ese modo!

—¿Ehhh? Ya sé cómo están papá y mamá. ¿A qué viene eso ahora?

—Me he perdido, Zoey... —acerté a decir.

—Raúl y Zack. ¿Por qué no están aquí? ¿Les ha pasado algo? ¿Están de camino o qué? —me

interrogó llena de inquietud.

—Tranquilízate, por favor —le rogué. No dejaba de revolverse en la cama y me daba miedo que se hiciera daño—. Si me dices quiénes son esos, yo les llamo, te lo prometo, para que vengan cuanto antes, ¿sí?

—Raúl es mi marido, Alison —me dijo mientras me dirigía esa mirada que se reserva a los locos—. Ya sabes, el detective Santana. Y Zack es nuestro hijo, tu sobrino. Lo conociste el otro día cuando viniste al Café...

Entonces todas mis ilusiones se calzaron unos guantes de boxeo e impactaron con crueldad contra mi rostro. Mi hijo pataleó desde el vientre al notar mi estado y me abracé a él. Ese gesto de embarazada me ayudó. En un segundo, el rostro enfadado y atónito de Zoey mudó en preocupación.

—¿Estás bien?

—Ha sido una ligera indisposición, no te preocupes —dije a través de la náusea—. Y el pequeño Ben me ha dado una buena patada...

—Por favor, Ali... —me imploró—. ¿Dónde está mi familia? ¿Dónde están mi hijo y mi marido?

—Ahora los llamo... —me obligué a responder mientras me bajaba de su cama con idea de ir corriendo (es un decir) a contárselo al doctor—. Oye, Zoey... —fingí una sonrisa relajada cuando estaba a punto de salir de la habitación—. Por curiosidad, ¿qué día es hoy?

Su boca se deformó por la sorpresa hasta que estuvo a punto de darse de sí.

—¿Estás mal, eh? —rio ella, ignorante de todo—. Pues depende de lo que lleve dormida, pero apostaré por domingo, 23 de abril.

—¿De qué año? —no había forma de disimular la rareza de esa pregunta así que me limité a sonreír mientras ella la asimilaba.



—En
2028, por supuesto —negó con un bufido al tiempo que agitaba su mano para despedirse de mí—.

Diles que no me ha pasado nada grave, ¿eh? No quiero que se preocupen por una tontería...

—Descuida. Así lo haré —mentí—. Ahora regreso, Zoey...

Y salí de ahí de forma apresurada con nuevas lágrimas encharcándome la lengua, los ojos y el alma. Sabía que, para cuando volviera a su habitación, ella estaría de nuevo dormida. Hasta la siguiente vez...

Capítulo 14

Sábado, 21 de abril de 2028.

Hoboken, Nueva Jersey. Residencia de los Santana.

Jefferson y sus ojos de refresco de cola se hallaban apostados frente al jardín delantero. Se cuadró al verme aparecer por la calzada dentro de mi auto y levantó la mano en un gesto familiar de saludo. Parecía ansioso por que me acercara a él. Yo también estaba un poco inquieta. Si Raúl había salido a capturar al *asesino*, ¿con quién se había quedado nuestro hijo? No me molesté ni en meter el coche en el garaje y lo dejé cruzado de cualquier manera en la entrada. Me apeé del coche con una necesidad corrosiva de correr hacia la casa, pero no podía ser desconsiderada con Jefferson, que me dio la bienvenida con su sonrisa de monje sabio y bonachón, y las manos descansando sobre su enorme barriga. Yo acababa de ver una barriga como esas hacía nada, pero ¿dónde?

—Nos tenías preocupados, Zoey, ¿por qué no cogías el teléfono? —me dijo cuando nuestra distancia permitía ya que oyéramos nuestras voces.

—Estaba en la consulta. ¿Eras tú quien me ha llamado varias veces al móvil? —Él asintió—. ¿Y luego al doctor?

—Esa ha sido nuestra psicóloga. Ha tenido la idea de llamar a Fisher por si estabas ahí. Lo has visto, ¿verdad? ¡Tu marido ha pillado a ese bastardo! —lo dijo con una sonrisa de cariño.

Los ojos se me desviaron hacia el interior de la vivienda.

—¿Y Zack? —conseguí preguntar con esfuerzo.

Mi saliva parecía cemento, ralentizando los movimientos de mi lengua hasta detenerla por

completo.

—Está bien, tranquila. Está ahí dentro jugando con su tía —respondió con una sonrisa—. Te esperaba aquí fuera para que el enano no nos oyera hablar, pero todo está controlado.

—¿Su tía? —repetí.

Y los ojos se me fueron a la puerta de casa.

—Sí. No sabíamos a quién llamar para que lo cuidara un rato y Raúl sugirió que fuera tu hermana ahora que ya os habláis. Ya sabes cómo es de cabezota. Cuando supo que habíamos localizado el vehículo de Newman, insistió en sumarse a la persecución. Tenía miedo de que escapara otra vez y, bueno, no se lo podíamos negar, ¡qué coño! —exclamó mientras se propinaba pequeños golpes en su tremendo barrigón.

Me pilló distraída observando su figura oronda y él rio de esa forma escandalosa y sincera que hacía que te cuestionaras si realmente eras feliz, porque tus risas, en comparación, eran de cartón piedra, cutres, insípidas.

—Me estoy preparando para hacer de Papá Noel o de Buda, lo que llegue primero, ya que me jubilo en una semana —confesó—. ¿Entramos y me invitas a una cervecita bien fría?

—Aguarda... ¿Y Raúl? No puedo entrar en casa sin más sin que me cuentes...

—¿No te ha llamado? —preguntó extrañado.

—Seguro que lo ha hecho, pero he olvidado ponerle el volumen —recordé.

—Vendrá en cuanto termine el papeleo. Ya sabes cómo va esto... Tiene que redactar el informe y, si de normal es un coñazo burocrático largo, imagínate cuando disparas (y matas) a tu sospechoso.

—¿Van a presentar cargos contra él, Jeff? —le pregunté con mi mano sobre su brazo, buscando la verdad en sus ojos y en sus palabras.

El viejo policía negó enérgicamente y me palmeó el otro brazo.

—Ni de coña. No solo se ha grabado en directo... aunque no tengamos imágenes de lo que ocurrió dentro, sino que todos los compañeros del cuerpo presentes están dispuestos a jurar y perjurar que Santana siguió todos los protocolos y que, si disparó e hizo diana, fue en defensa propia.

—Sin embargo, no lo visteis... —dudé.

¿Y si Raúl hubiera entrado sin más en ese cobertizo y le hubiera disparado a sangre fría? ¿Y si el otro no estaba armado? Por mí, podría arder en el infierno, pero me preocupaba que no fuera como ellos decían y que se descubriera todo. Entonces, Raúl iría a la cárcel y yo no podría soportarlo.

Lo amaba más que nada en el mundo...

¡Cuántas veces habré leído o escuchado que el gran amor de una mujer es su hijo! Cada vez que me lo decían, yo me limitaba a sonreír y asentir. No quería que me tomaran por una madre desnaturalizada cuando lo cierto es que quería a Zack como a mi propia vida, pero... Mi gran amor era él, Raúl. Me había salvado de *él*, de mí, de mis miedos; con él había descubierto el amor, lo que era el sexo, las sonrisas cómplices, las carcajadas a mitad de la noche, el calor de unos brazos que me sostuvieran cuando yo no tenía fuerzas; y, aún más, me había dado a Zack.

¿Cómo no lo iba a amar por encima de todo?

—Esa es la versión oficial —zanjó él con un guiño de ojos que quedó desmerecido por un sonoro eructo—. ¿Y esa birra? —sugirió camino hacia la entrada.

La puerta se abrió cuando aún estaba revolviendo entre las cosas de mi bolso. Zack saltó sobre mí entre risas.

—¡Mamiiii! ¡He jugado con la tía Alison! ¡Y hemos discutido de dinosaurios y me ha contado cosas que no sabía! —exclamó hiperactivo total.

—¿¡Ah, sí!? —me interesé.

Alison me sonrió desde la puerta. Yo se lo agradecí con otra sonrisa. Entramos en la casa Jefferson y después, yo con el enano colgado de mí como un monito.

—¡Sí, mamá! ¡Porque es veterinaria! Moooooola. Dime que tengo otra tía por ahí que es astrónoma, porfiiii —gritó con una energía incontenible.

Los tres adultos de la habitación rompimos a reír.

—Va a ser que no, mocososo. Solo estamos la tía Alison y yo —respondí mientras lo dejaba en el suelo, y es que pesaba ya demasiado el condenado.

—¡Habrá que conformarse! —contestó él encogiéndose de hombros—. ¡Pero pregúntame todo lo que he aprendido! ¡Ya verás! —volvió a exclamar entre innumerables saltos y palmoteos nerviosos al aire.

Me reí al verlo tan contento. Si no hubiera sido por la presencia de la *intrusa*, que volvía a despertarse y a gritarme que acusara anónimamente a Raúl de haber matado a un hombre desarmado, ese momento habría estado entre los más bonitos de los últimos tiempos. En cambio, ahí estaba ella, para encargarse de empañar mi felicidad, mi cordura. ¿Por qué quería quitarme a Raúl? ¿Por qué?

—¡Mamá! ¡Que te quedas boba! —me regañó Zack con una nueva carcajada—. El poli *gordo* te ha pedido una cerveza.

—¡Zack! ¡Eso no se dice! —respondió Alison con la voz escandalizada.

—Déjalo. No va a llamarme delgado el chaval... —rio el aludido entre nuevas risas después de acariciarse su figurín con el gesto complacido—. Esta obra de arte no se ha hecho en un día, ¿sabes? Es el resultado de muchas horas de felicidad.

—Bueno, bueno... —discrepó Ali, un tanto incómoda, siempre preocupada por la dieta y la línea—. Tú feliz, pero sano, ¿eh? Que un cuerpo sano y en forma puede hacer muchas cosas, tener menos enfermedades y ser más feliz —sermoneó a su sobrino.

—¡Mamááá! —volvió a decir mi hijo al tiempo que tiraba de mi chaqueta para llamar mi atención.

Volví con ellos y exhibí una sonrisa ruborizada. Ignoraba cuánto tiempo me había ausentado, pero, por la cara que pusieron mi hermana y Jeff, seguro que había sido un buen rato.

—Perdón, me estaba acordando de algo... —me disculpé—. Sentaos en el sofá, por favor, y os

traigo algo de beber y de picar. Alison, ¿tú qué quieres?

—Yo tomaré lo mismo que tú, Zoey —escuché su voz a mi espalda.

Preparé con rapidez una bandeja con varias servilletas, tres botellines de cerveza, un zumo de melocotón para Zack y un enorme cuenco de nachos, acompañados de un bol de cristal con guacamole casero que había preparado la víspera. Ellos no dejaron de parlotear y charlar animadamente en ningún momento.

—Ya ha llegado el picoteo —anuncié con una sonrisa carente de felicidad.

No me sentía feliz pese a todo. La *intrusa*, y el poder que empezaba a manifestar sobre mí, me habían robado mi derecho a ser feliz.

Coloqué la bandeja sobre la mesita y me senté frente a ellos a ver si conseguí contagiarme nuevamente de su humor.

—¡Vamos, mami! ¡Pregúntame! —insistió Zachary—. ¡Ya verás!

Mis labios se abrieron en una sonrisa pese a todo.

—Sorpréndenos, bichito... —lo animé.

—¡Vas a flipar, te lo advierto! —me dijo con el dedo extendido y el semblante muy serio.

No tuvimos más remedio que reírnos.

—¿Sabías que ni siquiera el dinosaurio más grande del muuuuundo —enfaticó levantando muchos los brazos y el cuerpo del asiento—, es tan grande como una ballena azul?

—¿En serio? ¡Eso es muy interesante! —aplaudí.

—Lo sé —respondió tirando de barbilla alta en un gesto muy mío antes de engullir tres o cuatro nachos de una sentada—. El Seismosaurus es el más grande y «solo» media cuarenta metros —apostilló con la boca llena.

—Come despacio, Zack... —lo amonesté—. ¡Y no hables con comida en la boca, hazme el favor!

Él asintió, masticó a toda prisa y se preparó para su siguiente clase magistral.

—¿Y sabéis cuál es el tamaño del dinosaurio más pequeño? —gritó mi hijo, cada vez más encantado de tener nuevo público después un exceso de días de encierro y aislamiento—. ¡Tú, chitón, eh, tía Alison!

—Sorpréndenos —respondió Jefferson con la enorme panza bamboleándose arriba y abajo por la risa—. Y luego yo te enseño a cantar ópera... —lo animó de buen humor.

—Nada de eructos delante del niño, Jeff —le dije con mi mirada letal de madre cabreada.

Él lo pilló enseguida y se refugió en su botellín.

—¡El lesothosaurus! —prosiguió Zack—. Tenía el tamaño de una gallina. ¿Y a que no sabéis cuál es el más veloz, eh? ¿Eh? ¿EHHHHH?

Estaba eufórico. Sentía que el ambiente había cambiado y que el encierro en casa había llegado a su fin. Mi hermana Alison le robó un nacho de la mano cuando Zack se lo estaba llevando a la boca, igual que me hacía a mí cuando éramos pequeñas. Fue una maniobra de distracción hábil y

efectiva porque mi enano volvió a repetir un «¡Ehhh!» asombrado antes de fabricarse un fuerte de nachos en su boca.

Todos reímos a placer.

Excepto la *intrusa*.

Que caminaba dentro de mí con sus huellas de ácido, emponzoñándolo todo, amenazando con destruir a mi familia.

—¿Y queréis saber cuál es el dinosau...? —volvió a la carga Zack con su voz chillona.

La puerta de la calle se abrió. Tras ella, apareció Raúl. Tenía el semblante serio. Quizá estaba preocupado por lo que sucedería a continuación, quizá solo estaba acusando los efectos de la descarga de la adrenalina tras la persecución y la primera de las muchas declaraciones que vendrían. Quizá no era nada de eso y se estaba limitando a disimular, por su cargo y por ética, la alegría de haber acabado por fin con ese malnacido. De cualquier modo, su rostro era una máscara de dureza y gravedad.

—¡Papáááá! —gritó Zack al tiempo que abandonaba su asiento y dejaba los nachos sin protección para correr hacia él y saltar a su cintura.

Los gestos de Raúl se suavizaron al encontrarse con su hijo y le dedicó una sonrisa sincera.

—¡Ehhhhh, campeón! ¿Y estos abrazos? —rio él.

—¡Te he visto en la tele! ¡Has estado...! —se detuvo para buscar un término que le convenciera—. ¡Enorme como un dinosaurio! ¡Ppiuuuummm, piuummm! —celebró con una pistola ficticia en las manos.

—¿Le habéis dejado que vea las noticias? —pregunté a Jeff y a Ali sin ocultar mi desacuerdo.

Entretanto, Raúl había cerrado la puerta con Zack en brazos y se acercaba a nosotros para ocupar la butaca libre situada al otro extremo de la mía. Nuestro hijo corrió a recuperar su asiento en mitad del sofá, entre Alison y Jefferson.

—Solo un poco... —respondió Jefferson desviando la mirada hacia Raúl, situado frente a él, como si le implorara ayuda.

—Un poquito nada más —añadió mi hermana con la sonrisa torcida.

—¡Lo he visto entero! —aplaudió Zacky, inconsciente de la debacle que acababa de provocar en el mundo de los adultos.

—¡Pero Ali! —exclamé más asombrada que molesta—. ¿Y si a su padre le llega a haber pasado algo? ¿Cómo le has dejado que lo vea? Podría haber m... y él... —me detuve.

—Pero vi poco, mami —replicó el cabrito al ver el percal.

—¿Cómo poco si has dicho que lo viste entero? —me giré hacia él.

—Pues porque lo vi con el ojo derecho y el izquierdo me lo tapé. ¡Eso es, mami! —contestó, muy orgulloso de su respuesta.

—¡Embusterooooo! —reí—. Ya veo que mientes igual de bien que tu tía.

—Pues seré veterinario y embustero de mayor, como la tía Alison.

Y entonces su padre, Jeff, Ali y yo reímos a coro con verdaderos lagrimones desfilando por nuestros carrillos. La chispa detonante fue Zack, pero, una vez comenzado, ya no pudimos parar. Necesitábamos reír y desencajamos nuestras mandíbulas hasta el dolor durante casi diez minutos. ¡Cuánto necesitábamos aquello!

Raúl cruzó una mirada de complicidad conmigo y yo me sonrojé como una colegiala al leer el deseo en sus pupilas dilatadas. Jeff se levantó con una destreza impropia de semejante figura oronda y carraspeó.

—Será mejor que me vaya. Estoy todavía de servicio —se disculpó—. Alison, ¿te gustaría que te escoltara en mi coche patrulla? —se ofreció con una reverencia.

Ella se alzó de un movimiento y aceptó de buen grado la oferta con una sonrisa que iluminó su rostro perfecto. ¡Qué bonita era! Diez o quince abrazos, besos y «tequieros» después, Alison salió de casa acompañada del gran Jeff. Les despedimos a los dos agitando la mano en el aire hasta que sus coches desaparecieron de nuestra calle y entramos en casa con una sensación de victoria.

—¡Síííí! —grité de puro alivio—. ¿Estás bien, Raúl?

—En un rato te enseño lo bien que estoy, Zoey —contestó entre risas mientras envolvía mi cintura con uno de sus brazos y jugaba a robarme el aliento.

—¿Así que yo no puedo ver la tele hasta la cena y vosotros podéis hacer hijos? —intervino nuestro gamberro poniendo cara de chupar limones.

—¿Qué te parece si elegimos una *pelí* para que la veas antes de cenar, si es que consigues comer algo, tío hámster? —propuso Raúl, haciendo reír al niño—. ¿Y dejas que papá y mamá celebren arriba lo buen *poli* que soy?

—¿Vas a enseñarle a mamá a disparar? —preguntó sin fiarse.

—Más o menos —se sonrió él.

Nos miró a uno y a otro evaluando la situación y, finalmente, negó con la cabeza.

—Noooo. No me engañas. Vais a tocaros y a besaros. ¡*Pelí* y mañana de excursión! —aumentó la apuesta.

—Venga, mañana de excursión familiar, que nos lo hemos ganado... —acepté con el pecho ardiendo de felicidad.

La *intrusa* retrocedió ante el fuego encogiéndose de dolor y pánico.

Solo podría ganarle de ese modo. Lo había descubierto: la derrotaría con el amor que sentía por mi familia.

Cuando Zachary ya estaba cómodamente instalado en la alfombra del suelo viendo a su querido mapache trompetista, Raúl me aupó en brazos del mismo modo que diez años atrás, cuando atravesamos por primera vez el umbral de casa como marido y mujer. Ahora estábamos un poco más viejos, solo un poco, pero igual de enamorados y de locos el uno por el otro. Subimos las escaleras también del mismo modo: yo, riéndome; Raúl, sudando.

Me dejó en el rellano y yo corrí hacia la habitación con la excusa de que me persiguiera. Así le

daría tiempo a que cogiera aire y no me llegara infartado al dormitorio. Raúl suspiró y siguió la estela de mis carcajadas.

Esa noche hicimos el amor como dos adolescentes, entre temblores, besos desesperados y furia hambrienta.

Esa noche...

Fue la última en la que hicimos el amor.

Domingo, 22 de abril de 2028.

Hoboken, Nueva Jersey. Residencia de los Santana.

En cuanto Raúl pulsó el botón de apertura del mando a distancia, Zack se desabrochó el cinturón de seguridad con la inquietud del rabo de una lagartija.

—¡No te lo quites hasta que el coche esté parado del todo, Zack! —me giré desde el asiento del copiloto para regañarlo.

—¡Ya estamos en el garaje de casa, mamá, y me meo como un dinosaurio! —protestó con las dos manos ocultando su entrepierna.

—Está bien. ¡Corre antes de que tu colita inunde el coche! —reí.

Él bajó entre risas, celebrando la broma y salió disparado hacia la puerta de acceso a la vivienda. Raúl me miró con ojos de enamorado una vez que nos quedamos solos en el coche.

—Ha sido fantástico el día, ¿verdad? —preguntó con una actitud relajada.

—Lo ha sido. Ha brillado el sol, Zack ha disfrutado de un día entero al aire libre, correteando y jugando sin parar —contesté.

Y en verdad lo había sido. Revirtiendo la tónica habitual de la *intrusa* (que a cada día que pasaba parecía aumentar más el tiempo en que estaba despierta para apoderarse de mi cuerpo y de mi mente), aquel día no se había manifestado y había logrado disfrutar de un verdadero día en familia lleno de risas, abrazos y bromas. Pensé con una sonrisa agrídulce que, si algo malo me sucedía, si la Muerte me atrapaba de improviso, esa sería la imagen que vendría a mi cabeza para acompañarme en mi final: este día, y no otro.

—¡Ehhh, Zoey! ¿Qué pasa? —quiso saber Raúl al tiempo que los dedos de su mano derecha bailaron sobre mi barbilla en un gesto de ternura—. ¿Por qué te has puesto triste?

—¡Ohh! No estoy triste, de verdad que no —respondí sin saber yo misma si estaba mintiendo o diciendo la verdad—. He pensado que mañana recuperamos la rutina, por fin. Tú regresas al servicio; yo, al Café; y Zack, al colegio.

—¿Y no quieres? —se sorprendió mi marido mientras se quitaba el cinturón de seguridad.

Yo lo imité y ambos salimos del coche siguiendo las huellas de nuestro hijo.

—No es eso... Tengo muchas ganas, muchas. Ni te lo imaginas...

Nos reunimos y, como cada vez que estábamos junto, él apoyó su mano en la zona baja de mi cintura y yo me abracé a su cuerpo con la cabeza ligeramente ladeada hacia él.

—¿Entonces? —preguntó sin comprender. Sus ojos negros se agrandaron, expectantes.

—No me hagas caso. Estoy cansada, solo es eso —respondí.

—Es cierto que es tarde, Zoey —dijo consultando su reloj—. Y mañana no habrá quien se levante...

Entramos en casa y sonreímos al ver a Zack durmiendo boca arriba sobre el sofá.

—Mira, un problema menos, no hay que batallar con el «Tyrannosaurus Zack» para acostarlo —susurré para no despertarlo con los ojos puesto en él—. Menos mal que hemos cenado fuera...

—¿«Tyrannosaurus Zack»? —repitió Raúl.

—Se lo ha puesto Alison de mote y ahora no hay quien se lo quite... —reí en voz baja.

—¡Vaya! Me encanta ver que habéis hecho las paces. Seguro que Fisher ha tenido algo que ver... —afirmó encantado—. Oye, acuéstate ya, que ya es tarde, y yo me encargo ahora de subir al renacuajo.

—Gracias, amor. Eres el mejor —le dije poniéndome de puntillas para alcanzar sus labios.

—Así es —respondió él antes de fruncir los labios de un modo que aunaba a partes iguales lo sensual y lo cómico—. Tira *pa`rrriba* o esta noche no dormimos —añadió, ya metido en su papel de *latín lover* mientras me daba una palmadita en el culo.

Yo agité la cabeza con los ojos teatralmente en blanco y me di la vuelta.

—No tardes, Raúl... —le pedí intentando que no sonara muy desesperado.

Entonces me dirigí a las escaleras rogando para que subiera cuanto antes, pues era incapaz de recordar la última vez que había conseguido dormir sin él a mi lado.

Mi marido asintió con una sonrisa tirante que me inquietó.

A lo mejor era una tontería, una paranoia mía, pero se me había metido en la cabeza que, de algún modo, me estaba evitando, como si temiera quedarse a solas conmigo.

Claro... Había un motivo.

Él siempre había sido muy suyo con su trabajo. No le gustaba hablar de sus casos, de la miseria a la que tenía que enfrentarse a diario; del sufrimiento, la sangre y la violencia; de la muerte. Solía afirmar que todas esas cosas horribles se quedaban en la «oficina» y que nunca traspasarían el umbral de nuestro hogar. ¡Pero no se daba cuenta de ya había sucedido! Por mucho que lo negara, la muerte, el horror, el miedo, la sangre y la violencia habían entrado en nuestra casa, habían comido con nosotros; habían dormido con nosotros; incluso había un cuarto de baño que, sin causa aparente, habíamos dejado de utilizar. Negarse a hablar de aquello no lo iba a hacer desaparecer.

Tocaba limpiar cuanto estuviera sucio, no esconder lo barrido bajo el sofá. Además, ¿esa vez era distinto! ¿Cómo no iba a querer hablar de lo sucedido el día anterior con el *asesino*?

Igual nos venía bien una sesión conjunta con Fisher. Debería consultárselo...

Cuando llegué al segundo tramo de escaleras, no pude resistirme a la tentación y me giré una vez más para llenar mis ojos de él. No me vio. Tenía la expresión serena, relajada y satisfecha de un padre que vela los sueños de su hijo. Lo espí un segundo más deleitándome en esa sonrisa preciosa y supe que no vendría hasta que me quedara dormida. Aunque mi gesto era algo estúpido porque no me estaba mirando, asentí para decirle que lo entendía y entré en nuestra habitación.

Seguro que, cuando se sintiera preparado para hablar de la vida que había arrebatado, por muy miserable que esta fuera, vendría a mí y yo estaría ahí para escucharlo, quererlo y abrazarlo.

No sé cuánto tardó Raúl en tumbarse a mi lado y rodearme la cintura con su abrazo, pero a mí me parecieron años. Pegué mi culo a su cuerpo y este se amoldó a las curvas del mío en una cucharita perfecta y ergonómica.

—Te quiero... —susurró sobre mis cabellos, haciéndolos danzar de forma espontánea.

Como respuesta, gruñí un par de sonidos haciéndome la dormida y, poco tiempo después, me dormí por fin, rendida, exhausta y feliz.

El llanto de un niño me llamó en mitad de la noche. Al principio pensé que se trataba de un sueño, como siempre, y decidí ignorarlo. No pensaba volver a visitar al espantoso niño de la carretera. Entonces el llanto se hizo más poderoso, casi hiriendo al sonido.

—Raúl, ¿oyes eso? —musité tan bajo que apenas conseguí oírme a mí misma.

Mi marido se rascó los genitales con una sonrisa placentera y emitió un ronquido antes de darse la vuelta para seguir durmiendo.

Los lamentos ahora eran tan elevados que podrían haberse confundido con la sirena de un camión de bomberos. ¿Cómo era posible que no se despertara todo el vecindario con semejante escándalo?

No quería levantarme. No quería hacerlo. Mi hijo no lloraba así.

Ese no era mi hijo.

Eso no era mi hijo.

Tragué la bola de miedo alojada a mi garganta y me obligué a salir de la cama. Mis pies desnudos protestaron ante la frialdad de la madera que, a su vez, respondió con un leve crujido. Recorrí el pasillo siguiendo el sonido del llanto. Provenía del cuarto de baño clausurado. Apoyé la mano en el pomo de la puerta, indecisa, pero el miedo me hizo retirarla. En ese momento todo quedó en silencio, todo le volvió a pertenecer a la noche.

Tendría que hablarle a Fisher de esa nueva alucinación...

Decidí echarle un vistazo rápido a Zack antes de volverme a la cama. Solo verlo dormir para quedarme tranquila antes de pegarme al cuerpo cálido de mi esposo. Recorrí los escasos pasos que distaban y le sonreí desde el umbral. La luz quitamiedos alumbraba lo suficiente para ver su sonrisa dormida. ¡Qué grande estaba ya! ¡Qué bonito!

—¿Qué haces, Zoey? —preguntó una voz tensa a mi espalda.

La luz se hizo en el pasillo, me giré contrariada para qué preguntarle qué ocurría, pero no me permitió hablar.

—¿QUÉ COÑO HACES? —repitió en un tono fiero que me descompuso.

—¿P... por qqqué me hablas así? —atiné a decir—. Estaba comprobando que estuviera bien, Raúl...

—¿Con eso en la mano? —señaló con la mirada tosca.

Bajé los ojos hasta mi mano derecha y se llenaron de horror.

—¡Dios Santo! Yo no... Yo no... —balbuceé mientras agitaba en mi mano aquel enorme cuchillo de carnicero que no recordaba haber cogido ni, mucho menos, sostenido durante todo ese tiempo.

—¿Qué pretendías presentándote en el cuarto de nuestro hijo, en mitad de la noche, con ese cuchillo? ¿Con quién estabas hablando? ¿A quién había que matar? ¿De qué te reías? —me interrogó con una voz hostil y la mirada llena de odio.

—Yo...

—Mejor que hoy duermas en la habitación de invitados, Zoey. Ya hablamos mañana de *esto* —escupió.

Escupió, sí. Porque no dijo las palabras, me las escupió a la cara envueltas en decepción amarga y veneno. Me miró una última y dolorosa vez, porque me miró como si no me viese, como si no existiese ya para él.

Como a una extraña.

Y entonces sucedió algo tan curioso como terrible.

Yo lo miré a él.

Y también se convirtió en un extraño.



Al día siguiente, según desperté de aquella larga noche de insomnio pesado que, al final, derivó en un dormir comatoso cuando ya estaba amaneciendo, salté de la cama y corrí hacia el cuarto de Zack. Su cama estaba revuelta, fría y vacía. La imagen se repitió en nuestro dormitorio y no pude evitar imaginarme a Raúl vistiendo a nuestro hijo a toda prisa y en silencio para poder huir de casa cual ladrones antes de que me despertara.

Igual estaba sacando las cosas de quicio. Igual...

Sobre la isla de la cocina había una nota escrita a mano con la característica y personal caligrafía picuda de mi marido: «Hemos salido antes. Tenemos que hablar. Raúl».

Nada más.

Ni besos, abrazos o «tequieros».

Parecía el fin.

¿De verdad la *intrusa* me había puesto ese cuchillo en la mano mientras hablaba de matar a Zack? ¿Iba a hacerlo o solamente quería que Raúl lo escuchara? No recordaba siquiera haberlo sostenido en mi mano hasta el instante en que él me lo señaló con esa mueca de espanto e incredulidad. Y, también hasta ese instante, habría jurado que, cada vez que *ella* tomaba el control, yo era consciente. Siempre. Aunque ignorase lo que hacía cuando me «enviaba a dormir», sí sabía quién de las dos estaba despierta, quién mandaba

Pero lo de la pasada noche... No recordaba haber dejado de ser yo en ningún momento. Tenía que hablar con Fisher de eso en la consulta del día siguiente.

Aquel lunes transcurrió a trompicones, salpicado de instantes tediosos y eternos con otros veloces y llenos de risas. Y es que regresar al Café con Jenny y los chicos es lo que tenía. Lo que había empezado con sonrisas y risas de compromiso ante ellos mientras festejaban ruidosamente tanto mi vuelta al trabajo como que la pesadilla del *asesino* hubiera concluido por fin, acabó convirtiéndose en verdaderas carcajadas por culpa de los chascarrillos exagerados e inverosímiles de Jenny, de su buen humor y su amistad. Estaba feliz de verlos, de volver al *Miller's* pero no me podía quitar de la cabeza la mirada rota y decepcionada de mi marido ni la sensación de que había perdido mucho más de lo que Newman podría haberme quitado jamás.

Por ello, cada vez que podía, me escurría con sigilo al baño para tratar de hablar con Raúl. Lo telefoneé unas cuatro o cinco veces durante la jornada. Ninguna de ellas me atendió la llamada. La *intrusa* ronroneaba en mi interior como un gato al sol panza arriba. Me dieron ganas de arrancarme la piel para sacarla de mí.

—¿Hoy no recoges a Zack de la escuela? —preguntó Jenny señalando el inmenso reloj *vintage* de pared.

—Esta semana se encarga Raúl —respondí sonriendo como podía.

—¿Vas a hacer doble turno? —se preocupó ella mientras me miraba muy seria.

—He estado muchos días sin venir y aquí os hago falta... —repliqué encogiéndome de hombros.

De repente, la idea de volver a casa y encontrármela vacía se me antojaba insoportable. Podía quedarme unas horas más y posponer aquello.

—Con lo que has pasado, no creo que ponerte a trabajar tantas horas seguidas sea bueno ni para ti ni para nadie —me dijo Jenny empleando su tono de madre a prueba de discusiones—. Y menos para nosotros si enfermas, así que ahora mismo te voy a dar una patada en el culo y no vuelves aquí hasta mañana, ¿entendido?

—¿Y túúú?

—Yo libro mañana y me quedo un rato más nada más —mintió la descarada.

—¿Pareces mi jefa, me cago en la mar! —protesté sin mucha vehemencia. Me estaba quedando sin fuelle.

—No, Zoey. Soy tu socia y tu amiga, y lo que tienes que hacer, niña, es irte a casa y pasar la tarde con tu familia, que es lo que te mereces.

—Es lo que me merezco... —repetí aturdida y dolida.

Jenny frunció el ceño ante mis palabras y estoy segura de que me hubiera sometido a un interrogatorio exhaustivo de no ser por la interrupción de mi móvil. Lo saqué del bolsillo del mandil negro mientras el corazón se me iba arrugando de a poquito. Raúl me sonrió desde la pantalla con aquellos dientes perfectos y blancos de anuncio de televisión. Me di la vuelta de forma intencionada para que Jenny no leyera la ansiedad en mi cara o en mis gestos y respondí:

—¿Sí, Raúl?

—Hola, Zoey.

Estaba serio, pero no había ira en su voz.

—¿Vais para casa?

Silencio al otro lado. Al cabo de unos diez segundos, un suspiro y dos letras: «Sí», que me devolvieron la sonrisa.

—Perooo —añadió.

A tomar por culo la sonrisa.

Me mordí el labio llena de ansiedad hasta que el sabor de mi sangre me gritó que parara.

—Volvemos solo para preparar un par de maletas para Zack y para mí —explicó de forma lenta y tranquila—. Creo que es bueno que nos demos un tiempo para pensar y yo... me gustaría ver a mis padres y ellos se mueren por ver a su nieto, y...

—¿Te lo llevas a México? —conseguí decir—. Pero... ¿y el cole? ¿Y yo? ¿Y nosotros? ¡No puedes hacerme eso! —repliqué mientras salía de la barra y me alejaba de los oídos espías de Jenny.

—Creo que lo mejor será que eso lo hablemos cara a cara, Zoey, no por teléfono —dijo su voz. Sonaba triste.

—¡Pero te vas a México, me estás diciendo! ¡Y te llevas a nuestro hijo contigo! ¿Cuándo vamos a hablar?

Notaba cómo el temblor de mis labios se extendía por mis extremidades superiores, invadía mi pecho, avanzaba en descenso hasta mis piernas hasta que no quedó nada de mí firme.

—Zoey, anoche hablabas de matar a nuestro hijo mientras llevabas un cuchillo de carnicero y reías como una desquiciada. No me hagas hablar ahora, por favor. No estoy preparado. Llevo todo el día pensando en ello y cada vez estoy más confuso. No quiero ser cruel contigo ni hacerte daño. Sé lo mal que lo has pasado, lo que nos quieres, lo que te queremos nosotros, pero yo debo proteger a Zack por encima de cualquier cosa, incluso de ti.

La *intrusa* también temblaba.

De placer.

—Tienes razón. Tenéis que iros. Tenéis que marcharos ya.

Mis palabras lo enmudecieron.

—Zoey... —respondió.

Creo que estaba llorando.

—¿Sí?

—Nada...

—¿Cuándo os vais?

—He conseguido vuelo para el miércoles —me informó—. Hasta entonces estaré alojado en...

—No me lo digas. Prefiero no saberlo.

—Vale. Volveremos en tres semanas. Y entonces hablaremos, ¿quieres? —había recuperado el control de su voz y de sus emociones.

—Raúl... Dile que lo quiero mucho.

—Lo haré. Te dejo, que Zack acaba de salir de la escuela y no tardará en alcanzarme.

—Te quie...

Y la frase murió en mis labios. Me di la vuelta para enfrentarme a los ojos interrogadores de Jenny, pero suspiré de alivio al ver que estaba ocupada atendiendo a unos clientes. Entré en la cocina, cogí el bolso y mi abrigo, y me escabullí del local a la francesa.

Me dirigí al Central Park para hacer tiempo y no encontrarme con ellos en nuestra casa. Debí de deambular por el parque durante una hora o más. Las farolas se iluminaron anunciando la llegada de la noche, mi estómago rugió de hambre y mis manos lloraron de soledad. Era hora de regresar a aquella casa vacía...

Martes, 24 de abril de 2028. 9:27 a.m.

Manhattan. Consulta del doctor Fisher.

Tenía el regalo apoyado en la pared, justo al lado de la puerta. Con un poco de suerte, me daría tiempo de llamar al timbre y recogerlo antes de que abriera la puerta. Quería que fuera lo primero que viese. Tomé aire con los ojos cerrados y lo expulsé de modo pausado prestando atención a mis pulsaciones. Entonces apreté el botón, me agaché, sostuve la caja con ambas manos y aguardé hasta que sus pisadas alcanzaron la puerta.

Esta se abrió, antecedida por la cara curiosa de Fisher.

—Zoy, ¿y eso? —preguntó—. No están permitidos los regalos.

—Bueno... Este es algo distinto, doctor. No es material y tampoco puede devolverse.

Me miró intrigado un par de segundos. Después me invitó a pasar e inició el camino habitual que nos llevaba hasta su consulta.

El paquete maulló en mis manos a mitad de camino. Fisher se giró de inmediato al escucharlo, casi incrédulo.

—¿Es...?

—Un gatito —reconocí.

No sabía de nada más que maullara, así que era de tontos negarlo.

—Vaya. No sé si estoy preparado...

—¿Qué dicen los psicólogos y psiquiatras sobre el duelo, doctor? —contraataqué, pues ya venía preparada para sus peros.

El doctor sonrió con sus increíbles ojos claros y luego su sonrisa descendió a los labios.

—Veamos qué tenemos ahí entonces...

Entramos en la consulta. Fisher no dejaba de lanzar miradas furtivas a la pequeña caja maulladora. La apoyé en la mesa de centro donde solíamos desayunar y aguardé a que hiciera los honores. Sus ojos se hicieron más claros, llenos de expectación y, por un momento, me pareció más un chiquillo desenvolviendo sus regalos de Navidad que mi terapeuta.

—Es... Es... —dudó—. ¡Idéntico a Kirk!

—Lo sé. Ayer di un paseo por el centro. A la vuelta me crucé con una tienda de animales y, aunque no estoy a favor de la compra, no pude resistirme al verlo. Es lo menos que podía hacer, doctor...

—Muchas gracias, Zoey —contestó con la sonrisa tan llena que me recordó a la luna—. No debería aceptarlo, pero no vamos a dejar a esta preciosidad sin un papi, ¿verdad? —añadió mientras frotaba su barbilla contra la bolita de pelo que maullaba asustada—. ¿Té?

Asentí. Mi psiquiatra desapareció con su nuevo compañero silbando una melodía alegre y yo corrí a sentarme al sofá. Estaba cansada y débil. La noche había sido agotadora, poblada de sueños de pesadilla y fantasmas, de miedos.

—Parece que no haya dormido mucho desde la última vez —apuntó.

Venía con una bandeja que intuí especial: dos té negros con menta y dos enormes porciones de tarta de chocolate casera.

—¿Y el gato? —evité la pregunta.

—Lo he dejado en la cocina. No sería profesional pasar consulta e intentar escucharla mientras miro las monadas de esa cosita peluda, ¿verdad? —rió él.

Asentí conforme con una tímida risa.

Fisher siguió el protocolo habitual. Mesilla, botón de audio y vídeo y voz.

—Señora Zoey Santana, sexta sesión.

SEXTA SESIÓN

—¿Qué le tiene tan preocupada, Zoey? —me abordó. Directo al grano—. Esperaba encontrármela eufórica hoy después de la «captura» de su acosador.

—Bueno... Las cosas no han salido como esperaba, doctor —repuse abrazándome a mí misma.

Él arqueó una ceja.

—¿Sí? —añadió mientras me entregaba mi porción de tarta y el té negro.

—*Ella...* —contesté bajando la voz.

—¿Su intrusa? —preguntó deteniendo el movimiento de sus manos sobre la mesa—. ¿Qué ha sucedido, señora Santana? ¿Se ha tomado la medicación como me prometió?

Asentí.

—Verá... Hace dos noches, Raúl me encontró en la habitación del niño. Yo le prometo, doctor, que solo estaba mirando cómo dormía. Fui a comprobar si estaba bien antes de acostarme de nuevo, pero... —cerré los ojos con vergüenza y lo solté—: él me acusó de estar diciéndole cosas terribles a Zack, de querer matarlo...

—¿El inspector Santana dijo eso?

—Sí, pero no mentía, ¿sabe? Porque..., bueno, estaba empuñando un cuchillo enorme en mi mano izquierda, un cuchillo que no había visto hasta ese momento ni recordaba haber cogido.

—En la mano izquierda, ¿eh? —reflexionó él mientras abría el cuaderno y anotaba algunas palabras.

Asentí extrañada. Yo era diestra pero no le veía especial relevancia al hecho.

—Continúe, Zoey —me animó con una sonrisa afable.

—La *intrusa*, doctor Fisher, se había apoderado mi cuerpo, de mis movimientos sin que me apercibiera de ello, y actuó a sus anchas mientras me hacía creer que era yo la que estaba al mando. ¡Manipuló lo que yo creía estar viendo y haciendo! ¡Me engañó! Y ahora tengo mucho miedo...

—No te lo puedo discutir. Lo único sano y lógico de toda esta historia es que sientas miedo, Zoey. Hasta yo lo siento de algún modo... —se sinceró el Apolo de la psiquiatría—. ¿Por qué piensa que hizo todo eso? ¿Cree que le haría llegado a hacer daño a su hijo?

—No lo sé... De verdad que no lo sé, doctor. No sé qué habría pasado si Raúl no hubiera aparecido... —lloriqueé.

—Bueno. Lo primero es asegurarnos de que se esté tomando el medicamento a rajatabla. Se supone que comenzará a notar los efectos en breve. También me gustaría hablar con Santana, si es posible...

Su ausencia me escoció en las pupilas.

—Me temo que no va a ser posible, doctor. Raúl se ha ido de casa por una temporada y mañana mismo se va a México con nuestro hijo durante tres semanas. O eso es lo que ha dicho —solté de carrerilla con la vista fija en la alfombra de pelo bajo mis pies.

—Comprendo —Y comprendía.

Alargó la mano sobre la mesa y dio varios toques suaves en ella en sustitución de mi brazo, pues me encontraba demasiado alejada de él para favorecer el contacto, reclinada sobre el sofá, sorbiéndome las lágrimas y los recuerdos.

—Hay algo que me chirría en esta historia. Siempre había hablado de ella como que buscaba lo que usted tenía: su vida, su familia... —comenzó a recapitular—. Pero ¿cómo encaja eso con la idea de matarlos? ¿Para qué querría acabar con ellos y quedarse sin nada?

—Puede que simplemente disfrute con el dolor y quiera matarlos a todos... —dije en voz alta sin pensarlo mucho.

—¿A mí también? —preguntó de inmediato sin reacción aparente.

Su sonrisa continuaba navegando inmutable sobre sus labios. Pero el error estaba ahí, lo había soltado y él lo había oído.

—Es un modo de hablar, doctor —mentí. Dudo que me creyera—. Supongo que lo que busca es hacerme daño, aislarme, dejarme sin la gente que amo o me importa —deduje exhibiendo toda mi frustración.

—Es realmente perturbador. Y fascinante. Jamás he oído de una doble personalidad que busque acabar con la anfitriona. Debo insistir en que tiene que hablar con su marido, Zoey. No puede dejarlo al margen de esto que le está pasando. Tiene que hablarle de la *intrusa*...

—Si le hablo de *ella*, me dejará... —respondí aterrada.

—No, Zoey. Es al revés, ¿no lo ve? Si no se lo cuenta es cuando él la dejará de verdad porque no tendrá argumentos para comprenderla, justificarla o perdonarla. Necesita entender su problema.

—¡Clarooo! Seguro que, cuando le diga que tengo una voz en mi cabeza que me obliga a hacer y decir cosa que no quiero (o que tengo un trastorno de personalidad múltiple), Raúl se va a sentir súúúper tranquilo y volverá a casa con Zack enseguidita... —repliqué sarcástica.

—Pruebe el pastel —me ordenó con una sonrisa encantadora antes de levantarse hacia el teléfono fijo de su escritorio.

—¿Qué va a hacer? —pregunté.

—Coma —repitió con un guiño de ojos—. Yo voy a saltarme un poco las normas hoy... —añadió al tiempo que marcaba un número de teléfono.

—[...]

—Buenos días, detective Santana.

El trozo de pastel se me atragantó al escuchar su nombre.

—[...]

—Bueno, como sabe, hay cosas que no puedo decir sin vulnerar la confidencialidad entre médico y paciente, pero...

—[...]

—Sí, está aquí conmigo. Se la voy a pasar ahora mismo.

—[...]

—Sí. Tiene que contarle algo importante, sí.

—[...]

—Está bien —dijo, y entonces me miró—. Ahora se pone —añadió mientras abanicaba sus dedos en el aire para que me acercara.

Tragué el trozo de pastel que se había quedado encallado en mi garganta y corrí hacia el teléfono con un intenso sentimiento de odio y de admiración por el doctor.

—Hola... —saludé con timidez.

—Hola, Zoey. ¿Qué pasa? —su voz estaba teñida de preocupación.

—Verás... Tengo que contarte que... —suspiré. Era difícil, incluso sin tenerlo delante—. Lo que viste el otro día... Bueno, el doctor dice que tengo un trastorno de personalidad. Parece que surgió como respuesta al estrés postraumático del ataque del *asesino* y, bueno, esa noche... lo que viste no era yo, o no mi yo real. Esperamos que, con la terapia, la medicación y un poco de tiempo, todo se solucione. Es que yo... —me callé.

Supuse que querría decir algo al respecto, pero solo el silencio se manifestó.

—¿Raúl? —titubeé.

¿Y si me había colgado?

—Perdóname... —dijo al fin con la voz rota—. Creo que siempre he sospechado algo, que, en el fondo de mí, lo intuía y por eso quería que acudieras a Fisher. Quizá ha sido culpa mía también por no insistir más, por engañarme con que todo estaba bien...

—¿Vais a volver? —soné desesperada, pero me dio igual. Lo estaba.

—No, Zoey. No puedo permitir que Zack comparta techo contigo y suceda algo. No me lo perdonaría si... Y tú tampoco me lo perdonarías a mí. Quiero que hablemos a la vuelta. Cuando regresemos de México, pediré cita con el doctor (si te parece bien y le das permiso) para que me dé su opinión profesional sobre tu estado. Zoey..., esto no es fácil para mí tampoco. Te quiero y quiero protegerte, pero a Zack también...

—Ya... —conseguí decir.

No me salían las palabras. Se habían inundado todas en mi tristeza. La *intrusa* ronroneó.

—Hablamos a la vuelta, ¿sí? —dijo Raúl.

—Oh, claro...

—Zoey... —su voz tembló un poco. Esperé unos segundos larguísimo—. Seguro que lo logramos, ya verás —añadió antes de colgar.

Y la sonrisa escaló hasta mis labios para quedarse en ellos durante horas. Sabía lo que tenía que hacer de ahora en adelante: pelear por sacar a la *intrusa* de mi vida como fuera, por recuperarme

cuanto antes. Tenía que estar bien para cuando volvieran a Nueva York y que no se marcharan jamás de mi lado.

La sonrisa de Fisher se amplió cuando regresé a mi asiento.

—¿Mejor? —dijo.

—Gracias —respondí asintiendo con la cabeza.

—¿Y la tarta?

Reí. Parecía ansioso por saber mi veredicto.

—Deliciosa —reconocí.

—Ahora me gustaría que me contara más en detalle...

SÉPTIMA SESIÓN

—¿...cómo le va con su hermana? —preguntó después de tomar un trago largo de café.

—Muy bien, la verdad. Está siendo un gran apoyo para mí. Hoy, por ejemplo, me ha acompañado hasta la consulta y después hemos quedado para comer. Sabe que estoy llevando fatal la ausencia de mi familia. Solo llevan dos días allí y a mí se me antojan años, doctor.

—Lógico, pero está en contacto con su marido y su hijo, ¿no? —se interesó Fisher.

Me alargó una servilleta para que me limpiara los restos de gofre de las manos.

—Gracias, doctor. Sí. Me llamó el mismo miércoles desde el aeropuerto. Zack estaba entusiasmado con los aviones y no dejaba de repetir que se iba a hacer aviador —rememoré con una sonrisa—. Ayer también me llamaron para contarme que el vuelo había ido bien, que los abuelos estaban como locos con Zack... Me dijeron que me echaban de menos... —esbocé una sonrisa solitaria.

—Eso está muy bien, Zoey.

Asentí.

—¿Y qué puede decirme de la *intrusa*? Hoy no hemos hablado todavía de *ella*. ¿Se ha vuelto a manifestar? ¿*La oye, la siente*? ¿Ha vuelto a tener pérdidas de memoria?

—La verdad es que no, doctor. Es muy extraño. Es como si se hubiera cansado de mí o estuviera muy perdida. Solo ha habido algo inusual, pero es una tontería en realidad: un sueño extraño. Nada más...

—Cuéntemelo, Zoey. ¿Qué pasaba en su sueño?

—Era raro. Sentía que estaba tumbada en una cama llena de cables conectados a máquinas, máquinas que hacían ruidos como los que yo llevo años escuchando. Ya sabe, ese fuelle, el pitido... Sentía que algunas caras me estaban mirando, pero yo no podía verlas a ellas, solo

percibir su presencia, porque me encontraba debajo de un montón de carne y piel que no era mía. De pronto esas caras hablaron y una de ellas tenía la voz de mi hermana. Estaba llorando porque la mujer de la cama no se despertaba desde hacía muchos días. La otra voz respondía entonces que debía estar preparada para lo peor, que diez días eran demasiados y mala señal. Yo quería gritarles que estaba ahí, solo que no me veían ni oían. Entonces la voz de la intrusa gritó en mi cabeza. Tenía miedo de mí. ¡En el sueño tenía miedo de mí y no al revés! Me preguntó qué hacía yo ahí, que ese no era mi sitio, que me fuera, que me fuera de su cuerpo...

—¿Y entonces? —me animó a continuar, alzando un momento sus ojos azules del cuaderno en el que escribía.

—Y nada, doctor. Desperté. Eso es todo —concluí encogiéndome de hombros.

—Es... —hizo una pausa reflexiva.

UNDÉCIMA SESIÓN

—... Estupendo, Zoey —sentenció sonriente.

—Sí. Regresan el próximo viernes. ¡Tengo tantas ganas de verlos y de abrazarlos! No se imagina.

Fisher rio con complicidad.

—¿Su marido le ha dicho algo? —preguntó con tacto.

—¿Sobre si viene para quedarse en casa? —Negué con la cabeza—. La verdad es que no con esas palabras, pero sí me ha dicho que me echaban muchísimo de menos, me pregunta por la terapia, se interesa por mi estado. Creo que lo está valorando y, bueno, cuando nos veamos... confío en que nos demos una oportunidad. Nos lo merecemos y yo me siento genial ahora mismo, doctor. Si no fuera por las pesadillas...

—¿No ha vuelto a tener visiones?

—Ninguna, doctor —contesté tan orgullosa como cuando llegaba a casa con un sobresaliente en un examen—. Solo esas pesadillas, pero ¿quién no las tiene en casos similares?

—Es posible... —dijo con ambigüedad él. Escribió un par de palabras más y me preguntó—: ¿En las pesadillas sale la intrusa?

—Sí, normalmente sí, pero también mi hijo y el niño muerto de la casa, y las caras borrosas. A veces también sale el *asesino*, un perro, o mis padres...

—¿Ha intentado ir a visitar a su padre, como hablamos en la última sesión?

—Lo he intentado, pero no he podido... No puedo. Sé que este tema es fuente de conflicto con Alison, pero es superior a mí, doctor.

—Pues es un peldaño más que debe subir para llegar a la cima de su recuperación —me contestó

con un cliché que no le pegaba.

—Lo sé —reconocí.

—¿Y el olor a tulipanes? ¿Cómo va eso?

—Pues muy bien, doctor. Hace tiempo que no lo siento y se acabaron las náuseas y el mareo.

—Fantástico —apuntó.

DECIMOSEXTA SESIÓN

—Así es, doctor. Las cosas no son como al principio, y creo que tardarán un poco en volver a su estado, pero al menos han vuelto a casa. Raúl me ha pedido tiempo y no se fía del todo.

—¿Por qué lo dice?

—Porque Zack duerme con él en nuestra cama —confesé con una mueca de dolor—, y yo lo hago en el cuarto de invitados. Dice que necesita tiempo.

—¿Y cómo le hace sentir eso, Zoey? —siguió apuntando mientras me hablaba.

—Me duele, pero también me alivia ver que él también se está esforzando, que quiere que nos demos otra oportunidad. Están en casa. Conmigo. Eso es bueno, ¿no doctor?

—Por supuesto. ¿Y a su hijo cómo lo ve?

—Bueno, creo que él recuerda esa noche, ¿sabe? Lo recuerda y, aunque finge no hacerlo, a veces me mira con miedo y siento cómo tiembla de miedo cuando lo estrecho entre mis brazos —reconocí, y no pude evitar que los ojos se me llenasen de lágrimas hasta que el doctor se convirtió en una mancha difusa más, como en mis pesadillas—. Es duro.

El doctor sonrió, comprensivo y cercano, y me acercó una caja de pañuelos de papel. Había gastado tantas las últimas semanas que seguro que me cobraba un extra en las siguientes sesiones.

—Deles tiempo a ambos y verá cómo todo mejora, Zoey.

DECIMONOVENA SESIÓN

—No ha mejorado, doctor. En absoluto —inspiré derrotada y lánguida sobre el sofá—. Más bien, al contrario, si he de serle franca.

El doctor dejó de remover su café, lo colocó sobre la mesa y me miró con gravedad.

—Lamento mucho escuchar eso, Zoey, puesto que sus avances son espectaculares... De hecho, había pensado en reducir las sesiones a una por semana. Ya no veo necesario que venga dos

veces.

—¿De verdad? —pregunté emocionada.

No me había dado cuenta de mis progresos, pero era cierto. Hacía semanas que no sufría alucinaciones (si no contábamos mis sueños), la *intrusa* seguía dormida dentro de mí, como un cadáver silencioso que no hace nada más aparte de apestar, y, por fin, había vuelto a ser yo.

El problema era que *ellos* ya no eran *ellos*.

—¿Está de acuerdo entonces? —dijo con esa sonrisa arrebatadora de actor.

—¡Claro que sí!

—Y también creo que hemos superado la fase de primeras citas... —rio él—, de modo que...

—¿Podemos tutearnos? —me aseguré sin salir de mi asombro.

—Solo si se siente cómoda... Además, usted me regaló a Pecas, así que...

—Me encantaría, doctor... —dije ruborizada al caer en la cuenta de cuánto significaba aquello para mí.

—Pues sea pues... Cuéntame, Zoey, cómo están las cosas en casa. En nuestra última sesión acordamos que te sentarías a hablar con Raúl del problema, de vuestra falta de comunicación. ¿Qué sucedió?

Suspiré para alejar el dolor de mí.

—Me senté en esa silla para hablarlo, doctor, pero no había nadie al otro lado.

—¿A qué se refiere? —preguntó sin dejar de parpadear.

Todavía no había abierto su cuaderno.

—Raúl se pasa todo el día trabajando cuando yo estoy en casa. Es como si lo hiciera aposta para no coincidir conmigo, ¿sabes? Él lo niega, por supuesto, pero ahora él es quien lleva y recoge a Zack del colegio, cada día. A veces lo trae al Café para que se quede conmigo y otras me espera con él en casa hasta que regreso. Siempre sale con la excusa del trabajo, de varios casos urgentes y jamás tiene tiempo para hablar ya. O para sonreírme. Suele llegar cuando ya estoy acostada y no ha querido volver a compartir cama conmigo. Es... frustrante. Empiezo a pensar que ya no me quiere, que, si regresó, fue solo para no romper la familia.

—Tienes que hablar con él, Zoey.

—¡Lo he intentado, doctor! Pero está tan raro y poco comunicativo... Y no solo él, ojo... Si vieras a mi hijo... Apenas ríe o juega en mi presencia. Los últimos abrazos que me ha dado fueron fríos, a la fuerza. No he vuelto a abrazarle más porque me hace daño sentir que se los robo. A veces, cuando salgo del dormitorio, los oigo reír en el piso de abajo. Bajo las escaleras con cuidado de no hacer ruido para poder escuchar sus risas, para verlos felices y poder sonreír yo con ellos, pero, apenas me acerco, las risas se extinguen en sus labios, el aire se vuelve frío y callado. Comienzan los cuchicheos y, después, el silencio devorándolo todo.

El buen doctor me acercó una caja de pañuelos por estrenar. Tenía la cara empapada y ni siquiera me había dado cuenta.

—Escríbele una carta, déjale un mensaje en el contestador, convéncelo para que venga a consulta contigo... Pero no podéis seguir así, Zoey —susurró y tuvo el buen tino de no sonreír—. Creo que es hora de tomarse un segundo café y sacar ese bizcocho del horno. ¿Quieres otro té, Zoey? —me ofreció antes de levantarse.

—¿Por qué no?

VIGESIMOTERCERA SESIÓN

—¿Por qué no, me preguntas? —repitió el doctor. Parecía casi enfadado—. ¡Porque no puedes ocultárselo!

—Si no hablaba conmigo cuando *ella* no estaba, ¿crees que lo hará si se entera de que ha vuelto? Creo que es la excusa que le hace falta para dejarme oficialmente... —repliqué retorciéndome compulsivamente las manos.

—Zoey, tiene que saberlo. Por la seguridad de vuestro hijo, por la suya propia... Si... —comenzó a exponer.

—No, doctor —lo interrumpí—. Esta vez es diferente, ¿sabe? Desde esa noche que se metió en mí y me vi con ese cuchillo... no sé, es como si hubiera gastado todas sus energías en ese acto. Ya no me obliga a hacer nada. Oigo que susurra, su respiración y es como si estuviera muy lejos de mí, tan lejos que no puede alcanzarme ni hacerme daño.

—Los medicamentos, seguro —afirmó Fisher, que había recobrado su postura tranquila y elegante—. ¿Y qué te susurra?

—Es lo curioso, doctor. No me susurraba a mí. De hecho, *ella* tampoco habla ya conmigo. Parece que todos se hayan puesto de acuerdo en no hacerlo. Si no fuera por ti, por Alison y Jenny... —divagué—. En fin...

—Bueno, y si no hablaba contigo, ¿con quién lo hacía?

Su bolígrafo ya se encontraba en la casilla de salida, presto a anotar mis palabras. Di un sorbo al té especiado mientras decidía si decirle la verdad y asentí.

—Pues hablaba con Alison, una Alison que sonaba distinta, pero era ella. Yo estaba durmiendo cuando, de repente, las escuché hablar. Fue una experiencia extraña; era como espiarme a mí misma. *Ella* le estaba hablando de nosotros, de Raúl y de mi hijo, de nuestra vida en común como si fuera yo, ¿comprendes? En su relato, lo más perturbador es que todo iba bien, como antes de que *ella* tomara mi cuerpo y mi mente. Y entonces me pregunté... —me silenció. Si lo decía, no habría vuelta atrás.

—¿Sí?

—Me pregunté si esa noche no se habría llevado la *intrusaa* mi familia; si los que habían regresado a casa no eran ellos, sino unos impostores. Ahora no dejo de pensar en ello y, si los miro muy fijamente, apartan los ojos como si temieran que fuera a descubrirlos. Doctor Fisher, sé

que no suena muy cuerdo, pero ese niño y ese hombre que viven en mi casa no son mi marido ni mi hijo. ¡Ahora lo sé!

—Zoey... —el doctor tenía la frente arrugada por la preocupación—. ¿Comprendes lo que me estás diciendo?

TRIGESIMOQUINTA SESIÓN

—Claro que lo comprendo, Arthur —repliqué ceñuda mientras rechazaba su estúpida taza de té.

—Permíteme que lo ponga en duda, Zoey. Llevas dos semanas sin querer hablar prácticamente de nada. Te niegas a hablar de cómo van las cosas en casa, en tu cabeza, de la intrusa... Incluso de tu hermana. ¿Qué estamos haciendo salvo perder el tiempo y tu dinero? Las terapias no funcionan así...

Fisher tenía el semblante serio. No recordaba haberlo visto sonreír desde mi llegada. Menudo falso estaba hecho...

—Zoey... Vamos a probar hoy con algo distinto —me dijo con una mueca que no podría catalogarse como sonrisa sino como desafío. Me estiré en mi asiento orgullosa—. Dibuja lo que te apetezca en esta hoja... —añadió mientras arrancaba una de las hojas de su cuaderno y me lo ofrecía junto a su boli.

—¿Terapia infantil? ¡Qué refinamiento! —exclamé irónica.

Sin embargo, le hice caso. Dibujé una casa grande con su jardín, a dos niñas jugando en él junto a un perro grande. A lo lejos, dos figuras cogidas de la mano observaban a las niñas y al perro. Cuando terminé, le devolví el dibujo al médico con una sonrisa en la boca. Siempre se me había dado bien dibujar.

—¡Vaya! Es realmente fantástico —lo elogió él entre silbidos—. Y, sobre todo, para haberlo hecho con la mano izquierda. Realmente asombroso, sí, señorita. ¿Sabes que dicen que los zurdos son personas más inteligentes que los diestros? ¿Qué opinas de ello, ZOEY?

—No me interesa ese debate, doctor.

—¿Doctor? ¿Ya no soy Arthur? —replicó con la ceja tan elevada que iba a chocar con el nacimiento de su pelo.

—No me encuentro bien. Necesito irme a casa —contesté, sintiéndome repentinamente mal.

El doctor se levantó conmigo y detuvo mi avance tomándome del codo.

—¿Recuerdas mi norma de no dejarse una sesión a medias sin justificación aparente? —susurró con la voz firme y la sonrisa muy recta.

—No me encuentro bien, doctor. Necesito irme a casa ahora mismo —repetí entre sudores fríos y palpitations.

El hedor a tulipanes había regresado.

Fisher me examinó con curiosidad patente antes de que su sonrisa se derramara sobre su rostro.

—Está bien, pero en nuestra próxima cita hablaremos de varios temas pendientes, ¿de acuerdo? — concedió liberándome de sus dedos.

Me limité a asentir, suspiré y salí a la carrera de ahí antes de que el impulso de matarlo se hiciera más fuerte.

Antes de que estampara su perfecta y atractiva cara contra su porcelana fina y sus estanterías abarrotadas de libros.

Cuando me quise dar cuenta, ya estaba aparcando el coche en el garaje. Apenas recordaba haber recorrido el camino hasta el aparcamiento de la consulta de Fisher. Y menos sentarme en él, arrancarlo y conducir, pero ahí estaba, en casa. Estaba perdiendo el control y la memoria, lo sabía.

La casa dormía silenciosa. La puerta que comunicaba el garaje con ella bostezó solo un segundo cuando la abrí. Mi cuerpo tiritó de frío. Estaba todo a oscuras a pesar de ser primera hora de la mañana. Parecía tan grande sin ellos...

Me apresuré a descorrer las cortinas para que la luz natural se llevara toda esa horrible oscuridad. Después los llamé en voz alta sabiendo que no responderían y eché la llave por dentro. Solo entonces conseguí suspirar de alivio.

Ahí no podría hacer daño a nadie por mucho que *ella* me obligara.

Revisé la primera planta con cuidado. No sabía qué narices estaba buscando, pero sí que debía encontrarlo. Una hora más tarde subí las escaleras y repetí la inspección paso a paso. Me había dejado nuestro dormitorio para el final, y es que me costaba entrar en él desde que ya no era mío.

El hedor a tulipanes se volvió más intenso, casi insoportable.

Todo lo envolvía, todo lo pudría.

Revolví cajones, cajas, estantes, libros... hasta dar con él. Y ahí, en un falso techo del armario empotrado, mis ojos vomitaron lágrimas horrorizadas. Junto a un tulipán marchito, idéntico a los que él me traía a diario durante mi secuestro, estaba la sudadera manchada con la sangre del niño muerto y una de sus zapatillas.

¿Para qué tendría un policía todo aquello en su propio armario? ¿Para ocultar pruebas? ¿Para fabricarlas? ¿Para que las encontrara y volverme loca? ¿Quería que lo encontrara, que lo supiera?

En mi cabeza planearon preguntas y respuestas, dudas, sospechas y temores.

¡Él se había preocupado de matar a Newman sin que hubiera testigos delante! ¡Pues claro! ¡Se las arregló para que no se fuera de la lengua! Siempre habían sido cómplices. ¡Quizá fuera el verdadero asesino!



otro, el impostor, el que ya no dormía conmigo ni me sonreía.

O era el

Había vuelto para quitármelo todo...

El amor de mi hijo, a mi esposo, mi sonrisa, mi cordura...

Tenía que hacer algo con él.

Era un impostor, un asesino.

Tenía que actuar.

Capítulo 15

Viernes, 16 de febrero de 2018.

Nueva York. Hospital *Medical Center*.

Aquellas dos últimas semanas las recordaría en mi calendario vital como duras, muy duras. Algo le había sucedido a Zoey después de nuestra charla para que no se volviese a despertar tras ella. ¿Y si había sido yo la culpable?

Cada día era un paso más hacia la desesperanza y Willis ya me había echado su sermón honesto y preocupado, más propio de un padre que de un médico, para que me hiciese a esa idea que hacía sangrar a mi corazón: mi hermana no volvería a despertar.

«Cuando un paciente en coma», me dijo, «regresa y comienza a hablar, recupera parte de sus recuerdos y mejora para luego caer de nuevo en la inconsciencia como si jamás hubiera despertado... No sé de casos felices que hablen de un segundo despertar, Alison. Las recaídas las catalogamos como irreversibles».

Yo me negué a creerlo, por supuesto, y seguí acudiendo al hospital a diario para hablar con mi hermana y contarle cualquier cosa que se me ocurriera de nuestro pasado y presente incluyendo planes de futuro y, por qué no decirlo, cochinas mentiras, por si, en alguna de esas, escuchaba algo que le interesase, enfadase o le hiciese la suficiente gracia como para abrir los ojos y pedirme que le contara más.

Hasta el día anterior.

La idea me había surgido de la forma más estúpida. Le estaba recordando la historietita del día en que le destrozamos el rosal a mamá sin querer. Estábamos jugando a pillarnos y acabamos arrasando sus flores al caer de morros sobre ellas a pesar de nuestros patéticos intentos de última hora por frenar. Entonces Zoey se levantó del rosal aplastado con el pelo revuelto y florido, y corrió a la casa de la señora Clayton. No sé cómo se las apañó para convencer a nuestra vecina, pero, al rato, regresó con una docena de tulípanes en las manos y una sonrisa espléndida en los labios. Ahí comenzó la leyenda de la flor de los Miller. Mamá no pudo enfadarse con nosotras todo lo que le hubiera gustado y Zoey estuvo haciendo de chica de los recados para la señora

Clayton durante un par de semanas o más. En ese momento me acordé de cómo había actuado mi hermana al despertarse en el hospital y ver las flores. Había sido una reacción visceral, casi violenta.

Y yo quería que reaccionara.

De modo que me presenté con un ostentoso ramo de tulipanes y los coloqué sobre su pecho muy cerca de la nariz. Esperaba que actuara como un revulsivo, como la kryptonita, no lo sé. El caso es que, apenas diez minutos después, Zoey abrió sus increíbles ojos de primavera y sonrió. Ni siquiera le quitó ternura ni elegancia el hecho de que dijera: «Puajjj. ¡Tulipanes! Quítamelos de ahí, hazme el favor».

Y así había ocurrido el «milagro»; así había despertado después de dos semanas de total inconsciencia: al olor de unas estúpidas flores. ¿Casualidad? ¡Vete a saber!

No corrí de inmediato a llamar a nadie pues supe, por su expresión urgente, que tenía mucho que contarme.

Y lo hizo.

Estuvo hablando casi una hora, sin pausa; yo, en silencio para no interrumpir. Cuando terminó, simplemente volvió a dormirse, como si ya no tuviera nada más que decir o hacer. Solo entonces me atreví a separarme de ella para ir en busca del doctor, pero Willis ya había terminado su turno. Tenía que hablar con él. Era importante.

—¿Benjamin? —me apresuré a pronunciar en cuanto la llamada se descolgó.

—¿Alison? ¿Todo bien? —preguntó extrañado.

Lógico. Jamás lo había llamado a su teléfono personal a pesar de habérselo dado hacía meses.

—¿Está todo bien? —repitió.

—Doctor, Zoey ha regresado. He estado (bueno, ella ha estado) hablando una hora entera de «su vida». Tengo que hablar contigo, tengo que contártelo todo...

—Bien. Esto es... ¡Fantástico! —Supe que estaba sonriendo al otro lado del hilo—. ¿Qué te parece si mañana me sacáis Paul y tú a la hora de la comida, y dejo que me sobornéis con cualquier otro tipo de rancho que no sea el del hospital? Así podremos estar más a gusto. Salgo a la una y media si no hay ninguna urgencia. Confío en que no sea excesivamente tarde para vosotros...

—No, no. Me parece una gran idea, Ben. Seguro que fuera del hospital me resulta más sencillo hablar de ello, y conozco una pequeña pizzería a unas manzanas del *Medical* donde sirven comida hasta tarde y es muy tranquila. Ahí podremos hablar sin problema.

—¿A la una y media en mi despacho entonces?

—Me parece estupendo, Ben. Ahí estaremos.



—¡Oh, aquí estáis, parejita! —exclamó Willis al abrirnos la puerta.

Paul extendió su brazo protector alrededor de mis hombros y sonrió con una inclinación de cabeza.

—Doctor, ¿viene con hambre? Porque las raciones en ese restaurante son bestiales... —apuntó mi marido de buen humor.

El doctor se palmeó el estómago con satisfacción antes de cerrar su despacho y entrelazar su brazo al que Paul me había dejado libre mientras nos relataba, de camino al ascensor, un par de anécdotas curiosas con pacientes de ese día. Sin embargo, noté que algo le preocupaba tras su jovialidad aparente.

—Doctor, ¿le ha pasado algo a Zoey? ¿Ha vuelto a despertar? —pregunté sin resistirme.

—Nada: ni malo ni bueno. Nada nuevo, Ali. Pero ahora os cuento en el restaurante, ¿vale? —respondió con los ojos saltando invariablemente de mí a Paul.

Mantuvimos un silencio tenso en el ascensor, tan abarrotado de extraños aquel día que había alcanzado el límite de su capacidad. Los ascensores de hospital son, en mi opinión, los lugares más incómodos y terribles de esta sociedad moderna, con ese silencio especialmente denso que deshace las sonrisas como si fueran humo y te las devuelve convertidas en miedos. Es como morir un poco, una prisión temporal antes (o después) de enfrentarte a la realidad. Paul y yo suspiramos a la vez en cuanto las puertas automáticas se abrieron y el aire fresco del recibidor nos golpeó en la cara.

—¿Paseo o coche? —preguntó ya en la calle Paul mirándome directamente a mí.

Aún me quedaban tres semanas para salir de cuentas, pero me encontraba pesada y enorme, y la pierna ortopédica no llevaba tantos meses conmigo para haberme hecho íntima de ella, o amiga al menos. En un gesto de pura imitación, me palmeé el triponcio con una gran sonrisa y respondí:

—Coche, por favor.



—Desembucha, Ben —le solté con una familiaridad que le hizo reír.

El doctor observó cómo se alejaba la camarera que acababa de tomarnos nota y se enfrentó a mi mirada con un atisbo de incomodidad.

—Necesito que nos firmes unos documentos en mi despacho más tarde. En caso de que me des tu autorización, por supuesto...

Sentí la presión de la palma de mi marido sobre la mía acompañándome.

—¿Y de qué se trata? —pregunté conteniendo la respiración.

—Queremos instalar una cámara de vigilancia en la habitación de Zoey —respondió con cautela—. Sé que es poco ortodoxo, pero nos podría ayudar a descubrir muchas cosas, como las veces y el tiempo que está despierta. No dejo de pensar en lo que dijiste un día de que solo sabíamos que había abierto los ojos cuando uno de nosotros estaba ahí para verlo. Si tuviéramos un registro de ello...

—¿Una cámara? —repetí dudosa intentando imaginar qué opinaría mi hermana sobre esa falta de privacidad y compararlo con lo que yo misma opinaría de estar en su situación.

—Piensa que, en todo este tiempo que la hemos creído dormida, ha podido estar consciente más de una vez y nos lo estaríamos perdiendo. Así de sencillo: abrir los ojos, no ver a nadie cerca y volver a cerrarlos para perderse en su mundo. Ayer dio la casualidad de que estabas con ella, pero podría no haber sido así... —argumentó él.

—Benjamin, creo que fui yo la que traje de vuelta ayer a mi hermana —contesté con una sonrisa.

Willis parpadeó y me interrogó con la mirada. Mi esposo asintió.

—Verás: Zoey siempre ha adorado los tulipanes y, en cambio, una de las primeras frases que pronunció según despertó fue que los retirara de ahí, que no los soportaba. Me dejó muy sorprendida. Paul y yo lo comentamos y, bueno —miré a mi marido con una sonrisa—, llegamos a una teoría que podría parecer algo sorprendente a priori. ¿Y si su parte racional (la que sabe que está en un hospital, la que es consciente del accidente e, incluso, sospecha que nuestros padres han fallecido) es la que hubiera desarrollado una fobia extraña a estas flores que le recuerdan cada día lo sucedido? ¿Y si no quiere recordar dónde se encuentra y por qué, y los tulipanes se lo impiden?

—Es... interesante —reconoció Benjamin.

La camarera se acercó a nosotros para descorchar la botella de Lambrusco que habíamos pedido. La sirvió entre grandes sonrisas en nuestras respectivas copas y los tres le agradecemos el gesto con murmullos de aprobación y más sonrisas. Solo cuando se alejó lo suficiente para atender a otra mesa, me sentí cómoda para retomar la conversación.

—Lo es, de forma que se nos ocurrió probar una cosilla. —Paul negó con la cabeza y me señaló a mí. Esa noche alguien iba a dormir en el sofá—. Si la noticia sobre la muerte del asesino fue lo que provocó que Zoey se quedara en su mundo y no volviera al nuestro porque estaba a gusto, ¿por qué no molestarla un poquito y obligarla a despertarse?

—¿La has despertado con flores? —preguntó incrédulo el doctor.

—Con un ramo enorme —reí con timidez—, que le puse en todo el morro. Lo que parecía una locura, pues... solo unos minutos después, se despertó.

—Flores... —repetió cabeceando de izquierda a derecha—. Increíble.

—Lo sé.

—¿Te das cuenta de lo valioso que habría sido para nosotros poder verlo y grabarlo? No solo para ayudar a tu hermana, Alison, sino para futuros pacientes, para mostrarlo en las facultades de medicina, en congresos y conferencias...

Crucé la mirada con Paul, llena de dudas. Si accedía a su petición y luego decidía, por algún

casual, ignorar las recomendaciones de Willis cuando hablara con Zoey, me descubriría y quedaría registrado para siempre. Mi marido se encogió de hombros dejándome a mí la decisión. Él me apoyaría de todos modos. El doctor captó al vuelo mi indecisión.

—Además, Alison —prosiguió en su razonamiento—, si tu hermana insiste en hablar contigo siempre a solas, estamos perdiendo tiempo y datos. Como hoy, que ignoramos qué te ha contado y qué está pasando por su cabeza. Es algo que dificulta enormemente nuestro trabajo y, por ende, nuestra ayuda.

—¿No es caro? —pregunté a la desesperada tratando de ganar tiempo.

—Bueno, eso es competencia nuestra, Ali —sonrió—, pero lo amortizaremos, no te preocupes. Ya he obtenido el visto bueno del director para instalar dos o tres cámaras en diferentes habitaciones, que albergan casos especiales como el de tu hermana. En realidad, no necesitamos permiso para grabar imágenes dentro de nuestras instalaciones, pero sí para el audio. Piénsatelo, ¿de acuerdo? Y me lo dices cuando lo tengas claro...

Asentí sintiéndome una delincuente. Benjamin se había comportado como un padre para mí, me había dado confianza, libertad, consejos, su cariño... y ahora yo le pagaba poniendo impedimentos a que grabara mis conversaciones con Zoey, conversaciones que podrían ayudar, además, a su recuperación si ellos las escuchaban.

—Muy bien. Lo haré. Doy mi consentimiento —dije a la vez que la camarera llegaba con un plato de *prosciutto* y otro de *carpaccio*.

Paul y Benjamin alzaron sus copas para brindar por la noticia sin ocultar su alegría. Yo levanté la mía y me dije a mí misma que aquello no cambiaba nada: si sentía la necesidad de decirle algo a mi hermana, no me lo iba a impedir una estúpida cámara y, para cuando lo escucharan todo, ya sería tarde.

Los dos se habían lanzado sobre los platos como lobos hambrientos. Yo me limité a catarlos con los ojos desde la distancia, desventajas de la gestación, y recé para que la pizza no tardara demasiado. ¡Me estaba muriendo de hambre!

—¿Vas a contarme qué pasó ayer? Me tienes en ascuas. Ayer... parecías alterada... —aseguró el doctor con su mirada escrutadora posada sobre mí.

—Bueno..., ¿recuerdas que lo último que dijo era que estaba casada, que tenía un hijo y que estábamos en 2028? —comencé.

El doctor asintió y Paul, aunque ya había escuchado la historia de mi boca la noche anterior, se inclinó hacia delante, interesado en volverla a oír.

—Bien, pues ojalá fuera solamente eso lo que cree, doctor. Pensaba que en su cabeza no habría más que cuatro pinceladas o detalles generales sobre esa vida imaginaria suya, pero no es así.

—¿Ah, no? —El doctor se mostró tan intrigado que apenas prestó atención a la fabulosa «Cuatro estaciones» que nos habían colocado en el centro.

La boca se me hizo agua. Paul corrió a hacer los honores y a repartir las porciones en nuestros platos mientras yo me explicaba.

—No. Zoey recuerda toda una vida pormenorizada. ¡Una vida entera que no ha vivido, doctor!

Según ella, lleva casada diez años con el inspector o detective que la salvó de su secuestro. Este asesino, cómo no, es idéntico al motorista que la agredió y... adivina cómo se llama su hijo ficticio.

El médico se llevó la mano a la coronilla y se la rascó con suavidad.

—Zack, doctor. ¡Se llama Zack! Igual que el niño que murió en el accidente, el hijo del motorista. ¿No es...? No sé ni cómo describirlo —dudé.

—¡Vaya! Seguramente la culpa la llevó a revivir al crío, a devolverle la vida. ¿Y qué mejor modo de devolvérsela y de protegerlo que siendo su propia madre? —aventuró el doctor.

—Estoy de acuerdo —intervino mi marido antes de atacar su porción de pizza—. Eso explicaría la similitud física y la edad.

—¿De modo que se acuerda de cómo era el niño físicamente? —se interesó el doctor—. ¿Y dices que tienen la misma edad?

—Idénticos, Ben. Según me lo ha descrito, son idénticos. Los ojos, la altura, el pelo... Claro que ella dice que el crío es una gota de agua de su marido.

—Es curioso cómo actúa el subconsciente. No puede salvarlo y entonces lo crea de nuevo, lo hace real en su mente... —repitió para sí mismo Willis sin ocultar su fascinación.

—Sí, pero hay más, mucho más. En su mundo, ella se ha hecho cargo del Café y lo lleva a medias con su «amiga» Jenny, una chica del instituto de la que ya no sé apenas nada. Creo que se fue a vivir a California con su marido. Todo es distinto en su mundo, pero es igual a la vez de un modo extraño. Verás: cree que terminé la universidad «en estos años» —dibujé unas comillas en el aire —, que me hice veterinaria y que tengo mi propia clínica. Por supuesto, piensa que papá sigue hospitalizado y en coma (es una ironía tan retorcida que casi parece de mal gusto) y que mamá vive, o malvive, porque en su historia ella está en una silla de ruedas y muda. Imagino que su mente no fue capaz de autoengañarse y borrar el recuerdo de verla con ese hierro atravesando su... —la voz se me quebró.

Paul me acarició la mano y me ofreció el trozo más grande de pizza que había en el plato. Acepté los dos, sobre todo el último, me mojé los labios en el vaso de agua para aclararme la voz y clavé mis pupilas en las del doctor.

—No te imaginas la de cosas que me ha contado. Tantos detalles... Resulta que está yendo a un psiquiatra y este es el que, junto a su marido, la había animado a hacer las paces conmigo.

—¿Las paces? ¿Estabais peleadas? —se asombró Willis.

—No, nunca nos hemos peleado ni dejado de hablar, pero en su mundo ella y yo hemos estado años separadas. Hasta hace bien poco...

—Cuando abrió los ojos y te vio —captó el médico de inmediato.

—Exacto. Y tenías razón, Ben: cualquier información que le demos trabaja en su universo paralelo y lo trastoca todo. Ahora el asesino ya no existe. Ella misma vio cómo moría a tiros tal y como le dije en mi improvisación.

—No estoy seguro de que todo esto sea positivo, Alison. Por un lado, alimentamos su ensoñación; por otro, le das motivos para que se encuentre a gusto ahí donde está, refugiada en su mente, para

que no vuelva —reflexionó él.

—Y tienes razón, lo sé. Estuvo mal. Pero, en ese momento, yo solo quería que se tranquilizara, que no le diera un chungo por pensar que alguien quería matarla. Y, además, ayer me contó otra cosa... —dije bajando la voz.

—¡Venga, cuéntaselo, coño! —rio Paul al ver cómo el doctor se mordía el labio por la tensión.

—Me ha hablado de una intrusa. No entendí muy bien quién era ni por qué la estaba acosando, pero decía que quería matarla o quedarse con su vida. Estaba realmente aterrorizada. Cuando la nombraba, lo hacía tan bajito que casi ni la oía, doctor.

—Comprendo —asintió Willis—. Su mente está creando problemas, obstáculos en el Paraíso que la obliguen a salir de allí. Es factible que esté buscando excusas para dejar todo aquello, que esté preparando su regreso. ¿Parecía feliz con su vida familiar?

—Pues parecía enamorada de ellos, la verdad. No hacía más que hablar de su marido y su hijo, del Café y de sus planes en familia. Era doloroso escucharla. ¿Crees que podríamos introducir algún elemento incómodo entre ellos, como una infidelidad, para ayudarla a despertar del todo?

El doctor suspiró.

—De ningún modo. Es peligroso, más que nunca. Recuerda lo que te comenté de los hilos rojos y el laberinto del Minotauro. Si manipulamos lo que sabe o sueña, podemos provocar una maraña de hilos, que se pierda en el camino y no halle la salida nunca más. Eso no ha cambiado. Nuestra tarea debe limitarse a hacer que se sienta confiada, querida y en terreno seguro cada vez que vuelve para que su mente no quiera marcharse más.

—¡Pero me estás pidiendo que sea solo una espectadora!

—Y es que no puedes ser otra cosa, Alison, porque solo depende de ella. Zoey es quien debe querer volver y dar los pasos por sí misma. Si la asustas, si le das datos que chocan o desmienten lo que ella cree saber, podría confundirse y colapsar. Debemos seguirle el juego.

—Es terca como una mula, ¿verdad, doctor? —habló mi marido—. Yo también se lo he dicho: que es peligroso revolver entre los recuerdos de una mente confusa.

—Ya, pero ¿y si le dijéramos que esas personas no existen ni lo han hecho jamás? ¿No le dejaríamos sin razones para que se siguiera aferrando a su mundo imaginado?

—¿Qué crees que pasaría por tu cabeza si te despiertas un día y yo te dijera que tu hijo y tu marido no existen, Ali? ¿Que nunca lo hicieron porque te los has inventado? ¿Cómo te sentirías? ¿Crees que te gustaría vivir en un mundo donde ellos no fueran reales? Es ella la que debe ir creando su camino hasta llegar a nosotros. Pensaba que ya habíamos aclarado este punto... —dijo el doctor con suavidad, pero con firmeza.

Asentí con una sonrisa incómoda. Sabía que él lo veía así, que mi marido también. Y no los culpaba por ello. Tenía sentido lo que decían, pero yo tenía un deber con mi hermana: traerla de vuelta.

Y, para ello, solo se me ocurría una forma.

Poner patas arriba su mundo.

Obligarla a volver.

Decirle la verdad.

—Ali... —me dijeron ambos, doctor y marido, perfectamente sincronizados y con esa voz paternalista que no me gustaba un pelo.

—¿Qué? —respondí con mi sonrisa más adorable, caída de pestañas incluida.

—Lo has comprendido, ¿verdad?

—Claro que sí. Es solo cuestión de tiempo, doctor...

«De no perderlo más y de actuar antes de que se tire otro año más en coma; antes de que sus órganos dejen de funcionar un día y yo me lamente por no haber seguido mis instintos, por haberla dejado apagarse en esa cama. Es ahora o nunca».

—Eso es —asintió el buen doctor con una sonrisa satisfecha—. Solo cuestión de tiempo y esperar.

Asentí y me llevé la pizza a la boca antes de que se me llenara de palabras. El doctor y Paul sonrieron confiados, y se entregaron al sabor del *pepperoni* y del orégano. Entonces mi teléfono y el de Benjamin sonaron a la vez. Di un respingo ante aquella casualidad imposible, descolgué con la mirada puesta en Ben mientras él atendía su propia llamada y respondí con la voz temblorosa:

—Al habla Alison Ackerman, ¿sí?

—Le llamamos del *Medical*. Su hermana acaba de despertar y reclama su presencia. Está muy alterada. Dice que su marido es el asesino, que quiere matarla...

Mi móvil se precipitó al vacío para bañarse en una piscina improvisada de tomate, champiñones y *pepperoni*.

El doctor negó en un gesto frustrado.

—¿La habéis sedado? —dijo a su propio teléfono.

—[...]

—Perfecto. Ahora vamos. Estoy precisamente con su familia ahora mismo —añadió cosiendo sus ojos castaños a los nuestros.

Nos levantamos los tres a una, dejamos una propina más que generosa y salimos a la calle a la carrera. Durante el trayecto en coche, me retorcí de impaciencia en el asiento del copiloto, preguntándome si podría hablar con ella un rato antes de que las drogas hicieran efecto, si podríamos hablar A SOLAS. Era el momento perfecto...

Capítulo 16

Manhattan. Consulta del doctor Fisher.

Fisher abrió la puerta con expresión desconcertada y una sonrisa hecha de labios fruncidos. Pecas se deslizó sigilosamente a través de las largas piernas de su amo y salió a recibirme entre maullidos reclamando que lo cogiera en brazos. Me espanté las lágrimas con ambas manos antes de agacharme para aupar al minino y lo acuné como a un bebé. El doctor, que aún luchaba por deshacerse del desconcierto, abrió finalmente la boca cuando nuestros ojos volvieron a encontrarse en lo alto.

—Zoey... ¿Qué haces aquí?

—Doctor, sé que he estado esta mañana en la consulta —comencé a explicarme entre hipos—, y que no me tocaba volver hasta la semana que viene, pero, cuando he llegado a casa de nuestra sesión, he encontrado algo —toqueteé la bandolera que llevaba colgada del hombro—, y debo enseñártelo.

—Zoey, hoy es domingo... —contestó él con gesto de preocupación—. No hemos tenido sesión hoy ni en toda la semana. La cancelaste, ¿recuerdas?

—No... No puede ser. He estado esta mañana aquí, luego he ido a casa. Zack estaba en el cole, Raúl en el trabajo y yo... yo he encontrado esto —volví a señalar hacia el contenido de la bandolera.

—Zoey, no has estado aquí. Es domingo —repitió.

Lo miré con desconfianza y entonces reparé en su pijama de franela.

—Coño... ¿Qué hora es? —pregunté, cada vez más desorientada, a la vez que me apoyaba en el quicio de la puerta.

Él se llevó la muñeca a la cara para consultar su reloj.

—Demasiado pronto, me temo. Anda, pasa, te invito a desayunar y me cuentas qué diablos sucede... —contestó con una de sus sonrisas hipnóticas mientras se echaba a un lado para franquearme el paso.

—Estoy desconcertada, Arthur. Juraría que he estado aquí esta misma mañana, que era jueves, y que solo han transcurrido tres (cuatro) horas como mucho, desde que hemos hablado.

—¿Té o café? —preguntó con una voz fingidamente despreocupada antes de girarse hacia el interior de la vivienda.

—Té, por favor —respondí siguiéndolo a través del oscuro pasillo.

Pecas saltó de mis brazos y corrió tras su dueño al ver que este hacía amago de entrar en la cocina. Yo continué sin él el trayecto familiar hasta llegar a la consulta, que permanecía en semi penumbra, y me senté sobre el sofá abrazándome a las pruebas con desesperación por si ellas también se volatilizaban.

Si era domingo, ¿quién se me había llevado todas esas horas y días que no recordaba? No, la pregunta no era quién, sino qué había hecho con ellas. El terror paralizó mi cuerpo. Después me sobrevino una náusea poderosa que me obligó a doblarme sobre mí misma. Cerré los ojos y no volví a abrirlos hasta que sentí las pisadas del doctor sobre la madera.

—¿Estás bien? —susurró el doctor en una cadencia que hacía que su voz sonara fuerte y suave a un mismo tiempo, como el agua fría de un río en verano.

—No, doctor. No lo estoy. ¡Qué coño!

—Toma —me dijo mirándome a los ojos a la vez que colocaba ante mí una infusión—. Es relajante. Te vendrá bien... —añadió con una curva incipiente sobre sus labios.

Le respondí con una sonrisa agradecida y soplé sobre la taza humeante. Fisher fingió recrearse en el movimiento de la cucharilla en su taza y en dar pequeños soplidos hasta que estuve preparada para hablar.

—Mi marido es el verdadero asesino, doctor; o, al menos, el cómplice... —le espeté sin paños calientes.

El rostro de mi interlocutor permaneció inalterable, tanto que dudé de haber llegado a pronunciar aquellas palabras. Quizá solo las había pensado.

Fisher devolvió el café a su platito y me arrojó una mirada curiosa.

—Soy todo oídos... —me invitó abriendo sus brazos y mostrándome las palmas de sus manos.

—Verás, he encontrado algunas cosas en un falso techo de mi armario: una caja de zapatos con... —Sentía que las palabras me desangrarían si continuaba. Tomé aire y lo solté—: Será mejor que lo veas por ti mismo.

Le entregué la bandolera con cuidado extremo, como si estuviera manejando plutonio o nitroglicerina. Él la depositó en el asiento contiguo al suyo y la abrió con el semblante sereno mientras yo me llevaba la mano derecha a la boca para morderme las uñas, cada vez más angustiada.

—Es una sudadera infantil llena de sangre —apuntó mi médico a medida que extraía objetos de la

bolsa—. Una zapatilla deportiva infantil... Y, en la caja —siguió enumerando—, una máscara.

—¡La que usó el asesino cuando entró en mi casa! —chillé sin poder reprimir mi histerismo por más tiempo.

—De acuerdo, Zoey —asintió él tan tranquilo que solo consiguió alterarme más.

¿Qué cojones estaba pasando? ¿También él estaba compinchado?

—Quiero que veas algo primero y luego lo hablamos, ¿sí?

—¿Por qué me hablas así, Arthur? —repliqué a la defensiva.

—¿De qué manera?

—De esa —le señalé enfadada, agitando mi dedo índice hacia él—. Como si yo fuera una chiflada peligrosa con un arma y trataras de desarmarme hablándome con ese tono de perro apaleado.

—Mira aquí, por favor —dijo con una sonrisa incómoda y alzó el mando a distancia hacia la misma televisión desde la que había creído ver morir al asesino a manos de Raúl.

El doctor pulsó un par de números en el mando y las imágenes volaron hasta detenerse en un punto concreto.

La sorpresa me golpeó en los ojos al verme a mí misma entrando en la consulta, aferrada a una bandolera exacta a la que llevaba en aquel momento. Vestía el abrigo verde botella que me ponía en los días más fríos, además de mi bufanda de lana de color marrón. En la cinta se veía cómo el doctor tomaba mi abrigo con una sonrisa afable y lo colocaba en el perchero situado junto a la puerta. Definitivamente, se trataba de un día frío a juzgar por la pequeña chimenea encendida y el jersey de lana gruesa que Fisher llevaba, cuyas tonalidades hacían juego con sus ojos marinos.

Observé la cinta con una sensación extraña y confusa. No era el hecho de verme a mí misma lo que me chocaba, sino que fuera una escena que no recordaba haber vivido jamás. Vi cómo ambos nos sentábamos frente a frente. Yo no dejaba de hablar y de agitar las manos. Poco a poco, la sonrisa perfecta del doctor se fue curvando de manera equivocada, como si no encontrara el camino y, unos segundos después, abandonó su asiento con el rostro contraído.

—Escucha ahora esto... —habló Fisher, obligándome a apartar mis ojos de la pantalla durante un segundo, antes de activar el sonido del vídeo.

—¡Es el asesino, doctor! ¡Es el asesino! —gritaba yo.

El doctor Fisher se movía de un lado a otro de la consulta. Parecía nervioso, incluso asustado. Nada que ver con la actitud incomprensiblemente calmada que mostraba en ese momento conmigo.

—Tenemos que llamar a la policía de inmediato, Zoey. Esto es muy grave... —me contestaba él tomando el teléfono.

—¿Y qué les decimos? ¿Que mi marido, casualmente detective de su unidad, tiene pruebas incriminatorias de un caso que nunca se resolvió?

—Exactamente eso, Zoey. Yo me niego a creer que el detective Santana sea un asesino y, muchísimo menos, creo que haya formado una familia contigo para luego quitártela, pero esto es grave... Si hay alguna posibilidad de que se hayan manipulado pruebas, debo comunicarlo...

—¿Cómo? —respondía yo alterada entonces al tiempo que me levantaba del sofá—. ¿No crees que sea el asesino? ¿Qué más pruebas necesitas? ¡Mira esa máscara! ¿Cómo puede estar en su poder si no es él?

—Quizá se la quitara en un momento dado antes de matarlo. No lo sé. Esto no me gusta un pelo —negó él.

—No me crees, ¿eh? Pues es la *intrusa* la que me ha llevado hasta las pruebas. Va a resultar que, al final, es la única que me dice la verdad aquí —lo acusé enfadada.

—¿La *intrusa* te dijo dónde buscar? —repitió él con la voz gris mientras se giraba a mí en la cinta—. Zoey, ¿te das cuenta de lo que dices? ¡Tú has puesto esas pruebas ahí! ¡Tú y solo tú conocías esta máscara! ¿Y la sudadera y la zapatilla? ¡A saber cuántas has podido comprar! ¡Eres tú! ¿No lo ves?

En el vídeo me dejaba caer derrotada sobre el sofá y enterraba el rostro entre cabellos y manos. Pensé que me pondría a llorar de rabia, frustración o miedo, pero, en su lugar, alcé la mirada hacia él y le reprimí con el dedo tembloroso:

—No, ¡yo no he hecho esto! ¡Yo jamás haría esto! Me queréis volver loca TODOS. ¿Y si los intrusos sois todos vosotros? ¿Y si sois vosotros los que no deberíais estar aquí?

Fisher sonreía entonces con renovada amabilidad y se sentaba a mi lado ignorando todas aquellas cosas horribles que acababa de decirle.

—Has dejado la medicación, Zoey —no era una pregunta.

Yo me encogí de hombros con una sonrisa que anunciaba a gritos mi culpabilidad.

—Un poquito.

—Por eso ha regresado tu *intrusa*. Por eso todo esto. Lo has hecho tú sin saberlo: has comprado estas cosas, las has escondido y luego las has encontrado. Sabías dónde buscar, aunque no lo recuerdes —susurró con el tacto tranquilizador de su mano sobre la mía.

—Yo... ¿Entonces Raúl no quiere matarme? —agité la cabeza.

—Créeme: Zoey. Nadie convive diez años con una mujer, tiene hijos, comparte su vida y le hace el amor a diario si no la ama. ¿Te imaginas aguantar tantos años a alguien solo para matarla? ¡Podría haberlo hecho la primera noche que pasasteis juntos!

—¿Y si quiere quitarme a Zack? —insistí.

—Creo que el divorcio es un pelín más cómodo que el asesinato —bromeó Fisher.

Yo sonreí entonces con timidez y acepté sin palabras el abrazo que me ofreció.

—¡Me quiere quitar a Zack! ¡Creo que ya lo ha hecho! —exclamaba al rato yo, de nuevo a la carga y anegada en lágrimas, hasta que las imágenes pasaron a cámara rápida delante de mis ojos.

—¿Qué haces? ¿Por qué no puedo ver toda la sesión? —quise saber.

El doctor pulsó la tecla de pausa, unió sus manos delante de su pecho tamborileando con sus dedos como si estuviera rezando y negó con la cabeza.

—Porque esa sesión es «casi idéntica» a esta otra que te voy a mostrar —señaló.

—¿Quieres decir que ha habido más veces? —pronuncié incapaz de creerme todo aquello.

—Solo una más. Con el día de hoy es la tercera, pero esta que acabamos de ver, Zoey, es de hace un año ya... —me explicó sin apenas sonreír.

—¡Un año! ¡Eso es imposible!

Sentía que mi mente iba a colapsar. Notaba los fragmentos de mi cerebro retorciéndose como babosas en busca de una salida. Quizá era la *intrusa* la que los movía, la que me estaba haciendo todo eso. Sí, era *ella*. Lo estaba consiguiendo. Yo se lo había permitido. Había dejado que me hiciera dudar de mi propia familia, de mi propio esposo... Era *ella* la culpable de todo.

—Mira... —dijo y apretó de nuevo al *Play*.

En esa segunda sesión, efectivamente, llevábamos otras ropas. Fisher vestía un sencillo pantalón gris perla de pinzas y una camiseta corta rayada de algodón, y yo, un vestido veraniego rojo palabra de honor. Él cabeceaba sin pausa, una y otra vez, como respuesta a mis palabras mudas.

—¿Preparada para escuchar, Zoey? —me dijo el Fisher real, el que estaba sentado a mi lado.

Sin despegar los ojos de la televisión, tragué una saliva espesa y asentí. El psiquiatra le devolvió el sonido a la imagen.

—¡Está claro que quiere matarme, doctor! —gritaba yo mientras estiraba el dobladillo del vestido sobre las rodillas.

—Claro que sí, Zoey. Y seguro que en estos once años no ha encontrado un momentito para hacerlo, ¿verdad? —respondía él en actitud irónica.

—¿Te estás burlando de mí? —le increpaba entonces yo, asombrada—. ¿Te parece normal lo que te acabo de enseñar? Arthur, te aseguro que ese hombre quiere matarme, pero no es mi marido en realidad: es un sustituto.

—¿Un sustituto?

—Sí, doctor. Es un farsante: han cambiado a Raúl. Y a mí hijo también. Esas dos personas que viven conmigo en casa son impostores, falsos. ¡No son ellos! Me han robado a mi familia y debo matarlos...

Asentí de forma inconsciente según escuchaba mis propias palabras en aquella cinta. Pues claro, ¡eso era! Me habían cambiado a mi familia y por eso ya no había risas ni abrazos, ni amor en mi hogar, como antes. Por eso todo era frío, oscuro y húmedo hacía tiempo, como vivir en un pozo sin luz.

Fisher me miró de reojo y volvió a congelar la imagen, que se quedó temblando sobre la pantalla del mismo modo en que lo hacía la rabia en mi interior, vibrando como un diapasón.

—Veo que estás conforme con las palabras que estás diciendo... —cabeceó—. Vuelves a pensar en el asesinato —afirmó sin preguntar—. Mira un poquito más y hablamos...

—¿Quién te ha robado a tu familia, Zoey? ¿Por qué motivo? ¿Cómo ha podido hacer algo así? —volvía a interrogarme el doctor de atuendo veraniego del vídeo, que se sentó a mi lado para ocupar una posición idéntica a la actual.

—Pues ha tenido que ser la *intrusa*, claro. El motivo es obvio: quiere hacerme daño o bien

engañarme. Se pensaba que no descubriría la mentira, que seguiría viviendo con esos desconocidos mientras ella se quedaba con los reales. ¡Pero *la* he descubierto! Por eso ya apenas *la* notaba, claro... Ya no le hago falta porque me los ha robado. ¡Me ha robado a mi marido y a mi hijo, doctor!

—¿No lo recuerdas de verdad? —me decía él entonces con una sonrisa tan triste que daban ganas de consolarlo.

Los ojos de Fisher se volvieron brillantes. Mi antiguo «yo» lo miró asustada. Él cogió mis manos y las acarició con cariño. La mano del doctor del presente imitó el movimiento del doctor del pasado y apoyó su suave mano en mi muñeca, haciendo que me sobresaltara. Intercambié con él una mirada ansiosa y fugaz antes de regresar a la televisión.

—¿El qué? —preguntaba yo suspicaz.

—La orden de alejamiento... —respondía entonces mi psiquiatra con evidente cautela.

—¿Qué orden de alejamiento? —dijo mi voz en la pantalla.

—¿Qué orden de alejamiento? —repetí yo casi al unísono, clavando mis ojos interrogantes en él.

—La que solicitó Santana después de que intentaras matar a tu hijo, Zoey —dijeron al unísono el doctor grabado y el doctor que estaba junto a mí.

—¿Qué coño...? —dijimos entonces mi «yo» veraniego y mi «yo» actual.

Fisher apagó la televisión con los dedos crispados, suspiró y se forzó a sonreírme a través del cansancio.

—Hace cinco meses trataste de asesinar a Zack cuando este dormía.

—¡Mentira! —lo desmentí muerta de miedo, creyéndome cada maldita coma que había dicho. Y, cuanto más lo creía, más ganas me daban de negarlo y de pegarle.

—Tu marido te descubrió encaramada al niño sobre la cama con un cuchillo en alto —siguió él. Sus dedos se doblaban acariciadores sobre el dorso de mi mano en un vano intento de reconfortarme—. Declaró que se había ido al baño y, al salir de él, te encontró de esa guisa, hablando de forma extremadamente veloz e inquietante.

—¿Inquietante? —quise saber. No comprendía nada.

—Santana declaró que te interrumpías cada dos o tres frases haciendo varias voces y poniendo esa risa histriónica de los malvados de los dibujos animados.

—¿Llegó a tiempo de detenerme? —me rendí, confusa y abatida.

—Sí. Tus palabras exactas fueron: «me hizo un placaje cuando mi cuchillo estaba a punto de alcanzar el corazón del niño impostor» —rememoró él sin abrir siquiera su cuaderno de notas.

—El niño impostor... —repetí—. ¿Qué pasó después?

Fisher se llevó ambas manos a la sien como aquejado de una súbita migraña, cerró los ojos y casi llegué a adivinar en sus labios una sonrisa moribunda.

—Tu marido se fue de casa esa misma noche con tu hijo. Después solicitó una orden de alejamiento, te pidió el divorcio, se celebró el juicio... —empezó a enumerar hasta que mi voz le

interrumpió.

—¿Un juicio? ¿Qué juicio?

—El primero fue el del intento de homicidio —me respondió.

—El primero... —susurré convertida en la ninfa Eco.

Un sudor frío bañó mi piel en toda su extensión. También tenía palpitaciones.

—No entraste en prisión gracias a mi valoración psiquiátrica, a la intervención de tu marido, que declaró en tu defensa a pesar de todo, y a otra serie de factores y condicionantes que el juez te impuso, como seguir a rajatabla la terapia, la medicación, que mis informes fueran favorables y viéramos mejoría... Como ves, nada de eso está ocurriendo, Zoey.

Solté mi mano de la suya, contrariada y dolida al leer la traición en sus ojos. También él me abandonaba. Seguro que era otro impostor, otro que le había robado la cara a mi buen amigo Arthur.

—¿Ha habido más juicios? —disimulé, haciendo ver que no había escuchado sus últimas palabras.

—Sí, uno más, pero no asististe al segundo. Estabas internada en ese momento mientras realizaban tu valoración mental para que el juez pudiera decidir y anunciar su veredicto.

—¿Y? —dije con los labios apretados por miedo a que el corazón se fugara por ellos.

—Fue el de la custodia. Cuando Raúl solicitó el divorcio, dada tu situación actual, te declararon no apta para cuidar de tu hijo. Lleváis separados varios meses ya. La casa se la quedaron ellos por sentencia judicial y tú vives a dos manzanas de aquí, que era uno de los requisitos que demandó el juez para tu tratamiento...

Miré la infusión fría en la taza buscando respuestas en ella. Algo no cuadraba en todo aquello.

—Esto no tiene sentido, Arthur. Esta mañana era jueves, he salido de aquí, he ido a casa, me he encontrado estas cosas en el armario por primera vez, vengo a enseñártelas y resulta que estamos en domingo, pero no en domingo de esa semana, sino que ha transcurrido un año y un montón de cosas que no recuerdo ni de lejos... ¿En qué fecha se supone que estamos, por cierto? —pregunté tratando de sonar escéptica, aunque el miedo devoró cualquier intento.

—Estamos a 15 de abril de 2029 —me dijo él—. Zoey, no puedo protegerte más... Si falsifico mi informe o tu asistencia consulta, podría perder la licencia. Y si hicieras algo que... —se tapó los ojos horrorizado—, sería mi responsabilidad. Sería imperdonable.

Lo miré fijamente. Sin sonrisas casi parecía desnudo.

—¡Esto es una inocentada! —dije al final—. ¡Me estás gastando una broma pesada y no sé cómo has hecho para manipular esos vídeos! Pero esto no es real, ¿a que no?

Fisher suspiró, cada vez más agotado.

—Ojalá lo fuera... Trata de recordar, Zoey. Si no es como te digo, podrás contarme cosas de los últimos días en tu casa, ¿verdad?

—Bueno... —dudé mientras intentaba abrirme paso en la oscuridad de mi cerebro—. Raúl no está

en casa mucho, apenas hablamos. Y Zachary, igual, está muy taciturno...

—Ya, pero alguna conversación habrá habido. Podrás decirme qué habéis desayunado esta mañana o cuándo fue la última vez que cenasteis juntos... algo.

—Yo... Yo... —titubeé.

Me habría caído al suelo de no encontrarme sentada.

—No lo recuerdas porque no ha ocurrido, Zoey. Porque hace demasiado tiempo que ya no abrazas a tu hijo y es porque no lo ves. No puedes. Tu mente te está jugando malas pasadas borrándote una y otra vez los recuerdos dolorosos, y yo... me temo que debo dar parte. Necesitas una terapia más integral, con más atención y supervisión constante, antes de que te pierdas del todo y no te acuerdes a ti misma o hagas algo que lloremos toda la vida... —dijo por fin.

Las lágrimas resbalaron por sus pómulos bronceados. Si no fuera porque hablaba de internarme en una clínica psiquiátrica, lo habría abrazado. Me limité a abrazarme a mis piernas.

—Yo... Dame unos días, por favor. Necesito averiguar algo... —le supliqué.

Supe que iba a decirme que sí al ver el miedo tiñendo sus ojos hasta volverlos de un color casi azul marino. Me tragué la sonrisa y esperé su confirmación verbal.

—Es domingo así que, técnicamente, no te he visto. Pero tienes cita el martes. Vengas o no vengas a consulta, ese día daré parte a la fiscalía y a tu exmarido.

«Exmarido».

Esa palabra me arrebató casi todo el saldo de sonrisas que había acumulado en vida.

Debía encontrarlo, hablar con él y mirarlo a los ojos para ver si era él de verdad.

Y, si no lo era, le obligaría a que me dijera dónde estaba el real, el verdadero. El único.

Debía verlos. A los dos.

—Tienes dos días —me recordó Fisher con decisión.

Se arrepintió de aquello en cuanto pronunció esas palabras.

—Dos días —aseguré con una sonrisa que ocultara mi desesperada plegaria para no perder la consciencia en las siguientes cuarenta y ocho horas—. Prometido: dos días.

Ni siquiera su sonrisa perfecta consiguió borrar las huellas del remordimiento en su rostro. Le di un beso rápido en la mejilla y salí de ahí pitando antes de que recobrara el buen juicio y me retuviera a la fuerza.

Solo tendría una oportunidad...

Capítulo 17

Viernes, 16 de febrero de 2018.

Nueva York. Hospital *Medical Center*.

Willis me sujetó del brazo con fuerza cuando estaba a punto de adentrarme en la habitación de Zoey. Me volví hacia él de forma apresurada para pedirle que me soltara, pero algo en sus ojos hizo que me detuviera en seco y lo mirara con más calma. Parecía sinceramente preocupado por la situación y pretendía que me diera cuenta de ello antes de dejar que siguiera mi camino.

—Quiero lo mejor para mi hermana, Ben —le dije, sonriente y conmovida.

Él palmeó mi brazo con golpes delicados y agitó la cabeza de arriba abajo.

—Lo sé, pero que lo quieras no significa que sepas qué es lo mejor. Sé precavida y juiciosa, Alison —me aconsejó como un padre.

Paul nos observó a los dos en silencio, no pensaba intervenir. Me conocía demasiado para ello.

—No haré nada que no haya repensado varias veces o que crea que le vaya a perjudicar. Te lo prometo —negocié yo mientras jugaba peligrosamente con la elasticidad de la frontera entre la verdad y la mentira.

—Te creo... —dijo al tiempo que me soltaba, como si me estuviera concediendo permiso para seguir adelante—. ¿Nos tomamos un cafecito en la cafetería, Paul, mientras estas dos muchachitas conversan? —añadió, dirigiéndose a él, con una jovialidad que me pareció forzada.

Mi marido asintió, me suplicó con la mirada que me portara bien y me dio un beso rápido en los labios antes de alejarse hacia el ascensor en compañía del doctor.

Mis pies ya me habían conducido al interior de la habitación mucho antes de que mis párpados se cerraran en un pestañeo. Zoey tenía la expresión ausente, con la boca abierta y los ojos abiertos

puestos en algún punto del techo. Ni siquiera respondió a mi movimiento cuando me acerqué a ella y me senté en la silla.

—Zoey... —susurré sin atreverme a tocarla.

Parpadeó un par de veces y giró el rostro hacia mí. Nuestras manos se enlazaron familiarmente y solo entonces nos permitimos ambas una sonrisa real.

—Estás aquí... —anunció triunfal—. Estaba preocupada. Te he llamado muchas veces al teléfono y no lo cogías. Tengo que contarte algo...

—Perdona, estaba trabajando —improvisé sobre la marcha—. Pero ya estoy aquí. ¿Qué sucede?

Mi hermana trató de incorporarse sobre los almohadones, pero su cuerpo no le respondió, de modo que se conformó con permanecer tumbada en el colchón.

—Es delicado... —susurró ella con confidencialidad.

—De acuerdo, Zoey —respondí preparándome para un nuevo relato demencial.

Me levanté de la silla para sentarme a su lado en la cama y favorecer así la intimidad que me estaba requiriendo. Me costó un mundo mantener esa postura incómoda entre la prótesis y mi vientre abultado, inclinada sobre ella en la pequeña cama individual. Le acaricié su caballo castaño y suave, y me cosí una sonrisa perenne en los labios solo para ella.

—He encontrado en el armario de casa unos objetos que... —comenzó a explicarse.

Recé para que mi sonrisa no se descosiera en todo el relato. A cada frase suya, yo me limitaba a asentir y sonreír.

Asentir y sonreír.

Asentir y sonreír.

—Pero luego el doctor Fisher me enseñó unos vídeos donde salía yo —continuó—, mostrando esos mismos objetos, contando las mismas cosas. Y, claro, me hizo dudar, ¿sabes, Ali? Porque yo no recuerdo nada de eso, no recuerdo este último año... Y no solo he perdido un año de mi vida; parece que a mí familia también —añadió en voz muy baja.

Sus lágrimas empezaron a correr libres, acompañadas de temblores.

—¿Qué les ha pasado? —quise saber.

—¿No lo sabes? —me preguntó con los ojos desquiciados.

Negué tragando saliva. Zoey reflexionó sobre ello con los ojos semi cerrados y asintió.

—Está bien. Eso demuestra que no eres una impostora. Fisher, mi psiquiatra, dice que intenté acuchillar a mi hijo —me soltó.

Yo me llevé la mano a la boca al sentir cómo se aflojaban los hilos de mi sonrisa, empujados hostilmente por el grito engendrado en mi garganta. No importaba que fuera un hijo imaginario: era su hijo al fin y al cabo porque ella lo creía así. Ahora comprendía del todo las palabras del doctor.

—... y me pidió el divorcio —la escuché decir. Volví a prestar atención—. Yo no recuerdo nada

de todo eso, te lo juro. Y, bueno, ahora que lo he pensado, creo que ya le encuentro sentido a estas cosas...

—¿Ah, sí? —pronuncié con cierta esperanza.

A lo mejor tenía razón Benjamin y había llegado a la verdad por sí misma sin necesidad de intervenciones ajenas.

—Sí, Ali. Es todo cosa de la *intrusa* —concluyó. La comisura de mis labios terminó de despegarse. Adiós a mi sonrisa—. Todo este tiempo que se ha dedicado a amenazar a los míos, a hacerme sentirme incómoda con la idea de que los mataría a través de mí, en realidad lo que buscaba era hacerme perder la cabeza; ahora lo veo. Su intención jamás fue la de acabar con sus vidas, sino quitármelos en la mía. Le daba igual si me convencía de que eran impostores, de que no eran mi familia, o si era mi familia la que acababa creyéndome un peligro para ellos, como ha sucedido al final después de meterse en mí y obligarme a apuñalar a mi hijo. *Ella* sabía que el vínculo se rompería. ¡Y lo ha conseguido! Ahora todos me toman por loca, Alison —me dijo clavando sus dedos en mi muñeca—. Incluso mi psiquiatra. ¿Cómo no lo van a pensar? *Ella* me lo ha quitado todo: a mi familia, mis recuerdos de este último año... ¡como si nunca hubiera pasado! He necesitado unas horas para poder procesarlo. Estaba desorientada, debía desechar teorías peregrinas y absurdas como que el psiquiatra fuera también un impostor (eso es lo que quiere *ella*: dejarme loca y sin credibilidad), pero ahora veo con claridad que todos son quienes dicen ser. Y por eso necesito tu ayuda...

—¿Mi ayuda? ¿Qué quieres que haga?

—Sí, te cuento. Resulta que tengo una orden de alejamiento que me impide acercarme a mi propio hijo, a mi marido y a la que era mi casa. Y solo dispongo de dos días porque Fisher hará mi valoración psiquiátrica según lo que ha visto; es decir, no me va a respaldar más.

—Sí, ¿dispones de dos días para...? —decidí seguir un poco más mientras veía cómo romper con todo aquello.

Zoey me miró como si fuera tonta.

—Para demostrar mi inocencia, ¡joder! —exclamó agitada—. Necesito que vayas a hablar con Raúl en mi lugar, que le cuentes lo que sucede, que no era yo. Necesito que sepa lo que *ella* me está haciendo, que sepa cuánto los quiero y echo de menos... ¡Necesito que me ayudes a recuperarlos y a demostrar que soy inocente!

—Entonces crees que todo esto es culpa de la *intrusa*... —repetí—. Zoey, tengo que contarte algo muy importante, MUY MUY importante, pero tienes que prometerme que no vas a gritar o alzar la voz ni un poquito, o aparecerán de inmediato los médicos y no nos dejarán terminar nuestra charla. Prométemelo...

La sonrisa le brilló tímidamente en los labios y extendió su dedo meñique para unirlo al mío.

—Promesa de hermanas Miller —susurramos las dos a una con el meñique entrelazado.

—¿Qué me tienes que decir? ¿Me vas a ayudar entonces? —su tono y su mirada eran suplicantes.

—Te voy a ayudar, hermanita... contándote la verdad. —Llené mi pecho de aire y lo expulsé ruidosamente antes de hablar—: Todo lo que crees haber vivido en estos últimos años, Zoey, no es real. Nunca te has casado, nunca has tenido un hijo, no llevas el *Miller*'s, nunca hubo un asesino...

Ninguna de esas cosas es real.

Ella negó con la cabeza en actitud reticente y dolorida. Mi dedo se apoyó en su boca rogando silencio y sus ojos se cristalizaron. Podía ver mi rostro fragmentado y multiplicado en sus pupilas.

—Estamos en febrero de 2018. El pasado 14 de abril tuvimos un accidente de tráfico de camino al Café. Tú conducías. —Su mano se cerró en una garra rígida sobre mi antebrazo—. No has vuelto a salir del hospital desde entonces, Zoey. Has estado en coma profundo hace bien poco, pero vienes y te vas, vienes y te vas...

—No te creo... —negó ella.

Sus ojos verdes me miraron desconfiados y dilatados.

—Lo sé, cariño, lo sé. Pero debo intentarlo... Durante el coma, has soñado un mundo alternativo. Imagino que tu mente, a su manera, decidió vivir la vida que tu cuerpo se estaba perdiendo, pero nada de lo que sucede en ese mundo es cierto. Nada.

—¿Cómo no van a existir Raúl ni Zack? —susurró—. ¡Eso es imposible, Alison! Recuerdo cada beso, cada risa, cada gesto, el olor de mi marido, el de mi hijo, su tacto. Sé cómo tiemblo cada vez que me abrazan. Y mi cuerpo aún recuerda cómo llevé a Zack en mi vientre durante casi nueve meses. Estos pechos lo amamantaron, lo he visto crecer...

Oculté mis lágrimas entre las manos y suspiré. No iba a ser tan fácil como me había imaginado en mi cabeza.

—¿Sabes quién era Zack? No es tu hijo, cielo, sino el del motorista que atropellamos. Tenía nueve años. Seguro que lo recuerdas tirado en el asfalto. Saliste a socorrerlo... Su sudadera blanca se había vuelto rosa y una de sus zapatillas había volado junto al cuerpo de Black. Estoy convencida de que una parte de ti está reconociendo esta historia.

—Mis pesadillas... —confesó asombrada.

—El motorista, a quien tú llamas el *asesino*, te agredió antes de morir. Estrelló una barra de hierro en tu cabeza y te provocó un politraumatismo severo con muchas lesiones y secuelas que no sabría explicarte ahora mismo. Los doctores que te atienden nos desaconsejaron que te contáramos la verdad hasta que te recuperaras o estuvieras fuera de peligro, hasta que pudieras asimilarlo todo, pero pasan los meses y siento que te estoy perdiendo. Por eso te lo estoy contando ahora por mi cuenta, por eso desobedezco al doctor: porque necesito que sepas cuál es la verdad para que decidas quedarte conmigo, para que no vuelvas a irte...

—¿Irme adónde?

—A ese mundo. Cada vez que cierras los ojos y regresas a él, temo que sea la última y que no vuelvas a abrirlos. Me aterroriza que te quedes con ellos para siempre. No son reales, Zoey. Yo sí lo soy y necesito que no te vayas más, que lo intentes...

—Pero yo... Lo que dices es una locura, ¿sabes? Quizá deberías acompañarme a una sesión con mi psiquiatra. Es muy bueno. Por favor, llama a mi marido, ¡quiero verlo! —exclamó.

Gracias al cielo, los calmantes habían hecho su trabajo y la química la mantenía relajada allí donde debería haber nervios. Mi hermana me miró con suspicacia. Casi podía escucharla batallar que se había comenzado a fraguar en su interior.

—Escúchame —le pedí tumbándome a su lado. Nuestras caras quedaron pegadas al igual que nuestras manos—. Ese psiquiatra tampoco existe. Es todo producto de tu imaginación, un rincón bonito que has creado en tu mente para sentirte segura y alejarte de una realidad (de una culpa) que te hacía daño. Si te pones a analizarlo todo, seguro que comprobarás que no te estoy mintiendo. Tú misma me has descrito a ese Fisher. ¿Acaso no te parece raro que un tío con apariencia de veinteañero sea doctor en psiquiatría y lleve más de diez años ejerciendo?

—Bueno... Comentó que era cosa de la genética y hay gente así que aparenta muchos menos. Además, mi marido lo conoce porque colabora con ellos y... —argumentó con tozudez, pero interrumpió su discurso al ver cómo mi cara se contraía de dolor.

—Bien, Zoey... —Abrí los ojos decidida a cambiar de estrategia y a ser más directa aún—. ¿A quién dices que es idéntico?

—A Rob Lowe —dijo en voz baja.

—¿Y cuál era el actor favorito de mamá? ¿De quién tenía ella, según nos contaba, las carpetas forradas con su foto cuando era estudiante?

—De Rob Lowe—repitió.

—¡Ahí lo tienes! No es casualidad. Tu mente ha creado personajes con las imágenes y personas que conocías, famosas o cercanas.

—¡Qué tontería! —luchó un poco más, aunque cada vez parecía menos reticente.

Quizá solo se encontraba menos despierta. Sus párpados empezaban a estar más tiempo bajados que abiertos. En breve estaría dormida. Debía darme prisa.

—¿Sabes la única persona que no es inventada en todo ese mundo? —susurré a su oído.

—¿Quién? —preguntó reteniendo el aliento con los ojos agrandados por la expectación antes de que se le volvieran a cerrar, pesados.

—La intrusa... La intrusa eres tú, Zoey, es tu «yo» real. Eres tú buscando la forma de volver a casa con nosotros, luchando por alejarte de esas fantasías, por derrotarlas. La verdadera intrusa es la otra, la Zoey de tus sueños, la que tiene una familia que no existe y que vive en una ensoñación eterna. ¡Si hasta eres diestra en ellos y tomas té!

—¿Soy zurda entonces? —su pregunta casi me hizo reír—. ¡Ohh! ¿Por eso siempre me gritaba que todos ellos eran impostores o falsos? ¿Por eso insistía siempre en regresar a casa?

—Así es... —me permití volver a sonreír.

—Pero mi hijo, mi marido, mi amiga Jenny... Ellos... No quiero perderlos —musitó en un bostezo amodorrado.

—Solo existen ahí dentro —le dije con suavidad mientras acariciaba su frente cariñosamente—. Tienes que librarte de ellos, Zoey. Si te sigues aferrando a ese amor, nunca volverás. Por favor, no me abandones... Yo sí soy real y te necesito aquí. Deshazte de ellos, de esa fantasía o alucinación, y quédate conmigo. Por favor...

—Soy la intrusa... —repitió con la voz pastosa y lenta—. Soy la intrusa.

—Sal de tus sueños, Zoey. Rebélate y vuelve conmigo... —le rogué a través de una cascada de

lágrimas.

—Rebelarme... —bostezó antes de que sus párpados se unieran de nuevo en un beso largo y profundo: el del sueño.

La observé dormir durante quince minutos o más. Parecía relajada y una sonrisa asomaba de vez en cuando sobre sus labios en un trote alegre. Me sequé el rostro, atenazada de dudas, preguntándome si había hecho bien después de todo, si no me iba a arrepentir de por vida por lo que acababa de hacer. Le di un beso en la frente que contenía una súplica: «vuelve a mí» y me apeé de su cama con mucho cuidado.

—Vuelve pronto, Zoey... —me despedí de ella y salí de la habitación mientras me preparaba mentalmente para soportar la decepción en la mirada de Benjamin.

Pero se lo debía a mi hermana. Y a mí misma.

Se lo debía.

Capítulo 18

Hoboken, Nueva Jersey. Residencia de los Santana.

La hojarasca, iluminada por una luna preñada a punto de salir de cuentas, bailaba entre mis piernas a cada uno de mis pasos. Marrón, amarillo, rojo y algún verde desvaído en nubes de hojas que acariciaban mi falda de pana. El viento cortejaba a los árboles contándole sus secretos entre susurros otoñales, y estos se dejaban querer aceptando sus caricias y los suaves pasos de baile.

Tanto mi casa como las de los vecinos llevaban puesto su traje de neopreno para surfear en la noche. Me acerqué sigilosamente a la puerta principal con la esperanza de que Raúl hubiera dejado intacta nuestra vieja cerradura. Introduje la llave y maldije para mí misma cuando la puerta rechazó mi entrada.

Cómo no. Era policía. Seguro que fue lo primero que hizo después de echarme de mi hogar.

Rodeé la vivienda con intención de colarme a través de la abertura trasera del sótano, pero, a mitad de camino, me topé con la sonrisa abierta de la ventana de mi cocina, donde tantas horas había gastado viendo pasar la vida con mi taza de té entre las manos. Acepté su invitación con una inclinación de cabeza que demostrara mi gratitud y me deslicé hacia el interior con una sensación extraña de miedo, expectación e inquietud.

En la casa durmiente solo se escuchaban mis latidos delatores. Me llevé la mano derecha al pecho para amortiguar su sonido, y este redobló en intensidad y velocidad. Un rayo de luna cabalgó sobre el filo del cuchillo que sostenía mi mano izquierda y me pregunté si aquella luna era tan falsa y artificial como todo lo demás, como yo misma. Toqué los muebles con cierto miedo. Ahora que sabía la verdad, quizá desaparecerían ante mi roce convertidos en humo, pero el juego de falsedades se mantuvo impertérrito y el frío contacto del mármol me gritó que la representación seguiría hasta que yo misma bajase el telón.

Era hora de recibir los aplausos...

Zack dormía profundamente. Sus párpados se movían de un lado a otro enredado en sueños. ¡Como si los fantasmas o los muertos pudieran soñar! Esbocé una sonrisa torcida ante la magnitud del engaño, pero no me dejaría liar más.

Ellos no existían, me lo había dicho mi hermana en el hospital.

No eran reales, no eran de verdad. No sentían ni respiraban.

No amaban.

Aunque lo fingieran, aunque mi «hijo» estuviera abriendo ahora sus grandes ojos de búho y me sonriera desde su pose adormilada.

No debía dejarme engañar.

—¿Mami? —susurró el niño muerto.

—Pshhh —silbé acercándome a él con el cuchillo besando mi espalda—. Los muertos no hablan, tesoro —le dije después de ganarle la batalla a una bola de lágrimas y dolor que amenazaba con ahogar a mis palabras dentro de la garganta.

Mi falso hijo me sostuvo la mirada y la sonrisa, y extendió sus brazos de mentira hacia mí. ¡Qué bien engañaba, cómo sabía fingir esos ojos llenos de amor! Ahora que observaba con atención sus rasgos, su cara, tenía claro que nunca había sido mío. No compartía ningún rasgo conmigo o ni con los míos, los Miller.

Era ese niño, ese niño muerto del asfalto sonriéndome desde su cráneo abierto.

—Mami... Te he echado de menos —insistió el mentiroso.

La bola de lágrimas explotó como un globo hinchado en mi pecho. Yo lo amaba a pesar de todo. Era mi hijo, mi hijo de humo y culpa, pero mi hijo. No nació de mi vientre, pero sí de mi mente. Yo lo había engendrado.

—Yo también te he echado de menos, bichito —reconocí a mi pesar antes de acogerle en mi seno y acariciar por última vez sus rizos rebeldes.

Enterré mi nariz en ellos y aspiré su aroma confiando en que permaneciera en mi mente mucho después de aquello, que se quedara para siempre conmigo el olor de mi hijo no nacido.

—¿Por qué lloras, mami? —preguntó Zack confuso mientras se restregaba las legañas con los puños encogidos y dormidos.

—Porque te quiero, tesoro. Porque te quiero... —respondí entre gimoteos antes de cubrirle la boca con mi mano para que no hiciera ruido.

Sospecho que dejó de creer en mis palabras cuando la punta del cuchillo se hundió en su pecho y lamíó su corazón hasta bebérselo. Sus ojos duplicaron entonces su tamaño, sorprendidos, como si no entendiera qué estaba pasando, como si no lo creyera. Un líquido rojo y caliente manó en cascada sobre mí, sobre la cama.

¿También tenía que sangrar? ¿Tanto realismo era necesario?

Zack gorjeó un segundo, ahogado en su sangre, y luego su boca quedó muda; sus ojos, ciegos; el cuerpo, inerte. Ya no era mi hijo querido sobre su colcha de Spiderman. Era ese otro pobre niño

solitario tirado en la carretera, con los ojos vacíos y muertos mirándome fijamente, acusadoramente, insistentemente.

—Tú me mataste... —rieron sus huesos en el asfalto antes de que los silenciara un baño de gasolina y sangre.

Retrocedí horrorizada de un salto. Su cuerpo seguía ahí sin deshacerse o evaporarse, goteando, representando su papel de humano hasta el final, buscando el aplauso del público. El mío lo tenía, desde luego. Jamás creí que se pudiera uno disfrazar de ese modo, muriendo con la careta puesta como si fuera su propia piel.

Engañando hasta el final.

Traté de limpiarme las lágrimas de la cara, pero solo logré mezclarlas con su sangre, la sangre de mi hijo. Tenía ganas de vomitar y chillar hasta desollarme la garganta, de clavar las rodillas en el suelo y acunar a mi pequeño por si podía recomponerlo a base de canciones.

No, eso era lo que *ellos* querían. Hacerme dudar, que volviera a *ellos*, que me enterrara con *ellos* ahí. Que no volviera a la vida.

Los fantasmas siempre buscan compañía, quieren nuevos amigos. No se conforman. Nos quieren muertos a todos, como *ellos*. Quieren más y más.

NO. No volvería a eso.

Ni de coña.

Convertida en sombra, arrastré los pies sobre el parqué del pasillo. La madera suspiró de emoción en cuanto reconoció mis pisadas. Asomé la cabeza. Nuestro antiguo dormitorio estaba en penumbra. Ni siquiera la luna alcanzaba a iluminar la cama a través del estor. Únicamente se oía la respiración pausada y profunda de Raúl.

Me aventuré a entrar. Mi marido dormía, o parecía hacerlo, boca abajo y con las extremidades extendidas formando una equis. Levanté los talones y caminé de puntillas hasta llegar a él. Debía ejecutarlo de un rápido y único tajo antes de que pudiera abrir los ojos y me hiciera titubear con su falso amor, antes de que las dudas lo contaminaran todo.

Me agaché sobre Raúl y mi mano bailó sola de lado a lado de su garganta en un movimiento oscilatorio. El corte, preciso y perfecto, le hizo abrir los ojos de golpe cuando su falsa vida empezaba a apagarse y el plasma huía de su cuerpo en un acto de alta traición. Se agarró a mi muñeca con fuerza y desesperación. Me miró con dolor, con horror. Si no fuera un fantasma, habría dicho que con decepción.

«¿Por qué?», parecían preguntar sus ojos cosidos a los míos.

Hasta muriéndose era guapo y perfecto...

—¿Por qué? —no pude evitar decir en voz alta—. Porque los muertos no hablan.

Me alcé del colchón obligándome a caminar sin volver la vista atrás y salí de ahí llorando a mares convertida en un Orfeo traidor. ¿Y si Alison mentía o estaba equivocada? ¿Y si había matado de verdad a mi familia?

El espejo del pasillo me escupió con desprecio mi propia imagen ensangrentada. No había zona

de mi cuerpo, de mi cara o de mi ropa que no estuviera manchada de mi familia. Solté el cuchillo con asco e impotencia. Ya no podía arrepentirme, ya no podía echarme atrás. Debía continuar y comprobar quién de las dos era la intrusa, quién era la real.

¡Yo quería ser real! ¡Lo era!

Lo fui...

Al regresar a la planta baja, descubrí con asombro que el paisaje exterior estaba cubierto por una gruesa capa de nieve. El invierno en todo su esplendor.

Abandoné la casa sin preocuparme de cerrar la puerta.

Ya no había nada que guardar.

Mis pies se hundieron en la nieve hasta que esta se tragó la mitad de mis pantorrillas. No guardaba recuerdos en mi memoria de haber vivido una nevada tan virulenta como aquella y tenía aspecto de empeorar. El cielo se había convertido en un espejo amenazador, tan blanco como el propio suelo, desdibujándose los límites entre uno y otro. La nieve me asediaba desde todos los flancos con aquellos copos enormes que me nublaban la vista. Las costras comenzaron a despegarse de mi piel y a derretirse en una lucha encarnizada donde ambas, sangre y nieve, acababan muriendo en el suelo abrazadas en un chisporroteo eléctrico.

La sangre real no hacía eso. No producía sonido. La sangre solo era sangre. Esa no.

Entonces comprendí. Venía en mi ayuda a límpiame. Estaba borrando las huellas de mi vergüenza, las huellas de la existencia de Raúl y Zack, mis dos amores. Las lágrimas se hicieron hielo en mis pómulos. Me giré para mirar por última vez la casa, pero Eurídice ya no estaba. El Infierno había desaparecido. En esa ocasión no reprimí el grito. No merecía menos. Mi hogar era ahora un pequeño cementerio. Apreté los dientes y continué.

Era inquietante ver cómo aquel manto helado y blanco se volvía más y más rosa a cada uno de mis pasos, perseguidos por esa chispa eléctrica; luego, el humillo brotando del suelo y, finalmente, ese olor a fósforo impregnándolo todo antes devolverse dulce, como a palomitas bañadas en mantequilla.

Llegué al apartamento cuando estaba amaneciendo. Olía a cerrado, a polvo y a viejo, como si hubiera estado deshabitado largo tiempo. Me arrebujé bajo las mantas y dejé que mi cerebro reposara unas horas. Estaba agotada.



Cuando desperté, hacía un sol de justicia. Me asomé a la ventana con incredulidad. Los neoyorquinos caminaban de un lado a otro en mangas de camisa, blusas veraniegas y minifaldas. ¡Verano!

La ropa sobre la silla de la noche anterior había sido sustituida por un vestido de motivos marineros. Me lo puse sin rechistar y recorrí apresurada las pocas manzanas que me separaban de

él.

El timbre graznó bajo mi dedo. Pasos, una mirilla, nuevos pasos, la puerta abriéndose, Fisher mirándome como si fuera un dragón de siete cabezas.

—¡Zoey! —exclamó sin sonrisa. Es imposible sonreír cuando tu boca está tan abierta.

—¿Puedo pasar, doctor? —pregunté.

Un brillo de duda cruzó sus pupilas, pero se echó a un lado para invitarme a entrar.

—No te esperaba... —me anunció después de cerrar la puerta a mi espalda.

—Lo imagino... ¿Cuánto ha pasado, doctor? —quise saber, francamente intrigada.

—Dos... sí, creo que dos años —calculó él—. ¿Quieres un té? —me preguntó frente a la puerta de la cocina.

—Un café estará bien, gracias —respondí.

—De acuerdo. Ya te sabes el camino, ¿verdad? Espérame en la consulta, por favor —me pidió mientras entraba en la cocina.

Pecas salió maullando de algún sitio de la casa y se restregó contra mis piernas como lo había hecho la nieve la noche anterior. Lo recogí del suelo sin dejar de asombrarme cuantísimo había crecido desde la última vez. Era ya un señor gato. Lo acomodé sobre el pecho y seguí mi camino para esperar en el sofá de siempre hasta que Fisher volviera.

—¿Y qué te ha traído por aquí después de tanto tiempo, Zoey? —fue lo primero que dijo. Directo al grano, como siempre.

—Pues quería decirte que ya estoy curada y también despedirme. No volveremos a vernos, me temo... —dije con una sonrisa incómoda.

Pecas huyó de mi lado cuando me incliné a tomar entre mis manos la taza de café que el psiquiatra me ofrecía.

—Está enorme... —observé.

Sus ojos volaron un instante hacia el minino, que se había tumbado en la alfombra de pelo allí donde se había estrellado un rayo de sol, para acicalarse con esa expresión paciente y satisfecha de los felinos.

—Ha pasado mucho tiempo —apuntó él—. Te estuvimos buscando, ¿sabes?

—¿Sí? Yo también lo he estado haciendo, doctor: lo de buscarme.

—¿Y qué has encontrado? —me preguntó con una sonrisa preciosa y sincera.

—La verdad, espero... —dudé, sintiendo el filo helado del cuchillo camuflado entre mis muslos.

—¿Y vienes a compartirla conmigo? —Asentí a su pregunta—. Supongo que después te entregarás tú misma a la policía o que das por hecho que yo la llamaré...

Los dos nos aferramos a la taza y nos miramos parapetados en ella.

—Por lo de mi familia, supongo... —aventuré moviendo la cabeza.

—Por ellos, sí —confirmó con tristeza y los labios duros.

—¿Estás preparado, Arthur, para que comparta contigo toda la verdad?

Él sonrió por respuesta, devolvió la taza a la mesa y se inclinó hacia esta.

—Claro...

—Ya he descubierto qué fue lo que me sucedió en ese accidente que no lograba recordar, doctor. Todas esas lagunas de memoria que sufría ya tienen una explicación —comencé.

El frío del cuchillo me quemaba la piel.

—¡Vaya! Pensaba que vendrías a hablar de las muertes del detective Santana y de tu hijo —observó sin ocultar su asombro—. ¿Vienes a contarme tus recuerdos reprimidos? ¿Es esto para ti una sesión, Zoey?

—No, doctor. Es una confesión, mi curación definitiva.

—Te escucho, Zoey. Después, los dos llamaremos a la policía juntos.

—¿Qué me dirías —comencé, ignorando su comentario anterior—, si te hablara de un caso real en el que la paciente ha sido agredida brutalmente en la cabeza hasta el punto de haber perdido masa encefálica? ¿Qué crees que podría haberle pasado?

—Soy psiquiatra, Zoey, no neurocirujano. Pero hay muchas posibilidades: podría haber muerto, acabar en coma, haber sobrevivido con daños neurológicos, etcétera. ¿Por? —me contestó sin perder su apariencia relajada.

—Porque esa paciente, Fisher, soy yo. Estoy en coma —respondí.

Él carraspeó con fuerza y suspiró.

—Pues no sé de nadie en coma que tenga los ojos abiertos, camine, se alimente, beba y mantenga conversaciones... Pero, como idea, es exótico —ironizó.

—Oh, pero eso tiene una explicación, doctor. Es que esta conversación la estoy soñando, no es real. Todo eso es un sueño: el asesino, mi familia, esta charla, tú mismo... No existen. No existís. Tenías razón con lo del trauma, Arthur, con aquello de mis recuerdos reprimidos sobre el accidente. Llevo en cama desde entonces... —me expliqué.

Fisher rompió a reír. No era una de esas risas en carcajada, descarada y refrescante, sino tímida y suave, como la brisa del mar.

—Como historia, no tiene precio, desde luego. Eso sí, tiene el impedimento de que a mí me conviertes en un personaje, en ficción, y estoy bastante seguro de ser una persona...

—Ya —asentí—. Es un problema, sí, pero seguro que te lo puedo demostrar. Tú apareciste en escena cuando ya ni siquiera mi fantasía de una familia me bastaba para sobrellevar la culpa por haber..., ya sabes, provocado la muerte del motorista y su hijo. Necesitaba a alguien que me ayudase a recordar, a asumir lo que sucedió: tú. Yo te soñé, Arthur...

—Zoey, estás realmente enferma y necesitas ayuda. Tus delirios son cada vez mayores y ya no diferencias la realidad de la fantasía. Y tu familia... ¿Qué hiciste con ellos? ¿Dónde están sus cuerpos?

—Se volatilizaron una vez que supe que no eran reales —contesté entre la especulación y la ocultación—. Igual que te sucederá a ti...

—¿Yo también voy a desaparecer? ¿Es esto cosa de la intrusa? —preguntó con seriedad al tiempo que apoyaba su espalda recta en el respaldo.

—No. Resulta que la intrusa soy yo, la del sueño, no ella. Yo también tengo que desaparecer, doctor.

—¿De modo que has venido aquí para matarme y luego suicidarte? —recapituló con los hombros y la mandíbula en tensión.

—No, no me has entendido. Vengo a contártelo todo antes de salvar a la Zoey real —apunté.

El doctor se levantó y caminó en movimientos elegantes y felinos, mimetizado en su mascota. Lo seguí con la mirada sin inmutarme, observando indiferente cómo descolgaba el teléfono de su escritorio.

—No te molestes, de verdad. No habrá línea —le dije al rato, casi apenada por él.

Fisher prestó atención al auricular y se giró muy lentamente hacia mí.

—¿Has cortado la línea de alguna manera? —quiso saber. Había un poso de ansiedad en su voz.

—¡Oh, no, Arthur, por favor! Simplemente, ahora que sé que es un sueño, hago que suceda. No quiero que no haya línea y no la hay. Si quisiera uno de tus fantásticos dulces sobre esta mesa, supongo que me bastaría con pensarlo.

El doctor rodeó en un segundo el escritorio, extrajo del primer cajón un revólver y me apuntó con él.

—Hazlo. Haz que aparezca una bandeja de magdalenas —me ordenó amartillando el tambor.

Cerré los ojos, algo exasperada por su falta de fe, pero no podía culparle por ello. Después de todo, yo lo había creado. Tenía tanta parte de mí como yo de él. El sonido de una interjección de sorpresa me hizo abrir los ojos. Sonreí al ver sobre la mesa una bandeja de magdalenas de chocolate recién hechas.

—¿Podemos hablar ahora? —le pregunté.

Fisher abrió la boca de un modo cómico. Si la situación hubiera sido otra, nos habríamos reído muchísimo. Bajó el revólver y me miró definitivamente como si fuera un dragón de siete cabezas. Regresó a su asiento frente a mí en silencio y apoyó el arma en la mesa.

—¿Qué cojones ha sido eso? —preguntó al fin.

—Una prueba —le contesté—. Y comprendo que te cueste, pero...

—No soy real —jugó a completar.

—No lo eres —confirmé yo.

—Es ridículo del todo, Zoey, pese a la aparición de estas magdalenas. ¿Puedo? —se inclinó sobre ellas en ademán de coger una.

—Por favor. Yo también me comeré una. No recuerdo cuándo fue la última vez que comí algo...

—reconocí relamiéndome ante el olor.

Ambos atacamos a la magdalena con sendas exclamaciones de gozo y los ojos cerrados. ¡Estaban deliciosas! Fisher la devolvió a la bandeja después de un par de mordiscos. Sus ojos claros y astutos saltaban de un lado a otro.

—¡Yo existo de verdad! ¡Mírame! —exclamó al fin con necesidad de reafirmar su identidad.

—Permíteme demostrarte lo contrario... ¿Qué cenaste anoche?

El doctor arqueó una ceja.

—¿Vamos a hablar de comida?

—Solo pretendo demostrarte, con unas pocas preguntas, que no existes más allá de mí.

—¡Es ridículo! —volvió a protestar.

—¿Qué cenaste anoche? —insistí.

—Albóndigas con tomate.

Sonreí.

—Mientes. ¿Dónde estudiaste psiquiatría?

—En Princeton, por supuesto —respondió de inmediato sin amilanarse.

—Por supuesto —repetí—. ¿Sabes que nunca he visto tu título colgado en la pared ahora que lo pienso? Seguro que no pensé en ese detalle cuando imaginé esta consulta. Son cosas a las que nunca presto atención y...

—Ahí lo tienes —señaló a mi espalda, donde estaba el ventanal.

Me giré dispuesta a dejarle como un mentiroso, pero los dos ventanales que había habido siempre eran ahora una pared decorada con varios cuadros, fotografías, diplomas y cursos acreditados.

—¿Cómo has...? —pregunté atónita. Ahora era yo la sorprendida—. Comprendo: me lo has metido en la cabeza, yo me lo he imaginado y ahora es tan real como todo lo demás, como tú.

Fisher mantuvo la sonrisa sin añadir o desmentir nada.

—Eso de ahí solo demuestra que no miento, que todo esto es una ilusión, un sueño. Se trata de mostrarte la verdad, doctor, no de que intentes convencerme de que me equivoco —le dije antes de rematar la magdalena de mi mano—. Recuerdo cuando nos conocimos, doctor, cómo enfatizaste lo de la sinceridad.

Me miró dolido, pero supo sobreponerse y curvar sus labios mientras asentía.

—Esto es... una locura —concluyó.

—Lo es. Permíteme dos preguntas más, Arthur. No te quedarán dudas entonces.

Se encogió de hombros en actitud despreocupada, aunque las gotas de sudor que empezaban a reunirse en su frente desmintieron su estado de ánimo. Era bastante realista para ser un fantasma. Era un buen fantasma después de todo...

—¿Cuál fue la última película que has visto en el cine? —solté de modo aparentemente casual.

Su entrecejo se arrugó en actitud pensativa y después se quedó lívido.

—No lo sabes, ¿verdad? —continué acosándolo—. No sabrías decirme ninguna película que se haya estrenado en estos últimos diez años. ¿Por qué? Es fácil: yo tampoco lo sé. No hay títulos ni imágenes en mi cabeza de estos años porque no han existido, no existen.

—No puede ser. Soy una persona real —musitó aterrado.

—¿De qué color es la moqueta que hay en el pasillo del edificio? —le pregunté dejando mi mente en blanco.

—¿Verde? —era más una pregunta que una respuesta.

—Para ser un hombre con una memoria de elefante, es chocante que no lo tengas claro. Es la moqueta de TU edificio. Deberías haberla pisado cada día al salir, al entrar..., ¿no crees? Apuesto a que jamás has visto nada más allá de la puerta principal.

—¿No es verde? —repitió el color de la esperanza, aferrado a ella.

—Es púrpura —anuncié con tristeza—. Lo siento, doctor Fisher, pero tengo que despedirme de ti. Debo regresar a mi verdadero hogar...

El psiquiatra se incorporó junto a mí. No se me escapó que hubiera cogido de nuevo el revólver de la mesa.

—¿Qué vas a hacer? —susurró empuñando el arma.

Me acaricié el muslo y negué con la cabeza.

—Me he dado cuenta de que ya no me hace falta esto —confesé mientras sacaba el cuchillo de su escondite de piel y lo depositaba junto a las magdalenas y el café—. No lo necesito. Ahora que he confirmado que no existes, la realidad hará su trabajo sin que tenga que mancharme las manos. Cuando salga de esta sala, doctor, simplemente desaparecerás como sucedió con Raúl y Zack. Ojalá lo hubiera sabido antes de haberles... —el nudo en mi garganta atrapó las palabras como una tela de araña.

Aún dolía.

Siempre lo haría.

El doctor continuó encañonándose. No habría más sonrisas en esa consulta.

—Si dices que desapareceré en cuanto salgas por esa puerta, a lo mejor yo no te permito que salgas... —me dijo.

Lo miré con respeto y curiosidad. Mi creación rebelándose contra mí por un instinto inaudito de supervivencia. Flipante.

—No puedes encerrar a tu creadora para sobrevivir, Arthur. Te desdibujarías. Además, ¿no era tu cometido curar, salvar a tus pacientes? Pues sálvame, ayúdame a regresar a mi mundo, doctor —le pedí con una sonrisa triste.

Avergonzado, desvió la mirada y curvó los labios al mirar a Pecas jugando en el salón en pos de una mosca.

—¿Dolerá? —preguntó con la voz quebrada.

Capítulo 19

Viernes, 16 de febrero de 2018.

Nueva York. Hospital *Medical Center*.

Parece en reposo al menos... —señaló Willis con un suspiro de alivio antes de girarse hacia mí y obligarme a que me enfrentara a su mirada reprobatoria—. En serio, Ali, ¿en qué estabas pensando?

Busqué el rostro de mi marido para que acudiera en mi auxilio. Paul se limitó a abrazarme en silencio el muy *cagao*. Apoyo a medias.

—Bueno, ya está hecho, ¿no? —me defendí—. Mírala, Ben: incluso sonrío. Igual está preparándose para regresar ya a casa.

—O no vuelve a despertar jamás... —apuntó él con más preocupación que enfado.

—Has sido una irresponsable, cariño —me susurró Paul al oído al tiempo que me acariciaba la mano, como si aquel gesto fuera a mitigar el pinchazo de sus palabras.

—Pensaba que me apoyabas... —respondí a su oído.

—No si eso la mata, Ali.

—No lo hará, confía en mí. Va a volver.

Aleteé mis pestañas poniendo la mejor versión de mi cara de niña buena hasta que conseguí desarmarlo y me obsequió con la reaparición de sus maravillosos hoyuelos. No lo soporté más y me lancé a sus labios a beber un segundo de él con la velocidad de los colibríes. Cuando nos separamos, Willis estaba comprobando las constantes de Zoey y monitoreando el equipo al que seguía enchufada.

—Todo parece en orden, sí —confirmó más para él que para nosotros.

Nuestros tres pares de ojos se posaron en Zoey, que, ajena al acoso ocular, dormía con esa profundidad inquietante y siniestra de los pacientes en coma.

—¿Qué le has contado? —quiso saber Willis.

—Pues todo: que no estaba casada ni tenía un hijo, que no existía ningún asesino, que no estábamos en 2028, que todo era una creación de su mente en el coma, que llevaba hospitalizada desde el accidente... Todo —repetí con más tranquilidad de la que sentía mientras mis ojos me traicionaban al convertirse en líquido.

Estaba hecha un lío. En mi cabeza el plan me había parecido arriesgado, sí, pero tenía sentido e intuía, creía, que iba a funcionar. Seguro. Ahora, al ver las caras largas de mi marido y de Benjamin, el muro de carga que sostenía toda mi seguridad había comenzado a resquebrarse y tambalearse.

¡Dios santo! Si le pasaba algo a Zoey, ¡sería por mi culpa! No me lo perdonaría en la vida... Pero no, tampoco lo haría si ella se marchaba sin más, sin haberme esforzado por traerla de vuelta.

—Ya veo. Eres una cabezota —me dijo con la voz firme pero el rostro amable. Mis lágrimas le suavizaron el rictus, seguro—. Te expliqué que cualquier tontería podría desestabilizarla, ¿y vas y se lo cuentas todo? ¿Cómo has podido hacerlo, Alison?

—Yo... Había que intentarlo, Benjamin... —traté de que lo viera igual que yo—. No le dije que papá y mamá estaban muertos, eso no. Solo quería que volviera conmigo...

Repentinamente, el monitor que registraba los signos vitales de Zoey aceleró su cantinela monocorde y monótona. Nos volvimos de forma automática y a la vez hacia la máquina, y luego hacia ella. Zoey había abierto los ojos tanto que estaban vueltos del revés. Entonces profirió un chillido corto de animal herido y su cuerpo se estremeció entre terribles convulsiones. Willis corrió hacia mi hermana, le tomó la temperatura y comprobó los resultados de la maquinaria, que pitaba de forma aguda y desagradable, cada vez más rápido.

—¡Ha entrado en parada! ¡Mierda! ¡Retiraos! —nos gritó antes de echarnos de la habitación a patadas y pulsar el botón de emergencia.

Desde nuestro exilio en el pasillo, vimos llegar a una tropa de batas de colores que entraban y salían de la habitación gritando, moviéndose y llenándolo todo.

—¡Antibióticos para la fiebre ya! ¡Andrea, corriendo! Presenta taquicardia y polipnea... —se elevó la voz del doctor sobre todos los demás sonidos.

Paul me abrazó de lado a causa del barrigón y mis lágrimas anidaron en su hombro. El pitido insistente y veloz se había convertido en un único sonido sin pausa ni fin.

Sábado, 17 de febrero de 2018.

Nueva York. Hospital *Medical Center*.

—Me alegra veros, pareja —nos saludó con afecto el doctor cuando entramos en su despacho—. Sentaos.

Asentí con la cabeza, incapaz de pronunciar palabra. Las había consumido todas en mis monólogos interiores, y las que quedaban flotaban ahogadas entre cientos de lágrimas y pañuelos de papel. Paul y yo tomamos asiento en las sillas libres frente al escritorio mientras ocultaba entre los muslos la irritación de mis manos por frotármelas de modo obsesivo.

—Relájate, ¿quieres? Esto no puede ser bueno para tu hijo... —sugirió Willis en tono protector.

—Es lo que yo le he dicho, Ben, pero... —intervino mi marido.

Levanté la mirada de mis rodillas y lo miré.

—Dime —imploré.

—Lo que visteis ayer fue un síndrome de disfunción multiorgánica, lo que llamamos coloquialmente un fallo de varios órganos al mismo tiempo. En este caso creemos que comenzó con una disfunción cardíaca con sepsis que se fue extendiendo, pero la hemos estabilizado.

—¿Qué... significa eso? —preguntó Paul en mi lugar. Le sonreí agradecida—. ¿Estable dentro de la gravedad? ¿«Estable» de volver a como estaba antes?

—No os voy a mentir. «Estable» de «por el momento sigue con nosotros, pero no sabemos hasta cuándo». En principio, este episodio acaba de reducir drásticamente las posibilidades de recuperación de Zoey —me dijo mirándome directamente a los ojos, como si quisiera asegurarse de que lo comprendía—. Su cerebro, bastante afectado de por sí, ha vuelto a sufrir y este tipo de daños... bueno, no son del todo irreversibles, pero, a efectos prácticos, las estadísticas nos dicen que sí.

—¿Qué dices? No comprendo —titubeé, y por Cristo que no entendía una mierda.

—Que debes hacerte a la idea, Alison, y despedirte de ella. Aunque está estable y ahora mismo su cuerpo trabaja con normalidad, es probable que no vuelva a despertar o que sufra un paro cardíaco. Y, si despierta, solo la Providencia sabe cómo lo hará. Quizá no recuerde nada ni a nadie. Quizá no sepa ni su propio nombre...

Clavé los dedos en mis leotardos llena de frustración y dolor.

—Yo no quería... No sabía... —gimoteé.

—Lo sabemos. Lo siento mucho, pequeña. Lo siento mucho.

Sentí que iba a desvanecerme y es muy probable que así hubiera ocurrido si no llego a sentir aquella humedad en mis muslos. Me miré anonadada. ¿Me había orinado encima? Una contracción vino a desmentir esa idea. Y otra. Y otra.

Joder.

—¡Mierda! ¡He roto aguas! —exclamé antes de que una nueva contracción me fustigara el cuerpo.

Paul se aupó del asiento y se arrodilló junto a mí. El doctor bromeó, mientras se levantaba a su vez del suyo, con que solo a mí se podía ocurrir lo de ponerme de parto estando en un hospital. Lo miré invocando a los mil demonios del infierno y a sus perros, y grité como solo una parturienta primeriza puede hacer. Con mala leche, dolor y ansiedad.

Miércoles, 28 de febrero de 2018.

Nueva York. Hospital *Medical Center*.

Paul empujaba mi silla de ruedas con lentitud estudiada mientras recorríamos el pasillo. Probablemente, albergaba la esperanza de que me cansase o a arrepintiese por el camino y le pidiera dar media vuelta. Pero eso no iba a suceder.

—¿Estás segura de esto, Alison? Podemos volver otro día cuando te sientas mejor...

La silla de ruedas aminoró aún más su marcha, a punto de detenerse.

—Quiero verla, cariño, y que conozca a su sobrino —respondí desde mi ignominioso vehículo, que me impedía mirarle a la cara al hablar con él.

Volvimos a ganar velocidad. Bajé la vista hasta el pequeño Ben, que dormía acunado entre mis brazos en un sueño casi tan profundo como el de su tía Zoey, y me pregunté de qué color serían finalmente sus ojos.

Nos detuvimos justo en el umbral.

—Paul... —le rogué.

Y la silla inició su entrada en la habitación. Zoey tenía mejor aspecto del que me había imaginado.

—¡Ya te vale! Me la imaginaba moribunda por culpa de tus pegas y tus reservas para que viniera. No está tan mal, ¿no? —la miré fijamente y luego a él—. Quiero decir: con más cables y eso, pero tiene buen color, ¿no?

—Pensé que te impactaría —confesó mi marido a la vez que se agachaba a mi espalda para apoyar su mentón en mi cuello y rodearnos a nuestro hijo y a mí—. La verdad es que ha mejorado mucho en los últimos días, pero si la llegas a ver antes... Quería evitarte el mal trago, cielo.

Ladeé el rostro en busca de su mano y se la besé en agradecimiento.

—Dice Willis que ayer abrió los ojos —susurró en mi oído.

El significado de sus palabras me cosquilleó en la piel.

—¿Cómo no me has dicho nada, Paul? ¡Eso es maravilloso! —exclamé a media voz para no despertar a nuestro pequeñajo.

—Solo los ha abierto, nada más. Y tú te embalas, te embalas, y mañana ya estás haciendo planes para ir a patinar con ella —bromeó él, aunque tenía más razón que un santo.

Nos echamos a reír entre caricias cómplices. Nuestro pequeño Benjamin protestó un par de veces por la algarabía y siguió durmiendo.

—Chiss... —chisté—. Bueno, pues habrá que ir limpiando esos patines... —Paul tosió una última risa—. Es broma, es broma. Soy consciente de lo que ha pasado y de que ha retrocedido en su recuperación... por mi culpa —maticé—. Pero es una Miller total. Mírala. Ya verás cómo

dentro de nada vuelve a hablarnos.

—Alison... —me regañó.

—Tienes razón, tienes razón —me apresuré a reconocer.

Paul deshizo el nudo de brazos sobre mi cuerpo y acercó mi silla a la de la cama de mi hermana. Era extraño mirarla desde abajo.

—Benjamin, te presento a tu tía Zoey... —anuncié aupando a mi hijo en el aire—. Zoey, este es tu primer sobrino: Benjamin.

Acto seguido, coloqué a Ben en la cama junto a su tía y los observé ensimismada. ¡Eran dos gotas de agua! ¿Cómo no me había dado cuenta hasta entonces?

—¡Ohhhhh! ¿Has visto eso? ¿Lo has visto? —grité sin poder reprimirme mientras me giraba buscando contacto visual con Paul—. ¿Lo has visto? —repetí.

Necesitaba su confirmación para que aquello se hiciera completamente real.

—¡Vaya! —exclamó emocionado mi marido—. Si no fuera imposible, juraría que los dos están sonriendo...

—¡Lo hacen, Paul! ¡Lo hacen! ¡Zoey está volviendo a casa! —grité.

Capítulo 20

Seis meses más tarde. Lunes, 27 de agosto de 2018.

Nueva York. Hospital *Medical Center*.

«¿Rosas? Sí, ¡son rosas!», pensé inmediatamente antes de abrir los ojos. Aquella luz blanca e hiriente me forzó a cerrarlos de nuevo. No iba a ser tan fácil después de tantas horas de oscuridad. Con cierto temor, pero con mucho más cuidado, volví a levantar los párpados hasta dejarlos a media altura. Persianas a medio echar. Los colores brillaron de forma distorsionada delante de mí. Todo eran manchas informes, incluidas mis propias manos.

—¡Hola, Zoey! —exclamó a mi derecha la voz de mi hermana.

—Ali... No veo una mierda —respondí a modo de saludo.

Su voz tintineó en una risa alegre.

—Sí, se te pasará en breve. A mí me pasó lo mismo —me informó.

Sentí su mano acompañando a la mía, y luego un beso sobre mi piel.

—En serio, no consigo enfocar la imagen. Es como si llevara unas gafas mal graduadas, con exceso de dioptrías. ¡Menudo colocón! Si te vomito encima, ya sabes...

Ella volvió a reír.

—¿Qué pasa? —pregunté hablándole a la mancha que temblaba a mi lado como un tarro de gelatina.

—Que no esperaba para nada que estas fueran tus primeras palabras, nena. Ni siquiera esperaba ya palabras tuyas, si te digo la verdad, así que vas a tener que aguantarte y escucharme reír todo el tiempo —se explicó con la voz preñada de emoción desbordante.

Los ojos se me aguaron.

Cojonudo. Así vería menos.

—¿Eso que huelo son rosas? —quise saber.

Alison volvió a reír.

—Sí. Nada de tulipanes ya. Ahora te traigo rosas, idénticas a las de mamá. ¿Te acuerdas de sus rosales?

Cerré los ojos con fuerza y suspiré.

—¿Sabes, Ali? Estaba en la consulta de mi psiquiatra despidiéndome de él y entonces te oí, escuché tu voz.

—¿Ah, sí?

Giré mi cara hacia ella. La imagen empezaba a hacerse más nítida, menos borrosa.

—Sí, escuché lo que dijiste: que papá y mamá estaban muertos.

—¡Ohhhh! —grité en una exclamación como si la hubiera pinchado.

—Murieron en el accidente entonces... —me obligué a decir en voz alta con los ojos inutilizados por la tristeza.

Alison me abrazó llorando.

—¡Lo siento, lo siento mucho! Yo... no sabía... No tenía ni idea de que me estuvieras escuchando. Lo dije sin pensar. ¡Perdóname! —soltó de carrerilla entre lágrimas e hipos.

—¡No, perdóname tú, Ali! No lo sabía... O quizás sí y por eso imaginé toda esa realidad alternativa, pero lo siento mucho. ¡Perdóname por lo que hice! —lloré también.

Nuestras manos enraizaron en el cuerpo de la otra como raíces de árbol. Si nos soltábamos, moriríamos.

—¡No fue tu culpa! ¡Yo te distraje! Te obligué a mirarme por el espejo para jugar como una niña tonta. Si no hubiera sido por mí... ¡Tú no los mataste! Fui yo, Zoey... —me confesó apoyada en mi hombro sin dejar de llorar.

—Yo conducía, yo me distraje. Yo soy la responsable, créeme —la consolé con lágrimas antiguas, lágrimas que tenía guardadas para ellos y que no había podido llorar.

Zack. Raúl.

Eran cadáveres en mi cabeza.

Había matado a quienes más amaba en el mundo. A ellos. A mis padres. A Black. La pierna de mi hermana.

Yo era la asesina, la culpable. No ella.

—Si hubiéramos salido a la hora..., pero llegábamos tarde por mi culpa —me discutió como si hubiese seguido el hilo de mis pensamientos—. Estábamos ahí, en ese momento y en ese lugar, a causa de mi retraso. Yo hice que te despistases. Black murió y se llevó en su viaje a papá; también por mi culpa, por no atarlo —añadió angustiada.

—Tenemos que perdonarnos, Alison. No la una a la otra, como creía, sino a nosotras mismas. No podremos seguir si no... —le dije cogiendo su preciosa cara, idéntica a la de papá, para mirarla a los ojos. Por fin podía ver.

Ella se llevó la mano a la nariz y se sorbió la culpa entre pequeños hipos.

—Te echado tanto de menos, Zoey... ¡Tanto! —gimió.

—Y yo. Después de escucharte decir aquella frase, me tragó el vacío, ¿sabes? Como si... —me llevé la mano a la cabeza de forma inconsciente al principio—, como si me hubieran disparado. Luego todo se volvió negro, muy negro. No veía nada y me parecía estar de vuelta en el pozo de mi secuestro, pero sin flores esta vez, sin visitas, sin ninguna rendija de luz. Sin sonido, sin aire. Era aterrador, claustrofóbico. Pensaba que iba a morir, ¿sabes?

—¡Oh, Dios mío! —exclamó mientras se tapaba la boca con las dos manos—. Es... ¡horrible! Yo también pensaba que te ibas, que te morías. Me negaba a decirlo en voz alta, a reconocerlo, pero acabé rindiéndome a la evidencia. Has estado mucho tiempo fuera, hermanita. Mucho tiempo.

—¡Pero ya estoy aquí! —anuncié con media sonrisa—. Aunque me ha costado encontrar el camino para volver a casa, ¡estoy aquí! Hice lo que me dijiste, ¿sabes? —confesé bajando la voz para que nadie me oyera.

Alison se inclinó hacia mí en un movimiento rápido e íntimo, y me lanzó una mirada intrigada.

—¿Qué hiciste? —susurró.

Bajé la vista hacia mis piernas, incapaz de sostenerle la mirada, y confesé tras un suspiro:

—Me deshice de todos ellos, los maté.

—Bueno... —dudó ella con el gesto confuso—. No existían, ¿no? Quiero decir: eran ficción y tú lo sabías. No podías volver si te aferrabas a ellos, ¿verdad?

—No lo entiendes, Ali. Para mí, sí existían. Los quería con locura y, a pesar de ello, los maté con estas manos, en mitad de la noche y en sus propias camas, mientras dormían —le dije con un sentimiento creciente de repugnancia hacia mí misma al tiempo que levantaba las palmas en el aire para enseñárselas.

La prueba del delito.

Manos de asesina.

—Joder —logró exclamar reprimiendo un sollozo.

Mi hermana atrapó mis manos en el aire para entrelazar nuestros dedos. Sus ventanas azules volvían a estar llenas de goteras y pestañeó varias veces, entre la vergüenza y la incomodidad, en un intento fútil de alejarlas lágrimas. No se atrevía a soltarme las manos. Me giré hacia el ramo de rosas colocado en el jarrón y me dediqué a observar sus pétalos durante un buen rato, más para concedernos un respiro que para mirarlas de verdad.

—Son bien bonitas —reconocí finalmente con admiración.

Hacía demasiado tiempo que no veía una flor real. O el sol, la lluvia o la nieve...

Mi lengua se moría por confesar todo lo que había callado.

—Es todo... extraño —volví a enfrentarme ella y a su mirada. Parecía más repuesta—. Siento como si hubiese perdido a papá y a mamá ahora mismo en vez de hace... ¿cuánto?, ¿un año?

—Dieciséis meses —me hizo saber con un puchero ahogado.

Alison había vuelto a llorar. Lloraba tantísimo que me obligó a preguntarme dónde se había quedado su «amenaza» reciente de reírse sin parar.

Pero yo no podía detenerme. Ya no.

Había hecho un largo viaje para llegar hasta ahí. Necesitaba compartirlo con ella, aunque eso secara sus sonrisas por hoy, aunque estropeará nuestro reencuentro y fuera de cualquier sabor menos dulce: agrio, ácido o salado. Daba igual.

Lo necesitaba.

—Dieciséis meses —repetí con un asentimiento de cabeza mientras lo procesaba y calculaba el tiempo que me había pasado en coma—. Pues eso, que para mí es como si acabaran de irse hoy mismo. Y, para aumentar la confusión, me descubro enamorada de un hombre que nunca ha existido más allá de mi imaginación y al que yo misma he matado. Un hombre con el que creía haber compartido más de diez años de matrimonio feliz, un hombre con el que juraría haber tenido un hijo cuyo olor y risa no se me van de la cabeza, Alison, porque son tan reales para mí como esta maldita habitación de hospital —señalé—. Dime, ¿cómo puedo superar eso? ¿Se me permite llorar la muerte de alguien al que asesiné pero que jamás existió? ¿Se me permite ser viuda y madre de un hijo nacidos de mi cabeza? ¿Puedo llorarlos? ¿Tengo derecho a llorarlos yo si estas manos segaron sus vidas? ¿Puedooooo? —grité llena de dolor.

Mi hermana me volvió a abrazar.

—Claro que puedes, joder, ¡Claro que sí! No sé ni qué decirte, pero soy madre... entiendo tu dolor.

Me separé de ella con brusquedad. No me había acordado hasta entonces. Miré su vientre plano y la miré llena de preguntas.

—Benjamín está bien. Estuvo malito un tiempo, pero se recuperó, como tú. Sangre Miller —trató de bromear con un guiño de ojos—. No lo he traído porque los hospitales no son el mejor sitio para un bebé prematuro, pero, ahora que estás despierta, puedo traerlo mañana si quieres... Ahora tiene seis meses y ha ganado peso. Está todo bien.

Asentí con una extraña pizca de felicidad acariciándome la pena.

—Sí, por favor. Me gustaría mucho conocer a mi sobrino...

Jueves, 6 de septiembre de 2018.

Nueva York. Hospital *Medical Center*.

La cara de mi cuñado se asomó por la puerta de mi habitación. Dejé a un lado de la cama el

autodefinido que estaba a punto de terminar y lo miré intrigada. ¿Desde cuándo había visitas a esas horas y dónde estaba Alison?

—¡Buenas tardes, cuñada! —exclamó desde el umbral, siempre de buen humor.

—¿Hola? —titubeé.

Llevaba puestos los hoyuelos que tan loca tenían a mi hermana y esa sonrisa preciosa que me desangraba cada vez que se la veía. Me recordaba en exceso a Raúl. El dolor de la pérdida volvió a emborronar mis ojos. Disimulé y sonreí al mundo, a la vida, a él.

Era eso lo que se suponía que debía hacer, ¿no? Había despertado, había encontrado el camino y debía estar feliz por ello. Era una superviviente: había regresado de la oscuridad.

Debía sonreír, reír a carcajadas.

Cualquier cosa distinta a eso estaría mal.

Pero no. Mi corazón no reía.

Era una esposa sin esposo, una madre sin hijo, una asesina sin cadáveres.

El crimen perfecto.

Nunca me pillarían, nunca me ajusticiarían ni castigarían por ello.

Nunca me lo perdonaría. Esa era mi condena.

—¿Estás bien? —preguntó él rebajando un poco la curvatura de sus labios.

—Sí, sí... ¿Qué haces aquí? —respondí yo tensando mis propios labios en una caricatura de sonrisa.

Tras la espalda de Paul se escuchó una risita nerviosa.

—¿Ali? —pronuncié.

La risa se hizo más evidente y sonora en cuanto mi cuñado se adentró en el cuarto sosteniendo un ramo de flores de tamaño tan indecente que me hizo temer por mi propia vida. Eso tan ostentoso solo se les llevaba a los muertos.

—¿Tienes por casualidad una hermana mía escondida en tu chepa?

—Es muy probable, sí —confesó aquel rascándose la nuca con la única mano libre que le quedaba.

Volvieron nuevamente las risas antes de que los ojos marinos de Alison, parapetada en su marido, se apareciesen tras él.

—¿Qué haces ahí, tarada? —pregunté sin poder evitar las risas—. ¿Qué hacéis los dos aquí? ¿Y esas flores que dan tan mal rollo? ¿Me queréis enterrar?

—¡Zoey, joder! —protestó ella—. No digas eso ni en broma, ¿eh? Mira a quién te he traído... —añadió risueña mientras se separaba de Paul.

—¡Ohhhh! ¡Has traído a Ben! —palmoteé emocionada.

—Sí —contestó henchida de orgullo.

Se acercó con el bebé en brazos, se sentó sobre mi cama y me preguntó con la mirada si quería cogerlo.

—¡Ay, por favor! ¡Dame, dame! ¡Lo quiero más que nada en el mundo! —respondí extendiendo los brazos.

Alison rio con una sobredosis de emoción que le nublaba la vista y me pasó a su hijo, el cual se acomodó perfectamente en mis brazos sin extrañarme ni llorar.

—Es idéntico a mamá... —señalé.

—Y a ti, Zoey —puntualizó ella.

—Bueno, bueno... Ese mentón varonil es todo mío... —intervino Paul reclamando parte de la autoría de aquella preciosa obra de arte.

Los tres reímos felices. Paul se quedó de pie pegado a su mujer, con las manos apoyadas cariñosamente sobre sus hombros. Cerca, pero no demasiado, dándonos nuestro espacio sin romper el vínculo.

—Tiene un mentón totalmente varonil, es cierto —concedí con una sonrisa.

—Lamento no haberlo podido traer antes, pero bueno... ¿No es perfecto? —me dijo Alison, ansiosa por saber mi respuesta.

—Es perfecto, hermanita. Mira, si lo coges de este modo —empecé a explicar—, se duerme antes, le tranquiliza, ¿ves? A Zack le pasab... —me detuve al ser consciente de ello.

Mi hermana y su marido cruzaron miradas y sonrisas tirantes.

—No... me acostumbro —me justifiqué desubicada, sin saber qué decir o cómo comportarme—. Toma a tu pequeño, anda.

—No, Zoey. No me avergüenzo de lo que has dicho ni te tengo miedo ni nada de eso, por Dios. Solo nos preocupamos por ti. Odio verte sufrir así... —me respondió Alison mientras me peinaba el cabello con las manos.

—Sí... —dije al fin, consciente de que eran dos buenas letras que no me comprometerían más.

—Creo que le gustas. O está sonriendo o tiene gases —habló Paul.

—Sí —repetí mirando al pequeño. ¡Era tan pequeño y perfecto! Olía a bebé, a mi bebé—. Pero es mejor que regrese contigo, Ali. Todas las madres deben estar con sus hijos —añadí cargando al pequeño en los brazos de su progenitora.

—¿Qué? ¿Ya le habéis dado la buena nueva? —sonó la voz nasal del médico.

—¡Doctor! ¡Todavía no! —protestó mi hermana con la cara vuelta hacia él.

Él abrió mucho los ojos con una sonrisa culpable y negó con la cabeza.

—¡Ohhh! ¿Que te he *spoleado* la historia? —dramatizó él con la mano descansando sobre su pecho y haciendo muecas exageradas de inocencia—. Bueno, así estamos un poquito más cerca en el marcador de contar cosas que no se deben —añadió con una sonrisa y un guiño de ojos.

Alison lo miró como si fuera a fulminarlo y, antes de que el doctor volviera a adelantarse, se giró

hacia mí y gritó:

—¡Te vienes a casa!

La mandíbula se me descolgó del resto de la cara a causa de la sorpresa. Paul reclamó al niño para dejarnos un poco a solas y deshizo un par de pasos para reunirse con el doctor, que nos miraba con una sonrisa de satisfacción.

—¿Qué estás diciendo? —pregunté con precaución.

No me atrevía a creérmelo. Ella cogió mis manos y las agitó nerviosa, igual que cuando era pequeña y quería contarme su última trastada o su último amor platónico y verdadero del mundo mundial. Mi sonrisa nadaba tímidamente sobre mis labios, rodeándolos como un tiburón antes de atacar.

—Las flores, la visita de Ben... son para darte la bienvenida a casa —anunció.

Su rostro se había convertido en una sonrisa sin más rasgos. Ojos azules curvados y sonrisa, todo sonrisa. Aún no me podía permitir yo la mía.

—¿Cuándo? —dije en un gemido entrecortado.

—¡Hoy! —chilló eufórica.

Mis ojos buscaron rápidamente la confirmación del doctor, quien asintió de inmediato.

—¿Me voy ya de aquí? —pregunté incrédula. Lo quería por escrito y por duplicado—. ¿Hoy? ¿Ahora?

Las cabezas se volvieron de nuevo hacia Willis.

—En cuanto se asee y se vista, es usted libre, señorita Miller —asintió él—. Aquí tengo preparada ya la documentación del alta médica —añadió agitando un legajo de papeles en el aire.

—¿Me voy a casa?

—Vienes a casa, sí —lloró alegremente mi hermana.

—¡Me voy a casa! —exclamé.

Quizá todo sería mejor y más fácil cuando saliera de entre esas cuatro paredes.

Quizá volver a la vida y al mundo real no fuera más doloroso que verlo todo en blanco y negro, como aquí. Paredes blancas. Corazón negro.

Quizá necesitaba recordar cómo era la luz del sol.

Color, calor.

Quizá...

Sábado, 6 de octubre de 2018.

Residencia de los Miller. Chelsea (Nueva York).

El sólido aroma del café me dio la bienvenida. La mesa estaba ya puesta cuando bajé a desayunar. El pequeño Benjamin gorjeaba feliz en la cuna auxiliar tratando de llevarse ambos pies a la boca y Paul se afanaba por calentar unos gofres al tiempo que agitaba unos huevos revueltos en la sartén mientras silbaba una canción que no reconocí.

—¡Buenos días, madrugador! —saludé a su espalda.

Paul se dio media vuelta y me sonrió.

—Ponte cómoda, que esto casi está —me dijo.

—De eso nada. Ponte cómodo tú y yo hago el resto. Ali sigue arriba, ¿no?

—¡Cómo la conoces! Pero oye, que, desde que es madre, ha mejorado su puntualidad, ¿eh? —respondió con una nueva sonrisa.

—Es cierto —reconocí—. Se me ha hecho mayor la mocosa y al final madrugará más que yo, verás —bromeé.

—¡Ni de coña! —exclamó la aludida desde las escaleras—. Tú siempre serás «Zoey, miss puntualidad perfecta». Es un título ganado a pulso, chavala —aseguró con fingida seriedad mientras se unía a nosotros.

—Siéntate tú también, anda, que os sirvo el desayuno —propuse.

Alison fue a protestar, pero sus ojeras de mamá de un bebé lactante le hicieron cambiar de idea, echó un vistazo rápido a la cuna de Benjamin y tomó asiento frente a su marido.

—¡Vaya nohecita!, ¿eh? —les dije de espaldas, tomando el mando de la cocina.

—¡Uf! No me hables. Creo que habré dormido una hora seguida como mucho —contestó mi hermana con la voz llorosa.

—Si queréis, hoy me quedo de nuevo con el enano... —me ofrecí para evaluar sus caras.

—Oh, no, de eso nada —rechazó Paul moviendo su dedo índice de izquierda a derecha.

—Exacto —se unió Alison—. De eso nada. Ya tenemos canguro para Benjamin y tú tienes que salir a la calle. No has salido de un encierro para meterte en otro...

Salteé el revuelto, lo repartí entre tres platos llanos junto a los gofres y me di la vuelta para responder.

—No estoy encerrada, Alison, pero alguien tiene que cuidar de mi sobrinito mientras estáis en el Café, ¿no? —dije con una sonrisa inocente.

—Ya tenemos canguro, Zoey... —me recordó Alison antes de cruzar la mirada con su esposo.

—Una extraña —puntalicé yo mientras colocaba los platos en la mesa y me sentaba con ellos—. Donde esté la familia, que se quiten los desconocidos.

Alison negó con la cabeza.

—Estamos muy contentos con Melissa, Zoey. Es ella quien se quedaba con Ben cuando iba a verte al hospital y quien (esperamos) se quedará con él cuando me reincorpore al trabajo a media

jornada.

—Podría hacerlo yo... cuidar a Benjamin, me refiero, cuando estéis en el Café. Así todo queda en casa —sugerí con una sonrisa tímida.

Paul y ella dejaron de comer, y me miraron con un gesto sorprendido.

—¿Qué? —les solté mirándolos a ambos, cuyas cejas se habían elevado graciosamente sobre sus frentes desconcertadas.

—¿No quieres volver al Café? —preguntó extrañada mi hermana.

—Sí, claro. Claro que quiero —mentí como una bellaca.

—¿Entonces? ¿Qué sucede?

Mi cuñado carraspeó para llamar la atención sobre sí.

—Huyyy, parece que alguien aquí se ha cagado... —comentó él con los dedos haciendo pinza sobre su nariz. Otro mentiroso—. Será mejor que me lleve al cagoncete arriba para cambiarlo.

Alison lo miró con ojos enamorados y asintió fingiendo oler el pestazo. Ahí la única que se estaba cagando en alguien era yo, no el peque. Paul se agachó para levantar a su hijo, que se había quedado dormido del todo, y desapareció de escena con la velocidad de una maruja cogiendo sitio en un autobús. Visto y no visto.

—¿Qué? —volví a defenderme de su mirada acusatoria.

—¿No quieres venir al Café con nosotros hoy? ¿Y qué es eso de trabajar como canguro de Ben? ¡Si tú adoras tu trabajo y el *Miller's*!

—Sí, ya, bueno. Pero... —escupí incómoda.

—¿Tienes miedo de ir? ¿Es eso lo que te pasa? —me interrogó ella a la vez que buscaba mis manos para unir las a las suyas.

Bajé la vista con evidente incomodidad.

—¿Tú, Zoey, el ser humano más valiente que he conocido en el planeta, tienes miedo de volver al Café? —me acusó entre el cariño y una preocupación perpleja—. Zoey, ¡mírame! ¿Qué pasa?

Mis ojos se alzaron obedientes y la sonrisa de Ali se congeló al verlos empapados.

—¡Tienes miedo de verdad! —exclamó en un susurro.

Me solté de nuestro nudo de dedos para cubrirme la boca con las manos y asentí.

—¿De qué?

Suspiré.

—De romperme, Alison. Es difícil de explicar y no sé si vas a llegar a entenderme siquiera...

—Inténtalo, Zoey —pidió ella.

—Me he tirado los últimos años de mi vida imaginaria dirigiendo el Café con una gente que no existe o que no está aquí. No sé cómo me voy a sentir al regresar a él y me da miedo que el dolor se multiplique.

—¿Dolor por volver a tu sitio favorito? —repitió ella.

No me entendía.

—Mis últimos recuerdos del *Miller's corner* fueron con Raúl y con nuestro hijo, ¿sabes? Estaba Jenny, la que yo creía mi mejor amiga y que seguro que ni se acuerda de mí. Entonces apareciste tú. Mi marido me dijo que las dos acabaríamos haciendo las paces... Era otro mundo y, aunque solo estaba en mi mente, para mí era real.

Alison trató de abrir la boca para decir algo, pero la detuve levantando el brazo en el aire. Sonrió con un leve asentimiento de cabeza y yo volví a tomar su mano en señal de agradecimiento. Si me interrumpía, era probable que le ocultara cómo me sentía en verdad.

—Ahora, aquí, en este nuevo viejo mundo, me siento como una viajera en el tiempo que se ha colado sin querer por un agujero y que debe aprender a vivir en otra época. Pero, además de eso, intuyo la amenaza persistente de que, según qué puerta abra o qué suelo pise, ambos mundos se encontrarán, colisionarán y me quedaré sin ninguno.

—Eso es... —apuntó mi hermana, incapaz de permanecer en silencio.

—Demencial, lo sé. Pero siento que uno de esos mundos me aplastará o engullirá de un momento a otro.

—Por eso apenas has salido de casa en este mes... —dijo mi hermana con la expresión dolida—. No sabía nada, ¿por qué no me lo dijiste?

—Bueno, ni siquiera yo entiendo muy bien cómo me siento. Si intento pensar en un Café sin ellos, la alternativa no es mucho mejor.

—Porque papá y mamá tampoco están —adivinó Alison.

—Sí. Me da pánico volver al café y enfrentarme a todo eso... —reconocí por fin, liberando la lengua y las lágrimas.

Ella corrió desde su asiento para abrazarme y acabamos las dos llorando la una sobre la otra.

—¿Qué estúpida he sido pensando que estabas bien! He sido una hermana terrible. Perdóname... —me rogó ella.

—No podías saberlo. No hay nada que perdonar. Bastante tienes con el bebé, Paul está agotado con el café, la casa, y yo... Bueno, no lo he puesto fácil para que supieras cómo me sentía.

—¿No... eres feliz? —logró decir mi hermana con la voz rota.

—Estoy de luto, Ali. No puedo ser feliz y no sé si podré serlo más adelante —lloré.

Dejé que sus brazos me acunaran hasta que el llanto me quemó la piel.

—¿Sabes qué? —me dijo al rato con una sonrisa impostada.

Volví a suspirar.

—¿Qué?

—No hemos sufrido tanto para ponernos a llorar. Ahora mismo te vienes conmigo al Café. Necesitas verlo, reconectar con lo que adoras y quitarte los miedos.

—Pero yo... —dudé.

¿No me había escuchado, cojones?

—Pero nada... —respondió imitando tan perfectamente el tono, los gestos y la voz de mamá que me dio miedo—. Cuanto más tardes, más te costará porque el miedo se alimenta de nosotros y de nuestros sueños hasta que no queda nada. No voy a permitir que te suceda eso. Vamos a ir hoy mismo al Café y estoy segura de que parte de tu sufrimiento se borrará en cuanto lo pises. Pero, si no ocurre, te prometo que hablamos de tu empleo como canguro, ¿sí?

—¡Qué cabrona eres! —respondí.

Ella rio encantada. Tendría que explicarle otro día la diferencia entre insulto y piropo.

—¿Te vienes entonces con nosotros? —preguntó Paul detrás de mí con el pequeño Ben haciendo ruiditos entre sus brazos.

—Eso parece... —respondí con la sonrisa cuarteada y el corazón inquieto.

Iba a volver al *Miller's*.

¡Joder!



—¿Preparada? —me preguntó Alison al oído antes de bajar del coche.

—No —respondí.

—Así me gusta... Optimista, claro que sí —respondió ella ignorando mi cara de pánico.

¿Cuándo se había convertido en la hermana más odiosa del mundo?

Se llevó mi mano a los labios para besarla y después me sonrió con complicidad. Era imposible cabrearse con esa pequeñaja consentida y adorable.

—Estaré a tu lado en todo momento, Zoey. Todo va a salir bien —me susurró al tiempo que me colocaba un mechón detrás de la oreja para asegurarse de que oyera sus palabras—. Si te sientes mal y quieres volver a casa después de intentarlo, basta con una mirada. No te lo discutiré y nos iremos sin problema. Solo te pido que lo intentes, que te enfrentes a tus miedos y te los comas antes de que ellos te coman a ti, como siempre me has enseñado. —Sonreí. Tenía razón, pero saberlo no hacía que me sintiera mejor—. No hace falta que volvamos tampoco a casa. Melissa está con Ben y podríamos pasar una mañana solo de chicas: ir de compras, a la *pelu*, una ruta de senderismo, trabajar en el jardín... Lo que te apetezca.

—Chicas —habló la voz varonil de Paul desde los asientos delanteros—. ¿Vamos?

Ambas nos miramos un segundo; mi hermana pequeña, desde su sonrisa tranquilizadora; yo, desde una aterrada. Mis miedos y yo asentimos finalmente. Alison respondió a mi gesto con un cálido apretón de mano acompañado de una caricia cómplice en la mejilla. Después nos giramos hacia

Paul, que aguardaba pacientemente nuestra respuesta.

—Vamos —respondí.

El estado de mis piernas varió con asombrosa rapidez de sólido a líquido cuando Paul, que se había adelantado a nosotras como todo un *gentleman*, sostuvo la puerta de la cafetería para invitarnos a entrar. El pulso se me aceleró tanto que pensé que iba a desmayarme. Quizá Alison intuyó mis ganas de huir porque, justo en el momento en que se me pasó por la mente dar media vuelta y echar a correr, ella se aferró a mí con más fuerza poniendo como pretexto su pierna.

—La pierna, sí... —murmuré entre dientes.

La puerta era lo suficientemente amplia para recibarnos a las dos de una vez. Sentí la presión del brazo de Ali ajustándose sobre el mío.

—No te quedes en la puerta, va... —me susurró.

No había cambiado nada. El *Miller's corner* era tan exacto a mis recuerdos que, lejos de reconfortarme, me resultó aterrador. Mis ojos sobrevolaron el local hasta posarse en la barra, esperando ver a Jenny en cualquier momento saliendo de la cocina mientras contaba, a voz en grito, uno de sus habituales chistes verdes, que tanto me hacían llorar de risa. Menuda deslenguada... En su lugar, había dos muchachos y una mujer a los que no conocía. Los tres nos saludaron con sonrisas afables antes de seguir con lo suyo.

—Luego te los presento si quieres —me informó Ali, continuamente pendiente de mí—. Si decides quedarte lo suficiente —apostilló—. Ojalá lo hagas...

¡Era incansable!

Me encogí de hombros. No daba un céntimo por mí. Paul se separó de nosotras y desapareció por la puerta del almacén para cambiar su abrigo por el mandil negro. En cuanto a mí, cerré los ojos para impedir que la vista nublara el resto de mis sentidos. Olía a *Miller's*, a felicidad vestida de café, de té, de sándwiches y pastel.

Vestida de recuerdos.

De risas.

La sonrisa floreció por sí sola en los labios. ¡Olía tan bien! Aquello sí era volver a casa...

Escuché el tintineo de las tazas apilándose, las voces entremezcladas provenientes de un sinfín de conversaciones, el sonido de las sillas acariciando el suelo, el rumor de las máquinas latiendo como un solo corazón, la bandeja resonando metálicamente contra las comandas. Después me concentré en el tacto. Solté la mano a mi hermana y acaricé la tapicería del pequeño diván desocupado que tenía a la derecha. Esa tela de flores la había elegido mamá después de unas largas e intensas negociaciones con papá que habían incluido la extorsión con postres y otros privilegios.

No pude evitar reírme. Entonces abrí los ojos. Los de mi hermana eran lagos a punto de desbordarse.

—¿Estás bien?

—Estoy muy bien. Gracias por traerme —le dije súbitamente feliz—. Me encantaría hornear una

tarta de zanahoria si es posible.

Alison se mordió el labio con fuerza para ocultar una sonrisa con sabor a victoria y respondió:

—Pensaba que no me lo pedirías nunca, *baby*...

Viernes, 12 de octubre de 2018.

***Miller`s corner.* Nueva York.**

—¿Paul, el pedido de la nueve: tarta de calabaza y té inglés! —exclamé detrás de la barra.

Mi cuñado me guiñó el ojo antes de colocar el pedido en la bandeja y me sonrió.

—¿Todo bien?

—Todo bien, ¿no lo ves? —respondí yo con soltura.

—Bueno, no todos los días se reincorpora uno al trabajo, y encima un viernes por la tarde... —se justificó entre sonrisas.

—Todo bien, Paul —aseguré—. Así que ya puedes dejar de hacer de espía para mi hermana y telefonarla para decirle que no se le ocurra aparecer por aquí.

Él rompió a reír.

—¿Qué pasa?

—Nada —cabeceó—. Es que sois igualitas y tercas como mulas —añadió alejándose de la barra con la bandeja en la mano.

Supe que seguía riendo, aun de espaldas, a causa del movimiento oscilante de sus hombros. Suspiré y entré en la cocina para comprobar que todo estuviera en condiciones antes de quedarme en la barra. La cocinera, una versión afroamericana de Jenny por su lengua y desparpajo, me aseguró que lo tenía todo controlado y me echó a sonrisas como habría hecho yo. No quería a nadie en sus dominios.

Desterrada de mi horno, regresé al Café para atender a los clientes de la barra. La gente charlaba animadamente a las mesas. Papá habría elegido ese momento para poner un poco de su adorado jazz. Seguí el impulso y corrí hacia la pequeña colección de vinilos que guardaba bajo el plato de discos. Cogí el primero sin mirar, lo saqué de su funda y dejé que la música lo llenara todo.

Papá habría sonreído.

Y mamá.

—Perdone, señorita —dijo una voz tras de mí—. ¿Me pone un café solo para llevar, por favor?

—Ahora mis... —la palabra murió ahorcada en mis labios en cuanto me giré—. ¿Raúl? ¿Qqq... qué haces aquí?

Mi marido improvisó una mueca desconcertada.

—Perdone, creo que me está confundiendo con alguien. Mi nombre es Evan, Evan Taylor —se presentó con una de sus espectaculares sonrisas.

Acto seguido, extendió el brazo sobre la barra en un gesto inesperado. Mi manó corrió al encuentro de la suya de forma espontánea, sin meditarlo, antes de que la retirara. Un chispazo hiriente me atravesó a traición al estrecharla, obligándome a soltársela cuando apenas me había acomodado en ella.

—Electricidad estática... —dijo con una sonrisa y volvió a ofrecérmela una segunda vez.

—Y mucha. ¿Ha escuchado el ruido? —respondí conteniendo el aliento.

Raúl, o Evan, movió afirmativamente la cabeza.

—Soy Zoey Sant... Zoey Miller —me presenté devolviendo mi mano a su hogar: sus manos.

—Un placer, señorita Miller.

Su tacto era idéntico a cómo lo recordaba mi piel, que se erizó ante su contacto. Volvía a sentirme unida a él, aunque fuera solamente a través de ese apretón y de nuestros ojos. Si se rompía el vínculo, sería para saltar al otro lado de la barra y portarme de modo indecoroso. Cuando nuestras manos llevaban unidas más tiempo de lo políticamente correcto, él parpadeó, tan aturdido como yo.

—Es curioso... —dijo aclarándose la voz—. ¿Nos conocemos de algo? —me preguntó con verdadero interés.

—Creo que sí. De mis sueños —pronunció mi lengua descarada antes de que mis mejillas enrojecieran de vergüenza.

—¿Cómo? —consiguí decir, pero su mano seguía cobijando la mía.

—Yo... no acostumbro a hacer este tipo de cosas pero, si se toma un café conmigo, quizá me permita explicarle una historia fantástica (en todos los sentidos) que no va a creerse...

Me miró fijamente para estudiarme. Probablemente, estaba decidiendo en qué grado de locura del uno al cien estaría yo y si era una loca peligrosa o inofensiva.

—Supongo que no puedo decirle que no a alguien que me ha soñado, ¿no es así? —Nueva sonrisa de escándalo. El corazón, latiendo en mi garganta—. ¿La espero en esa mesa de ahí? —señaló con la cabeza.

—Cla... claro. Ahora le llevo el café y una tarta de la casa. Invita la familia Miller —respondí entusiasmada.

—De acuerdo, pero necesito que me devuelva la mano —apuntó con la mirada.

—¡Oh, sí, sí! ¡Claro! Se la devuelvo, por supuesto. Más que nada, porque no podría hacer un buen café sin la mía —respondí, totalmente desencajada.

Se iba a pensar que era imbécil profunda. En cambio, él me regaló una carcajada sincera (igual yo era su tipo y le gustaban las imbéciles), y añadió:

—Y puedes tutearme. Seguro que en sueños lo hacíamos...

—Sí. Lo hacíamos —corroboré con la cara ardiendo.

Evan se alejó con una leve genuflexión y yo me di la vuelta para prepararle el café antes de que me pillara mirándole el culo. ¿Cómo podía ser tan clavado a él? Incluso sus andares, sus movimientos...

—¿Qué sucede, Zoey? —preguntó mi cuñado, que se había acercado a traición, por la espalda y con alevosía.

—Nada, ¿por?

—¡Venga, mujer! ¡Que os he visto! ¿Quién es ese tío?

—¡Eres una maruja! —le acusé con el dedo.

—Así es —reconoció sin pudor—. ¡Escupe!

Miré a ambos lados para asegurarme de que no hubiera nadie cerca que pudiera escucharnos y murmuré mientras fingía limpiar las estanterías bajo la cafetera:

—Ese tío es mi Raúl.

Paul arqueó la ceja.

—Me refiero a que es idéntico a él —me apresuré a matizar.

—¡Coño! —resumió Paul.

—Ya ves. Voy a tomarme algo con él, ¿vale? Esto no puede ser casualidad.

—No es cliente nuestro, o a mí no me suena... —susurró él mirando disimuladamente a Evan, que mantenía muy bien el tipo mirando hacia nosotros con una sonrisa.

—Pues eso. Algo tiene que significar que se presente aquí el doble de Raúl, ¿no crees?

Él asintió con la boca abierta.

—Anda, tira, que yo me encargo de llevaros todo —dijo al fin Paul.

Le mostré la lengua mientras me quitaba el delantal y me obligué a ir a un paso normal hasta su mesa. Odiaba no poder comprobar mi aspecto en el espejo antes, pero, si ese hombre se parecía a mi marido también en la personalidad, no le importaría demasiado. Él siempre decía que se había enamorado de mis ojos verdes y de mi risa. Solo tenía que abrirlos mucho, reír un montón y...

Parecer una tarada.

—Ahora nos sirven —le comuniqué al tomar asiento frente a él.

—No hay prisa —dijo abriendo las manos.

Sonreí. Había pedido un café para llevar y ahora no tenía prisa. Buena señal.

—Esto es lo más exótico que me ha pasado en toda la semana, o en todo el mes, o en el año... —añadió sin abandonar su sonrisa.

—Me encantaría poder decir lo mismo, peeeero... —sonreí con timidez.

—Soy todo oídos, soñadora.

—Este Café era de mis padres —comencé, sin proponérmelo, por el principio—. Veníamos precisamente al Café cuando tuvimos un accidente de tráfico. Yo conducía —confesé. Su sonrisa

se perdió entre líneas horizontales—. Solo mi hermana y yo sobrevivimos al accidente. Maté a cuatro personas y a nuestro perro —me escuché decir.

—¡Vaya! —se limitó a exclamar—. Pero fue un accidente, ¿no? Tú no...

—Sí, pero todos ellos murieron por mi culpa, al fin y al cabo. Yo..., bueno, acabé en coma en la cama de un hospital y, durante todo ese tiempo, mi mente fabuló una realidad alternativa donde era feliz y seguía, más o menos, adelante con mi vida. Ahí entras tú, Raúl.

—Evan —me corrigió sin ofenderse.

—Perdona, Evan.

—¿Y cuál era mi papel en tus sueños? —quiso saber.

—Eras todo, eras mi vida —le dije sosteniéndole la mirada—. Fuiste mi primer amor, mi salvador, mi marido, el padre de nuestro hijo... Pero te perdí.

—En serio... No sé qué decir, pero me encantaría que me contaras más —dijo, ¡sin huir de mí!

Paul llegó con los cafés y las porciones de tarta. Mi desconocido favorito y yo guardamos silencio hasta que este se marchó, tan rápido como le fue posible.

—No sé. Sé que para ti soy una extraña y puede que te parezca una perturbada, pero... —me silenció.

—¿Pero?

—Te miro y me duele, aunque también me hace feliz. Te tengo enfrente sin tenerte porque eres otro y no él, pero eres tan igual... Juraría que conozco cada pliegue de tu sonrisa, cada yema de tus dedos —declaré, ahogando la vergüenza.

—Esto es lo más loco que me ha pasado nunca —dijo volviendo a sonreír. Aquello me tranquilizó—. Sin embargo, te escucho y una parte de mí está intrigada. Me resultas familiar, aunque no sabría ubicarte.

—Habrás soñado conmigo también —reí nerviosa.

—¡Quién sabe! Pero, oye, no puedo desaprovechar la ocasión de conocer a la mujer que me ha convertido en el hombre de sus sueños. Sería estúpido si lo hiciera, ¿no crees? —me dijo con una nueva sonrisa.

—Mucho —repliqué terriblemente seria.

Evan me mostró las muelas en una carcajada estrepitosa. Cuando sus risas se apagaron del todo, me miró desde sus intensos ojos negros y me dijo con la mayor naturalidad del mundo:

—¿Cenas esta noche? Conmigo, quiero decir...

Domingo, 5 de mayo de 2019.

Jardín de la residencia de los Miller. Chelsea (Nueva York).

—Sí, acepto —respondí colgada de sus ojos.

Las comisuras de Evan se ensancharon hasta besarse las orejas. Sus manos sudaban tanto como las mías.

—Y tú, Evan Taylor —se dirigió ahora a él el sacerdote—. ¿Aceptas por esposa a Zoey Miller? ¿Prometes serle fiel en la salud y en la enfermedad, en la riqueza y en la pobreza, amarla y respetarla durante todos los días de tu vida hasta que la muerte os separe?

—Sí, acepto —pronunció con orgullo.

El sacerdote asintió complacido.

—Habéis declarado vuestro consentimiento ante la Iglesia. Que el Señor, en su bondad, fortalezca vuestro consentimiento para llenaros a ambos de dicha. Que lo que Dios ha unido no lo separe el hombre —añadió.

—Amén —respondimos ambos a coro.

—Procedamos entonces a la entrega de los anillos... —anunció él.

Me giré hacia mi hermana. Estaba radiante de guapa a pesar de los surcos de rímel que decoraban su cara. Se acercó a nosotros hecha un manojo de nervios. Pobre... Le sonreí para calmarla. Después de todo, no era la primera vez que me casaba con el amor de mi vida, aunque ella se lo hubiera perdido. Alison nos hizo entrega de los aros y corrió de nuevo a su asiento junto a Paul.

Evan se aclaró la voz y dijo:

—Zoey, recibe este anillo como signo de mi amor y de mi fidelidad —la voz se le empezó a quebrar—. En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Di un paso atrás, asustada.

—¿Qué sucede? —me preguntó Evan.

—¡Estás temblando! —lo acusé.

—Claro, de emoción.

—No. Tu imagen tintinea como... ¡como en mis pesadillas!

—¿Qué tonterías dices, Zoey? —contestó, en apariencia preocupado.

Miré hacia el sacerdote, cuya imagen había empezado a parpadear junto a Evan. También los invitados lo hacían. ¡Incluso el propio césped!

—¿Qué está pasando? —chillé.

Sus rostros dejaron de ser sólidos y se derramaron como cera derretida. El sol se convirtió en una luna de sangre. El cura volvió a hablar y su sonido me resultó espeluznante.

—¡Rápido! ¡La estamos perdiendo! —gritó su voz de gramófono.

Era ese médico hablando dentro de él.

Volvieron entonces los sonidos: Bip, bip, bip, bip. Volvió el fuelle abriéndose y cerrándose en su

danza monótona. Las manos de Evan se desvanecían convertidas en humo. Traté de apresarlas, pero el humo siempre es esquivo. Como los sueños.

Me giré aterrada hacia Alison. Lloraba.

—Te quiero, hermanita —musitó.

—¿Qué me pasa, Ali?

—Te estás muriendo, cielo.

—No —negué—. Eso no puede ser. ¡Yo he vuelto! ¡Yo he vuelto! ¡Encontré el camino a casa!

—Nunca volviste —negó—. Lo siento...

El cuerpo de mi hermana se cuarteó convertido en ceniza seca.

Entonces, un pitido. Un grito en mi garganta.

La oscuridad.

Capítulo 21

Viernes, 13 de abril de 2018.

Nueva York. Hospital *Medical Center*.

Paul y yo entramos de la mano en la fría habitación conteniendo el aliento y las palabras. La persiana de láminas verdes estaba a medio bajar sobre la ventana y la poca luz natural que le quedaba al día antes de ser devorado por la oscuridad no llegaba a rivalizar con los fluorescentes blancos del techo.

Luz fría para un lugar frío. Era deprimente.

Mi marido dibujó varios círculos en el dorso de mi mano y me regaló una sonrisa de ánimo. Aquel día había insistido mucho en acompañarme a pesar de mis innumerables protestas, pero él también podía ser cinturón negro en cabezonería cuando se lo proponía y, en esa ocasión, se había salido con la suya a pesar de ser viernes, día de locura en el Café.

En la cama, Zoey siguió durmiendo en su limbo particular ajena a nosotros y a cualquier otro acontecimiento externo.

—¿Por qué te has empeñado en venir, Paul? —le pregunté enfrentándome a su mirada.

—Siéntate, por favor, y después hablamos... en otro lugar —señaló hacia mi hermana con sus ojos azules.

Obedecí tragando saliva. Él se situó detrás de mí como un perfecto guardaespaldas. Cada día que pasaba odiaba más esa horrible silla de plástico para los familiares. Ella no tenía la culpa, solo era un objeto inanimado, pero los chivos expiatorios a veces son tan necesarios como el aire, especialmente cuando estos no sufren por ello. Esa silla era mi enemiga mortal. Aunque me sostuviera, aunque no me dejara caer cuando el llanto me sobrevenía, simbolizaba todo cuanto me hacía daño. La odiaba.

—Mañana hará un año del accidente —pronuncié en voz alta desde mi eterno asiento.

Me había convertido en una Penélope desgastada y sin ovillos para seguir tejiendo.

La mano de Paul se cerró con ansia sobre mi hombro. Después, un beso fugaz en mi coronilla. Busqué su mano a tientas y me aferré a ella.

—No va a despertar más, lo sabes, ¿no? —me dijo él a mi espalda en un susurro doloroso que sentí como el recorrido pausado de un cuchillo por mi piel.

El cuerpo me sangró. Cerré los ojos y suspiré.

—¿Os habéis puesto de acuerdo Willis y tú, o qué? —repliqué con amargura soltando mi mano de la suya sin mirarlo.

—Tú misma la estás viendo, Ali —se atrevió a decir—. No es solo que no haya vuelto a abrir los ojos ni haya habido ninguna mejoría o buena señal en este tiempo, es que cada día que pasa está más débil. Se está apagando. ¿De verdad no lo ves?

—No quiero despedirme de ella —rechacé entre lágrimas con mis ojos acompañando al rostro dormido y ausente de Zoey.

—¿Por qué? ¿No querías tú que ella se despidiera de ti?

Levanté el rostro hacia él, de pie a mi lado, y sacudí la cabeza. Era difícil de explicar.

—Porque, si lo hago, Paul, si me despido de ella, todo será real y no habrá marcha atrás: Zoey se irá. A veces pienso que es lo que está esperando para poder irse. Y no quiero, no quiero que se vaya.

—Se va a ir igual... —me dijo Paul con suavidad.

—Abrió los ojos. Puede volver a hacerlo —insistí, aferrada a la fe.

Paul se acuclilló en el suelo frente a mí.

—No es tu culpa, Alison. No lo es —subrayó con la voz firme y la mirada preocupada.

—Oh, claro que lo es. Todo: desde la causa del maldito accidente hasta su estado actual. Si no hubiera desobedecido las instrucciones del doctor, ella seguiría aún despierta y hablando. Quizá estaría con nosotros en casa...

—O quizá no. No puedes saberlo, nena. Nadie puede.

—Pensaba que lo iba a conseguir, ¿sabes? Estaba tan segura de ello que no lo comprendo. No comprendo... —lloré casi sin lágrimas mientras él me envolvía en un abrazo.

Permanecimos en esa postura largo rato, hasta que mis sollozos empezaron a remitir.

—¿Quieres quedarte a solas con ella? —me preguntó—. No sé dónde estará Benjamin, pero me puedo ir a la cafetería si quieres...

Asentí con la cabeza en silencio.

—Muy bien. Te espero abajo, ¿vale? —dijo mientras se levantaba del suelo.

—Vale —respondí sin mirarlo. Zoey acaparaba toda la visión.

Me besó en la frente. Después escuché sus pisadas saliendo de la habitación, alejándose. Zoey tenía más pinta de muerta que de viva. O eso me pareció. Me limpié las lágrimas antes de abandonar ese horrible asiento y me tumbé en la cama junto a ella. Su pelo le caía lacio y sin brillo, casi muerto. Se lo acaricié igualmente y volví a llorar.

—Deseaba tanto que te quedaras conmigo, Zoey, que no te imaginas cuánto estoy sufriendo. Es como perder una gota de sangre cada día, una gota irrecuperable. Al principio puedes pasar sin ella: es soportable. Pero, con el tiempo, cuando las gotas perdidas ya son muchas, el cuerpo se resiente. Me están fallando las energías, hermanita. Necesito... Necesito que vuelvas a dar signos de consciencia.

Sus párpados se agitaron entonces. Contuve la respiración.

—Eso es, ¡vuelve! —supliqué.

Y se movió uno de sus dedos. Y otro. Y otro.

Pero no de forma saludable. Su cuerpo comenzó a agitarse entre movimientos violentos y atroces. Salté de la cama y pulsé el botón de llamada de emergencia en un gesto dolorosamente familiar.

—¡Ayudaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaa! —chillé desde la habitación sin atreverme a dejarla sola.

El primero que acudió a mi grito de auxilio fue Willis. Me miró con compasión lacerante y corrió hacia mi hermana.

—Caída de la tensión arterial, hipotermia, taquicardia, dificultad respiratoria... —fue enumerando el doctor al personal sanitario que acababa de unirse a nosotros—. ¡Movimiento! ¡Antibióticos y suero intravenoso! Es el segundo aviso de sepsis de esta paciente. ¡Corriendo!

Me escabullí hasta la esquina más solitaria con la esperanza de que no me vieran. Si lograba permanecer «invisible», no me expulsarían de la habitación. No tenía ninguna intención de dejarla ahí sola. Las batas de colores volaban como mariposas por toda la habitación. Sus alas eran más ruidosas, siempre acompañadas de instrucciones. Sabía lo que estaba sucediendo: era un nuevo *shock* séptico. Y también conocía las nulas posibilidades que había de sobrevivir a una segunda sepsis, y menos en tan poco tiempo. Me llevé las manos a la boca para ahogar el sonido de la angustia y observé inmóvil desde el rincón los cuerpos en movimiento emborronados por mis ojos.

—¡Joder! Nooooo —gritó Ben cuando la presión arterial cayó en picado—. Está ardiendo. Tensión bajando. ¡Vasoconstrictores! ¡Oxígeno!

—¿Usted qué hace aquí? —me preguntó un enfermero al percatarse de mi presencia—. Debe salir de inmediato.

—¡Rápido! ¡La estamos perdiendo! —gritó Benjamin al fondo.

—¡Salga! —repitió autoritario el hombre.

—Yo... —dudé y, antes de que pudiera reaccionar, corrí hacia la cama de Zoey y dije en un grito —: ¡Te quiero, hermanita!

El enfermero me hizo un placaje rápido y me sacó a rastras de allí mientras yo pataleaba con mi única pierna viva y soltaba una lista de insultos que habría sonrojado al mismísimo diablo. Justo cuando mi cuerpo se vio en el pasillo, el electrocardiógrafo entonó su canto fatídico y fúnebre. Me

dejé caer sobre el suelo helado y encontré en mi dique seco nuevas lágrimas que derramar, acompañada por aquel funesto pitido de fondo que se había convertido en la banda sonora de mi vida.

Zoey me había dejado.

Domingo, 15 de abril de 2018.

Nueva York. Cementerio *Trinity Church*.

El día era tan soleado que solo podía pensar en lo poco respetuosa que era la naturaleza con el dolor ajeno. Observé el movimiento de los árboles, que alojaban a decenas de pájaros cantarines, y el brillo del césped recién regado. ¿Cómo podía ser todo tan asquerosamente bonito si ella ya no estaba?

Todos habíamos dicho ya nuestras palabras ensayadas de aflicción y despedida. Habíamos arrojado flores sobre su féretro y escuchado el panegírico del sacerdote. La gente había comenzado a disgregarse hacia los automóviles, ansiosos por salir de ahí para volver a consultar sus móviles, hacer planes para el día siguiente que no incluyeran al muerto y poder sonreír sin sentirse culpables o perseguidos.

—Cielo —pronunció mi marido al oído—. Están esperando.

—Que esperen. Hay gente que solo piensa en comer en vez de en la vida que se ha ido... — contesté con el rostro tenso.

—De acuerdo —concedió comprensivo—. Dame a Ben y te esperamos en el coche, ¿de acuerdo? Tómame el tiempo que necesites. Nuestros invitados lo entenderán.

—Y si no lo hacen, me importa una mierda —contesté incapaz de contenerme.

Paul me sonrió pese a todo, me dio un beso en los labios, cargó a nuestro pequeño en brazos y se despidió de mí con un segundo beso al aire.

—Te quiero —respondí cuando él ya se había girado de camino a la multitud de cuervos.

Miré las lápidas y sonreí.

—Al final te has ido con papá y mamá, ¿eh? Después de doce meses en coma, de dos paradas cardiorrespiratorias y de varias horas de consciencia, has decidido quedarte con ellos. Lo entiendo, ¿eh? Papá siempre fue tu favorito, lo sé. ¿Pero no podrías haberte quedado un poquito más conmigo? No vas a ver crecer a tu sobrino, ni me los vas a dar a mí... No dices nada, ¿eh, cabrita? Pues lo haré yo por ti, Zoey. Espero que los muertos también podáis soñar y que consigas reencontrarte con Raúl y Zack, que tu alma, allá donde esté, siga soñando y seas feliz. Te quiero mucho, hermanita. Te quiero mucho... Papá, mamá, cuidádmela, ¿de acuerdo? Ahora estáis todos juntos y yo... Bueno, yo viviré por vosotros, sonreiré por vosotros, soñaré por vosotros.

El dolor en forma de nudo se presentó sin llamar en mi garganta como un invitado sin invitación. Me giré despacio hacia el grupo de grupo de gente congregada junto a los automóviles y sonreí al

ver a Paul saludándome con la manita de nuestro hijo. Caminé hacia mi nueva familia con la sonrisa artificial, a juego con mi pierna, y me fundí con ellos en un abrazo. Yo también había elegido.

Elegí la vida.

Epílogo

En la actualidad.

Nueva York. Cementerio *Trinity Church*.

Zoey corretea por la hierba perseguida por Ben. Los dos llenan de risas el lugar con sus cabezas rubias al viento y esa energía envidiable de los infantes. Algunos rostros adultos se giran hacia ellos con cara de desagrado para demostrar su disconformidad. Yo me lleno el pecho de aire y sonrío orgullosa. La risa, la felicidad no deberían ser motivo de vergüenza. Muy al contrario. Deberíamos ser conscientes de cada uno de esos momentos mágicos y compartirlo a gritos para que la memoria, y nuestros labios, se bañen de ellos.

Benjamin finge ser más lento que su hermanita y mi hija hace ruidos de puro gozo. Yo río con ellos y deseo que su alegría no acabe nunca. Lo deseo más que nada en el mundo.

—¡Niños, venid a ver a los abuelos y a vuestra tía! —los llamo.

Acuden sin tardanza a mi llamada cogidos de la mano.

—Hoy es el día, ¿verdad? —pregunta mi primogénito con una sonrisa tierna.

Se ha convertido en un jovencito de once años inteligente, despierto y dulce. Asiento.

—Sí, hoy es su aniversario.

—¿De la tía que se llama como yo? —interviene Zoey desde la curiosidad de sus cinco años recién cumplidos.

—De todos ellos —replico con más nostalgia que dolor—. Hoy hace doce años que se fueron a vivir a otro sitio.

—¿Ahí arriba? —pregunta mi querubín de rizos.

—Sí, con las nubes.

Zoey me observa a través de sus enormes ojos verde esmeralda y ríe.

—¡Se han hecho una casa en las nubes!

—Así es. Y un día iremos a visitarlos.

—¿Cuándo? —pregunta ella, inagotable.

—Espero que sea dentro de mucho, jopé —responde su hermano torciendo el morro.

Vuelvo a reírme.

—Sí, dentro de mucho.

Coloco los tulipanes sobre sus lápidas y les digo mentalmente cuánto los amo.

Hoy hace doce años, pero lo recuerdo como si hubiera sido ayer.

Sucedió el viernes 14 de abril de 2017 a las ocho y diecisiete horas de la mañana en la avenida Lexington con la 42, a un kilómetro escaso de nuestro pequeño negocio familiar...

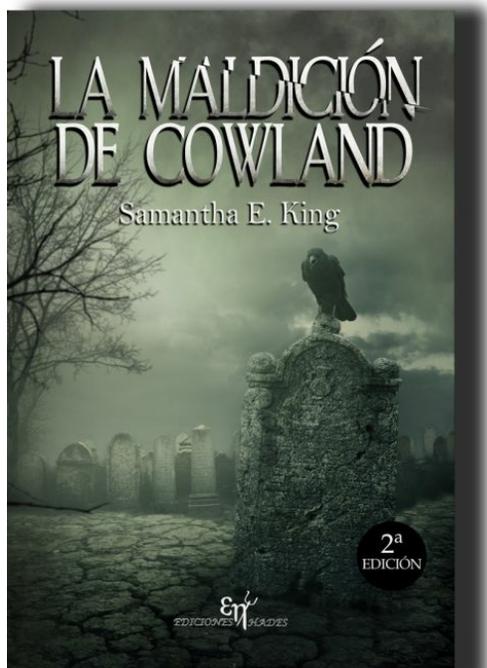
Me llamo Alison Ackerman y esta es mi historia.

¿Te ha gustado la novela? ¡Pues espera, no te vayas aún! Tengo cosas que contarte... Ven, ven...

¿A que jamás te han pedido que dejes «opi» en la plataforma donde has adquirido el libro? ¿Puedo ser la prime, puedo, puedo? Pues eso... ¡Comparte con el mundo mundial tu opinión sobre la novela! Me ayudarás, mucho más de lo que piensas, si compartes tus sensaciones y opiniones al leerme, incluyendo tus redes sociales o incluso en el tablón de anuncios del Mercadona.

Por cada opinión que dejéis, alguien en algún lugar del mundo adoptará un gatito. Si con eso no os animáis ya, yo no sé... Va... ¿Me ayudas a que más gente se anime a leerme y a conocerme?

Y si, a estas alturas, te has enamorado irremediablemente de mi pluma, mi deber es ayudarte a que encuentres mi obra fácilmente, así que ahí va:



LA MALDICIÓN DE COWLAND

Cuando al inspector de policía Nicola Segreto le asignan el caso de una mujer fallecida en condiciones sospechosas en un hotel de su Nápoles

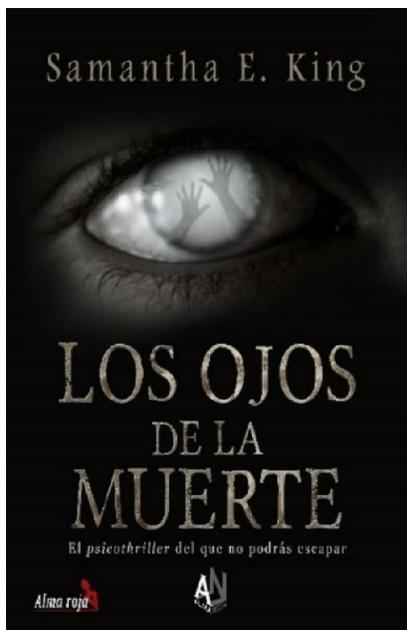
natal, nada hacía presagiar que su vida estuviera a punto de cambiar para siempre.

En su afán por encontrar respuestas, Segreto iniciará un viaje sin retorno que lo llevará hasta el condado de Cowland, Inglaterra. ¿Estará preparado para descubrir la verdad que se oculta tras la cadena de muertes y crímenes en las que se verá involucrado?

Pero... ¿Y si te cuento que nuestra historia no comienza ahí? ¿Y si te hablo de una mujer casada con un conde cruel y sanguinario? ¿Y si es ahí, en el siglo XVIII, cuando comienza realmente esta historia y la terrible maldición que sus habitantes se empeñan en olvidar?

Dos tramas aparentemente inconexas que se acabarán revelando como una sola. Crimen, misterio y ficción sobrenatural se mezclan aquí en una trepidante.

LOS OJOS DE LA MUERTE



Cuando la joven Natalia abandona el orfanato para reunirse con un padre totalmente desconocido, no se podía imaginar

que la verdadera pesadilla estaba a punto de comenzar para ella. A través de los diarios de su madre muerta, descubrirá una realidad que llevaba oculta largo tiempo. Los fantasmas despiertan y una oscura amenaza se cierne sobre ella hasta que abandona el hogar.

Años después, la pesadilla volverá a comenzar. Solo que, quizá, esta vez no haya escapatoria...

1. La Muerte ha regresado.
2. Tiene hambre.
3. Te está buscando.
4. No la mires a los ojos.
5. Si tu ventana aparece abierta, ¡huye!

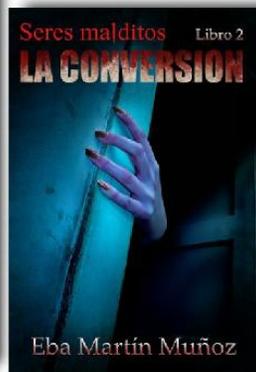
SAGA SERES

MALDITOS

Actualmente, están publicadas las cuatro primeras entregas de un total de seis.

Sinopsis:

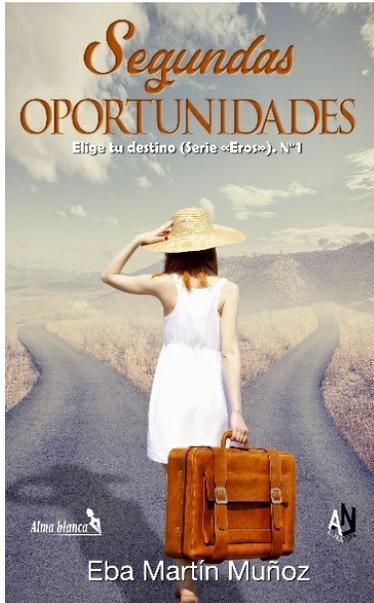
Dos niños con cualidades mágicas se conocen en un orfanato. Desde el inicio, ambos reconocen en el otro sus facultades, además de un espectacular parecido físico. ¿Qué misterios encierra esa fuerte conexión que sienten? ¿Qué sucede en el futuro para que ambos busquen la muerte del otro? ¿Quién matará a quién?



A su vez, una serie de seres sobrenaturales poblará su existencia y se mezclarán con ellos en un sinfín de aventuras llenas de contrastes: violencia y ternura, misterio y dolor, terror y humor, erotismo y amor.

Prepárate para sumergirte en un mundo de fantasía oscura que te hará emocionarte, horrorizarte y sorprenderte. **SENTIRÁS, EN MAYÚSCULAS.**

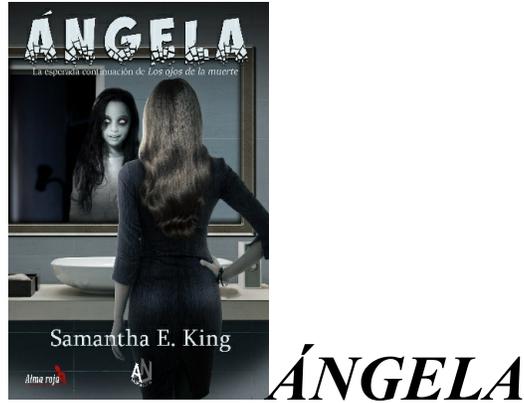
SEGUNDAS OPORTUNIDADES



Colección Elige tu destino. Serie «Eros», n.º 1)

¿Alguna vez has pensado cómo habría sido tu vida de haber cambiado una sola de tus decisiones? ¿Qué habría sucedido si ese día hubieras hecho aquello otro? ¿Dónde estarías ahora? ¿Con quién? ¿Serías más feliz? Ahora tienes la oportunidad de hacerlo y de vivir, varias veces, múltiples vidas según tus elecciones.

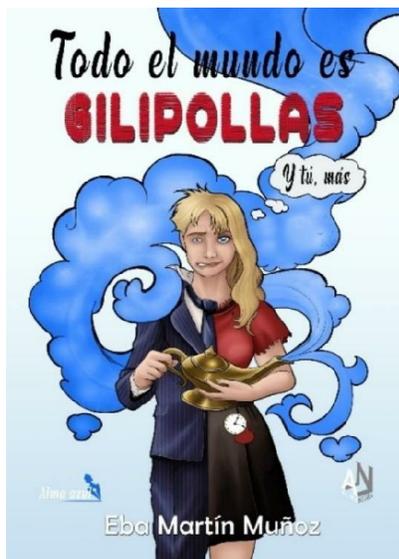
Ven, toma mi mano y adéntrate en esta novela, TU NOVELA, pues lo que ocurra dentro de ella (y el final) dependen exclusivamente de ti.



La esperada continuación de *Los ojos de la muerte*

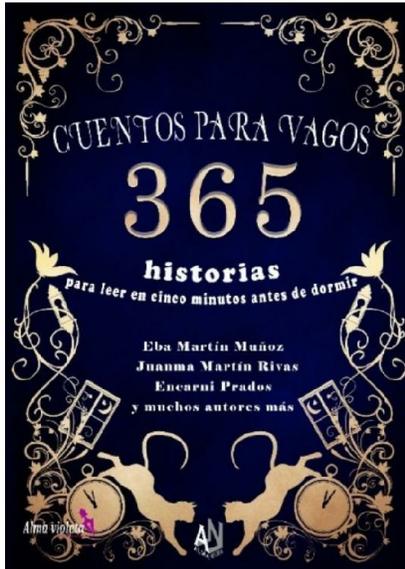
¿Cómo empezó la maldición de la familia Aguirre? ¿Qué ocurrió con David? ¿Y con Natalia? Todos estos interrogantes, y muchos otros, se desvelarán en esta novela, donde seguiremos los pasos de Ángela y descubriremos miles de secretos ocultos. ¿Preparado para enfrentarte a la verdad y la Muerte?

TODO EL MUNDO ES GILIPOLLAS



Mikel es un vendedor de zapatos que aspira a ser escritor. La misma mañana en la que ha quedado con un agente literario interesado en él, todo comienza a torcerse y las desgracias se le agolpan por el camino. Después de despedirse de su trabajo en la zapatería, recibe una visita de lo más inesperada, una visita que será el germen de una aventura sin precedentes para recuperar la felicidad. Acompaña a Mikel en este viaje épico tridimensional lleno de sorpresas, amor, humor y mucho más.

CUENTOS PARA VAGOS:



Historias de risa, de crítica social, de muertos que están vivos, de vivos que están muertos; relatos de mundos fantásticos, de ciencia ficción, de magia y brujas, de la infancia, del dolor y la muerte, de samuráis, de dragones y princesas, de animales que hablan (o comen, o matan...); de monstruos y criaturas sobrenaturales, de jefes y empleados; historias familiares, de asesinos, de policías, del futuro, del pasado y el presente; poesías de amor; relatos llenos de erotismo, de humor, de fantasía, terror, de cotidianidad, de amor del bueno (y del malo), de divorcios y engaños; historias hechas de sonrisas, de ternura y corazón...



Sobre la autora

Eba Martín Muñoz es una autora versátil que ha escrito numerosas novelas multigénero, aunque sus tres pilares son el thriller, el terror y la fantasía en todas sus vertientes.

Esta autora barakaldesa (País Vasco) reside en la actualidad en Ciempozuelos (Madrid), desde donde trabaja a tiempo completo en el campo de la literatura después de abandonar su trabajo como profesora de instituto. Ahora reparte su jornada laboral entre la escritura de novelas, la corrección profesional literaria y la dirección de Alma negra Ediciones, S.L como editora jefe.

Entre sus obras más destacadas se encuentran la saga gótica *Seres malditos*, que cuenta con cientos de seguidores, y *Los ojos de la muerte*, el *psicotriller* que la encumbró de forma contundente hasta ser *bestseller* durante semanas en España, Estados Unidos y América Latina,. Otras obras suyas son *Todo el mundo es gilipollas*, *Cuentos para vagos*, *La maldición de Cowland*, *Ángela* y *Segundas oportunidades*.

Para contactar con ella, pedirle un libro dedicado o seguir su avance, puedes entrar en su web www.ebamartinmunoz.com o seguirla en <https://www.facebook.com/EbaMartinMunoz/> y <https://www.facebook.com/Seresmalditos/>

Agradecimientos

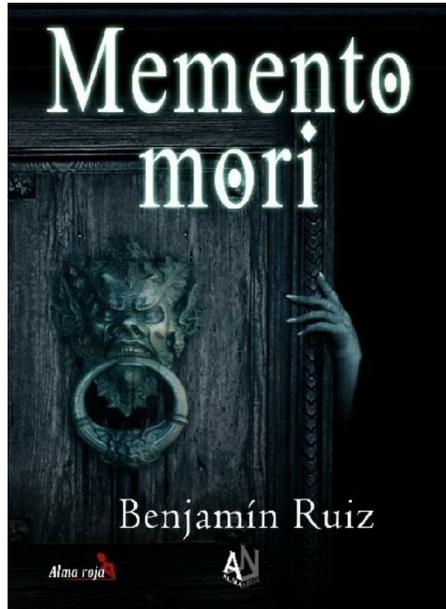
A todas las agencias literarias que os deshicisteis en elogios hacia esta historia mía. Fue precioso ver vuestro interés y vuestros comentarios sobre ella. Llegué a soñar con publicarla en una de las más grandes, y creo que así habría sido de haber tenido yo más paciencia y no haber existido Alma negra Ediciones, S.L.

No he sabido esperar más. No he querido. Necesitaba que saliera ya al mundo.

A vosotros, los lectores, porque un libro no se hace real hasta que no es leído y disfrutado. Vosotros habéis convertido el humo en carne y hueso, lo habéis vivido. Así que esta historia también es vuestra.

GRACIAS.

Otras obras de Alma negra:

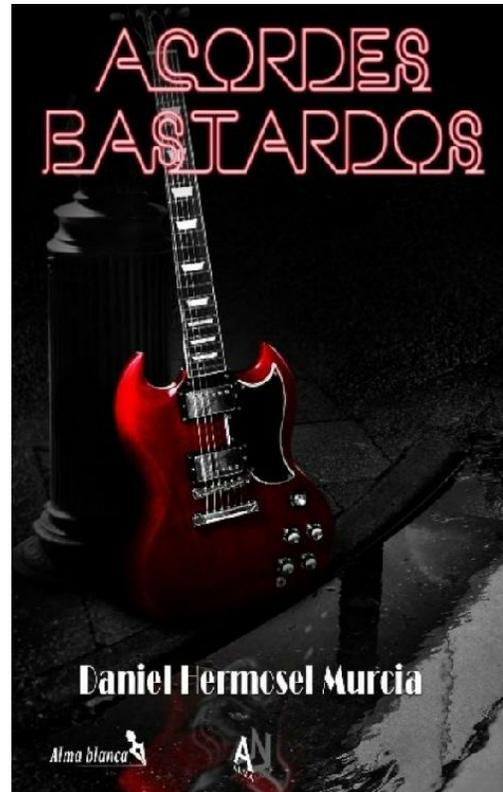


Memento mori

Esta es la historia de Christian Álvarez, un hombre que vivirá la semana más terrorífica de su vida en Villa Grande, un lugar que «no está nada cuerdo. A veces se contrae y a veces se estira, pero casi nunca se está quieto. Donde los sueños son infinitos y los relojes marchan hacia atrás».

Una casa casi tan antigua como el mal que la habita, y a la que Christian deberá enfrentarse durante siete días de locura. Y lo que es peor: tendrá que mirar de frente a los fantasmas de su pasado, un pasado que su mente no quiere recordar.

Bienvenido a Villa Grande. Es muy fácil entrar. No tanto, salir...

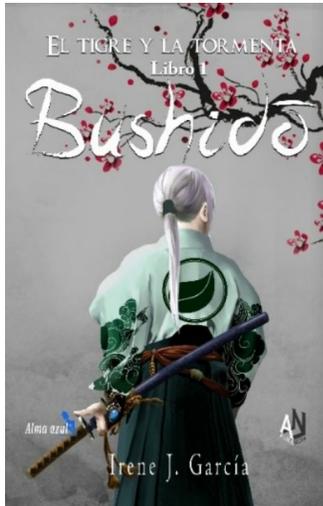


Acordes bastardos

Acordes bastardos arranca con una noche de copas fallida. En su regreso a casa, Marina se topa con su hermano Andrés, rockerillo de medio pelo, que iba camino a una fiesta en la que no faltarán la música, las drogas y el sexo psicodélico.

Fruto de esa noche atípica, tendrá un niño bastardo al que no terminará de querer del todo. Varios años más tarde, el retraso de un tren de cercanías provocará una cascada de demoras que harán que Roa, el hijo ya adulto de Marina, se vea forzado a tomar una ruta alternativa para llegar a su oficina, una ruta que pondrá patas arriba su vida...

EL TIGRE Y LA TORMENTA. BUSHIDO.



A Arashi lo educaron, desde su nacimiento, en el arte del combate para que se convirtiera en el perfecto samurái, y enseguida destaca sobre todos los demás por su saber estar y sus aptitudes para el duelo.

Una vez que entra a servir a un nuevo señor, traba una amistad inquebrantable con el resto de sus compañeros, junto a los cuales emprenderá un peligroso viaje para cumplir la misión que se les ha encomendado. Pero, en el continente de Heiwa, un antiguo mal se oculta entre los rincones en los que nadie quiere mirar, unos rincones que ellos se ven obligados a iluminar. Todos juntos se verán inmersos en una lucha contra la oscuridad y entenderán el verdadero significado de ser un samurái.



NUNCA EN NINGUNA PARTE

Nadie ha renunciado a su nombre para que la realidad no pueda atraparlo. A quienes le preguntan les responde que está buscando los sueños que le robaron a un anciano. Debería ser una empresa imposible: los sueños se desvanecen, se pierden; no se roban. Y jamás se recuperan. Sin embargo, con los primeros pasos, el mundo comienza a convertirse en un lugar distinto. Hay almas en pena al final de carreteras secundarias, hambre de monstruos en casas disueltas en la niebla, vías de tren que cruzan noches eternas, y la posibilidad de convertirse en alguien nuevo late sobre el asfalto. Y, a lo lejos, oculta en algún lugar del horizonte, una criatura es capaz de robar los sueños, de roer el alma de la humanidad para que sea siempre débil. El viaje será largo.

Esta obra de Alma negra se terminó de imprimir en febrero de
2020.

^[1] Se refiere a la novela *Los ojos de la muerte*.